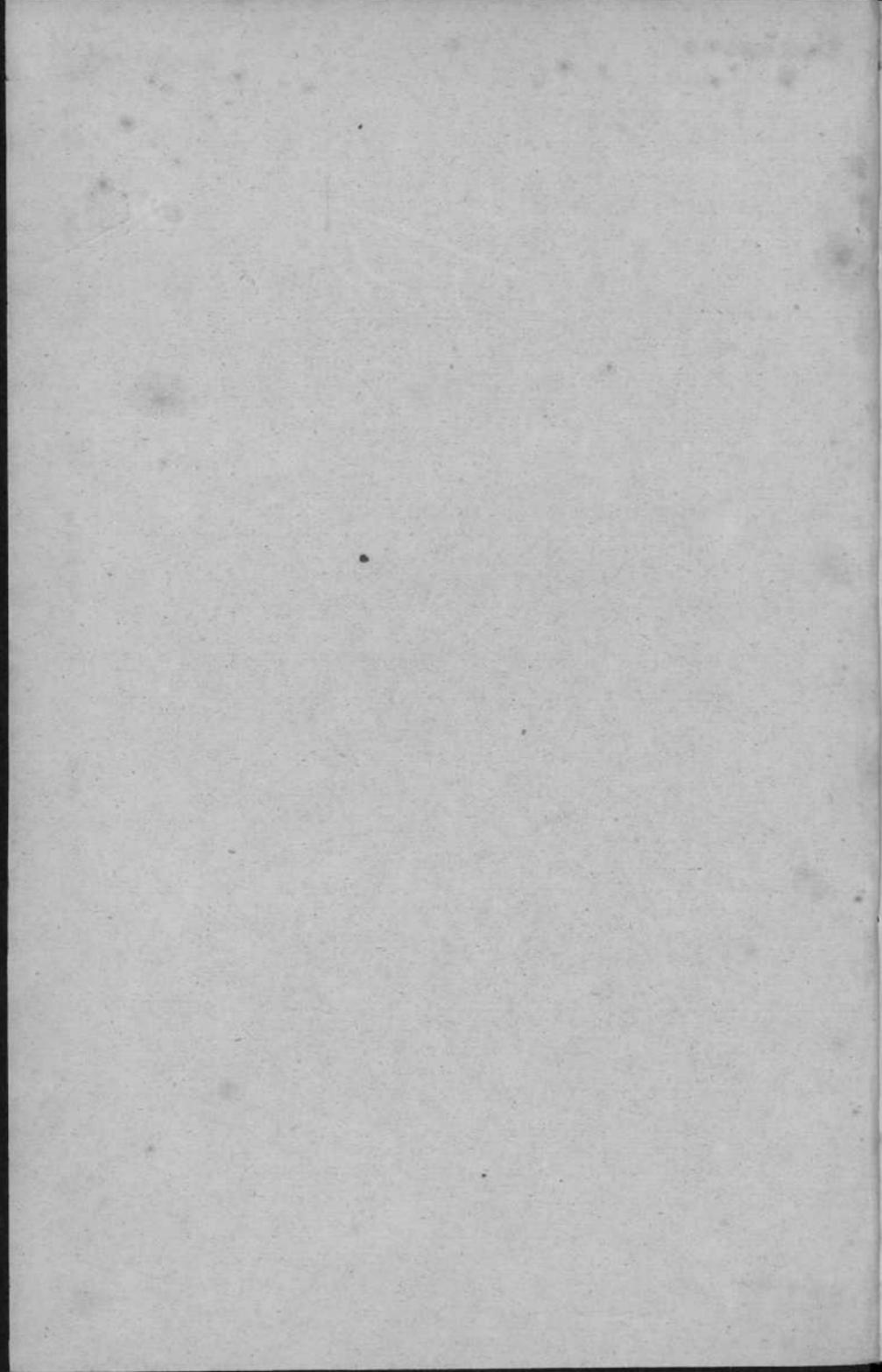


53

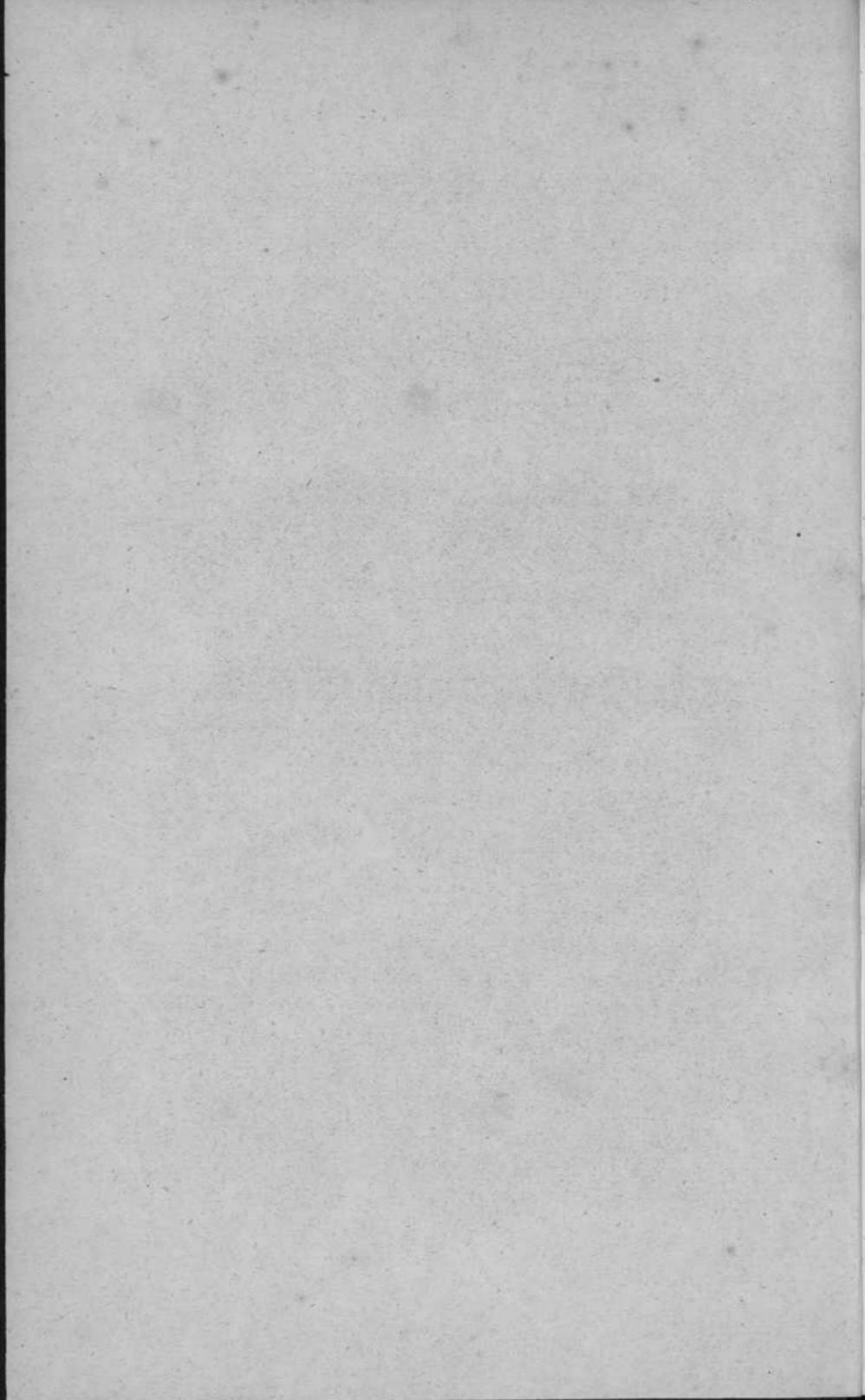
16753
~~1077~~

19231

41
—
184



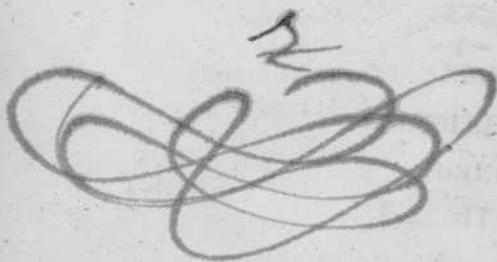
INSTITUTO ESTADÍSTICO
DE LAS UNIVERSIDADES CRONICAS



DOCTRINA Y TRATAMIENTO
HOMEOPATICO
DE LAS ENFERMEDADES CRÓNICAS.



Los ejemplares que no lleven el sello de la Biblioteca homeopática y la firma del traductor serán denunciados ante la ley.



22

DOCTRINA Y TRATAMIENTO
HOMEOPÁTICO
DE
LAS ENFERMEDADES CRONICAS

por el doctor

SAMUEL HAHNEMANN,

traducido al francés de la segunda edición alemana

por **A.-J.-L. Jourdan,**

miembro de la Academia Real de Medicina.

Y DE ESTE AL ESPAÑOL Y ADICIONADA CON ALGUNAS NOTAS IMPORTANTES

POR

D. Robustiano de Torres Villanueva,

LICENCIADO EN MEDICINA Y CIRUGIA, CABALLERO DE ISABEL
LA CATÓLICA, SOCIO DE NUMERO DE LA ACADEMIA DE
ESCULAPIO, ETC., ETC.

SEGUNDA EDICION

enteramente refundida y considerablemente aumentada.



MADRID : 1819.

Imprenta de la Viuda de Sanchiz é hijos, Huertas, núms. 16-18.

DOCTRINA Y PRACTICA

DE LA

ALIMENTACION

LAS ENFERMEDADES CRONICAS

por el doctor

SAMUEL HAHNEMANN

El autor de esta obra ha escrito un tratado de medicina que ha sido traducido a muchos idiomas y que ha sido reconocido por el mundo entero como el fundamento de la medicina racional. Este tratado es el resultado de su experiencia y de su estudio de la naturaleza humana y de las enfermedades que afectan a esta. El autor ha tratado de explicar las causas de las enfermedades y de dar reglas para su curación. Este tratado es el fundamento de la medicina racional y de la homeopatía.

El autor de esta obra ha escrito un tratado de medicina que ha sido traducido a muchos idiomas y que ha sido reconocido por el mundo entero como el fundamento de la medicina racional. Este tratado es el resultado de su experiencia y de su estudio de la naturaleza humana y de las enfermedades que afectan a esta. El autor ha tratado de explicar las causas de las enfermedades y de dar reglas para su curación. Este tratado es el fundamento de la medicina racional y de la homeopatía.

SEGUNDA EDICION



El autor de esta obra ha escrito un tratado de medicina que ha sido traducido a muchos idiomas y que ha sido reconocido por el mundo entero como el fundamento de la medicina racional. Este tratado es el resultado de su experiencia y de su estudio de la naturaleza humana y de las enfermedades que afectan a esta. El autor ha tratado de explicar las causas de las enfermedades y de dar reglas para su curación. Este tratado es el fundamento de la medicina racional y de la homeopatía.

ADVERTENCIA

DEL EDITOR FRANCÉS.

El *Tratado de las enfermedades crónicas*, es, de todas las obras de Hahnemann, aquel al cual dió su autor mas importancia. El consagró los últimos años de su vida á la composicion de este libro; habiendo sido en París donde rehizo, al menos en gran parte, la segunda edicion alemana, cuya nueva traduccion publicamos hoy nosotros.

Esta segunda edicion es en realidad una obra nueva. No solamente el autor ha refundido la historia de cada uno de los *veinte y dos medicamentos* de que se compone la primera, y casi doblado en cada uno de ellos el número de los síntomas, sino que ha unido tambien *veinte y cinco* sustancias nuevas; de suerte que el número total de los medicamentos antipsóricos asciende en el dia á *cuarenta y siete*. La tabla siguiente permitirá apreciar la estension y la importancia de estas ediciones.

La primera edicion comprende. *La segunda edicion comprende ademas.*

Ammonium carbonicum.
Barita carbónica.
Calcárea carbónica.

Agaricus muscarius.
Alumina.
Ammonium muriaticum.

Carbo animalis.	Anacardium.
Carbo vegetabilis.	Antimonium crudum.
Causticum.	Aurum foliatum.
Conium maculatum.	Borax.
Graphites.	Clematis erecta.
Iodium.	Colocynthis.
Kali carbonicum.	Cuprum.
Lycopodium.	Digitalis purpúrea.
Magnesia carbónica.	Dulcamara.
Magnesia muriática.	Euphorbium.
Natrum carbonicum.	Guaiacum.
Natrum muriaticum.	Hepar sulphuris calcareum.
Nitri acidum.	Manganum.
Petroleum.	Metallum album.
Phosphorus.	Mezereum.
Sepia.	Muriaticum acidum.
Silicea.	Nitrum.
Sulphur.	Phosphoricum acidum.
Zincum.	Platina.
	Sassaparilla.
	Stannum.
	Sulphuris acidum.

En el Organon de Hahnemann es donde se encuentran los principios generales y las bases teóricas de la homeopatía; mas el *Tratado de las enfermedades crónicas* es el que contiene la aplicacion práctica de la nueva doctrina. Esta obra pues forma el complemento necesario de la primera. La lectura de las dos es indispensable para conocer bien y apreciar un método cuyos partidarios se multiplican de dia en dia en todas las naciones civilizadas, y todo hombre imparcial debe considerar como un deber el no juzgar, sino despues de un maduro exámen, un modo de conocer y de practicar la medicina, que difiere tanto del que se enseña en las escuelas.

París 2 de marzo de 1846.

PREFACIO

DE LA SEGUNDA EDICION.

Desde la última vez que hablé al público médico, he tenido ocasion de hacer experimentos sobre el mejor modo de administrar las dosis á los enfermos, y voy á manifestar aqui lo que me ha parecido respecto á esto.

Cuando se pone sobre la lengua un pequeño glóbulo seco, impregnado de una de las mas altas dinamizaciones de un medicamento, ó se huele suavemente un fracso que contiene uno de estos glóbulos, que es la mas débil dosis que se puede emplear, y aquella cuya accion dura menos tiempo, no obstante se encuentren aun sujetos bastante impresionables para ser vivamente afectados en las leves enfermedades agudas contra las cuales el remedio ha sido elegido homeopáticamente (1), se reconocen sin pena que la increíble diversidad de los individuos, bajo el punto de vista de la irritabilidad, de la edad, del desarrollo de las facultades físicas y

(1) Nosotros hemos gozado varias veces la dulce satisfaccion de hacer volver al conocimiento, por medio de la olfacion del medicamento indicado, algunos enfermos atacados de convulsiones epilépticas y catalépticas. (*El Tr.*)

morales, del género de vida y sobre todo de la naturaleza del mal, ya natural, simple y reciente, ya natural y simple, aunque antiguo; aquí complicado por la reunion de muchos miasmas, allá alterado por un mal tratamiento médico, y sobrecargado de síntomas de los medicamentos, exige necesariamente muy grandes diferencias en el tratamiento, y por consecuencia en la eleccion de las dosis.

Yo no examinaré aquí mas que el último punto, los otros deben ser abandonados á la sagacidad del médico, y no pueden ser reducidos á tablas para el uso de aquellos que no tienen la cabeza bastante fuerte, ó que obran con negligencia.

La esperiencia me ha demostrado, y ciertamente ha hecho lo mismo con todos los que siguen con fidelidad mis huellas, que, en las enfermedades de cierta importancia, sin exceptuar ni aun las mas agudas, y con mas fuerterazon en las crónicas, es lo mejor emplear los glóbulos homeopáticos bajo la forma de disolucion, en cantidad de siete á veinte cucharadas de agua, sin ninguna adicion (1), y administrar

(1) Cuando las gentes estaban menos acostumbradas que lo están hoy á tomar los medicamentos para el tratamiento de todos los males bajo solo dos formas, y siempre del mismo color y aspecto, nos veiamos precisados mas de una vez á adicionar á nuestras prescripciones alguna sustancia inerte que diese otro color unas veces, y otras un gusto particular, á las disoluciones sirviéndonos al efecto del alcohol puro ó de algunas gotas de una disolucion de azucar tostado. Mas en el dia, convencidos ya los enfermos de la excelencia de nuestros simples medicamentos y que bajo una sola forma producen seguros, diversos y admirables efectos

el licor por dosis fraccionadas al enfermo; es decir, de hacer tomar una cucharada regular cada dos, cuatro ó seis horas, y aun cada media hora si el peligro es inminente (1), y de reducir esta dosis á la mitad ó menos en los sujetos débiles y en los niños.

En las enfermedades crónicas, he observado que lo mejor es hacer tomar las dosis de esta disolucion (por ejemplo una cucharada) á intervalos que no pasen de dos dias, y comunmente administrarlos todos los dias.

Mas como el agua, aun la destilada, empieza á alterarse al cabo de algunos dias, lo cual destruye la potencia de la débil cantidad de medicamento que aquella contiene, he creido necesario adicionar un poco de alcool, ó cuando esto es imposible, poner en el licor algunos pequeños fragmentos de un carbon de madera dura; de este modo he llegado á mi objeto, salvo no obstante que en el segundo caso, el líquido se pone turbio y negruzco al cabo de algunos dias.

Antes de pasar mas adelante debo hacer la importante observacion que nuestro principio vital no soporta apenas que se haga tomar dos veces de seguida, ni con mas fuerte razon aun

tos, estamos dispensados de recurrir á este disfraz, y aquellos se hallan contentos tomando cucharaditas de agua clara y pelvitos de azucar. (El Tr.)

(1) En el dia están de acuerdo todos los homeópatas en repetir las dosis, en los casos de suma gravedad y peligro inminente, hasta con solo el intervalo de algunos minutos; porque la rapidez de la energia vital en tales casos absorve muy pronto la accion de los medicamentos. (El Tr.)

mas veces, la misma dosis de medicamento á un enfermo. En este caso el bien que ha hecho la dosis precedente se halla en parte destruido, y se vé aparecer nuevos síntomas pertenecientes, no á la enfermedad, sino al remedio, que estorban la curacion; en una palabra, el medicamento, aun el mas homeopático, no obra de una manera franca, y el objeto no se satisface, ó no se llena mas que incompletamente. De aqui, las numerosas contradicciones que se observan en lo que los homeópatas han llamado la repeticion de las dosis.

Mas si, cuando se quiere hacer tomar una misma sustancia repetida muchas veces, lo que es indispensable para curar una enfermedad crónica y grave, se tiene cuidado de variar cada vez el grado de dinamizacion, esto solo basta para que la fuerza vital del enfermo soporte el mismo medicamento, aun á cortos intérvalos, un número increíble de veces, unas tras otras con el mayor suceso; yendo el bienestar siempre acrecentando.

Basta solo para producir un ligero cambio en el grado de dinamizacion, sacudir fuertemente, cinco ó seis veces el frasco que contiene la disolucion.

Cuando se han dado asi, una tras otra, muchas cucharadas del líquido, teniendo siempre cuidado, si el remedio obra con mucha energía, de suspender su empleo durante un dia, y que se vé que el medicamento se ha mostrado hasta entonces saludable, se toman uno ó dos glóbulos de una dinamizacion inferior (por ejemplo de la veinte y cuatro, cuando se ha emplea-

do la treinta), se disuelven en la misma cantidad de agua, se sacude el frasco, se añade un poco de alcohol, ó algunos pequeños pedazos de carbon, y se administra esta nueva disolucion, ya de la misma manera, ya á mas largos intervalos, algunas veces asimismo en menor cantidad, pero siempre despues de haber sacudido cinco ó seis veces el frasco. De este modo se continua en tanto que el medicamento produce mejoría, y que no se vé aparecer síntomas que no se habian observado hasta entonces; en cuyo caso se debe recurrir sobre la marcha á otra sustancia. Si no se manifiestan en todo caso mas que los síntomas de la misma enfermedad, pero que se exasperan, á pesar del cuidado en moderar las dosis, es necesario suspender esta durante ocho ó quince dias, y aun por mas tiempo, y observar si ellas han producido alivio notable.

Del mismo modo se procede en las enfermedades agudas. Despues de haber elegido bien el medicamento, se disuelven uno ó dos glóbulos de la dinamizacion mas alta (1) en siete, diez ó quince cucharadas de agua, sin adicionar nada; se sacude el frasco, y segun que la enfermedad es mas ó menos aguda, mas ó menos peligrosa, se dá una cucharada, ó bien media, del líquido, cada media, una, dos, tres ó cuatro horas, no olvidando sacudir el frasco cada vez. Si no sobrevienen nuevos accidentes, se continua á los mismos intervalos, hasta que los sín-

(1) Cuando Hahnemann habla de la dinamizacion mas alta se refiere á la 30ª aunque él llegó á usar hasta la 200ª.

tomas que existian primero en que se exacerbase; entonces se aleja y disminuye la dosis.

Si se juzga que el mismo medicamento y la misma dinamizacion continuan conviniendo al enfermo, debe imprimirse á la nueva disolucion tantas sacudidas como han recibido todas las precedentes juntas, y aun algunas mas, antes de administrar la primera dosis; las siguientes no necesitan mas que de cinco ó seis sacudidas.

De este modo, la homeopatia obtendrá de un medicamento, bien elegido, todo el provecho que puede obtener haciéndolo tomar por la boca.

Mas se acrecientan bastante aun los efectos salutarios del medicamento apropiado á la enfermedad, cuando ademas de poner la disolucion acuosa en contacto con los nervios de la boca y del canal alimenticio se la emplea simultáneamente en fricciones al exterior, sobre un solo punto del cuerpo, ó sobre muchos, eligiendo aquellos que están mas exentos de los sintomas morbosos, por ejemplo, un brazo, una pierna, un muslo. Se puede del mismo modo variar ó alternar la friccion ya en un miembro ya en otro. Administrados de esta manera los medicamentos homeopáticos hacen bastante mas bien, en las enfermedades crónicas, y procuran mas prontamente la curacion, que cuando nos limitamos á hacerlos tragar.

Este modo de emplear los medicamentos, del que yo he constantemente comprobado los buenos efectos, es decir, el de las fricciones á la piel, esplica los casos singulares, aunque raros, en que los sugetos atacados de enfermeda-

des crónicas, no han tenido, para curar rápidamente en todo tiempo, mas que tomar un pequeño número de baños en las aguas minerales cuyos principios constituyentes están en armonia con su mal, siempre que sin embargo, su piel estuviese sana; pues de no ser asi resultan graves inconvenientes para las personas atacadas de ulceraciones y erupciones cutáneas, del empleo de los medios exteriores, que rechazan el mal al interior; de suerte, que despues de algun tiempo de un bienestar aparente, la fuerza vital le hace reaparecer en alguna otra parte del cuerpo mas importante, provocando de este modo las cataratas, las amaurosis, la sordera, los dolores de toda especie, la alteracion del caracter, el desórden de las facultades intelectuales, el asma, la apoplejia, etc.

La parte del cuerpo que se elige para practicar la friccion, debe en consecuencia tener la piel sana, y si se hallan muchas en este caso, se las fricciona alternativamente, eligiendo de preferencia los dias en que el enfermo no toma medicamento interiormente. La friccion se ejecuta por medio de la mano, con una corta cantidad de la disolucion; se continua frotando hasta que la piel se seca. Para esto aun, debe empezarse por sacudir cinco ó seis veces el frasco que contiene el liquido.

Sin embargo, por conveniente que sea este proceder, aunque él acelere bastante la curacion de las enfermedades crónicas, la necesidad de adicionar el alcool ó el carbon (1) al licor

(1) Nosotros nunca hemos usado mas que el alcool.
(El Tr.)

acuoso, para poderle conservar durante la estacion del calor, lo hace siempre muy desagradable á ciertos enfermos. Por esto yo, en los últimos tiempos, adopté el modo siguiente de proceder, siempre que trataba con sugetos delicados: Formaba una mezcla de alrededor de cinco cucharadas de agua pura é igual cantidad de aguardiente bueno; vertia dos, tres ó cuatrocientas gotas, segun la fuerza que debia tener el licor medicinal, en un pequeño frasco que se llenaba hasta la mitad; añadía el polvo medicamentoso y los glóbulos, tapaba el frasco y lo sacudia hasta que la disolucion se completaba. Entonces vertia una, dos ó tres gotas del líquido en una taza que contenia una cucharada de agua, que meneaba bien y hacia tragar al enfermo, reduciendo en caso necesario la dosis á media cucharada, que basta generalmente cuando se propone emplear el medicamento en fricciones.

El día que se prescribe la friccion, se debe, como para el uso interior, sacudir cinco ó seis veces con fuerza el pequeño frasco, lo mismo que la taza que contiene el agua y las gotas del licor medicamentoso.

Es con frecuencia conveniente, en el tratamiento de las enfermedades crónicas, dar el medicamento, lo mismo que hacer las fricciones, por la tarde, poco antes de acostarse el enfermo; de este modo hay menos esposicion que por la mañana, á ver alterada la accion del remedio por una causa cualquiera.

PRÓLOGO

DEL TRADUCTOR ESPAÑOL.

Son de tal naturaleza las doctrinas que encierra el libro cuya traducción tenemos el honor de ofrecer á la ilustración de nuestros profesores; están redactadas y desenvueltas con tal sabiduría y sagacidad, y apoyadas en una lógica tan severa é irresistible, que, temerosos nosotros de desvirtuar tan elevada filosofía, habíamos pensado no decir una palabra en elogio de aquellas. Mas considerando que el nombre de «DOCTRINA Y TRATAMIENTO HOMEOPÁTICO DE LAS ENFERMEDADES CRÓNICAS» con que es conocido este libro, no envuelve en sí la idea del gran mérito que la referida doctrina contiene, aun llevando, como lleva el nombre de SAMUEL HAHNEMANN, hemos creído un deber, en la posición en que nos hallamos, de hacer porque nuestros lectores, al abrir la primera página de esta interesante obra, sepan el precioso tesoro que encierra, á fin de que, lejos de leerla con prevención y desden, inducidos por la infundada y

raquítica crítica que algunos han hecho de toda la doctrina homeopática, quizá, y aun sin quizá, sin haberla leído, ni mucho menos experimentado, lo hagan con la meditacion y detenimiento necesarios á la comprension de tan nueva y racional doctrina.

En el indispensable deber en que nos encontramos, en nuestra forzosa posicion, una cosa es la que nos abrumba, la que nos anonada y la que mas nos ha hecho vacilar: *La consideracion de nuestro débil ingenio y limitado entendimiento para poder valuar en su justo precio el incomparable mérito del tratado de las enfermedades crónicas de nuestro apreciable maestro; del hombre destinado, probablemente, por la Divinidad á poner la ciencia de la medicina, la mas noble y elevada de todas las ciencias, en la via de certeza y exactitud posible, en cuanto se trata del conocimiento de los desarreglos de una máquina que, por el móvil que la dá impulso, jamás llegaremos á conocer bastante.*

Efectivamente; si la organizacion del hombre fuera solo un conjunto de órganos, de instrumentos, cuyo movimiento y funciones emanaran de cualquiera de sus piezas, ya se llamara eje, ya se distinguiera con cualquier otro nombre, el equilibrio de sus desarreglos seria tan fácil de lograr, tan sencillo y exacto, y tan sugeto á las reglas de la mecánica, como lo son

la composicion de un reloj, de una máquina de vapor etc. Pero no; no es ciertamente asi. En la organizacion animal, en la del hombre, que es de la que principalmente nos ocupamos, hay un agente impulsivo, inmaterial, y en su consecuencia inapreciable, un *quid Divinum* en fin, que rige, dá animacion y vida á la materia (principio vital de los fisiólogos), que la pone en movimiento y mantiene en ella la armonia, hasta que, una causa apropiada, obrando sobre dicho principio de un modo que nos es desconocido, desarregla su modo de funcionar y constituye al organismo material en estado enfermo.

o Espuestas estas consideraciones generales, como una de las bases de la homeopatía, vamos á decir algo, no ya sobre el verdadero mérito, sobre el valor intrínseco del modo de considerar Hahnemann las enfermedades crónicas, porque nos contemplamos con muy débiles fuerzas para ello, sino únicamente sobre aquello que es accesible á nuestra limitada penetracion.

o La *psora*, la *sífilis* y la *sicósis*; hé aquí los tres puntos de partida, el origen de todos los padecimientos crónicos, segun S. Hahnemann.

o Hasta la época de este sábio, á nadie, que nosotros sepamos al menos, le habia ocurrido la idea de que la infinita diversidad de fisonomias con que se nos revelan los padecimientos cróni-

cos, pudieran tener origen en tan limitados manantiales.

Preocupados los médicos con la idea de que cada uno de los males, por los diferentes síntomas que lo revelan debia ser de distinta naturaleza, se empeñaban hallar este secreto por medio de la anatomia patológica y las análisis químicas, y confiaban á estas, al escalpelo y á los sentidos materiales el cuidado de buscar lo que solo era dado hallar al entendimiento. De aqui el empeño, inútil hasta hoy, como lo será hasta la consumacion de los siglos, de encontrar en la materia del cáncer, de los tubérculos y de las demas degeneraciones de los tejidos, que no son mas que consecuencias, la causa y naturaleza del padecimiento, capaces de guiarlos á la eleccion de los medicamentos á propósito para su curacion, con arreglo tambien al principio médico *contraria contrariis curantur* y á los pocos conocimientos que hasta hoy tenemos de la química.

Conducidos por tan estraviados caminos, no les ha sido posible hasta el presente adelantar un paso, y hoy la escuela reinante sabe respecto á la naturaleza y curacion de las enfermedades crónicas, lo mismo que sabia en los tiempos de Celso y aun en los de Hipócrates, con la sola diferencia de que en aquellos tiempos, convencidos los referidos sábios de su impotencia,

y presumiendo que, en algunas de ellas por lo menos, habia algo más que lo que se descubre por los sentidos materiales, tenían la cordura de respetarlas: de aquí el *nolli me tangere* de Celso, tratando de las enfermedades cancerosas. Pero posteriormente, mas por influencia de la imitación que por convicción de sus ventajas, ha estado confiada á la cruel cuchilla la curacion de todos los padecimientos cancerosos y la de otros infinitos, cuando han sido accesibles á ella, á pesar de que la esperiencia les enseñaba, y les enseña, que las consecuencias de la estirpacion de un cáncer, de la separacion de un miembro inutilizado por un padecimiento escrofuloso, sifilitico etc., no era otra que la reproduccion del mal en otro ú otros órganos, con el mismo ó diverso caracter que el que presentó la primera vez, si por fortuna la causa originaria no era estinguida previamente, como acontecia algunas veces, sobre todo en las enfermedades sifiliticas; únicas en que la reinante escuela podia usar un medicamento específico.

Convencido Hahnemann de estos resultados y habiendo observado por si, y leído en los mil autores que citó en su lugar, que las retropulsiones de la sarna daban lugar á innumerables padecimientos; dotado de un talento de observacion muy elevado, y de unos deseos sin lími-

tes de ser útil á sus semejantes, se dedicó á estudiar el modo de desarrollarse las enfermedades crónicas, y se convenció mas y mas de que todas tenian origen en los referidos miasmas *psórico*, *sifilítico* y *sicósico*.

Los dos últimos miasmas, *sifilítico* y *sicósico* han sido mirados por los partidarios de la antigua escuela como una misma enfermedad, y en consecuencia tratados con unos mismos medios. Mas Hahnemann los considera de distinta naturaleza, y tanto por las razones en que funda su opinion, quanto por los diversos síntomas que los caracterizan, y los diferentes medicamentos con que se logra su curacion, no queda la menor duda de que son de índole diversa.

El cáncer, las escrófulas, los tubérculos en todos los órganos, los innumerables padecimientos nerviosos denominados, jaquecas, hipocondria, histeria, etc., como asimismo las enfermedades de la piel, algunas de la vista y de los otros sentidos, como todas las demas conocidas á las que él dá el nombre de crónicas, las considera de origen psórico.

Nosotros no pondremos en duda la posibilidad del descubrimiento de algun otro miasma capaz de dar origen á alguno de los padecimientos conocidos. No nos sorprenderia por ejemplo ver el origen de las afecciones reumáticas y gotosas en un cuarto miasma, en razon al curso

raro y diversas fisonomias de esta dolencia, como igualmente por lo que resisten, en cierto estado al menos, á la curacion radical, á la destruccion por los remedios antipsóricos. Es verdad que en el estado de agudeza estos padecimientos ceden generalmente, casi con la misma facilidad, á la accion de los medios homeopáticos, que las demas enfermedades agudas; mas en el estado conocido en medicina ordinaria con el nombre de crónico, no es menos cierto que se resisten algunas veces á la accion de los medicamentos, y que mas generalmente aun, dado caso de lograrse su desaparicion, nos es muchas veces difícil y aun imposible evitar su reproduccion. Hé aqui, pues, porqué no nos admiraria se llegase á reconocer el origen de estos padecimientos, en un miasma que no fuese el psórico: *porque los medicamentos antipsóricos no los curan con la seguridad que curan las gastralgias y demas padecimientos de origen psórico mas marcado.* Respecto á la generalidad de todos los demas padecimientos creemos suficientes las razones en que H. apoya su opinion para reconocerlos de origen psórico. Decimos mal; estamos íntimamente convencidos en que tal es su origen, ya por las razones de aquel sábio, ya tambien por lo que nos ha enseñado y diariamente nos enseña nuestra propia esperiencia.

Desde que aprendimos en el Organon de la

doctrina homeopática el verdadero modo de explorar enfermos y de reconocer enfermedades, no nos ha sucedido ni una vez siquiera acercarnos á uno de aquellos sin que á la presencia de un padecimiento crónico, aunque sea un dolor de muelas, no hayamos podido darnos esplicacion respecto á su origen en alguno de los tres miasmas referidos, principalmente en el *psórico*; y, agregando á esto la seguridad con que, en virtud de esta doctrina, curamos los referidos padecimientos, cuando son naturales y no están envueltos y confundidos entre otros que tengan origen en una medicacion inapropiada, nos parece muy racional y lógico concluir con la conviccion que tenemos.

Redúcese pues el tratado de las enfermedades crónicas de H., cuya traduccion damos al público, al conocimiento del verdadero origen de aquellas, y al método curativo por los medios específicos apoyado en el infalible principio *Similia similibus curantur*.

Quando nuestros lectores hayan meditado con alguna detencion sobre tan sábia doctrina; quando hayan hecho comparaciones respecto á los ningunos adelantos, y á la confusion y laberinto que desde los primeros tiempos de la medicina reina entre los partidarios de la escuela reinante, tenemos seguridad de que no podrán menos de convenir en la infinita superioridad

del contenido del libro que ponemos á su disposicion, sobre quanto hoy existe respecto á la materia de que trata.

Ni se crea tampoco que esto sea una teoría especulativa, ó que una ambicion de nombre, de gloria ó de intereses nos anima á nosotros á esta empresa. No; el principal, el único móvil que á ella nos impulsa no es otro que el deber moral en que creemos encontrarnos de ser útiles á nuestros semejantes, y de dar esplendor, en quanto nos sea posible, á nuestra literatura médica.

Efectivamente: cuando en Alemania, Inglaterra, Francia, cuyas naciones van al frente de la civilizacion, y lo que aun nos hace menos favor, cuando en otras varias naciones en donde las ciencias están infinitamente mas atrasadas que en aquellas, las obras de homeopatía se multiplican sin cesar, y son buscadas y estudiadas con avidez desde que se empezaron á leer sin prevencion y se reconoció por ellas el verdadero mérito de la doctrina, hasta el punto de ser hoy enseñada y protegida por varios gobiernos, será licito que los españoles, tal vez por un empeño mal fundado, ó por otras causas, carezcamos de lo que tanto abunda, tanto se aprecia y tanta utilidad reporta á nuestros semejantes en todas las demas naciones.

No solo creemos nosotros que los facultati-

vos españoles son tan dignos como en las demas naciones de estar al corriente de la verdadera doctrina médica, sino que juzgamos que, por la índole misma de dicha doctrina, por su elevada filosofía, conforme en todo con el caracter reflexivo, meditabundo y concienzudo de nuestros compatriotas, sabrán estos sacar de ella las ventajas inmensas, los cuantiosos frutos que en sí encierra, y hacer aplicacion muy saludable en beneficio de nuestros semejantes, por cuya vida y salud estamos obligados á velar.

El modo de usar los medicamentos homeopáticos es otra de las materias contenidas en esta obra, y respecto á esto solo debemos advertir que en esta parte el autor estuvo tan exacto, y nos legó reglas tan fijas como en todo cuanto dejó escrito. La prueba de ello se encuentra en las pocas é insignificantes modificaciones que ha sufrido su método en lo que hace relacion á la repetición de las dosis, y al modo de hacer que las de un mismo medicamento y de una misma dilucion tengan un modo de obrar diferente unas de otras; circunstancia indispensable en los casos que hay necesidad de repetir varias veces un mismo medicamento, si se quiere obtener de él el debido resultado.

Lo mucho que interesa el profundo y prolijo estudio de esta parte de la práctica homeo-

pática, solo puede conocerse á la cabecera del enfermo. A presencia de los cuadros morbosos es efectivamente adonde se aprecian exactamente los cambios provocados por las potencias dinámicas; donde se nota la diferencia del modo de obrar de un mismo medicamento, segun que se ha usado á la dilucion *a*, ó á la dilucion *b*, y donde, en fin, se palpa que, un mismo medicamento, del que se han usado una ó mas dosis, y se cree aun indicado, deja de producir efecto saludable si no se varia la dilucion; ó bien, segun precepto del autor, se procura desarrollar mas en él la potencia dinámica por medio de la agitacion del líquido. No viendo el cambio que esta sencilla maniobra produce en el medicamento, con solo imprimir al líquido algunas sacudidas, no es posible creerlo. Pero es un hecho tan probado como todos los demas de la doctrina.

Las patogenesias de los cuarenta y siete medicamentos antipsóricos terminan y forman la mayor parte de esta obra. Tanto en las patogenesias quanto en la historia de cada medicamento, de la cual van precedidas aquellas, como asimismo en los diversos padecimientos en los que generalmente encuentran indicacion, nada echará de menos el lector de cuanto es necesario y útil en homeopatía. SAMUEL HAHNE-MANN era un sábio adornado de cuantos cono-

cimientos son indispensables á un genio creador (1).

Madrid 15 de febrero de 1849.

Robustiano de Torres Villanueva.

(1) Hablando con propiedad no conocemos mas creador que el Ser Supremo, Dios; mas no nos ocurre tampoco en este momento una espresion, un nombre que espresese con energia las cualidades de inventor ó descubridor de que Hahnemann estaba adornado.

NOTA IMPORTANTE. Reflexionando sobre la posicion de los facultativos españoles; que el estudio de las patogenesias de los medicamentos antipsóricos corresponde á la materia médica y que por otra parte los cuarenta y siete que contiene el tratado de las enfermedades crónicas componen tres tomos voluminosos, cuyo coste tiene que ser escetivo por precision, nos ha parecido oportuno limitarnos por hoy á la traduccion esclusiva de la doctrina de las enfermedades crónicas; prometiendo no obstante hacerlo de toda la obra si un número suficiente de suscritores nos manifiestan deseo de obtenerla.

DOCTRINA Y TRATAMIENTO

HOMEOPATICO

DE LAS ENFERMEDADES CRÓNICAS.

De la naturaleza de las enfermedades crónicas.

Hasta hoy, la medicina homeopática, fielmente seguida tal cual había sido enseñada en mis escritos y en los de mis discípulos, ha probado en todas partes de un modo evidente y decisivo, su superioridad natural sobre los métodos alopáticos, cualesquiera que ellos sean, no solamente en las enfermedades agudas, es decir en aquellas que atacan al hombre con rapidez, sino aun en las epidémicas y fiebres esporádicas.

La homeopatía ha procurado y obtenido igualmente la curación radical de las enfermedades venéreas de un modo bastante mas seguro y mas exento de inconvenientes ó de afecciones consecutivas, atacando únicamente por lo interior y por medio del mejor remedio específico el mal interno que es el foco de donde na-
cen, sin alterar ni destruir los síntomas locales cuya aparición determina aquel.

Mas el número de las otras enfermedades crónicas

repartidas sobre la superficie del globo era infinitamente mas grave, mas enorme, y lo es todavia.

El tratamiento de estas enfermedades, tal como ha sido dirigido hasta el presente por los médicos alópatas, no ha servido mas que para acrecentar los sufrimientos de aquellos á quienes atacaban; porque con todas las repugnantes mezclas de drogas violentas empleadas á altas dosis, y cuyo verdadero modo de obrar es desconocido; con los baños sin cesar repetidos, las sustancias destinadas á provocar el sudor ó la saliva en abundancia, los medios estupefacientes, reputados anodinos; con todo el aparato de lavativas, de fricciones, de fomentaciones, de fumigaciones, de vejigatorios, de exutorios, de cauterios, pero principalmente con las eternas prescripciones de purgantes, de sanguijuelas, de sangrias, y los tratamientos por el hambre ú otros tormentos médicos, puestos ya el uno, ya el otro en boga por la moda. sea el que quiera el nombre que lleven, se aumentan los padecimientos, y se hace que las fuerzas vitales se vayan debilitando sin cesar, á pesar de todos los pretendidos fortificantes administrados en los intervalos; otras veces, cuando estos medios determinan un cambio manifiesto en la afeccion de que el sugeto habia sido atacado hasta entonces, se sustituye otro estado morboso mas formidable provocado por los mismos medicamentos, de la aparicion del cual el médico se consuela diciendo que al menos la enfermedad antigua habia sido vencida, que á la verdad era fatal se hubiese declarado una nueva afeccion, pero que sin embargo se podia esperar el curar esta como afortunadamente lo habia sido la primitiva. Asi es como *cambiando las formas de una enfermedad, que en el fondo subsiste la misma*, y añadiendo nuevos males provocados por el malhadado uso de medicamentos perjudiciales, se vé

aumentar sin cesar los sufrimientos del enfermo, hasta que al fin la muerte impone silencio para siempre á sus quejidos, y que los pesares de la familia son mitigados por la ilusion consoladora de que al menos se habian ensayado y empleado todos los medios imaginables para prevenir la catástrofe.

No es así como procede la homeopatía, este don precioso de la Divinidad.

Aun en las otras especies de enfermedades crónicas los adeptos de la medicina homeopática, siempre que no las han encontrado muy desnaturalizadas por la alopatía, han hecho, sigaiendo los preceptos consignados en el día en mis obras y desarrollados otras veces en mis lecciones orales, mucho mas de lo que se ha obtenido por todos los pretendidos tratamientos que han sido puestos en uso hasta hoy.

Este modo de obrar, mas conforme á la naturaleza, les permite, despues de haber apreciado todos los síntomas sensibles de la enfermedad crónica actual, para oponerla, á las mas pequeñas dosis posibles alguno de los medios cuya accion ha sido estudiada y es mas homeopático á aquella, procurar, frecuentemente en muy poco tiempo, sin sustraer los humores, sin extinguir las fuerzas, como hace la alopatía de los médicos ordinarios, una mejoría, despues de la cual el enfermo puede encontrar días venturosos, que sobrepasa con mucho todo lo que los alópatas habian obtenido en los casos raros, cuando una casualidad favorable hacia que se condugesen bien en obsequio de sus drogas.

Los males ceden en gran parte á una muy débil dosis del medicamento que se ha mostrado apto á producir en el hombre sano una série de síntomas semejantes á los observados en la actualidad en el enfermo; y cuando la enfermedad no es muy antigua, llevada á un al-

to grado, ó muy alterada por la alopatía, el efecto dura frecuentemente por un largo espacio de tiempo, de suerte que la humanidad puede ya contemplarse venturosa, y en bastantes casos se aplaudirá realmente de haber encontrado un recurso venido tan á propósito.

El sugeto tratado de este modo puede creerse poco menos que en estado de salud, y aun le sucede con bastante frecuencia lisongearse de una curacion absoluta, cuando aprecia bien el estado soportable en el cual se encuentra entonces, y le compara con los sufrimientos que experimentaba antes de haber sido aliviado por la homeopatía (1).

(1) Tales eran las curaciones de enfermedades debidas á una psora completamente desarrollada, cuando mis discipulos les oponian, no los medicamentos que se ha reconocido despues tener el primer rango entre los antipsóricos, y que no eran aun conocidos en esta época, sino solamente las sustancias aptas á cubrir lo mas homeopáticamente posible los síntomas existentes. De este modo lograban hacer volver la psora á su estado latente, y procuraban, frecuentemente por muchos años, sobre todo en los sugetos jóvenes y robustos, un bienestar que el observador poco atento podia mirar como una verdadera salud. Mas, en las enfermedades crónicas provocadas por una psora ya completamente desarrollada, los solos medicamentos que eran conocidos en esta época no bastaban á obtener curaciones radicales, como no bastan tampoco en el dia todos los que se conocen (a).

(a) Cuando el viejo Sajon escribia esto, es indudable que su doctrina no habia aun llegado á obtener curaciones radicales en los casos de psora completamente desarrollada; esto es, llegada á su mas alto grado. Despues acá, entusiasmados muchos de sus discipulos con el bello principio de su doctrina, y observando que los medicamentos obraban de un modo tanto mas intimo sobre el organismo cuanto mas dinamizados se administraban, y creyendo por otra parte que el miasma desorganizador, morboso, atacaba mas directamente á la vida por estar mas dinamizado, y producía su destruccion tanto mas pronto cuanto mas adelan-

Sin embargo, bastan con frecuencia los excesos en el régimen, un enfriamiento, un mal tiempo, el frío húmedo ó una tempestad, el otoño, aun cuando sea benigno, pero sobre todo el invierno, y la primavera muy fría, un ejercicio violento del cuerpo ó del espíritu, y principalmente un sacudimiento impreso á la economía por una grave lesion exterior ó por un suceso desgra-

tado estaba su desarrollo, empezaron á entrever un medio racional y directo para la curacion de aquel en las dinamizaciones altísimas, conocidas con el nombre de Korsakovianas. Korsakoff, consejero de Dmitrof, departamento de Moscou, fué el primero que por una série bastante larga de esperimentos, comprobó la propiedad de que gozan los medicamentos de producir efectos á un grado de subdivision infinitivamente mas elevado que aquel al cual llegó Hahnemann. El doctor Kretzschmar dió parte de estas observaciones al *congreso central*, pero no fijaron siquiera la observacion de los prácticos. Solamente W. Gros fué quien desde luego formó el propósito de ponerlas en práctica, y se convenció bien pronto, no solo de su eficacia, sino de su superioridad en ciertos casos. Poco despues este práctico era uno de los defensores mas firmes de las referidas diluciones. En general no se sirve mas que de la 2000^a hasta la 6000^a ó mas, y dice no ha encontrado sugeto que sea refractario á su accion; negando que, segun quiere Rummel, sea indispensable para el empleo de aquellas mayor exactitud en el régimen; antes por el contrario asegura resistir estas mejor cualquier falta ó exceso en aquel. Lo que si es indispensable, segun la opinion de dicho médico, de la cual participamos tambien nosotros, es la mas exacta eleccion en el medicamento, sin la cual es nulo el efecto.

Otros varios médicos están de acuerdo con Gros sobre las altísimas dinamizaciones, Hering, OEGidi, Bonninghausen, Stapf, Rummel, y el mismo Hahnemann durante los últimos años de su vida se dedicó á estudiar los efectos de las diluciones mas altas que las que habia usado hasta entonces, y segun el doctor Croserio, que se honraba con la amistad de aquel sábio, debia á esta variacion ó ampliacion de su terapéutica las maravillosas curaciones que, este y otros célebres homeópatas no podian conseguir. Por nuestra parte podemos asegurar con toda verdad á nuestros

ciado; los sustos repetidos, un miedo muy vivo, las grandes inquietudes ó la tristeza prolongada, para que si la enfermedad, en apariencia curada, depende de una psora ya muy desenvuelta, ó si el sugeto es de una constitucion débil, el uno ó el otro de los males de que se habia triunfado reaparezca inmediatamente, acompañado de nuevos accidentes, sino mas fatales que

comprofesores que por medio de las dinamizaciones altísimas desde la 2000^a hasta la 5000^a hemos obtenido triunfos tan completos y admirables que aun viéndolos y tratándolos, dudamos alguna vez de su realidad. De algunos de estos casos han sido testigos médicos que no son homeópatas, y otros que, aun cuando lo son, no creían en tales efectos hasta que los palparon.

Es indudable, pues, que las dinamizaciones altísimas producen curaciones que no han podido lograrse jamás con las ordinarias desde la 1.^a hasta la 30.^a y hé aqui porqué nos ha parecido poner en conocimiento de nuestros lectores, aunque por medio de una nota, tan importante descubrimiento. Pero nosotros que somos tan reacios á dar crédito á todo aquello que, siquiera sea por nuestros toscos conocimientos en las ciencias físicas y químicas, tiene visos de fabuloso, debemos suponer esta misma resistencia en nuestros lectores; y á fin de que la depongan sin escrúpulo vamos á citar algunos casos en los cuales hemos obtenido curaciones á favor de las diluciones referidas, y otros en los cuales juzgamos por analogia podrán obtenerse tambien.

Nosotros creemos que Hahnemann entiende y quiere dar á entender por psora completamente desarrollada los estados patológicos que en la medicina reinante se conocen con los nombres de *Tisis*: tuberculosa, mucosa, ulcerosa etc. *Caquexias*; cancerosa, escrofulosa, etc. *Lesiones orgánicas*, *Enagenaciones mentales* y toda la série de neuroses etc. Estos son, repetimos, algunos de los casos en que consideramos la psora llegada á su mas alto grado de desarrollo, y como convenimos tambien en que en dichos casos la enfermedad, hecha abstraccion de sus efectos secundarios, es esencialmente dinámica, muy dinámica, de aqui el juzgar muy lógico el efecto tanto mas sorprendente de los medicamentos, cuanto mas dinamizados estén; por razon de que este estado los pone en aptitud de obrar mas

aquellos de que la homeopatía había precedentemente procurado la suspensión, frecuentemente por lo menos tan graves, y constantemente mas pertinaces. En este último caso, el médico homeópata, obrando como en el caso de enfermedad nueva, recurre á aquel de los medicamentos conocidos que tiene mayor analogía con aquella y administra naturalmente con bastante suceso

intimamente sobre el principio regularizador de la vida.

Un jóven de unos 28 años de conformacion tísica, sumamente alto y delgado, estaba desahuciado de cuantos médicos le habían tratado y que caracterizaron el mal de una tisis tuberculosa. Fuentes, cauterios, sedales, cantáridas, tales eran los malisimos auxilios que se le habían aplicado, al paso que se dijo á la familia que moriria muy pronto. En este estado lo encontramos. Dimos principio al tratamiento con las diluciones ordinarias; se logró algo, pero necesitándose lograr mas, recurrimos á las altísimas. Estas salvaron nuestro enfermo que hoy asiste á su oficina, y dicen sus compañeros que jamás lo han visto tan bueno.

Una jóven epiléptica hacia muchos años, se había abandonado ya al acaso, despues de un tratamiento largo, penoso y sin resultado favorable, por los medios ordinarios, cuando la vimos por primera vez. Las diluciones ordinarias suspendieron los ataques, que eran frecuentísimos y muy fuertes. y las altísimas curaron radicalmente la enfermedad.

Una señora de constitucion tísica, fué atacada de la *grippe*, la que fué tratada en un principio con las diluciones bajas, á las cuales cedieron los síntomas de reaccion aguda; mas habiendo tomado la enfermedad un carácter estacionario, con fiebre lenta, exacerbaciones vespertinas, sudores parciales, viscosos, matutinos, y expectoracion puriémula muy abundante, se recurrió á las altísimas dinamizaciones, y la enferma quedó en un estado incomparablemente mejor que el en que estaba antes de ser atacada de la epidemia.

Una señora atacada de una profunda lesion del corazon, angina de pecho y convulsiones eclámpicas, había padecido en sus dos primeros embarazos edemas de las piernas que llegaron á dar algun temor á los médicos que la trataron. Embarazada por tercera vez, el dolor precordial, las palpi-

esta sustancia que, en poco tiempo, pone al paciente en mejor estado. En el primer caso, al contrario, en el momento en que por efecto de las causas que quedan enumeradas, los males que parecen estinguidos ya vuelven á reaparecer, el medio de que se sacó partido la primera vez obra de una manera menos completa, y cuando se le reitera tercera vez, es coronado de un su-

taciones del corazon y las convulsiones tomaron un caracter mas imponente y alarmante que nunca, y desde el tercer mes de la gestacion se desarrolló una hidropesia, que al cuarto mes, constituida la paciente en una horrible anasarca con derrame en el pericardio, pleura y peritonéo, presentaba el cuadro mas afflictivo que salir puede de la mano de un pintor. Con el uso de las diluciones ordinarias se logró hacer desaparecer casi del todo los sintomas nerviosos y contener la infiltracion hasta la hora del parto, que, contra el dictámen de muy acreditados profesores, fué feliz para la madre, aunque no pudo evitarse saliese el feto asfixiado, y no pudiese lograrse volverlo á la vida. En los diez primeros dias siguientes al alumbramiento la anasarca llegó á disminuir de un modo tan considerable que dió lugar á concebir esperanza de total desaparicion; pero al cabo de estos dias volvieron á presentarse todos los fenómenos nerviosos y la hidropesia tomó aun mayor incremento. Las diluciones bajas producian fuertes agravaciones; y hecha esta observacion se emplearon las altísimas, que dieron resultado favorable desde la primera dosis. Despues de varias recaidas y penalidades, esta señora, continuando con el uso de aquellas preparaciones, tuvo la satisfaccion de trasladarse á Valencia, donde vive hoy y goza de una regular salud.

Un comerciante, sugeto de buenas costumbres, padecia una gastralgia hacia quince años, y estaba constituido en un estado de demacracion espantoso. Cuando le daba el dolor se acostaba en el suelo sobre el vientre y se apretaba el estómago con una piedra ó cualquier otro cuerpo duro. Otras veces se salia al campo, y entretenia su padecimiento dando carreras ó echándose en el suelo sobre una piedra donde apoyaba la region epigástrica. Cuando le vimos la primera vez reconocimos una dureza bastante considerable en la region cardiaca. Desde que tomó la primera dosis de una dilucion baja del medicamento que creimos indicado,

ceso menos marcado aun. Entonces, bajo la influencia de los remedios homeopáticos en apariencia los mas apropiados, y aun sin que haya nada que corregir en el régimen del enfermo, se ven estallar síntomas nuevos que no se puede hacer desaparecer sino incompletamente á favor de los medios los mas homeopáticos, y

hubo un notable alivio, mas viendo al cabo de treinta y tantos ó cuarenta dias que el dolor se reproducia con alguna frecuencia aun, si bien con menos intensidad, y que la dureza persistia casi en el mismo estado, recurrimos á las dinamizaciones altísimas, desde la 2000^a á la 5000^a, y al cabo de otros tantos dias el dolor habia desaparecido del todo y la dureza en su mayor parte; y tres meses despues apenas quedaba ningun vestigio de esta. Trascurridos seis meses mas el enfermo no conservaba de su padecimiento mas que el recuerdo.

Hemos tenido ocasion de tratar muchas induraciones escirrosas de las mamas y del recto, afecciones escrofulosas en un estado desesperado, úlceras de aspecto canceroso de la boca, del dorso de la nariz etc., y cuando no nos ha sido posible el triunfo con las diluciones ordinarias, lo hemos obtenido en varias ocasiones con las Korsakovianas.

Es seguro pues, que si el autor de las enfermedades crónicas hubiera vivido algunos años mas, su fecundo ingenio y profunda imaginacion nos hubiera dado productos mas avanzados aun para tratar la psora en su mas alto grado de desarrollo de un modo seguro, y no habria descendido á la tumba con el desconsuelo de tener que decirnos que para la curacion del miasma psórico en aquel estado no se conocian aun agentes terapéuticos. Sus discipulos sin embargo nos consuelan con la esperanza de que es muy probable llegue la homeopatía á vencer este proteo, este mónstruo de mil cabezas. Prudente es á lo menos esperararlo, vistos los resultados que van dando las dinamizaciones altísimas.

Sin embargo de estas exactas observaciones debemos advertir tambien que en algunas lesiones orgánicas del corazon, las dilataciones pasivas del ventrículo derecho principalmente, se obtienen triunfos mucho mas completos con las dinamizaciones bajas, de la 3.^a á la 6.^a, lo mismo que en las induraciones escirrosas de la matriz, y de algunos otros órganos, etc. (El Tr.)

de los que es hasta imposible disminuir la intensidad cuando las circunstancias exteriores de que queda hecha mencion vienen á oponerse á el completo triunfo.

Sucede asimismo algunas veces que un acontecimiento propio á inspirar alegría, un cambio afortunado en la situacion exterior del sugeto, un viage agradable, una estacion favorable y seca, un buen tiempo sostenido, suspende la afeccion crónica de una manera muy notable, y por un tiempo mas ó menos largo, durante el cual puede suceder que el discípulo de la escuela homeopática suponga la enfermedad poco menos que curada, y que el enfermo dando poca importancia á los males moderados y soportables, se crea él mismo libre. Mas esta tregua no ha sido jamás de larga duracion, y las frecuentes recaidas del mal concluyen por hacer los medicamentos reconocidos hasta entonces por los mas homeopáticos y dados á dosis las mas apropiadas, tanto menos eficaces cuanto por mas tiempo se reitera su administracion. Una época llega aun en la que apenas procuran aquellos un ligero alivio; mas ordinamente despues de los reiterados esfuerzos para triunfar de una afeccion que se reproduce frecuentemente con algunas modificaciones nuevas, quedan, aun cuando el enfermo no tenga nada que enmendar de parte del régimen y que ejecute puntualmente todo lo que se le prescribe, males que los medicamentos los mas acreditados hasta entonces no pueden ni hacer desaparecer ni aun frecuentemente disminuir, y que, multiplicándose sin cesar, se hacen á cada instante mas y mas fatales. De este modo, en resumen, el médico homeópata no alcanza, obrando asi, mas que á retardar la marcha de la enfermedad crónica, que sin embargo se agrava de año en año.

Tal era, y tal es aun el resultado mas ó menos rápido de los tratamientos puestos en uso contra todas las

enfermedades crónicas no venéreas considerables, aun cuando ellos fuesen dirigidos al parecer rigurosamente acerca de los principios conocidos hasta entonces del arte homeopático. Su principio inspira confianza, su prolongacion produce efectos de menos en menos favorables, y su terminacion destruye toda esperanza.

Sin embargo la doctrina misma es y será eternamente apoyada sobre la inmutable base de la verdad. Ella ha probado al mundo, por los hechos, que se puede tener fé en su escelencia; diré mas, casi en su infalibilidad, si este término puede ser empleado hablando de cosas humanas.

Ella, la homeopatía, ha enseñado sola y la primera los medios de curar por los medicamentos homeopáticos, obrando de una manera específica, las grandes enfermedades que constituyen especies aparte, la antigua fiebre escarlatina lisa de Sydenham, la púrpura de los modernos la coqueluch, el croup, la sicósis y las disenterias autumnales. No hay asimismo pleuresías agudas y afecciones tifoideas contagiosas que ella no destruya prontamente con algunas dosis mínimas de los remedios homeopáticos bien elegidos.

¿De donde viene pues el resultado menos favorable, el resultado desfavorable que obtiene la homeopatía en el tratamiento de las enfermedades crónicas no venéreas? A qué causa debe atribuirse el insuceso en tantos miles de tentativas para tratar las diversas enfermedades crónicas de modo que se obtenga una curacion durable?

¡Puede atribuirse al número escaso aun de medicamentos homeopáticos cuyos efectos puros nos son conocidos!

Los adeptos de la homeopatía se han atenido hasta el presente á esta excusa, á esta especie de consuelo.

Mas el fundador de la doctrina no ha podido jamás contentarse con tal ilusion; por una parte porque el número creciente de año en año de los medicamentos experimentados bajo el punto de vista de sus efectos puros, no ha hecho avanzar un solo paso á la terapéutica de las enfermedades crónicas no venéreas; por otra parte porque las enfermedades agudas que no están constituidas desde el principio de modo de producir infaliblemente la muerte, no solamente ceden al empleo bien calculado de los remedios homeopáticos, sino que aun tardan poco en lo general en desaparecer bajo la sola influencia de la fuerza eminentemente conservatriz que no permanece jamás en reposo en nuestro organismo.

¿Por qué la fuerza vital, que ha sido instituida para velar por la integridad del organismo, que trabaja sin descanso á favor de la curacion, aun en las enfermedades agudas mas graves, y sobre las cuales los medicamentos homeopáticos ejercen una influencia tan eficaz, no puede procurar la curacion verdadera y durable en las enfermedades crónicas, aun con los recursos de medicamentos homeopáticos que cubren tan bien como es posible los síntomas actuales? ¿Cuál es el obstáculo que se opone?

Este problema tan natural de esponder debe conducirme á investigar cual es la naturaleza de las enfermedades crónicas.

Hallar la causa que haga que todos los medicamentos conocidos en homeopatía no procuren la curacion real en las enfermedades, y llegar si es posible, al conocimiento mas exacto sobre la verdadera naturaleza de los millares de afecciones que resisten al tratamiento, á pesar de la constante verdad de la ley homeopática. Tal es el sério problema de que me he ocupado dia y noche desde el año 1816 y 17. En este espacio de tiempo

el dispensador de todo bien me ha permitido llegar por las meditaciones asiduas, las observaciones infatigables y fieles, y las esperiencias de la mas perfecta exactitud á una solucion que debe redundar en beneficio del género humano (1).

Es un hecho que las enfermedades crónicas no venéreas, tratadas homeopáticamente, aun del mejor modo, reaparecen sin embargo muchas veces despues de haber sido estinguidas; que ellas renacen siempre bajo una forma mas ó menos modificada y con nuevos síntomas, y que se reproducen cada año aun con acrecentamiento notable en la intensidad de accidentes; esta observacion renovada con frecuencia fué la primera circunstancia que me condujo á pensar que en los casos de este género, y aun en todas las afecciones crónicas no venéreas, no se debe considerar aisladamente el estado morbozo que se presenta en el acto, que no se debe considerar y tratar tampoco este estado como una enfer-

(1) Sin embargo, yo no he dejado traslucir nada de estos extraordinarios esfuerzos, ni en el público, ni entre mis discípulos, y en esto no he sido contenido por la creencia de ingratitud que se me ha aseverado con frecuencia; porque yo no he parado jamás la atencion ni en la ingratitud ni en las persecuciones en el curso de mi vida, que aunque penosa, no ha sido sin embargo desnuda de satisfaccion, á causa de la grandeza del objeto al cual yo atiendo; y si he guardado silencio, es porque hay inconvenientes y aun perjuicio con frecuencia de hablar ó de escribir sobre cosas que aun no han llegado á madurar. En 1827 solamente los principales resultados de mis meditaciones fueron comunicadas á aquellos de mis discípulos que mas habian contribuido á los progresos de la homeopatia, y esta comunicacion no ha aprovechado solo á ellos sino tambien á sus enfermos. Yo lo hice á fin de que la ciencia no fuese enteramente perdida para el mundo, si yo llegaba á ser llamado al seno de la eternidad antes de acabar mi libro, lo que no carecia de verosimilitud para un hombre casi octogenario.

medad aparte , pues que si tal fuese su caracter, la homeopatía debería curarle en poco tiempo y para siempre; lo cual está en contradiccion con la esperiencia. Yo concluí que no se tiene jamás bajo la vista mas que una porcion de un mal primitivo situado profundamente, cuya vasta estension se manifiesta por los accidentes nuevos que se desarrollan de tiempo en tiempo ; que no se debe en consecuencia esperar en tales casos , como se hace en la hipótesis admitida hasta el presente de una enfermedad aparte y bien distinta , lograr una curacion durable, garantizando ya del retorno de la misma afeccion, ya de la aparicion de otros síntomas nuevos y mas graves en su lugar ; que por consecuencia , *es necesario conocer la estension entera de todos los accidentes y sintomas propios al mal primitivo oculto*, antes de poderse lisongear de descubrir uno ó muchos medicamentos homeopáticos á este último que sean capaces de cubrirle, de vencerle y de curarle en toda su estension, y por consecuencia en todas sus ramificaciones , es decir , en aquellas de sus partes que dan lugar á tantas enfermedades diversas.

Mas lo que manifiesta claramente por otra parte que el mal primitivo , en averiguacion del cual estoy , debe ser de naturaleza miasmática y crónica es que jamás sucede el que sea vencido por la energia de una constitucion robusta , de ceder al régimen mas saludable , al género de vida mas arreglado, ó de extinguirse por sí mismo , sino que por el contrario se agrava sin cesar con los años hasta el fin de la vida , tomando la forma de otros síntomas mas molestos (1), como sucede en to-

(1) Con bastante frecuencia la supuracion del pulmon degenera en enagenacion mental, la desecacion de las úlceras en hydropesia ó en apoplegia , la fiebre intermitente en as-

da enfermedad miasmática. Asi es, por ejemplo, como una afeccion venérea, cancerosa, que no ha sido jamás combatida por el mercurio su específico, y que se ha trasformado en sífilis, no se estingue jamás por sí misma, aumenta cada año, aun en los sugetos mas robustos y que observan un método de vida el mas arreglado, y no cesa hasta la muerte de desplegar sintomas á cada instante nuevos y siempre de mas en mas funestos.

Yo habia llegado á esto cuando mis investigaciones y observaciones sobre las enfermedades crónicas no venéreas me hicieron reconocer desde luego que la imposibilidad de curar homeopáticamente ciertas afecciones que se manifiestan como enfermedades particulares y gozan de una existencia independiente, dependen en la mayor parte de casos de una sarna de que el sugeto habia sido atacado en otro tiempo; que ordinariamente asimismo la data de todos los males que él habia experimentando despues remonta hasta la época de este exantema. Una atencion sostenida me hizo reconocer por otra parte, en las personas atacadas de enfermedades crónicas que no declaraban haber tenido sarna, y ni aun habian fijado en ello la atencion, cosa frecuente, ó por lo menos no se acordaban, que se llega comunmente á descubrir que las señales ligeras de esta afeccion (granos aislados, dartros etc.) se habian manifestado de tiempo en tiempo, aunque raramente, como para atestiguar sin réplica la infeccion de la cual ellas habian sido víctimas en tiempos pasados.

ma, las afecciones del bajo vientre en dolores en las articulaciones ó en parálisis, los reumatismos en hemorragias etc. y no hay dificultad en conocer que la nueva enfermedad tiene su origen igualmente en la antigua afeccion existente, y que no puede ser mas que una de las partes de un todo bastante mas grande.

Las circunstancias unidas al hecho comprobado por innumerables observaciones de los médicos (1), y algunas veces asimismo por mi propia esperiencia de que la supresion del exantema psórico ya por un tratamiento mal dirigido, ya por cualquiera otra causa, habia sido instantáneamente seguido, en sugetos por otra parte bien constituidos, de síntomas semejantes ó análogos, no podian dejarme la menor duda sobre el enemigo interior que yo debia combatir con el recurso de la medicina.

Poco á poco llegué á conocer los medios mas eficaces contra esta enfermedad primitiva, origen de tantos males, que yo llamo psora, á fin de designarla bajo un nombre general; contra esta afeccion psórica interna con ó sin erupcion cutánea; y aplicando estos medicamentos al tratamiento de afecciones crónicas semejantes, á las cuales los enfermos no pueden asignar por causa una infeccion de este género, llegué á evidenciar, despues de haber obtenido varios sucesos, que aun en los casos en que el individuo no recuerda haber tenido sarna, los males de que él se queja deben sin embargo provenir de una sarna contraida tal vez en los primeros meses de su vida, cuando aun no pensaba en su porvenir: conjetura en apoyo de la cual vienen muy frecuentemente los informes tomados entre los miembros de la familia.

La observacion asídua de la virtud curativa de los remedios antipsóricos, á cuyo descubrimiento llegué en los primeros once años, no hizo mas que confirmarme mas y mas en la conviccion de que tal debe ser frecuentemente el origen no solamente de las enfermedades crónicas ligeras, sino tambien de las que ofrecen mas gravedad y aun de las mas considerables.

(1) En estos últimos tiempo aun, por Antenrieth, (Ve. *Gazett de Tubinsque, para la historia natural y la medicina* tom. II cap. 2).

La misma observación me persuadió que no solamente la mayor parte de las innumerables enfermedades de la piel que han sido distinguidas y denominadas de un modo tan minucioso por Willan, sino aun casi todas las pseudo-organizaciones, desde las verrugas de los dedos hasta los tumores enquistados mas voluminosos, desde las simples deformaciones de las uñas hasta la hinchazón de los huesos, las desviaciones de la columna vertebral y muchos otros reblandecimientos ó distorsiones de los huesos, en la infancia ó en la edad avanzada; que las hemorragias frecuentes de la nariz, las congestiones sanguíneas en las venas del recto, los flujos de sangre por el ano, la hemoptisis, la hematemesis y la hematuria (1), la amenorrea y la metrorragia, los sudores nocturnos habituales y la aridez de la piel que se pone seca como un pergamino (2), las diarreas habituales, la constipación pertinaz, los dolores crónicos errantes acá y allá por el cuerpo, y las convulsiones reproduciéndose muchos años seguidos; que las ulceraciones y flecmasías, las atrofias, la sobreescitación, los diversos vicios de la abolición de la vista, del oído, del olfato, del gusto y del tacto, los escesos y la estinción del apetito venéreo, las perversiones de las facultades intelectuales, desde la demencia al extasis, desde la

(1) Véase en comprobación del origen psórico de esta hemorragia la historia espuesta en la *Gaceta Homeopática*, página 49 y siguientes. Hemos tratado asimismo varias hemoptisis, entre ellas la de un sugeto á quien se habian hecho infinitas sangrias y aplicado innumerables sanguijuelas, las cuales han cedido al uso de los antipsóricos ó antisifilíticos, según los datos adquiridos acerca de la etiología del mal. (*El Tr.*)

(2) En algunos sugetos escrofulosos hemos observado una especie de erupción tuberculosa miliar que la dá un aspecto tal como dice el autor, y cuando por sí ha cesado, ha sido por presentarse el mal bajo la forma de oftalmia, diarrea etc. (*El Tr.*)

melancolía hasta el furor; las lipolimias, los vértigos y las enfermedades del corazón, las afecciones del bajo vientre con todo el cortejo de los padecimientos llamados histeria é hipocondría; en una palabra, que los milares de afecciones crónicas á las cuales la patología asigna nombres diferentes, no son, con pocas escepciones, mas que retornos de la *psora* polimorfa. Continuando mis observaciones, mis comparaciones, y mis experimentos en los últimos años, permanecí en la convicción que las enfermedades crónicas del cuerpo y del alma, que varían tanto bajo el punto de vista de los accidentes que determinan y de las formas que revisten en los diversos individuos, no son todas, cuando no se las debe colocar en la categoría de las dos enfermedades venéreas, la sífilis y la sicósis, mas que manifestaciones parciales del miasma crónico primitivo, leproso y psórico, es decir de los derivados de una sola y misma inmensa enfermedad fundamental, cuyos síntomas casi innumerables no forman mas que un solo todo, y no deben ser considerados y tratados mas que como miembros de una sola y única enfermedad. Del mismo modo, en una grande epidemia de tifus, por ejemplo la del año 1813, un enfermo no presenta mas que algunos de los síntomas propios de la epidemia; un segundo ofrece solamente asimismo algunos otros, pero diferentes; un tercero, un cuarto ofrecen otros aun: todos sin embargo son atacados de una sola y misma fiebre pestilencial, y uno se vé obligado á tomar los síntomas en todos los enfermos, ó en muchos de entre ellos, para formarse una imagen completa del tifus reinante, en tanto que el medio ó los medios reconocidos homeopáticos (1) curan el tifus entero, y por conse-

(1) En el tifus de 1813, la *bryonia* y *rhus toxicodendron*.

cuencia tambien desplegan una eficacia especifica en cada caso individual, aunque cada enfermo ofrece síntomas diferentes de los que se observan en los otros, y que cada uno de ellos parece ser atacado de otra afeccion (1).

Lo mismo sucede, *aunque sobre una escala mucho mayor*, con la *psora*, este manantial comun de tantas enfermedades crónicas, en que cada una parece diferir esencialmente de todas las otras, aunque en el fondo sea la misma cosa, como lo demuestra la semejanza de muchos síntomas que se manifiestan igualmente en ellas durante su curso progresivo y su curacion se obtenga por los mismos medios.

Todas las enfermedades crónicas del hombre, aun aquellas que se abandonan á sí mismas, y que ningun tratamiento irracional viene á agravar, tienen como queda indicado una pertinacia y una duracion tales que, inmediatamente que son desarrolladas, cuando el arte no procura la curacion radical, van siempre agravándose con los años, y que las fuerzas propias de la naturaleza, la mas robusta, secundadas tambien por un régimen y género de vida muy regularizados, no pueden ni disminuirlas, ni menos aun vencerlas y extinguirlas; no desapareciendo jamás por sí, sino que crecen y se agravan hasta la muerte. Ellas deben tener todas por causa los miasmas crónicos permanentes, que les permiten estender continuamente el círculo de su existencia parásita en la economía humana.

En Europa, y en otras partes del globo, no se encuentra, acerca de las nociones á que hemos llegado,

drum fueron los remedios especificos para todos los enfermos.

(1) Véase la *Esposicion de la Doctrina homeopática*, ú *Organon* del arte de curar, traducido por A. J. L. Jourdan, París 1845, § 103—108.

mas que tres de estos miasmas crónicos en que las enfermedades se manifiestan por síntomas locales, y de donde provienen, si no todas, por lo menos la mayor parte de las afecciones crónicas; estos miasmas son la *sífilis*, que yo llamé otras veces *enfermedad venérea*, la *sicósis* ó *enfermedad de las verrugas*, y en fin la *psora* que es el manantial del exantema de la sarna. Esta última siendo la mas importante de todas, es la que vá á ser primero examinada.

La *psora*, esta enfermedad crónica miasmática, la mas antigua, la mas generalmente repartida, la mas funesta, y sin embargo la mas desconocida de todas, es la que atormenta los pueblos hace tantos millares de años. Mas, desde los últimos siglos, ella es la madre de los infinitos males no venéreos, agudos y crónicos, increíblemente diversificados, por los que el género humano se encuentra al presente afligido cada dia mas y mas en toda la superficie habitada de la tierra.

La *psora* es la mas antigua enfermedad crónica miasmática que conocemos.

Crónica como la *sífilis* y la *sicósis*, por consecuencia cuando no se la cura de un modo radical, no se extingue sino con el último hálito de la vida, aun la mas larga, pues que la naturaleza, por robusta que sea, no puede jamás destruirla por sus propias fuerzas; siendo por otra parte, de todas las enfermedades crónicas miasmáticas, la mas antigua y la que presenta mas cabezas.

Durante todo el tiempo que ha transcurrido desde la época en que ella atacó al género humano, porque la historia mas remota de los pueblos mas antiguos no se remonta hasta su origen, los fenómenos morbosos por los cuales se manifiesta han adquirido tal estension, hasta un cierto punto apreciable por el inmenso desar-

rollo que ha debido tomar desde tan largo tiempo en tantos millones de organismos por los cuales ha pasado, que casi no se puede numerar sus síntomas secundarios, y que todas las afecciones crónicas y naturales, es decir, no producidas por el arte de los médicos, ó por los trabajos insalubres sobre el mercurio, el plomo, el arsénico etc. que figuran bajo cien nombres diferentes en la patología ordinaria, la reconocen por verdadero y único manantial, á escepcion de las que son debidas á la sífilis, y de aquellas mas raras aun que provienen de la sicósis.

Los mas antiguos monumentos históricos que nosotros poseemos hablan ya de la *psora* muy desarrollada. Moisés (1) describió muchas modificaciones treinta y cuatro siglos há. Sin embargo, parece que en esta época, y como en ella continuó despues entre los Israelitas, esta enfermedad habia fijado su principal asiento en las partes exteriores del cuerpo, del mismo modo que lo hizo luego, ya entre los griegos antes de su civilizacion, ya mas tarde entre los árabes, ya en fin en

(1) El tercer libro, capítulo 13, y donde Moisés habla (cap. 21 ver. 20) de las enfermedades del cuerpo, de las que un sacerdote destinado á los sacrificios debe estar exento, la sarna maligna es designada con la palabra hebrea נֶרֶב, que los setenta han traducido *ψώρα άγρία* y la Vulgata por *scabies jugis*. El comentador talmúdico Jonathan dice que es una sarna seca repartida sobre todo el cuerpo, y traduce la palabra de Moisés, לֵפֶת, por *lichen*, dartro (véase *Rossenmuller Scholia in Levit.* p. II edit. sec., p. 124). Los comentadores de la Biblia llamada inglesa se hallan de acuerdo, y Calmet, entre otros, dice que la lepra semeja á una sarna inveterada con violentas comezons. Los antiguos hablan asimismo de un prurito particular y voluptuoso, característico entonces como en el dia, al cual sucede un ardor doloroso despues de haberse rascado. Tal es entre otros Platon que llama la sarna *γλυκύνηταρον*. Ciceron habla igualmente de la *dulredo*, de la *scabies*.

Europa durante la barbarie de la edad media. No entra en mi objeto el referir los nombres que los diferentes pueblos han dado á las variedades mas ó menos malignas de la lepra (síntomas exteriores de la *psora*), que desfiguran diversamente el exterior del cuerpo. Estos nombres nos son de poca importancia, pues que la esencia de la enfermedad pruritosa y miasmática es, y permanece en el fondo, la misma.

Sin embargo, la *psora* de occidente que, en la edad media habia sido durante muchos siglos tan temible bajo la forma de una erisipela maligna, llamada *fuego de san Antonio*, fué reducida á la forma leprosa por la lepra que los cruzados trajeron en el siglo trece. Aunque por esto fuese la enfermedad mas estendida en Europa que lo que lo habia sido hasta entonces, pues que en 1226 se contaban dos mil leprosos en sola la Francia, la *psora*, que se multiplicaba de este modo mas y mas cada día, con los caracteres de un insidioso exantema, encontró al menos un contrapeso á la violencia de sus síntomas exteriores en los medios de limpieza traídos de oriente con ella, es decir en el uso de las camisas, desconocidas hasta entonces en Europa, y en el gusto de los baños calientes, que muy luego se generalizó. Estos dos medios unidos al mayor esmero en la preparacion de los alimentos y á un género de vida mas culto, que fueron la consecuencia de los progresos de la civilizacion, llegaron en dos siglos á disminuir de tal modo los horribles síntomas de la *psora*, que al fin del décimo quinto siglo no se presentó mas que bajo la forma de la erupcion psórica ordinaria, cuando en 1493, otra enfermedad crónica miasmática, la sífilis, empezó por primera vez á levantar su formidable cabeza (1).

(1) Aquellos que, algun dia nos arguyeran á nosotros

Una vez que, en los países civilizados, la *psora* se fué modificando en sus síntomas exteriores, hasta no aparecer mas que bajo la forma de erupción psórica ordinaria, se hizo mucho mas fácil limpiar la piel por diversos medios, del exantema que sucedia á la infección, de suerte que desde entonces, el uso de los tratamientos esternos, habiéndose hecho general, las manifestaciones de la *psora* á la piel son frecuentemente borradas por los baños, las lociones, y las fricciones con las preparaciones del azufre, del plomo, del cobre, del zinc y del mercurio, con tanta rapidez, sobre todo en los sugetos acomodados, que generalmente se ignora de un modo absoluto en las demas clases de la sociedad, que un niño ó un adulto ha sido atacado de sarna.

Sin embargo la suerte del género humano lejos de haber mejorado por esto, se encuentra, al contrario, mas abrumada por muchos respectos. En efecto, aunque en los siglos precedentes en que el exantema de la *psora* afectaba la forma leprosa fué sumamente molesto á los enfermos por los latidos que se sentian en los tubérculos y bajo las costras, y por las violentas comezones que sobrevenian en los alrededores, sin embargo,

dándonos á entender que Hahnemann y sus adeptos no cuentan para nada, en el tratamiento de las enfermedades, con la inedia y demas medios higiénicos, es seguro se habrian abstenido de tal crítica si hubieran leído este párrafo, producto tan bello de la pluma de aquel sábio, como todo lo demas que escribió. No creemos pueda darse mas importancia á los referidos medios en el tratamiento de las enfermedades que diciendo como hace el viejo Sajon que por sí solos bastaron, sino á extinguir, de un modo absoluto, á transformar y dar una forma mucho mas benigna á una enfermedad tan asquerosa y horrible como la lepra, no volviendo ya á presentarse sino bajo la forma de *psora* ordinaria.

el resto de la economía se resentía generalmente poco á causa de la extrema pertinacia con la cual persistía esta grande afección cutánea, que nacía de la afección psórica interna. Aun hay mas, el aspecto horrible y repugnante de un leproso producía una impresión tan profunda sobre los individuos sanos, que todos huían de la aproximación de aquel, y la reclusión del mayor número de los infortunados en los hospitales, los alejaban del resto de la sociedad; lo cual limitaba y hacía raro el contagio, proporcion guardada.

Mas, despues que todas las causas referidas modificaron la psora, en cuanto á sus caracteres exteriores, por los siglos décimo cuarto y décimo quinto, haciéndola tomar la forma de una simple erupción cutánea, en la cual las pápulas que suceden á la infección son al principio poco salientes y pueden ser fácilmente ocultadas, mas son continuamente desgarradas por el enfermo, á causa del comezon que las acompaña, y, estendido de este modo al rededor de ellas el líquido que contienen, el miasma productor de la enfermedad se comunica tanto mas facil y seguramente á numerosos individuos, cuanto que el contagio tiene lugar de una manera menos patente y los objetos invisiblemente manchados por el líquido psórico infectan mas personas de las que los tocan sin saberlo, que las que infectan los mismos leprosos, cuyo horrible exterior hace huir á todo el mundo.

De este modo es como la psora se ha hecho la mas contagiosa y estendiéndose mas que todos los miasmas crónicos.

El miasma psórico se ha propagado ya á lo lejos, cuando el punto donde primero apareció reclama ú obtiene un repercusivo exterior, como agua blanca, unguento precipitado blanco, etc., contra el exantema que causa las comezones, sin que el sugeto convenga en

haber tenido sarna, y aun sin que crea haberla contraído, y con frecuencia sin que el hombre del arte mismo se aperciba de que es la sarna la que ha repercutido por una disolución de plomo, ó de otro modo.

Se concibe sin pena que las gentes pobres que dejan la sarna destruir su piel hasta que hechos un objeto de horror para todos los que los rodean, se ven obligados á reclamar los medios propios á hacerla desaparecer, han debido hasta entonces comunicar la infeccion á un gran número de personas.

Si pues la humanidad sufre mas desde que la forma exterior de la psora ha descendido modificándose, de la lepra al exantema psórico, no es solo porque este se contraiga mas inopinadamente, y por consecuencia de un modo mas frecuente, sino porque la enfermedad principal, mitigada como está en todas sus partes, aunque mas generalmente repartida bajo esta nueva forma, no ha cambiado á lo menos en su esencia, que es siempre de una naturaleza tan formidable como en su origen, y que despues de la desaparicion, al presente mas fácil, de su exantema, hace progresos tanto mas desapercibidos en lo interior. Hé aqui porqué como despues de los tres últimos siglos, despues del anonadamiento (1) de su síntoma principal, goza del triste pri-

(1) Los viciosos medios puestos en uso por los médicos mas ó menos instruidos no son la única causa de la desaparicion del exantema psórico, no es por desgracia raro que sin esta influencia, la erupcion abandone la piel, como se verá mas adelante en los hechos recogidos por antiguos observadores (número 9, 17, 26, 36, 50, 58, 61, 64, 65). La sífilis y la sicósis tienen ambas respecto á esto una gran ventaja sobre la psora, que consisten en que, en la primera los canceros ó los bubones, y en la segunda, las escrescencias no desaparecen de las partes exteriores sino cuando se las destruye torpemente por los tópicos, en el momento que se

vilegio de producir esta multitud de síntomas secundarios, es decir esta legion de enfermedades crónicas, en las que los médicos no sospechan el origen, y como por esta razon, no pueden ellos lograr jamás el curar radi-

trata racionalmente la enfermedad entera por los medicamentos internos. De aqui se sigue que la sífilis no puede estallar mientras que los caneros no hayan sido destruidos por el arte, ni manifestarse los síntomas secundarios de la sicósis en tanto que las escrescencias sean respetadas, porque las afecciones locales que tienen origen en el mal interno al cual pertenecen, persisten por sí mismas hasta el fin de la vida, sin permitir á la enfermedad interna estallar, lo que las hace muy faciles de curar en toda su estension, es decir radicalmente, por los medicamentos internos específicos contra ellas, cuyo uso debe continuarse mientras que los síntomas locales (caneros, verrugas) persistentes naturalmente cuando no se los combate por los repercusivos externos, son completamente curados; porque entonces se está perfectamente cierto de haber obtenido la curacion radical de la enfermedad interna, es decir de la sífilis y la sicósis.

La psora, tal cual ha sido modificada de tres siglos á esta parte, descendiendo del caracter de la lepra al del exantema psórico, no ha mejorado empero de condicion. La erupcion psórica no teniendo en la piel una fijacion tan sólida en el cancro ó las escrescencias, no se mantiene en su sitio como estos. Aun en los casos en que los cuidados mal entendidos de un médico no la repercutan, como sucede casi siempre, por las lociones desecantes, las pomadas sulfurosas ó los purgantes drásticos, sucede con frecuencia el desaparecer por sí misma, para servirme del language admitido, es decir por causas en las cuales no se fija la atencion. Se la vé bastante frecuentemente cesar á consecuencia de un penoso suceso físico ó moral, de un susto violento, de desgracia continua, de un disgusto insoportable, de un grande enfriamiento ó de un frio intenso (como en la observacion numero 67, que se verá mas adelante) el uso de baños frios, tibios ó calientes, en agua de rio ó en las minerales, la aparicion de una fiebre ú otra enfermedad aguda provocada por una causa cualquiera (como la viruela en la observacion numero 39), la de una diarrea prolongada, y algunas veces asimismo por efecto de una inercia particular de la piel. En este caso las consecuencias son

calmente la psora primitiva en totalidad (aun acompañada de su erupción cutánea), y que, bien lejos de esto deben con frecuencia agravar por sus remedios mal elegidos, como lo demuestra la experiencia diaria.

Antiguamente, cuando la psora se limitaba aun la mayor parte del tiempo al tremendo síntoma exterior reemplazando la enfermedad interna, es decir á la lepra, *no se veían, ó eran mucho menos*, tantas de las innumerables enfermedades nerviosas, las afecciones dolorosas, los espasmos, las úlceras (cancros) las desorganizaciones, las debilidades, las parálisis, los marasmos, las perversiones del físico y del moral, que es tan común hallar en el día. Desde hace tres siglos es cuando el género humano se vé afligido por tantos males, efecto de la causa que acabo de señalar (1).

tanto ó mas fatales que cuando al exantema ha sido suprimido exteriormente por una terapéutica irracional. Los síntomas secundarios de la psora interna, y alguna de las enfermedades crónicas, que tienen su origen en aquella estallan entonces mas ó menos pronto.

No se crea que la psora, tan modificada en el día en su síntoma local, la afección cutánea, difiere esencialmente de la antigua lepra. No era raro en otro tiempo que está última abandonase la piel por el uso de baños frios y de inmersiones repetidas en el agua de río ó en las aguas minerales calientes (véase mas adelante número 33) pero entonces no se fijaba asimismo la atención en los resultados fatales de esta desaparición, que lo que la fijan los médicos modernos en las enfermedades agudas y crónicas que la psora interna produce constantemente mas pronto ó mas tarde cuando la erupción ha abandonado por sí misma la piel, ó por efecto de un tratamiento dirigido contra ella.

(1) El uso del café y del té calientes, que está tan generalmente admitido hace dos siglos, y que exalta á un grado tan alto la irritabilidad muscular y la sensibilidad, há singularmente acrecentado la disposición á las enfermedades crónicas, y su influencia se ha unido á la de la psora para multiplicar y diversificar aun mas estas afecciones.

Ve aquí como la psora se ha hecho el manantial mas general de las enfermedades crónicas.

Desde hace tres siglos que se ha tomado tan considerablemente el hábito de despejar la psora del sintoma cutáneo, el exantema psórico, que reduce al silencio y reemplaza en algun modo el mal interno, engendra tantos síntomas secundarios, cuyo número vá siempre en aumento, que las *siete octavas* por lo menos de las enfermedades crónicas la reconocen por única causa, al paso que la otra octava procede de la sífilis y de la sicosis, ó de una complicacion ya de dos, ya, lo que es mas raro, de tres de las afecciones crónicas miasmáticas. Es asimismo poco comun que la sífilis, en la que se obtiene tan fácilmente la curacion por la mas pequeña dosis de una preparacion mercurial bien elegida, y la sicosis, que no es mas difícil de curar por medio de algunas dosis del jugo de thuya administrados alternativamente con el ácido nítrico, degeneren en enfermedades crónicas cuya curacion no ofrece dificultades, á menos que no se compliquen con la psora. Esta última es pues de todas las enfermedades, *la que se desconoce con mas frecuencia, y por consiguiente la que los médicos tratan mas mal y de la manera mas perniciosa.*

Esto es en lo que yo no puedo menos de convenir, aun cuando, en mi pequeño *Tratado sobre los efectos del Café* (Leipzig; 1813, traducido al francés por A.-J.-L. Jourdan, á continuacion de la esposicion de la doctrina médica homeopática. Paris 1843 pág. 290 y sig.) yo tal vez he abultado la parte que este líquido tiene en los padecimientos físicos y morales del género humano, porque entonces no habia yo aun descubierto que el origen principal de las enfermedades crónicas está en la psora. Era necesario el concurso del abuso del café y del té para que esta última llenase la humanidad de afecciones crónicas tan numerosas y pertinaces, que á ella sola le hubiera sido imposible multiplicar tanto.

Es increíble hasta qué punto los médicos modernos de la escuela ordinaria se hacen culpables del crimen de lesa humanidad, cuando, sin esceptuar casi ningun profesor, ninguno de los prácticos ni aun de la mayor reputacion, ninguno de los escritores los mas considerados, exigen en regla, y por decir asi en principio infalible, «que toda erupcion psórica es una simple enfermedad local, limitada únicamente á la piel en la cual el resto del organismo no toma la menor parte; que en consecuencia se puede y se debe siempre sin escrúpulo, desembarazar localmente la piel por las pomadas sulfurosas, por el unguento de Jasser, que es aun mas acre, por las fumigaciones sulfurosas, por las disoluciones de plomo ó de zinc, pero sobre todo por los precipitados mercuriales, cuya accion escede en rapidéz á la de todos los otros medios; que una vez limpia la piel del exantema, todo ha concluido, el sugeto curado y el mal queda enteramente destruido; que á la verdad, cuando se descuida la erupcion, hasta permitirle estenderse sobre la piel, puede suceder muy bien que el principio morbífico encuentre en fin ocasion de insinuarse, por los vasos absorbentes, en la masa de los humores, infectar asi la sangre y los demas líquidos, y pervertir la salud; que entonces el sugeto puede concluir por experimentar las afecciones debidas á la presencia de estos humores viciados, de los que el cuerpo no tarda sin embargo de ser desembarazado por el uso de los purgantes y depurativos; pero que en acudiendo con tiempo, para atacar el síntoma cutáneo, se previene toda especie de afeccion consecutiva y que entonces el interior de la economia permanece perfectamente sano.»

No solamente se han proclamado y enseñado estos errores groseros, sino que aun se los ha puesto en prác-

tica, de tal modo que en el dia, en todos los hospitales los mas célebres de los paises y poblaciones en apariencia mas ilustrados, entre los particulares de las altas y de las bajas clases de la sociedad, en todas las casas de correccion y horfandad, en una palabra, en todos los establecimientos civiles y militares donde se presentan sarnosos, todos los enfermos sin escepcion son únicamente tratados por los médicos oscuros como por los prácticos mas célebres, por los medios esternos de que queda hecha mencion, á los cuales no deja de adicionarse algunas fuertes dosis de flores de azufre y algunos purgantes enérgicos, á fin segun se dice, de limpiar el cuerpo. Cuanto mas rápidamente desaparece la erupcion, mas se aplaude el suceso (1); una vez bien limpia la piel, se asegura osadamente que todo está concluido, que los enfermos están curados (2), sin haber fijado la atencion

(1) Raciocinando acerca de las falsas ideas que se forman sobre esta importante enfermedad, á gusto y sin interrogar la naturaleza, los médicos aseguran que entonces el principio scabieico depositado sobre la piel no ha tenido aun tiempo de penetrar en el interior, y de ser-transportado por los vasos absorventes á la masa de los humores, para poderla infectar por entero. ¿Mas, hombres concienzudos, si basta desde el principio la mas pequeña pápula sarnosa con su insoportable prurito voluptuoso, que conduce irresistiblemente á rascarse, y con el ardor doloroso que se sigue, para probar, *en todos los casos y constantemente*, que la enfermedad psórica bien desarrollada existe ya anteriormente en el organismo entero, como se verá mas adelante; si, acerca de esto la extincion de la erupcion cutánea lejos de disminuir el mal general interior, no hace al contrario, como lo prueban millares de hechos, mas que precisar á desarrollarse rápidamente en innumerables enfermedades agudas, ó poco á poco en enfermedades crónicas no menos multiplicadas, cuyo peso es tan grave para el género humano, podeis vosotros entonces curar este mal interno? La esperiencia responde que no!

(2) En algunos sarnosos robustos la fuerza vital, obede-

en los padecimientos que mas pronto ó mas tarde estallarán *de seguro*, es decir en la *psora* interna, que podrá pronunciarse bajo tantos miles de formas diferentes (1).

Luego que los desgraciados que han sido embaucados con tan funesta ilusion se presentan mas ó menos pronto con los males que son el inevitable resultado de semejante tratamiento, con tumores, dolores pertinaces en tal ó cual parte del cuerpo, afecciones hidrópicas é histéricas, hipocondriacas, dolores artríticos, enflaquecimiento, supuracion del pulmon, asma permanente ó espasmódico, la ceguera, la sordera, las parálisis, caries, las hemorragias, enfermedades mentales, etc., los médicos se imaginan tener á la vista alguna cosa nueva, y, sin atender al origen de todos estos accidentes, obedeciendo á la rutina ordinaria de la terapéutica, dirigen medicamentos inútiles y perjudiciales contra los fantasmas de las enfermedades, es decir contra las causas que ellos arbitrariamente asignan á los padecimientos de que son testigos, hasta que el enfermo, despues de

ciendo á la ley natural sobre la cual descansa, y manifestado un intento superior á la pretendida razon de los que la contrarian en sus esfuerzos, apenas deja trascurrir algunas semanas sin restablecer en la piel el exantema que creia haber destruido con los unguentos y purgantes. El enfermo permanece en el hospital, donde se recurre aun á los mismos medios para limpiar de nuevo su órgano cutáneo. He visto á los soldados sufrir sucesivamente, en algunos meses, hasta tres de estos tratamientos insensatos, en que los directores pretenden que aquellos habian contraido la sarna otras veces diferentes en tan corto espacio de tiempo; lo cual es absolutamente imposible.

(1) Yo escribia estas líneas en 1829. Aun en el dia de hoy los médicos de la antigua escuela no han cambiado nada ni en su enseñanza, ni en su modo de obrar. No se han hecho ni mas sábios ni mas humanitarios en lo que concierne á esta parte tan importante de su arte.

haber visto ir acrecentando sus males durante muchos años, obtiene en fin de sus manos por la muerte el término de todos los sufrimientos terrestres (1).

Los médicos antiguos eran mas concienzudos respecto á esto, y observaban con menos prevencion. Ellos veian claramente y estaban convencidos que las enfermedades en su mayor número, y las mas graves de las afecciones crónicas, suceden al aniquilamiento de la erupcion cutánea. Asi, como la esperiencia les habia enseñado á admitir una enfermedad interna en todo caso, cualquiera que fuese, de sarna, trataban de destruir esta grande afeccion, de la que suponian con razon la existencia simultánea, por todos los medios internos que la terapéutica ponía á su disposicion. Es verdad que el suceso no coronaba sus esfuerzos, en razon á que no conocian el verdadero método, cuyo descubrimiento estaba reservado á la homeopatía, mas sus tentativas hechas de buena fé eran loables por sí mismas, porque se fundaban sobre la nocion de una grande enfermedad interna que debia combatirse con la erupcion psórica; y los impedia limitarse á atacar localmente el exantema, como hacen los modernos, que no creen poderse desembarazar jamás de él bastante pron-

(1) La casualidad, porque ellos mismos no pueden asignar mas que una causa imaginaria á esta conducta de parte suya, les sugiere, cuando sus recetas no pueden nada contra el mal desconocido para ellos, el subterfugio, salutario á veces para los enfermos, que consiste en enviarlos á los baños sulfurosos. Aqui, frecuentemente, los enfermos son despojados de una pequeña parte de su *psora*, y, la primera vez que hacen uso de las aguas, la enfermedad crónica los abandona hasta cierto punto durante algun tiempo; mas la repeticion de este medio no les es, ó les es poco útil, y ellos caen en la misma enfermedad ó en otra análoga, en razon á que no basta solo el azufre para curar la *psora* desarrollada.

to, sin atender á los graves males consecutivos contra los cuales los antiguos nos han enseñado la necesidad de obrar con precaucion, por millares de ejemplos consignados en sus escritos.

Mas las observaciones de hombres honorables hablan muy alto para mirarlas con desden, ó para que en conciencia se las pueda dejar en el olvido.

Voy á referir algunos de los innumerables hechos que nos han sido trasmitados por los médicos antiguos, á los cuales podré añadir un número igual de observaciones sacadas de mi propia esperiencia, por si aquellos no bastasen, y ademas, para manifestar con qué furor la *psora* se desarrolla cuando se ha borrado el sintoma exterior que acalla el mal interno, y cuanto la conciencia del médico filantrópico se interesa para que el término de sus esfuerzos sea ante todo la curacion, por un tratamiento apropiado de la enfermedad interna, cuya estincion lleva consigo la de la erupcion cutánea, precaviendo los innumerables males crónicos consecutivos, con los que la *psora* no curada abrevia la vida; y curar estas afecciones cuando han ya llenado de amargura los dias del enfermo.

Las enfermedades agudas, y sobre todo crónicas, que deben su origen á la supresion sola del sintoma cutáneo, erupcion y prurito, cuya presencia hace callar la *psora* interna á la cual reemplaza, á lo que se llama falsamente *retrocesion de la sarna á lo interior del cuerpo*, son innumerables, es decir tan variadas como lo son las mismas constituciones individuales y las circunstancias exteriores que las modifican,

Junker ha dado un corto resúmen (1). Este médico

(1) LOUIS CHRÉTIEN JUNKER, *Diss. de damno ex scabie repulsa*. Halle, 1750, p. 13-18.

ha visto á la pretendida sarna retropulsa producir en sugetos jóvenes y sanguíneos, la tisis pulmonar; en los sanguíneos en general, las hemorroides, cólicos hemorroidales y cálculos renales; en los de un temperamento sanguíneo y bilioso, hinchazones de las glándulas del pecho, rigidez en las articulaciones y úlceras de mal caracter; en los pletóricos, catarros sufocativos y las tisis mucosas. Igualmente ha visto dar origen á la fiebre inflamatoria, á la pleuresía aguda y á la perineumonía. Se ha encontrado dice en la abertura de los cadáveres, los pulmones llenos de induraciones y de colecciones purulentas. Se han encontrado asimismo induraciones de otro género, hinchazonos óseas y úlceras que dependen de la supresion de la sarna; añadiendo aquel que esta provoca principalmente las hidropesías en los individuos flemáticos; que el periodo menstrual se retarda por ella, y que cuando la sarna existe durante el flujo de las reglas, esta hemorragia es reemplazada por una hemoptisis mensual; que á veces conduce á la demencia á las personas dispuestas á la melancolía, y que, si las mugeres en estas circunstancias se hacen embarazadas, el feto perece ordinariamente en su seno; que la supresion de la sarna ocasiona á veces la esterilidad (1);

(1) Una jóven embarazada, que tenia sarna en las manos, la hizo desaparecer al octavo mes de su preñado, á fin de que no se la percibiesen las personas que la asistiesen en el parto. Tres dias despues alumbró; los loquios se suprimieron, y se declaró una fiebre aguda. Siete años transcurrieron despues, durante los cuales la jóven permaneció sujeta á derrames por la vagina. Al cabo de este tiempo, habiendo sido reducida á un estado de miseria, se vió obligada á hacer un largo viage á pié desnudo: la sarna reapareció entonces, el derrame cesó, los demas accidentes histéricos se desvanecieron, la jóven volvió á hacerse embarazada, y parió felizmente. (JUNCKER, *loc. cit.*)

que en general contiene la secreción de la leche en las que crian, que acelera la época de la cesacion de las reglas, y que, en las mugeres de edad avanzada, la matriz cae en un estado de supuración, acompañada de dolores profundos y quemantes, que conducen al marasmo. (Cáncer uterino.) (a)

Sus observaciones han sido frecuentemente confirmadas por las de otros prácticos (1). Así se ha visto, después de la desaparición de la sarna.

El asma; LENTILIUS, *Miscell. med. prac.* tom. I, p. 476.—Fr. Hoffmann, *Abhandlung von der Kinderkrankheiten*. Francfort, 1741, p. 404.—Dethar-

(a) Si se interrogan con cuidado á las mugeres que han pasado la edad crítica y padecen de cáncer-uterino, es raro no encontrar la causa productora que dice el autor. (*El Tr.*)

(1) En la época en que yo redactaba la primera edición no conocia aun las observaciones prácticas recogidas por Autenrieth en la clínica de Tubingue, en 1808. A lo que este autor llama enfermedades producidas por la supresión de la sarna, no es mas que una confirmación de lo que yo habia encontrado ya en otros cien escritores. Aquel ha visto úlceras en las piernas, la tisis pulmonar, la clorosis histérica, con diversos desórdenes en la menstruación, tumores blancos en la rodilla, hidropesías de las articulaciones, la epilepsia, la amaurosis, con oscurecimiento de la cornea, el glaucoma, la enagenación mental, las parálisis, apoplejías, la distorsión del cuello, etc., accidentes que atribuia únicamente, y sin razón, á los unguentos. Pero un método, que consiste en el uso del hígado de azufre y las fricciones jabonosas, no es mas ventajoso, porque con él no se logra mas que alejar con violencia la sarna de la piel. Autenrieth no escude á los demás alópatas, pues que mira como ridiculo, el pretender curar la sarna por medios internos. Lo que, al contrario, es no solamente ridiculo, sino hasta miserable, es el no querer curar radicalmente y con evidencia, por los medios internos, la enfermedad psórica de la que no se puede obtener la curación por los que no hacen mas que obligarla á abandonar un sitio sobre el cual se habia fijado.

ding, dans *Apped. ad Ephem. Nat. Cur.* dec. III, ann. 5, et 6; et dans *Observ. parallel, ad obs.* 58.—Binniger, *Observ.* cent. V, obs. 88.—Morgagni, *De sedibus et causis morb. Epist.* XIV, 35.—*Acta. Nat. Cur.* tom. 5, obs. 47.—J. Juncker, *Consp. Therap. special* tab. 31.—F.-H.-L. Muzell, *Wahrnehmungen*, cas. 8. Samml. II (1).—J.-Fr. Gmelin, dans *Gesner Sammheng von Beobachtungen*, V. p. 21 (2).—Hundertmart.—Zieger. *Dics, de scabie artificialis.* Leipz., 1758, p. 32 (3).—Beireis.—Stamm, *Diss de causis cur imprimis plebs. scabie laboret.* Helmstaedt, 1792, p. 26 (4).—Pelargus (Storch), *Obs. clin.* Jahrg. 1722,

(1) Un hombre de treinta á cuarenta años, había sufrido por espacio de mucho tiempo sarna, que desapareció á beneficio de fricciones. Desde esta época, se hizo poco á poco y de mas en mas asmático; su respiracion concluyó por hacerse, aun en el mayor estado de quietud, muy corta y estremamente penosa, acompañada de una especie de silvido continuo, pero con poca tos. Se le prescribió una lavativa con un escrúpulo de scilla, y al interior tres granos de la misma sustancia en polvo. Mas se cometió un error, y el escrúpulo de scilla fué introducido en el estómagó; el enfermo estuvo en peligro de perder la vida; sufrió horribles incomodidades, con terribles ganas de vomitar; mas poco tiempo despues, la sarna reapareció abundantemente en las manos, en los pies y en todo el cuerpo, lo cual puso fin repentinamente al asma.

(2) A un asma violenta se unió una tumefaccion general y fiebre.

(3) Un hombre de treinta y dos años se había librado de la sarna por las fricciones de una pomada sulfurosa, en seguida se vió atormentado por espacio de once meses por el asma mas violenta, hasta que el uso continuo durante veinte y tres dias de la sávia del abedul hizo reaparecer el exantema, y aquel curó.

(4) Un estudiante contrajo la sarna en visperas de asistir á un baile, y le libró de ella un mélico con una pomada sulfurosa; mas poco tiempo despues, fué atacado de un asma tal que no podia respirar sino con la cabeza elevada, y

p. 435 á 438 (1).—*Breslaner Samml. von Jahre, 1727*, p. 2937 (2).—Riedlin, le père, *obs. cent. II*, obs. 90. Augsbourg, 1691 (3).

El *catarro sufocativo*; Ehrenfr. Hagendorn, *Hist. med. phys. cent. I*, hist. 8, 9 (4).—Pelargus, *loc.*

que en los accesos, se sofocaba enteramente. Después de haber luchado de este modo con la muerte durante una hora, espetó, tosiendo, pequeñas masas cartilaginosas, cuya salida le alivió prontamente. De vuelta al pueblo de su naturaleza, esperiméntó por la tarde, durante dos años, sin interrupcion, una docena de ataques de este mal que los cuidados de Beireis no pudieron ni aun modificar.

(1) Un muchacho de trece años estaba afectado de tiña desde su infancia; su madre repercutió el exantema: ocho ó diez dias después, fué el chico atacado de asma, con violentos dolores en los miembros, el dorso y las rodillas, y no curó sino al cabo de un mes por la aparición de una erupcion psórica en todo el cuerpo.

(2) Una tiña de que era atacada una niña pequeña, fué suprimida por los purgantes y otros medicamentos internos. La niña esperiméntó en séguida opresion de pecho, tos y grande abatimiento. Su restablecimiento, por lo demas bastante pronto, no tuvo lugar sino cuando, habiendo sido interrumpida la administracion de los remedios, la tiña curó.

(3) Un muchacho de cinco años tenia hacia mucho tiempo sarna. Este exantema, habiendo sido suprimido por un unguento, dió lugar á una melancolia profunda, con tos.

(4) La supresion de una tiña por las uncciones con el aceite de almendras dulces dió lugar á una debilidad estrema en todos los miembros, á un dolor en un lado de la cabeza, á la pérdida del apetito, al asma, á despertar de noche sobresaltado, por el catarro sufocativo, con respiracion estertorosa y sibilante, convulsiones en los miembros, como en artículo de muerte, y hematuria. La reaparicion de la tiña curó todas estas afecciones.

Un niño de tres años habia tenido algunas semanas sarna, que se suprimió por medio de un unguento; al dia siguiente el niño fué atacado de coqueluch, con ronquido, estupidez y frio del cuerpo entero, cuyos accidentes no cesa ron hasta que la sarna hubo reaparecido.

cit. Jahrg. 1723, p. 15 (1).

Sofocaciones asmáticas; Jean-Philippe Brendel, *Cansilia med.* Francfort, 1615, conf. 73.—*Ephem. nat. Cur.*, ann. II, obs. 313.—Guill. Fabrice de Hillem, *Observ. cent.* III, obs. 39 (2).—Ph.-R. Vicat, *Observ. pract.* 1780, obs. 35 (3).—J.-J. Waldschmidt, *Opera*, p. 244 (4).

Asma con intumescencia general; Waldschmidt, *loc. cit.*—Hæchstetter, *Observ. dec.* III, obs. 7. Francfort et Leepzick, 1674, p. 248.—Pelargus, *loc. cit.* Jahrg. 1723, p. 573 (5).—Reedlin, le père, *loc. cit.* obs. 91 (6).

(1) Una joven de doce años se libró de una sarna abundante por las fricciones de una pomada, despues de lo cual fué atacada de una fiebre aguda, con tos sofocante, asma, hinchazon y poco despues dolor de costado. Pasados seis dias, un medicamento interno que contenia azufre reprodujo la sarna, y aquellos males desaparecieron, á escepcion de la hinchazon; mas al cabo de veinte y cuatro dias la sarna se desecó, y él vió reaparecer una nueva inflamacion de pecho, con dolor de costado y vómitos.

(2) La opresion de pecho que un joven de veinte y cinco años padecia á consecuencia de la retropulsion de una sarna era tan grande, que no podia respirar, y su pulso apenas era sensible. La muerte tuvo lugar por sofocacion.

(3) Un dartro húmedo en el brazo izquierdo de un joven de diez y nueve años habia desaparecido despues del empleo de una multitud de tópicos; pero inmediatamente sobrevino un asma espasmódica, que un largo viage á pié, durante los calores del estio, acrecentó hasta el punto de hacer la sofocacion inminente, con turgencia y color livido de la cara, celeridad, debilidad y desigualdad del pulso.

(4) La opresion de pecho producida por la desaparicion de la sarna aumentó hasta el punto de sofocar al enfermo.

(5) Una joven de quince años habia tenido durante algun tiempo una sarna abundante en las manos que desapareció por sí misma. Poco despues fué atacada de soñolencia y debilidad; su respiracion se hizo corta; al dia siguiente el asma existia aun y el vientre se habia puesto tumefacto.

(6) Un aldeano de cincuenta años, que habia sufrido

Asma é hidropesia; Storck, dans *Act. Nat. Cur.* tom. V, obs. 447.—Morgagni. *Dessed. et causis morb.* XVI, art. 34 (4).—Richard, *Recueil d' obs. de méd.* tom. III, p. 378. París, 1772.—Hagendorn; *loc. cit.* art. II, historia 45 (2).

La pleuresia y la inflamacion de pecho; Pelargus, *loc. cit.* p. 40 (3).—Hagendorn, *loc. cit.* cent. III, hist. 58.—Giseke, *Hamb. Abhandl.* p. 310.—Richard de Hautesierk, *Recueil d' observ. de medicine.*—Pelargus, *loc. cit.* Jahrg. 1721, p. 23, et 114 (4); et

la sarna durante largo tiempo, se libró al fin de ella por un tópico, durante la accion del cual fué acometido de una grande dificultad de respirar, con pérdida de apetito y tumefaccion de todo el cuerpo.

(1) Una joven se curó la sarna con un unguénto, y en el acto fué presa del asma mas violenta, sin fiebre. Despues de dos sangrias, sus fuerzas se abatieron de tal modo, y el asma aumentó hasta tal punto, que murió al dia siguiente. Todo el pecho se encontró lleno de una secosidad azulada, lo mismo el pericardio.

(2) La supresion de la tiña en una niña de nueve años determinó una fiebre lenta, con tumefaccion general y dificultad de respirar, que no curó sino con la reaparicion de la tiña.

(3) Se hizo desaparecer, por medio de una pomada sulfurosa una sarna de que un hombre de cuarenta y seis años estaba afectado hacia mucho tiempo. Este hombre esperiméntó en el acto una inflamacion de pecho, con esputo de sangre, dificultad en la respiracion, que se hizo muy corta, y ansiedad estrema. Al siguiente dia el calor y la ansiedad eran casi insoportables, y al tercer dia los dolores de pecho habian aumentado. Entonces se estableció un sudor abundante. Al cabo de quinze dias la sarna habia reaparecido y el enfermo se encontró mejor. Sin embargo sufrió una caída; la sarna se desecó, y murió trece dias despues.

(4) Un hombre delgado pereció de una inflamacion de pecho y otros accidentes. Veinte dias despues de la repercusion de una sarna de que habia sido atacado un muchacho de siete años, en el cual la tiña y la sarna se desecaron, pe-

Jahrg, 1723, p. 29; et Jahrg, 1722, p. 459 (1).
 — Sennert, *Praxis. med.* lib. II, p. III, cap. 6,
 p. 380.—Jerzembki, *Dics. Scabis salubris in hydro-*
pe. Halle, 1777 (2).—C. Wenzel, *Die Nachkeankhei-*
ten von zurueckgetretener Krätze. Bamberg, 1826,
 40 (3).

El dolor de costado y la tos; Pelargus, *loc. cit.*
 Jahrg, 1722, p. 79 (4).

Una tos violenta; Richard, *loc. cit.*—Juncker,
Conspectus med. theor. et pract. tab. 76.—Hundert-
 marck, *loc. cit.* p. 23 (5).

El esputo de sangre; Phil.—Georges Scheæder,
Opus. II, p. 322.—Richard, *loc. cit.*—Binnerger,
observ. cent. V, obs. 88.

El esputo de sangre y la tisis pulmonar; Chrét.—
 Max. Spenex, *Diss. de ægro feбри maligna, phthies*

reció en cuatro dias de una fiebre aguda, con asma hú-
 meda.

(1) Un jóven que se libró de la sarna por medio de un
 unguento, en el que entraba el plomo, murió cuatro dias
 despues de una enfermedad de pecho.

(2) Una hidropesia general fué rápidamente curada por
 la reaparicion de la sarna; habiendo sido esta suprimida por
 un enfriamiento, sobrevino la muerte tres dias despues, á
 consecuencia de un dolor de costado.

(3) En un jóven campesino, fiebre aguda, con dolor de
 costado, opresion de pecho, etc., seis dias despues de la
 repercusion de la sarna por las fricciones con una pomada
 sulfurosa,

(4) Un muchacho de trece años, en el cual la sarna se
 desecó, fué atacado de tos y punzadas en el pecho, que de-
 saparecieron cuando la erupcion volvió á la piel.

(5) Un hombre de treinta y seis años, que habia sido
 seis meses antes curado de la sarna por una pomada jabo-
 nosa y mercurial, estuvo desde entonces atormentado por
 una violenta tos espasmódica, acompañada de grande
 ansiedad.

complicata, laborante. Giessen, 1699. (1).—Baglivi, *Opera*, p. 215.—Sicelius, *Praxis casual*. Exerc. III. cas. I. Francfor et Leipzick, 1743 (2).—Morgagni, *loc. cit.* XXI, art. 32 (3).—Unzer, *Arzt.* CCC, p. 508 (4).—C. Wenzel, *loc. cit.* p. 32.

Colecciones de pus en el pecho; F.-A.-Waitz, *Medic. Chirurg. Aufsätze*, P. I, p. 114 115 (5).—Préval, dans *Journal de méd.* LXI, p. 491.

Colecciones purulentas en el mesenterio.; Krausé.

(1) Un jóven de diez y ocho años tenia sarna, de la cual se libró por último por medio de una locion de color negruzco. Algunos dias despues fué acometido de frio y de calor, de abatimiento, de ansiedad precordial, de cefalalgia, de náuseas, de una sed viva, de tos, de dificultad en la respiracion, expectoró sangre y cayó en el delirio; la cara se puso livida y se descompusieron las facciones; la orina adquirió un color negro pronunciado sin sedimento.

(2) En un jóven de diez y ocho años, fueron determinados varios accidentes, por una sarna que se hizo desaparecer con una pomada mercurial.

(3) Una sarna que habia desaparecido por si misma ocasionó una fiebre lenta y una expectoracion de pus mortal. Se encontró en el cadáver el pulmon izquierdo lleno de pus.

(4) Un jóven, en apariencia robusto, que debia predicar al cabo de pocos dias, y que, por esta razon, deseaba librarse de la sarna, se frotó una mañana con el unguento antipsórico. Al cabo de algunas horas, despues de haber comido, murió, habiendo experimentado, ansiedades, dificultad en la respiracion y tenesmo. La abertura del cadáver hizo ver que todo el pulmon estaba lleno de pus liquido (a).

(a) Nos parece indispensable un padecimiento anterior de las vias respiratorias, para la realizacion de este fenómeno *El Tr.*

(5) Se trata de un empiema debido á una sarna que se habia manifestado algunos años hacia: principalmente en abril y mayo, y de la que el sugeto habia logrado la desaparicion por medio de remedios esternos.

—Schubert, *Diss. de scabie humana*. Leipzig, 1779, p. 23 (1).

Alteraciones considerables de un grande número de vísceras; J.-H. Schulze, dans *Act. Nat. Cur.* t. I. obs. 231 (2).

Alteraciones del cerebro; Diemerbrock, *obs. et curat, med.* obs. 60.—Bonet, *Sepulchret. anat.* sect. IV. obs. I. § 1 (3) et § 2 (4).—J. H.-Schulze, *loc. cit.*

El hidrocéfalo; *Acta Helvet.* V, p. 190.

Úlceras en el estómago; L. C. Juncker, *Diss. de scabie repulsa*. Halle. 1750. p. 46 (5).

El esfúcelo del estómago y del duodeno; Hundertmarck, *loc. cit.* p. 29 (6).

(1) Un jóven, á quien un médico prohibió emplear la pomada sulfurosa contra la recidiva de una sarna, no habiendo hecho caso de este consejo, se friccionó, y murió de constipacion. En la autopsia se hallaron muchas colecciones purulentas en el mesenterio.

(2) En un individuo el diafragma y el hígado se hallaron del mismo modo enfermos.

(3) Un niño de dos años pereció de una tiña repercutida. En la abertura del cadáver, se encontró bastante serosidad sanguinolenta en el cráneo.

(4) Una muger pereció despues de haberse librado de la tiña por algunas lociones. La mitad del cerebro se encontró putrefacto y llena de un icor amarillo.

(5) Un hombre de mediana edad y de un temperamento bilioso-sanguíneo estaba atacado de dolores gotosos en el bajo-vientre, y de otra parte de mal de piedra. Despues que la gota fué alejada por diversos medios, la sarna estalló, mas fué combatida por un baño desecante de casca; entonces sobrevino una úlcera en el estómago, que aceleró la muerte del enfermo, segun se comprobó en la abertura del cadáver.

(6) Un niño de siete semanas y un jóven de diez y ocho años perecieron repentinamente de una sarna repercutida por la pomada sulfurosa. En el primero se encontró la parte superior del estómago, inmediatamente por debajo del

Un edema general (1).

La ascitis; Richard de Hautesierk; *loc. cit.* y en muchos observadores.

El hidrocele (en los muchachos); Fr. Hoffmann, *Med. rat. syst.* III, p. 175.

Una hinchazon con rubicundez de todo el cuerpo; Lentilius, *Misc. med. pract.* tom. I, p. 176.

La ictericia; Baldinger; *Kraukheiten einer Armer*, p. 226.—J.-R. Camerarius, *Memorab.* cent. X, § 65.

Infartos de las parótidas; Barelte, dans *Journ. de med.* XVIII, p. 169.

Infartos de las glándulas del cuello; Pelargus, *loc. cit.* Jahrg 1723, p. 593 (2).—Unzer, *Arzt*, P. VI, 301 (3).

cardias, y en otro la porcion del duodeno, en la cual se abren los canales colidoco y pancreático, destruidos por la gangrena.—Una inflamacion del estómago, que se terminó por la muerte, en un hombre disgustado, fue producida por una sarna repercutida (V. Morgagni, *loc. cit.* L. V, art. 11).

(1) Se encuentran infinitos ejemplos en un gran número de autores, entre los cuales citaré solamente á T.-D. Fick (*Exercitatio med. de scabie retropulsa.* Halle, 1710, § 6). Este médico habla de una sarna que, habiendo sido combatida por los mercuriales, tuvo por consecuencia una hidropesía general, de la que el enfermo no se libró sino con la reaparicion del exantema.—El autor de un libro que lleva el nombre de Hipócrates (*Epidemion*, lib. 5, número 4), ha hablado el primero de esta fatal terminacion. Un atenien- se fué atacado de un exantema pruritoso, bastante semejante á la lepra, y estendido por todo el cuerpo, principalmente sobre las partes genitales. Se libró de él haciendo uso de los baños calientes de la isla de Mélos, mas fué atacado inmediatamente de una hidropesía á la cual sucumbió.

(2) Un muchacho de ocho á nueve años, que acababa de ser tratado de costras lacteas, tenia un grande número de glándulas ingurjitadas en el cuello, el cual estaba deforme y rígido.

(3) Un jóven de catorce años tenia sarna, la cual hizo cesar frotándose con un unguento gris. Algun tiempo des-

El *oscurecimiento de la vista y presbicia*, Fr. Hoffmann, *consult. med.* I, cas. 50 (1).

La *oftalmia*, G.-W. Wedel.—Snetter, *Diss. de ophthalmia*, Jena, 1713.—Hallmann, dans *Konigl. Vetenskaps hanell.* f. A. X. 1776, p. 210 (2).—G. C. Schiller, *De scabie humida*, p. 42. Erford, 1747.

La *catarata*; C.-T. Ludwig, *Advers. med.* t. II. p. 15 (3).

pues se manifestaron, detrás de las dos orejas, hinchazones glandulares de que la izquierda curó por sí sola, mas la derecha adquirió un volúmen enorme en el espacio de cinco meses, y no tardó en ponerse dolorida. Todas las glándulas del cuello estaban hinchadas. Al exterior, el voluminoso tumor era insensible, mas el enfermo experimentaba interiormente dolores sordos, principalmente de noche. De otra parte la respiracion y deglucion eran dificiles. Todos los medios puestos en uso para conducir este tumor á la supuracion fueron inútiles; adquirió tal volúmen, que sofocó al enfermo seis meses despues de su aparicion.

(1) Una jóven de trece años tenia sarna, sobre todo en los miembros, en la cara y partes genitales. Se libró de ella al fin por pomadas de zinc y de azufre. Inmediatamente despues su vista se debilitó poco á poco. Notaba delante de los ojos cuerpos opacos que se veian desde fuera flotar en el humor acuoso de la cámara anterior. La jóven enferma no podia distinguir los objetos pequeños sino con auxilio de lentes. Las pupilas estaban dilatadas.

(2) Una jóven tenia una erupcion psórica abundante en las piernas, con grandes úlceras en las corvas. La viruela de que acababa de ser atacada, la libró de este exantema. Durante dos años sufrió una inflamacion húmeda del blanco del ojo y de los párpados, con prurito y ulceracion, y percepcion de cuerpos oscuros volteando delante de los ojos. La enferma habia calzado durante tres dias las medias de lana de un niño sarnoso. El último dia, estalló en ella una fiebre, con tos seca, tension en el pecho y ganas de vomitar. Por la mañana, la fiebre y el mal de pecho disminuyeron por la aparicion de un sudor durante el cual se manifestó en las dos piernas una erisipela, que degeneró desde el dia siguiente en verdadera sarna. La vista se mejoró.

(3) Un hombre en el cual se habia hecho desaparecer

La amaurosis; Noathof, *Diss.* de scabies, Gœttingue, 1792, p. 10 (1).—C.-T. Ludwig, *loc. cit.* (2).—Sennert, *Prax.* lib. III, sect. 2, cad. 44.—Trecourt, *Chirurg. Wahrnehmungen*, p. 173, Leipzig. 1777.—Fabricé de Hilden, cent, II, obs. 39 (3).

La sordera; Jhore, dans Capelle, *Journ. de Santé*, tom. I.—Daniel, *Syst. ægritud.* II, p. 228.—Ludwig, *loc. cit.*

La inflamacion de las vísceras; Hundertmark, *Diss.* de scabie artificiales, Leipzig, 1758, p. 29.

Las hemorroides, un flujo de sangre por el recto; *Acta Helv.* V. p. 192 (4).—Daniel, *Syst. ægritud.* II, p. 345 (5).

la erupcion psórica, que por lo demas era robusto, fué atacado de catarata (a).

(a) Uno de nosotros ha visitado un sugeto que á consecuencia de una erupcion psórica mal tratada, se vió molesto por varios padecimientos: congestiones cerebrales, obstrucciones etc.; y habiendo logrado atraer á la piel una erupcion pustulosa, con cuya aparicion creimos se libraria el enfermo de todos sus achaques, insistimos en los medios á propósito para lograr este fin; mas viendo el enfermo que su erupcion aumentaba, suspendió el tratamiento, se friccionó en algunas partes con una pomada compuesta de albayalde, y la erupcion desapareció. En el dia tiene una catarata en el ojo izquierdo, y estamos seguros de que si no se cura la psora se le formará tambien en el derecho.

(1) Una sarna repercutida provocó un amaurosis que cesó con la reaparicion del exantema.

(2) Un hombre robusto, á quien se le habia tratado una sarna por los repercusivos, fué atacado de gota serena, y permaneció ciego hasta su muerte, que tuvo lugar en una edad muy avanzada.

(3) Amaurosis producida por la misma causa y acompañada de horribles padecimientos de cabeza.

(4) Un flujo de sangre periódico mensual por el ano.

(5) A la supresion de la sarna sucedió un derrame de ocho libras de sangre en algunas horas, dolores de vientre y fiebre etc.

Afecciones del bajo-vientre; Fr. Hoffmann. *Med. rat. Syst.* III, p. 177 (1).

La diabetes; *Comm. Lips.* XIV., p. 363.—*Eph. Nat. Cur.* Dec. II ann. 10, p. 162.—C. Weber, *Obs.* f. I, p. 62.

Supresion de orina; Sennert, *Praxis*, lib. 3. p. 8.—Morgagni, *loc. cit.* XLI, art. 2 (2).

La erisipela; Unzer, *Arzt.* P. V. p. 301 (3).

Derrames acres icorosos; Fr. Hoffmann, *Consult.* tom. II, cas. 125.

Úlceras; Unzer, *Arzt.* P. V, 301 (4).—Pelargus, *loc. cit.* Jahrg, 1723; p. 673 (5).—Breslauese Samml.

(1) La supresion de la sarna produjo los mas violentos cólicos, dolores en el hipocondrio izquierdo, agitacion, fiebre lenta, ansiedad y constipacion pertinaz.

(2) Un jóven aldeano se habia librado de la sarna por medio de un unguento. Poco á poco esperiméntó una supresion de orina, vómitos y algunos dolores en la pierna izquierda. Sin embargo orinó en seguida muchas veces, aunque en corta cantidad, y arrojó con dolor una orina de un color muy encendido. Se ensayó en vano vaciar la vejiga con la algalia. Todo el cuerpo concluyó por hincharse, la respiracion se hizo lenta y penosa, y el enfermo murió á los veinte y un dia despues de la aparicion de la sarna. La vejiga contenia dos libras de una orina muy encendida; y el bajo vientre una serosidad que, despues de haber sido puesta algun tiempo sobre el fuego, se convirtió en una especie de clara de huevo.

(3) Un hombre atacado de sarna se frotó con un unguento mercurial; le sobrevino á la nuca una inflamacion erisipelatosa que le causó la muerte en cinco semanas.

(4) Una muger despues de haber hecho uso del unguento mercurial contra la sarna, fué atacada de una lepra pútrida en todo el cuerpo, de la que se eliminaban grandes porciones de tejidos en putrefaccion. Murió en algunos dias en medio de vivos dolores.

(5) Un jóven de diez y seis años habia tenido sarna durante algun tiempo; esta se disipó, y entonces sobrevinieron úlceras de las piernas.

1727, p. 407 (1).—Muzell, Wahrnehm. II, cas. 6 (2).
—Riedlinfils, *Cent. obs.* 38 (3).—Alberti.-Gorn. *Diss. de scabie*, Halle, 1718, p. 24.

La *cariés*; Richard, *loc. cit.*

Un tumor oseó en la rodilla; Valsalva; en Morgagni, *De sed. et caus. morb.* I, art. 13.

Dolores esteócopos; Hamburg. Magaz. XVIII. p. 3, 253.

El raquitismo y la *tabes mesentérica* en los niños; Fr. Hoffmann, *Kinderkrankh.* Leipzig, 1741, p. 132.

La *fiebre*; B.-V.-Faventinus *Medicinas empiric.* p. 260.—Ramazzini, *Constil epid. urbis.*, II, n. 32, 1691 (4).—J.-C. Carl, dans *Act. Nat. Cur.* VI, obs. 16 (5).—Reil, *Memorab. clinic. Fasc.* III, p. 169

(1) A las friciones empleadas contra la sarna sucedieron, en un hombre de cincuenta años, dolores crueles en la axila izquierda, que duraron cinco semanas, al cabo de las cuales se presentaron muchas úlceras en esta parte.

(2) Un charlatan dió un unguénto á un estudiante, la sarna de este desapareció al instante; mas se manifestó una úlcera en la boca, de la que no pudo obtenerse la curacion.

(3) Un estudiante que habia tenido mucho tiempo sarna, se la quitó por medio de un unguénto, y entonces fué atacado de úlceras en los brazos y piernas, con hinchazon de las glándulas axilares. Las úlceras se cicatrizaron en fin bajo la influencia de medios esternos; mas el enfermo fué atacado de asma, y despues de una hidropesia de la cual murió.

(4) Se encuentran bastantes observaciones en las cuales la sarna, habiendo sido repelida por los unguéntos, produjo fiebre con orinas negruzcas, y que, cuando el exantema reapareció en la piel, la fiebre cesó y la orina tomó su aspecto ordinario.

(5) Un hombre y una muger tenian, hacia mucho tiempo en las manos sarna, cuya desecacion habia sido seguida cada vez de una fiebre que no cesó mas que con la reaparicion del exantema. Sin embargo la sarna estaba limitada á una pequeña parte del cuerpo, y ninguno de los dos enfermos la combatian por medios esternos.

(1).—Pelargus, *loc. cit.* Jahrg, 1721, p. 276 (2) —et *ib.* Jahrg, 1723 (3).—Amatus Lusitanus, *Cent. II, cur.* 33.—Schiller, *Diss. de scabie humida*, Erford, 1747, p. 44 (4).—J.-J. Fick, *Exercit. med. de scabie retropulsa*, Halle, 1710, § 2 (5).—Pelargus, *loc. cit.* Jahrg, 1722, p. 12 2(6), et Jahrg, 1723, p. 10, p. 14 (7) et p. 291.—C.-G. Ludwig, *Advers. med. II, p.*

(1) *Scabies á febre suborta supprimitur, remota febre redit.*

(2) La madre de un niño de nueve años, atacado de tiña, habia uncionado al pequeño enfermo, la tiña desapareció; mas sobrevino una fiebre violenta.

(3) Un niño de un año habia tenido durante algun tiempo tiña y una erupcion en la cara, las cuales se habian secado hacia poco; entonces fué acometido de calor, de tos y de diarrea. La reaparicion del exantema á la cabeza restableció su salud.

(4) Una muger de cuarenta y tres años, atormentada mucho tiempo hacia por una sarna seca, se frotó las articulaciones con una pomada de azufre y mercurio; la sarna desapareció, pero en seguida se manifestaron dolores en las costillas derechas, laxitud en los miembros, calor y movimientos de fiebre. Despues del empleo de algunos sudoríficos por espacio de diez y seis dias, se presentaron sobre toda la piel algunas pústulas psóricas voluminosas.

(5) Dos jóvenes hermanos se libraron de la sarna por el mismo medio; mas perdieron enteramente el apetito, fueron acometidos de tos seca y fiebre lenta, enflaquecieron considerablemente, y cayeron en un estado de somnolencia y estupor. Se hallaban próximos á perecer, cuando afortunadamente el exantema reapareció en la piel.

(6) La tiña habia desaparecido por sí misma en un niño de tres años, y sobrevino una fuerte fiebre catarral, con tos y laxitud, y el niño no curó hasta que el exantema reapareció.

(7) Un trabajador en bolsillos que debia hacer un trabajo bordado, empleó una pomada saturnina para librarse de una sarna abundante; apenas el exantema se hubo secado, cuando se manifestaron escalofrios, calor, dificultad en la respiracion y una tos ruidosa. El enfermo pereció sofocado al cuarto dia.

159 á 160 (1).—Morgagni, *loc. cit.* X, art. 9 (2), XXI, art. 31 (3) XXXVIII, art. 22 (4). LV, art. 3 (5). Lan-

(1) Un hombre de treinta años, vigoroso bien constituido, contrajo la sarna, y la repercutió. En seguida fué acometido de una fiebre catarral, con sudores escesivos; mas se restableció lentamente por la aparición de otra fiebre sobrevvenida sin causa apreciable. Los accesos empezaban por ansiedad y dolores de cabeza, y aumentaban con el calor, la celeridad del pulso y los sudores matutinos. A esto se unió una gran debilidad de fuerzas y delirio, una agitación extrema y respiración suspirosa, con sofocación; enfermedad que terminó por la muerte, á pesar de todos los remedios que se pusieron en práctica.

(2) La sarna desapareció por sí misma en un muchacho. Inmediatamente se declaró fiebre. La sarna reapareció entonces con mas intensidad, y la fiebre cesó: mas el chico enflaqueció, y la erupción fué secándose de nuevo, y sobrevinieron diarrea y convulsiones, que fueron inmediatamente seguidas de la muerte.

(3) Una sarna desapareció de la piel por sí misma, sobrevino fiebre lenta, esputos purulentos, y en fin la muerte; se encontró el pulmón izquierdo lleno de pus.

(4) Una muger de treinta años habia tenido durante mucho tiempo dolores en los miembros y una erupción psórica abundante, de la cual se libró por medio de una pomada; inmediatamente sobrevino una fiebre con calor intenso, sed y cefalalgia intolerable; á cuyos accidentes se unieron el delirio, un asma cruel, edemacia de todo el cuerpo y la tumefacción extrema del bajo-vientre. La muger sucumbió al sexto dia. El vientre no contenia mas que aire, y el estómago, sobre todo, distendido por los gases, ocupaba la mitad de la cavidad abdominal.

(5) Un hombre á quien un frio violento habia suprimido la tiña, fué acometido, ocho dias despues de una fiebre de mal caracter, con vómitos, á la cual se siguió hipo. Murió al noveno dia de esta enfermedad.—En el mismo artículo, refiere Morgagni el caso de un hombre atacado de costras psóricas en los brazos y otras regiones del cuerpo; que se libró de este exantema llevando puesta una camisa azufrada, pero que fué acometido al instante de dolores reumáticos en todo el cuerpo, con fiebre, en términos de no poder ni descansar por la noche, ni moverse de dia, la lengua y la faringe participaban tambien de la afección. Se pudo lograr

zoni, dans *Eph. Nat. Cur. dec. III*, ann. 9 et 10, obs. 16 et 113.—Hoechstetter. *Obs. med. Dec. VIII*, cas. 8 (1).—Friller.—Wehle. *Diss. nullam medicinam interdum esse optimam*. Wittenberg, 1754 (2).—Fick, *loc. cit.* § 1 (3).—Waldschmid, *Opera*, pág. 241.—Gerbizius, dans *Eph. Nat. Cur. Dec. III*, ann. 2, obs. 167.—Amatus Lusitanus, *Cent. II, curat.* 33 (4).—Fr. Hoffmann, *Med. rat. Syst. t. III*, p. 175 (5).

La *fièvre intermittente tertiana*; Pelargus, *loc. cit.* Jahrg, 1722, p. 103; comp. avex p. 79 (6).—Junc-

aunque con pena, el restablecimiento de la erupcion á la piel, y la curacion tuvo lugar.

(1) Una fiebre de mal caracter, con opistotonos, fué ocasionada por la repercusion de la sarna.

(2) Un comerciante jóven se habia librado de la sarna por medio de un unguento; repentinamente fué acometido de una ronquera tal que no podia hablar nada. En seguida sobrevinieron asma seca, repugnancia á todos los alimentos, tos violenta y fatigosa, sobre todo durante la noche, que se pasaba sin dormir, sudores nocturnos abundantes y fétidos y en fin la muerte, á pesar de todos los esfuerzos de los médicos.

(3) Un hombre de sesenta años contrajo una sarna que la hacia sufrir bastante durante la noche; empleó en vano una porcion de medicamentos. y concluyó por hacer uso, por consejo de un mendigo, de un remedio reputado especifico, compuesto de aceite de laurel, de flores de azufre y manteca. Algunas fricciones le libraron de la sarna pero inmediatamente despues se declaró un frio febril violento, seguido de un calor excesivo por todo el cuerpo, de una sed inextinguible, de una respiracion corta y sibilante de insomnio, de un temblor violento por todo el cuerpo, y de una grande debilidad, de modo que el enfermo espiró al cuarto dia.

(4) Fiebre con enagenacion mental debida, á la misma causa, y que produjo rápidamente la muerte.

(5) «Despues de la repulsion de la sarna, los accidentes mas frecuentes son las fiebres violentas, con languidez considerable de las fuerzas. En uno de estos casos, la fiebre duró siete dias, al cabo de los cuales la reaparicion de la sarna á la piel la hizo cesar.»

(6) En un jóven de quince años, que tenia tñña hacia

ker, *loc. cit. tab. 79.*—*Eph. Nat. Cur. dec. I, ann. 4.*—Welsch, *Obs. 15.*—Sauvages, *Nosologia, Spec. II.*—Hantesierk; *Obs. t. II, p. 300.*—*Comm. Lips. XIX, p. 297.*

La *fiebre cuartana*; T. Bartholin, *cap. 4, hist. 35.*—Sennert, *Paralip. p. 116.*—Fr. Hoffmann, *Med. ration. syst. III, p. 175 (1).*

El *vértigo* y una *pérdida total de las fuerzas*; Gabelchover, *Obs. med. cent. II, obs. 42.*

Un *vértigo epileptiforme*; Fr. Hoffmann, *Consult. med. I, cas. 12 (2).*—*Id. ibid. p. 30 (3).*

mucho tiempo, para la cual Pelargus prescribió un fuerte purgante, no tardaron en sobrevenir dolores en los riñones al orinar, que fueron seguidos de una fiebre terciana.

(1) «Los sujetos de edad padecan con preferencia la sarna seca, y cuando se combate esta enfermedad con medios externos, sobreviene ordinariamente una fiebre cuartana, que cesa luego que la erupción vuelve á la piel.

(2) Un hombre de setenta y cinco años tenia una sarna seca hacia tres años. Se libró de ella, y gozaba en apariencia de una salud perfecta durante dos años, en el curso de los cuales solo experimentó dos accesos de vértigo, que aumentaron poco á poco hasta tal punto que una vez al levantarse de la mesa le faltó poco para caer en tierra, y tuvo que agarrarse. Su cuerpo estaba todo cubierto de un sudor glacial, sus miembros temblaban, todas las partes estaban como muertas, y hubo frecuentes vómitos ácidos. Un acceso igual se presentó seis semanas despues, que se repitió mensualmente durante un trimestre. En el acto de los ataques, y mientras duraban, el enfermo no perdía el conocimiento, mas, despues de cada uno, experimentaba pesadez de cabeza y un estado de atontamiento semejante al que produce la borrachera. Los accesos concluyeron por hacerse diarios, aunque menos fuertes. El enfermo no podía leer, ni reflexionar, ni volverse de pronto de un lado á otro, ni encorvar el cuerpo hácia delante; al mismo tiempo experimentaba la tristeza, las ideas siniestras le ocupaban sin cesar y suspiraba á cada instante.

(3) En una muger de treinta y seis años, que se habia

Las *convulsiones*; Juncker, *loc. cit. tab. 53.*—
Hæchstetter, *Eph. Nat. Cur. Dec. 8*, cas. 3.—*Eph.*
Nat. Cur. Dec. II, ann. 4, obs. 35 et ann. 5, obs. 224.
—Triller. Welle, *Dics. nullam medicinam interdum*
erse optimam, Wittenberg, 1754. § 13, 44 (4).—

librado de la sarna, hacia algunos años, por medio de los mercuriales, las reglas eran muy irregulares; retardándose frecuentemente de diez á quince semanas; al mismo tiempo habia una constipacion de vientre habitual. Al cabo de algunos años, en el curso de un embarazo, fué esta muger atacada de vértigos; caia repentinamente trastornada, estando de pié ó andando. Estando sentada no perdía el conocimiento con el vértigo, que tampoco la impedía hablar, ni comer y beber. Al principio del acceso la acometía primero en el pié izquierdo un especie de hormigueo, que degeneraba en movimientos bruscos de elevacion y depression del pié. Con el tiempo, los accesos concluyeron por privarla de todo el conocimiento, y en un viage que hizo en carruaje, fué atacada de una verdadera epilepsia, que se reprodujo tres veces en el curso del invierno. Entonces no podia hablar, y aunque no doblaba los pulgares sobre la palma de la mano, tenia sin embargo espuma en la boca. El hormigueo en el pié izquierdo anunciaba el acceso, que estallaba repentinamente cuando la sensacion llegaba á la region precordial. Esta epilepsia fué suprimida por cinco tomas de un polvo; mas el vértigo reapareció, aunque menos fuerte que antes. Este se anunciaba tambien por un hormigueo en el pié izquierdo, que acudia hasta el corazón; la enferma experimentaba entonces bastante ansiedad y pavor, como si hubiera sufrido una caída de una grande elevacion, y figurándose sufrir dicha caída, perdía el sentimiento y la palabra; los miembros eran agitados por movimientos convulsivos. Aun fuera del acceso, el menor contacto del pié causaba un dolor estremadamente vivo. Al mismo tiempo sentia dolores violentos y calor en la cabeza y habia perdido la memoria.

(1) Despues de haber suprimido la sarna de que era atacada, por medio de un unguento, una jóven cayó en un síncope de los mas profundos, que inmediatamente fué seguido de horribles convulsiones y de a muerte.

Sicelius, *Decas casuum* I, cas. 5 (1).—Pelargus, *loc. cit.* Jahrg, 1723, p. 545 (2).

Convulsiones epileptiformes y epilepsia; J.-C. Carl, dans *Act. Nat. Cur.* VI, obs. 16 (3).—E. Hagedorn. *loc. cit.* hist. 9 (4).—Fr. Hoffmann, *Cons. med.* I, cas. 31 (5) *Id. Medic. rat. syst.* t. IV, p. III, cap. I; et dans *Kinderkrankheiten*, p. 108.—Sauvages, *Nosol. spec.* II.—Richard de Hantesierk, *Obs.* t. II, p. 300.—Sennert, *Prax.* III, cap. 44.—*Eph. Nat.*

(1) Una jóven de diez y siete años, despues de la desaparicion espontánea de la tiña, fué atacada de un calor continuo en la cabeza, y de accesos de cefalalgia; algunas veces se levantaba bruscamente, como si hubiese experimentado un susto; tenia, estando despierta, movimientos espasmódicos en los miembros, notablemente en los brazos y manos, como asimismo ansiedad precordial, como si se la hubiese apretado el pecho.

(2) La tiña se desecó en un adulto que tenia hacia algunos años temblores en las manos. Entonces cayó el enfermo en una debilidad extrema, y se le presentaron manchas rojas sobre el cuerpo, sin calor. El temblor degeneró en sacudidas convulsivas, y salia una materia sanguinolenta por la nariz y por las orejas; la expectoracion era del mismo caracter, y el enfermo murió á los veinte y tres dias, en un estado convulsivo.

(3) Un hombre que habia repercutido con un unguento una sarna, á las reproducciones de la cual habia estado sujeto, cayó en las convulsion epilépticas, que cesaron cuando el exantema reapareció.

(4) Un jóven de diez y ocho años se libró de la sarna con una pomada mercurial; dos meses despues fué atacado inopinadamente de espasmos que afectaron todos los miembros, una vez este, otra aquel con constriccion dolorosa en el pecho y en la garganta, frio de las estremidades y grande debilidad. Al cuarto dia sobrevino la epilepsia, con espuma en la boca, durante los accesos de la cual los miembros experimentaban contorsiones singulares. Esta epilepsia no cesó mas que con el retorno de la sarna.

(5) En un muchacho en quien se habia suprimido la tiña por las fricciones con el aceite de almendras dulces.

Cur. Dec. III, ann. 2, obs. 29.—Gruling, *Obs. med.* cent. III, obs. 73.—Th. Bartholin, cent. III, obs. 40 (1).—Riedlin, *Lin. med.* ann. 1696, maj. obs. 4 (2).—Lentilius, *Miccell. med. pr.* P. I, p. 32.—G. W. Wedel, *Diss. de ægro epileptico*, Jéna, 1673 (3).—H. Grube, *De Arcanis medicorum non arcanis*, Copenhague, 1673, p. 165 (4).—Tulpius, *Obs. Med.* lib. I, cap. 8 (5).—T. Thomson, *Med. Rathpflege*, Leipzick, 1779, p. 407, 408 (6) 2.—Hundertmark, *loc. cit.* p. 32 (7).—Fr. Hoffmann, *Consult. med.* I, cas. 28, p. 141 (8).

(1) En los niños, acompañadas de coqueluch.

(2) Despues de dos fricciones antipsóricas, la epilepsia estalló en una niña.

(3) Un jóven de diez y ocho años, habiéndose friccionado con las preparaciones mercuriales, contra la sarna, fué atacado algunas semanas despues de epilepsia, que se repitió al mes siguiente en la época de la luna nueva.

(4) Un niño de siete meses fué atacado de epilepsia; los parientes aparentaron ignorar que hubiese sido repercutido ningun exantema. Haeiendo indagaciones exactas, la madre confesó que este niño no habia tenido mas que algunos granos de sarna en la planta de los pies, los que habian sido prontamente curados con una pomada saturnina; en el resto del cuerpo no habia habido vestigio alguno de sarna. El médico vió con razon, en esta circunstancia, la única causa de la epilepsia.

(5) Dos niños se libraron, por la manifestacion de la tiña mucosa, de una epilepsia que se reproducia cada vez que se intentaba imprudentemente la curacion de la tiña.

(6) Una sarna que existia hacia cinco años, desapareció de la piel, y produjo la epilepsia muchos años despues.

(7) La sarna fué suprimida, en un jóven de veinte años por un purgante, que produjo abundantes deposiciones durante muchos dias; despues que el enfermo estuvo sujeto durante mas de dos años, todos los dias, á las mas violentas convulsiones, la sarna reapareció á beneficio del uso de la sávia del abedul, y aquellas cesaron.

(8) Un jóven de diez y siete años, de una constitucion

La *apoplegia*; Commius, dans *Eph. Nat. Cur. Dec. I*, ann. 1, obs. 58.—Mæbius, *Instit. med.* p. 65.—J.-J. Wepfer. *Histor. apopl.* Amsterd. 1724, p. 457.

La *paralisis*; Rœchstetter, *Obs. med. Dec. VIII*, obs. 8, p. 245.—*Journ. de med.* 1760, sept. p. 211.—Unzer, *Arzt.* VI, p. 301 (1).—Hundertmarck, *loc. cit.* p. 33 (2).—Krause-Schubert, *Dissert. de scabie humanicorp.* Leipzig, 1779, p. 23 (3).—C. Wenzel, *loc. cit.* p. 174.

robusta y de un caracter amable, experimentó despues de la retropulsion de una sarna, espustos de sangre, despues ataques epilépticos, que los remedios agravaron hasta el punto de reproducirse dos veces por hora. Las sangrias repetidas y la profusion en el uso de varios medicamentos, tuvieron por resultado librar al enfermo de la epilepsia durante un mes; mas, poco tiempo despues, esta afeccion reapareció, en medio del sueño, despues de medio día, y el enfermo sufría dos accesos cada noche; de otra parte, sufría una tos insoportable, durante la noche sobre todo, y espectoraba un liquido muy fétido. Se vió obligado á guardar cama. Los medicamentos exaltaron de tal modo su mal, que los accesos se reproducian, diez veces en la noche y ocho en el día. Sin embargo, jamás había espuma en la boca. La memoria era débil. Los accesos sobrevinían cerca de la hora de comer, pero con mas frecuencia despues. Durante los de la noche, el enfermo estaba sumido en un profundo sueño, sin despertarse; mas á la mañana estaba como quebrantado. Ningun indicio anunciaba los ataques del mal, sino el que se frotaba la nariz el enfermo y retraía el pie izquierdo, despues de lo cual caía repentinamente.

(1) Una muger se paralizó de una pierna á consecuencia de una sarna repetida, y permaneció paralizada.

(2) Despues de haberse tratado la sarna por la pomada sulfurosa, un hombre de cincuenta años fué atacado de hemiplejia.

(3) Un hombre, que durante mucho tiempo había empleado inútilmente los remedios internos contra la sarna, se

La *melancolia*; Reil, *Memorab. clinicorum fascicul.* III, p. 477 (1).

La *enagenacion mental*; Landais, dans *Journ. de med.* tom. XLI.—Amatus Lusitanus, *Cur. med.* cent. II, cur. 34.—J.-H. Schulze.-Brune, *Diss. casus. alig-not. mente alienatorum.* Halle, 1707, cas. 4, p. 5 (2).—F.-H. Waitz. *Medic. chir. Aufsätze.* p. I, p. 130, Altembourg, 1791 (3).—Richter, dans le *Journal de Médecine* de Hufeland XVII.—Grossman, dans le *Nouveau Magasin* de Baldinger, XI, I (4).

cansó al fin y recurrió á las fricciones; algun tiempo despues, fué acometido de una parálisis de los miembros superiores. La piel de las palmas de las manos se puso dura, engrosada y llena de grietas sanguinolentas; esto le causaba un prurito insoportable.—El autor habla aun en la misma parte, de una muger que despues de la repercusion de la sarna, esperimentó una contractura de los dedos, que la afligió mucho tiempo.

(1) Reil ha visto la melancolia suceder á la supresion de la sarna, y desaparecer con la reaparicion del exantema.

(2) Un jóven de veinte años tenia las manos de tal modo cargadas de una sarna humeda, que no podia entregarse á sus ocupaciones. Una pomada de azufre le libró de ella, mas poco tiempo despues se reconoció el profundo ataque que la salud habia sufrido á consecuencia de aquello. El jóven fué atacado de enagenacion mental: reia y cantaba sin motivo y corria hasta caer de laxitud. De dia en dia se agravaba su mal, corporal y espiritual, hasta que al fin una hemiplegia le hizo sucumbir. Las visceras del bajo-vientre se encontraron todas reunidas unas con otras, formando una sola masa, que estaba cubierta de pequeñas úlceras y llena de nudos, en algunas partes del volumen de una nuez, en los cuales se encontró una materia viscosa y gipsea.

(3) Esta es la misma historia.

(4) Un hombre de cincuenta años habia sido atacado de una hidropesia general, despues de haber suprimido la sarna por las pomadas. La reaparicion del exantema le libró de la hinchazon. Una segunda repercusion le hizo caer repentinamente en un delirio furioso; la cabeza y el cuello estaban

Quién podrá, despues de haber reflexionado sobre este pequeño número de ejemplos, á los cuales me seria fácil adicionar muchos otros tomados de los escritos de los médicos de todos los tiempos ó sacados de mi propia esperiencia (1), quién podrá, repito, ser bas-

hinchados hasta el punto de amenazar una sofocacion. A estos accidentes se unieron aun la ceguera y una retencion de orina completa. Los tópicos irritantes y un fuerte vomitivo volvieron á reproducir la erupcion psórica, y todos los síntomas desaparecieron cuando el exantema se hubo estendido por toda la superficie cutánea.

(1) Un partidario de la antigua escuela me ha vituperado por no haber hecho conocer mis propias observaciones para probar que las enfermedades crónicas que no deben su origen á la sífilis ó á la sicósis, le tienen en el miasma psórico. Si los ejemplos que yo tomo de los médicos no homeópatas, antiguos y modernos, no bastan para dar esta demostracion, yo querria saber que otros hechos, sin esceptuar ni aun los que me pertenecen en propiedad, podrian conducir á tal resultado. Los discípulos de la antigua escuela no han frecuentemente, mejor diré casi siempre, reusado con fuerza creer las observaciones publicadas por los homeópatas, por el solo hecho de no haber sido recogidas á su presencia, y de que los nombres eran indicados por simples iniciales, como si los enfermos de la ciudad permitiesen la impresion de su nombre con todas las letras? (a) Por qué esponerme yo á ser tratado del mismo modo? No hago prueba de la mayor imparcialidad tomando mis argumentos de los escritos de tantos prácticos honorables?

(a) Esta es sin duda la razon por la que algunos homeópatas españoles, y tambien estrangeros, tienen la costumbre de espesar en las historias de casos prácticos, no ya solo el nombre y circunstancias del individuo, no necesarias á la historia del mal, sino hasta la calle, casa y cuarto donde habita.

Por nuestra parte, cuando hemos visto á nuestros correccionarios rebajar su dignidad hasta este extremo, no hemos podido dejar de irritarnos. Los médicos homeópatas tenemos tanto derecho á ser creidos en todo cuanto concierne á nuestra profesion, como el alópata mas encumbrado.

Por esto mismo no podemos tampoco menos de estrañar

tante ciego para desconocer la grande enfermedad oculta en lo interior, la *psora*, de que la erupcion sarnosa y las demas formas, la tiña, las costras lacteas, los dartros, etc., no son mas que los signos, enfermedad inmensa del organismo entero, de que los síntomas lo-

que un hombre de probidad tan proverbial como la de Hahnemann, y de un caracter tan sólido y severo, se humilde hasta decir que no quiere valerse de observaciones propias para probar el origen y naturaleza de la *psora*, su existencia en la economia en estado latente, y que esta es el fomen de los infinitos padecimientos que revisten un caracter crónico, por la seguridad que tiene de no ser creído; haciéndolo en su virtud con ejemplos irrecusables tomados de los mas acreditados médicos de la escuela reinante.

No es nuestro ánimo el de enmendar la plana á un hombre tan sábio como nuestro querido maestro; pero con toda ingenuidad confesamos que al verle tan humilde no hemos podido resistir al impulso de decir que nosotros en su lugar habriamos obrado de otro modo. Habriamos espuesto primero nuestras propias observaciones, y despues, para mayor confusion de los médicos modernos de la escuela reinante, que no creen, ni pueden creer, supuesto desdeñan llegarse á las puertas de la esperiencia, de la esperiencia con atenta observacion, en la existencia de la *psora* y sus consecuencias, hubiéramos manifestado tambien las que nos hubiera sido posible recoger de los médicos de la reinante escuela; pero de ningun modo habriamos dicho que por temor de no ser creídos nos absteniamos de dar publicidad á nuestros propios hechos. No conocemos ningun médico que reuna mas títulos de honradez y buena fé que Hahnemann. Estas bellas prendas dan derecho al que las posee á ser creído. Pero supongamos que alguno dudase de la buena fé y veracidad de Hahnemann, no podia éste, como pueden hoy todos los homeópatas, hacer patentes sus verdades ante todos los incredúlos del globo? Cuando en estas y otras cuestiones hemos ofrecido pruebas, nunca ha llegado el caso de tener que darlas. Los alópatas se contentan con negar los hechos homeopáticos ante el publico profano; ante el científico son algo mas comedidos.

Nosotros vamos á adicionar dos hechos, cuya observacion nos pertenece, á los citados por Hahnemann; pero no

cales no son mas que suslitutos, por cuya presencia aquella queda reducida al reposo y al silencio? Despues de haber leido los casos, poco numerosos sin embargo, que acaban de ser citados, quién podrá aun insistir en la negativa de que la *psora*, como he dicho ya, es *el*

vamos ni á historiarlos detalladamente, ni tampoco á ocuparnos de ninguna circunstancia que tenga por objeto dar mas crédito á nuestra palabra que el que merezca por nosotros mismos; por nuestra buena fé médica.

Una señora de unos cincuenta años habia pasado la edad crítica sin grandes molestias; poco despues se la presentó un herpes furfuráceo en la inmediacion de ambas comisndas labiales. No hizo caso, y la erupcion se estendia y reducía alternativamente sin dar lugar á molestias que inquietasen á la paciente. Despues de dos ó tres años el herpes empezó á estenderse por el borde labial, y á producir incomodidades é inquietudes. Colirios astringentes, pomadas sulfurosas y plemizas, hé aqui la clase de medicamentos que esta señora usó hasta lograr la desaparicion del herpes. En este estado se presentó la enferma á uno de nosotros, muy contenta por el gran triunfo que habia obtenido. Mas al dia siguiente empezó á sentir ardor en la region cardiaca, y algunas náuseas, y al inmediato se presentaron vómitos de bilis porrácca, y la enferma acusaba un dolor horrible en aquella region. Avisó á su médico, y éste diagnosticó una gastritis, que trató inútilmente de combatir con los decorados antiflogisticos. Al cabo de algunos dias la enferma se hallaba en sumo peligro, y habiendo su médico hablado con nosotros le aconsejamos emplease los medios que creyese á propósito para hacer reaparecer el herpes en su sitio primitivo, por ser en nuestro concepto, la desaparicion de éste, la causa del padecimiento; y habiendo sido oido nuestro dictámen y lográdose la reaparicion del herpes, la enferma curò.

La señora doña N., esposa de un médico, padecia, hacia muchos años, una erupcion herpética de la cara. De dia en dia fué tomando el padecimiento un caracter mas alarmante, y los que la visitaban no dejaron en un principio de tener presente en sus prescripciones las consecuencias de una metastasis.

Al cabo de algunos años se formó una ú'cera de mal ca-

mas funesto de todos los miasmas crónicos? Quién tendrá el atrevimiento de pretender, con los médicos alópatas modernos, que el exantema psórico, la tiña y los dartros no son mas que afecciones superficiales de la piel, que, por consecuencia se puede y se debe atacarlos sin miedo por los medios esternos, pues que el interior del cuerpo no tomo parte alguna y permanece sano á pesar de su existencia?

racter por debajo y al lado esterno del ángulo izquierdo de los labios, que produjo infartos escirrosos de los ganglios submaxilares.

Ea este estado fué avisado el que escribe estos renglones para ver á dicha señora y consultar con los que la visitaban. Entre los varios medios de tratamiento que estos propusieron, mas por complacer á la enferma que por sus convicciones, figuraban una pomada sulfurosa y otra mercurial. Esforcé cuanto pude mis razones á fin de hacerles comprender la arriesgado del método que proponian, pero nada pude lograr, y me retiré de la casa para no volver mas, (Entonces no era yo aun homeópata.)

Algunos dias despues supe que esta señora habia sido atacada de una pulmonia y que estaba de mucho peligro. Me informé de quienes la visitaban á la sazón, y como hubiese entre ellos un amigo, me fui á su casa y le rogué me digese la causa á que se achacaba el actual padecimiento de la expresada señora. A una impresion de aire recibida al salir al balcon, me dijo.—Cómo tiene la cara le volví á interrogar?—Limpia; como si nada en la vida hubiera tenido en ella. A la tercera ó cuarta untura con una pomada sulfurosa que la dispusieron los que antes la visitaron, se desecó el herpes, y nada se la conoce.—El deseo de hacer esta indagacion, á impulsos de mi conciencia, me ha hecho venir hoy á ver á vd. para advertirle que el padecimiento de doña N. es, á no dudar, consecuencia de la desecacion de la ulceracion herpética, y desaparicion del exantema. No fué desoido mi aviso por este médico, que ya antes habia desconfiado del valor de la impresion del aire como causa presumible del mal; mas no habiendo convenido los demas con esta opinion, siguieron el tratamiento bajo las bases que lo habian establecido, y la enferma murió á los tres ó cuatro dias. (El Tr.)

De todos los agravios que pueden vituperarse á los médicos modernos de la antigua escuela, este es realmente el mas nocivo, el mas vergonzoso, el mas imperdonable.

El que, despues de estos ejemplos y otros infinitos del mismo género, no percibe lo contrario precisamente de las aserciones que aquellos ponen delante, se ciega con placer y obra con intencion en detrimento del género humano.

O bien se conoce tan poco la naturaleza de las enfermedades miasmáticas acompañadas de lesiones cutáneas, que se ignora hasta que ellas siguen todas la misma marcha en su origen, y que todos estos miasmas empiezan por ser enfermedades internas del organismo entero, antes que el síntoma exterior que los reduce al silencio se manifieste?

Nosotros vamos á estudiar esta marcha un poco mas de cerca, y veremos que todas las enfermedades miasmáticas que dan lugar à afecciones locales particulares en la piel, existen en el cuerpo como enfermedades internas, antes que los síntomas locales se manifiesten al exterior; que las enfermedades agudas son las solas en las cuales, estando su curso sujeto á un número determinado de dias, los síntomas locales desaparecen al mismo tiempo que la enfermedad entera, de modo que el cuerpo queda simultáneamente desembarazado de los unos y de la otra, pero que, en los miasmas crónicos, los síntomas locales exteriores pueden, ó ser estinguidos por el arte, ó desaparecer por sí mismos de la piel, sin que jamás la enfermedad en totalidad abandone al organismo, ni en totalidad, ni en parte en la duracion de la vida; y que lejos de esto la enfermedad no cesa de aumentar con los años, cuando el arte no logra la curacion.

Es tanto mas necesario insistir aqui sobre esta marcha de la naturaleza, cuanto que los médicos ordinarios, sobre todo los de la época actual, aunque podian sorprender á la naturaleza en algun modo sobre el hecho en el origen y formacion de los exantemas miasmáticos agudos, han tenido la vista bastante corta para no reconocer, ni aun suponer, que pasa alguna cosa semejante en las afecciones exantemáticas, lo que les ha conducido á pretender que sus síntomas crónicos locales son pura y simplemente anomalias exteriores de organizacion, manchas esternas de la piel, sin enfermedad que forme la base, y por consecuencia el no oponer á los canchros, á las verrugas, á la erupcion psórica, los que no ven ó niegan tenazmente la causa interna, mas que medios esternos; de cuyo método resultan tantos males para la humanidad doliente.

La manifestacion de los tres exantemas miasmáticos crónicos presenta, como la de las afecciones exantemáticas miasmáticas agudas, tres puntos principales que reclaman una atencion mas seria que la que se ha consagrado hasta el presente. Estos tres puntos son el *primero* el momento de infeccion, *en segundo lugar* la época en la cual el organismo entero es penetrado por la enfermedad contagiosa, hasta que esta es enteramente desarrollada en el interior, y *en tercer lugar* la manifestacion del mal exterior por la cual la naturaleza anuncia que la enfermedad miasmática se ha desarrollado interiormente y estendido por todo el organismo.

La infeccion por los miasmas de las enfermedades exantemáticas, tanto agudas como crónicas, tiene lugar sin la menor duda, *en un instante indivisible*, es decir en el momento mas favorable á esta infeccion.

Cuando la varicela ó la vacuna empiezan es en el

instante en que, por efecto de su inoculación, el fluido morboso entra en contacto, en la llaga sanguinolenta hecha en la piel, con los nervios puestos al descubierto, que en el mismo momento, comunican irrevocablemente, y de un modo dinámico, la enfermedad á todo el sistema nervioso. Despues del momento de infeccion, las lociones, la cauterizacion, la us-tion, la escision misma de la parte que ha recibido y admitido el contagio, no bastarian á impedir, ni aun retardar, los progresos de la enfermedad en el interior: La varicela, la vacuna, el sarampion, etc. no han realizado menos su marcha en el organismo, y *mucros dias despues*, desde que la enfermedad interna se ha desarrollado completamente ni la fiebre propia á cada una de ellas estalla menos, con su erupcion variolosa, vacu-naria, rubeólica, etc. (1).

(1) Se puede con razon exigir si existe un solo miasma en el mundo que, la infeccion, una vez recibida de fuera, no empiece por afectar el organismo entero, antes que sus sintomas propios se manifiesten al exterior. La respuesta no podrá ser mas que negativa. No hay semejante miasma. No pasan tres, cuatro ó cinco dias despues de la insercion de la vacuna, hasta que las picaduras se inflaman? No pasa algun tiempo antes de verse estallar una especie de fiebre, signo indudable de la enfermedad declarada, á cuya aparicion precede la de la de los granos, que no se desarrollan completamente hasta el sétimo ú octavo dia? No pasan diez ó doce dias despues de la recepcion de la infeccion varió-lica, antes de verse sobrevenir la fiebre inflamatoria y la erupcion á la piel? Qué ha hecho la naturaleza, durante los diez ó doce dias, de la infeccion que la ha venido del exterior? No ha debido ella en cierto modo impregnar el organismo entero de la enfermedad, antes de estar en estado de desarrollar la fiebre y de producir el exantema en la piel? El sarampion tiene asimismo necesidad, despues de la infeccion ó inoculacion, de diez ó doce dias para que el exantema aparezca con su fiebre. Despues de la infeccion por la escarlatina, se pasa ordinariamente un setenario antes

Esto mismo tiene lugar tambien, sin hablar de otros muchos miasmas agudos, cuando la piel del hombre acaba de ser manchada por la sangre de un animal atacado de carbunco. Si la sangre, como sucede frecuentemente, ha producido la infeccion, si el contagio ha tenido lugar, en vano se lavará la piel con el mayor esmero: la pústula maligna, que es casi siempre mortal, no se manifiesta, ordinariamente en el mismo sitio de la infeccion, sino al cabo de cuatro ó cinco dias, es decir inmediatamente que el organismo entero ha sufrido la modificacion necesaria al desarrollo de esta horrible enfermedad.

Lo mismo sucede en los miasmas semiagudos sin exantema. Entre un grande número de personas mordidas por un perro rabioso, hay pocas, gracias á la bondad Divina, que sean infectadas; se cuenta raramente una sobre doce, y frecuentemente, como lo he observado por mí mismo, no hay mas que una sola sobre veinte ó treinta; las demas, aunque laceradas por el animal furioso, curan ordinariamente todas, aun sin recibir ningun recurso de la medicina ó de la cirugía (1). Mas aquel en el cual el virus rabiéico ha agarrado en el momento de la mordedura, y se ha comunicado sin tardanza á los nervios inmediatos y en seguida al sistema

que la fiebre y la rubicundez de la piel sobrevengan. Qué es lo que la naturaleza ha hecho del miasma en este espacio de tiempo? Puede haber-hecho otra cosa que comunicar á todo el cuerpo la enfermedad rubeólica ó escarlatinosa entera, antes de prestarse á producir la fiebre rubeólica ó escarlatina, con sus exantemas?

(1) Estos hechos consolatorios son debidos sobre todo á los médicos ingleses y americanos, Hunter y Houlston (*London medical Journal*, vol. v), Vaughan, Shadwell et Percival dans *J. Mease, on the hydrophobia* Philadelphie 1793.

nervioso entero, se pone rabioso desde que el mal se ha desarrollado en todo el organismo y cae en una enfermedad aguda y rápidamente mortal; desarrollo para el cual la naturaleza tiene necesidad de muchos días y frecuentemente de muchas semanas (a). Una vez que la baba del perro rabioso se ha inoculado realmente, la infección tiene ordinariamente lugar de un modo irrevocable en el acto de la mordedura, porque los hechos manifiestan que aun la pronta escisión (1) de la parte manchada no garantiza de los progresos del mal en lo interior y de la irrupción de la rabia. Los mil y uno de los otros medios esternos que tanto se han elogiado para limpiar la herida, cauterizarla y hacerla supurar no dan mejor resultado.

Después de lo que sucede en todas las enfermedades miasmáticas, se vé claramente que, la infección del exterior, habiendo sido recibida, hace que la enfermedad producida se desarrolle en lo interior del hombre y que todo el organismo se ponga poco á poco varioloso, rubeólico ó escarlatinoso, antes que los diversos exantemas puedan aparecer en la piel.

(a) La rabia se desarrolla rara vez hasta pasadas algunas semanas desde el momento en que fué mordido el individuo. En todos los periódicos de la capital hemos leído un caso de esta especie ocurrido en el mes de abril último, cuyo enfermo murió, pocos días después de declarada aquella. á pesar de que la herida se cauterizó al día siguiente de haber sido mordido el individuo. (*El Tr.*)

(1) Una jóven de ocho años fué mordida en Glasgow, el 21 de mayo de 1792, por un perro rabioso. Un cirujano escindió en el acto toda la herida, provocó la supuración, y dió el mercurio hasta que sobrevino una ligera salivación, que duró quince días. Sin embargo la rabia se declaró el 29 de abril, y dos días después murió la enferma. (*Voyez Duncan, Medic comment. Dec. II, vol. VII, Edinb. 1703, et The new London med Journ II.*)

Mas, para todas las enfermedades miasmáticas *agudas*, la naturaleza humana posee en general el poder salutarario de estinguirlas en dos ó tres semanas; es decir de desembarazarse de ellas en el espacio de tiempo de la fiebre y del exantema específicos, y de estinguirlas por sí misma en el organismo, por un proceder á nosotros desconocido (crisis); de modo que en general el hombre, si no sucumbe, se halla completamente libre, y esto en un corto espacio de tiempo (1).

En las enfermedades miasmáticas *crónicas*, la naturaleza *sigue la misma marcha*, respecto al modo de infeccion y de desarrollo preliminar de la enfermedad interna, antes que el sintoma exterior que anuncia su entera formacion aparezca en la superficie del cuerpo. Mas cuando las cosas llegan á este punto, ofrecen la grande y notable diferencia con las enfermedades miasmáticas agudas, que la afeccion interna entera persiste toda la vida, como he dicho ya; y se acrecienta de

(1) O bien estos diversos miasmas agudos son de tal naturaleza, que despues de haber penetrado la fuerza vital en el primer momento de la infeccion, y de haberla constituido enferma, cada uno á su modo, despues de haber adquirido rápidamente su desarrollo, á la manera de los parásitos, y de haberse desarrollado, la mayor parte de las veces por medio de una fiebre particular, perecen por sí mismos desde que han producido su fruto, es decir asegurada la madurez del exantema cutáneo capaz de propagarlos, y permiten entonces al organismo vivo entrar en las condiciones de la salud? Por otra parte los miasmas crónicos no son principios que continuan viviendo en el hombre cuyo organismo los ha admitido una vez, pero que no perecen por sí mismos, como los precedentes, despues de haber determinado un exantema (sarna, cancro, verrugas), y no pueden ser destruidos mas que por una infeccion antidotaria con un agente susceptible de hacer nacer una enfermedad medicamentosa análoga y mas intensa (por los antipsóricos)?

año en año, cuando el arte no acude á estinguirla y curarla de un modo radical.

Entre los miasmas crónicos, me limitaré á citar aqui los dos que conocemos con un poco mas de precision que los otros, á saber; el cancro venéreo y la sarna.

Es probable que, en un caso de coito impuro, la infeccion específica se verifique instantáneamente en la parte del contacto y del frote.

Quando la infeccion ha tenido lugar, todo el organismo es inmediatamente penetrado. Despues del momento de la infeccion, la formacion de la enfermedad venérea empieza en todo el interior al instante.

Sobre el punto de las partes genitales en donde la infeccion ha tenido lugar no se nota cosa alguna extraordinaria en los primeros dias, ninguna señal de padecimiento, de inflamacion ó de corrosion. *En vano es que se locione y se limpie la parte despues del coito impuro.* La parte permanece sana en apariencia; el interior del organismo es solo puesto en accion por la infeccion recibida ordinariamente en un instante, y la accion de su parte tiene por objeto incorporarse al miasma venéreo y penetrarse de parte á parte de la enfermedad.

Solo despues que todos los órganos han sido asi penetrados por el mal recibido en el cuerpo, es, cuando el organismo entero se ha constituido en todas sus partes venéreo; es decir cuando la enfermedad venérea ha completado su entero desarrollo, que la naturaleza enferma se esfuerza para descargarse del mal interno y reducirlo al silencio, haciendo aparecer un síntoma local, que se manifiesta primero bajo la forma de una pequeña vesícula, ordinariamente desarrollada en el punto que fué primitivamente infectado, despues bajo de una úlcera dolorosa, á la cual se dá el nombre de

canero. Mas esta úlcera no aparece sino cinco, siete ó quince dias despues, y aun á veces tres, cuatro ó cinco semanas despues de la infeccion. Este es un síntoma evidente producido de lo interior al exterior por el organismo penetrado de venéreo de parte á parte, síntoma que tiene origen en el mal interno, y que es apto á comunicar el mismo miasma, es decir la enfermedad venérea, á otros sujetos, por el contacto.

Si la enfermedad que se ha declarado de este modo llega á ser tratada por los medicamentos específicos administrados al interior, el canero desaparece de este modo, y el individuo se cura.

Pero si como hacen los médicos de la antigua escuela, antes de curar la enfermedad interna, se destruye el canero localmente (1) la enfermedad miasmática crónica, la sífilis, permanece en el cuerpo, y si enseñada no se cura esta misma interiormente, se agrava de año en año hasta el fin de la vida. La constitucion mas robusta no es capaz de estinguirla por sí.

De este modo es, pues, segun yo lo he enseñado y practicado hace muchos años, como se cura la enfermedad venérea de que todo el cuerpo está infeccionado; y

(1) La sífilis no estalla solo á consecuencia de la aplicacion de los cáusticos, lo que pobres teóricos esplican suponiendo que el virus ha sido rechazado del caneros á lo interior del cuerpo, sano aun, segun ellos, antes de esta época; sobreviene del mismo modo cuando se hace desaparecer rápidamente el canero sin recurrir á ningun irritante; lo que prueba sobradamente y sin réplica la preexistencia de la sífilis en el interior. Petit escindió en una muger una porcion en los pequeños labios, sobre la cual existian hacia dos dias caneros venéreos; la úlcera curó, pero la sífilis no dejó de manifestarse (FABRE, *Lettres supplémentaires á son Traité des Maladies vénériennes*. Paris, 1786). Esto es bien natural, pues la enfermedad venérea existia ya en todo el interior del cuerpo, antes de la aparicion del canero.

sobre todo evitando con cuidado los medios repercusivos esternos, con los que se trata al mismo tiempo de curar su síntoma local, el cancro, mientras que cuando se limita el tratamiento á destruir localmente este último, sin préviamente proceder á una cura general, y desembarazar al hombre de todo su mal interior, la aparición de este último, la sífilis con sus consecuencias, es inevitable.

Como la sífilis, la psora es asimismo una enfermedad miasmática crónica, y principia á formarse del mismo modo.

Sin embargo la enfermedad psórica es *la mas contagiosa* de todos los miasmas crónicos. Posee esta propiedad á un grado bastante mas alto que los otros dos miasmas crónicos, la sífilis y la sicósis. Para que la infección tenga lugar con los dos últimos, es necesario, á menos que el miasma no haya sido introducido en una úlcera, que las partes de nuestro cuerpo muy ricas en nervios y cubiertas por una epidermis muy fina, como son los órganos genitales, hayan sufrido cierto grado de *frotacion*. *Mas el miasma psórico no tiene necesidad mas que del contacto del epidermis general*, sobre todo en los niños. Cada uno tiene, y casi en todas las circunstancias, la aptitud á ser infectado por el miasma psórico, lo que no sucede para con los otros (e).

Ningun miasma crónico infecta mas general, cierta

(e) Esto no quiere decir sin embargo que los miasmas sífilítico y sicósico no necesiten para ser adquiridos cierta aptitud ó predisposición en el organismo, pues que sin ella no creemos posible el contagio; asercion que todos los dias se vé probada cuando dos ó mas individuos cohabitan con una misma muger en una misma hora. Hahnemann quiere solo decir que la aptitud para la psora es mas general y mas constante. (El Tr.)

y fácilmente, y de un modo mas absoluto que el miasma psórico. Este es, como acabo de decir, *el mas contagioso* de todos. Se comunica con tal facilidad que pasando de un enfermo á otro por tactarle el pulso, un médico lo inocula frecuentemente á muchos individuos sin saberlo (1). Los lienzos lavados con los vestidos que han llevado puestos los sarnosos (2), los guantes nuevos, pero que un sarnoso haya estrenado, una cama extraña, una toalla de que se haya servido para enjugarse, han bastado para comunicar el principio de infeccion. Sucede asimismo con frecuencia al recién-nacido el contraerle al atravesar las partes genitales esternas de su madre atacada de la enfermedad, de recibir este funesto presente de una comadre que se habia manchado la mano en otra parida, ó contraerle ya en el pecho de su nodriza, ya en los brazos y por las caricias impuras de la encargada de cuidarlo, sin contar las otras mil y mil ocasiones que se encuentran en la via de tocar los objetos invisiblemente infectados de este miasma; ocasiones que no se conocen casi nunca, y que asimismo con frecuencia no se pueden evitar; de modo que los individuos que escapan al contagio de la *psora* son en bien corto número. Nosotros no tenemos necesidad de ir á buscar en los hospitales, las fábricas, las prisiones, los asilos de horfandad, ó en las casas de indigencia; ella se desliza hasta en la via ordinaria, en la soledad lo mismo que en el público. El ermitaño del Mont-Ferrar escapa tan raramente en su covacha escavada en medio de las rocas, como el jóven príncipe en sus vestidos de batista.

(1) C. MUSITANUS *Opera, de Tumoribus*, cap. 20.

(2) Como lo observó Willis, en *Turner*, tratado de las enfermedades de la piel, trad. d. ing. Paris, 1783, t. II, cap. 3, p. 77.

Quando el miasma psórico ha tocado, por ejemplo, la mano, no permanece mas tiempo local, desde el momento que ha habido impregnacion. Todo lavatorio, todo medio de limpiar la parte es inútil. Los primeros dias no se percibe aun nada en la piel; no espèrimenta ningun cambio y permanece sana en apariènciã. No se observa entonces ni exantema, ni prurito sobre el cuerpo, ni aun sobre la parte que acaba de recibir la infeccion. El nervio que el miasma ha afectado primero, lo ha comunicado ya de un modo invisible y dinámico á los demas nervios, y el organismo ha sido ya de tal modo penetrado insensiblemente de esta escitacion específica, que se vé obligado de apropiarse poco á poco el miasma psórico, hasta que el individuo entero se hace sarnoso, es decir, hasta que el desarrollo interior de la *psora* se determina.

Hasta que el organismo entero se siente penetrado de esta enfermedad miasmática crónica especial, la fuerza vital no se esfuerza por desalojar el mal interno, y reducirle al silencio, provocando sobre la piel un sintoma local apropiado, de suerte que todo el tiempo que el exantema persiste al exterior en el estado y bajo la forma que ella le ha asignado, la *psora* interna, con sus afecciones secundarias, no puede estallar y se vé forzada á permanecer escondida, adormecida, latente y como subyugada.

Ordinariamente se necesitan, desde el momento de la infeccion, seis, siete, diez y aun quince dias antes que el organismo entero haya adquirido la modificacion interior que constituye la *psora*. Trascurrido este espacio de tiempo, despues de un frio mas ó menos vivo que se declara por la tarde, al cual sucede durante la noche un calor general, terminado por sudores, pequeña fiebre, que muchas personas atribuyen á un resfriado,

por lo cual no fijan en ello ninguna atencion, se ven aparecer sobre la piel las pústulas psóricas, al principio pequeñas y miliares, que aumentan de volúmen poco á poco (1). Estas pústulas se manifiestan primero á los alrededores del punto que ha recibido la infeccion; están acompañadas de un *prurito ó cosquilleo voluptuoso*, y que se podria decir agradable basta ser insoportable. Este prurito conduce irresistiblemente á rascarse y á rasgar las pústulas psóricas, que cuando por imperio sobre sí mismo, se abstiene de rascar, un frio recorre toda la piel del cuerpo. La *accion de rascarse*, procura un alivio momentáneo, mas inmediatamente despues la parte sobre la cual se ha ejercido, se hace el asiento de un *ardor quemante, que persiste largo tiempo*. Por la tarde y antes de media noche es, cuando el prurito se hace sentir mas frecuentemente, y cuando es mas insoportable.

Las pústulas sarnosas contienen, en los primeros dias de su aparicion, una linfa clara como el agua; la cual no tarda en convertirse en pus, que forma el vértice de la pústula.

El prurito no solo obliga á rascarse; su violencia, como queda dicho, conduce á desgarrar las vesículas, de modo que el liquido que se escapa se hace un foco abundante de infeccion para los alrededores del enfermo y para las personas aun no atacadas. Todas las partes

(1) Las pústulas sarnosas que parecen ser entonces una afeccion cutánea aparte y puramente local, no son, al contrario, mas que la prueba cierta del desarrollo completo que ha tomado anteriormente la *psora* interna, y el exantema no es mas que un complemento de la última; porque la erupcion cutánea especial y la especie particular de prurito pertenecen á la esencia de la enfermedad entera, en su estado natural y el menos peligroso.

del cuerpo que llegan á ser manchadas, aun sin que se aperciba, por este líquido, el lienzo, los vestidos, los utensilios de toda especie, propagan en seguida la enfermedad desde que se tocan.

No hay sin embargo mas que este síntoma cutáneo de la *psora* que impregna el organismo entero, síntoma al cual se aplica especialmente el nombre de *sarna*, por ser el sensible á la vista; no hay, repito, mas que este exantema, las úlceras á las cuales él dá lugar mas tarde, cuya circunferencia se hace el sitio de un prurito particular, en fin los dartros pruritosos humedeciéndose por el frote, y la tiña, que puedan propagar la enfermedad á otras personas; parece que solo en estas afecciones es en las que se halla contenido el miasma comunicable de la *psora*. Al contrario, los otros síntomas, aquellos que son secundarios y no se presentan mas que despues de la desaparicion espontánea del exantema ó de su destruccion por el arte, en una palabra, las afecciones psóricas generales, no podrian transmitir la enfermedad á otros, mas que lo pueden hacer, segun nuestra opinion, los síntomas secundarios de la sífilis, como lo ha observado J. Hunter (1) y enseñado el primero.

Trascurrido muy poco tiempo despues de la aparición del exantema psórico, y que por consecuencia no ha podido aun estenderse á gran distancia sobre la piel, no se percibe nada en el enfermo que revele en él la existencia de la *psora* interna; y este se encuentra bien aparentemente. El síntoma exterior tiene origen en la enfermedad interna, y obliga á la *psora*, con sus afecciones

(1) Tratado de la sífilis, anotado por Ph. Ricord, Paris 1843, p. 390 y siguientes.

ciones secundarias, á permanecer, por decir asi, latente y oculta (1).

En este estado cuando con mas facilidad puede curarse la enfermedad entera por los remedios específicos administrados al interior.

Pero si se deja á la psora seguir la marcha que le es propia, sin emplear ningun remedio interno á propósito para combatirla, ni ningun medio esterno susceptible de hacer desaparecer el exantema, toda la enfermedad se estiende *rápidamente* en el interior, y este acrecentamiento del mal interno produce necesariamente un aumento proporcional del síntoma cutáneo. Este, haciendo entonces por reducir aun al silencio el mal interno, hecho mas grave, y por obligarle á permanecer latente, la erupcion psórica concluye por invadir toda la superficie del cuerpo.

Aun cuando la enfermedad haya llegado á este término el hombre parece gozar todavia de una buena salud bajo los demas conceptos. Todos los síntomas de la psora, que ha tomado tanto desarrollo en el interior, son aun ocultos y reducidos al silencio por el síntoma cutáneo, que se ha acrecentado en la misma proporcion. Pero el hombre, aun el mas robusto, no puede soportar mucho tiempo un tormento igual al que causa un tan

(1) Asi es como el cancro hace callar á la sífilis interna, y no le permite estallar, en tanto que él existe en su lugar sin que se le toque. Yo he observado una muger, exenta de todo síntoma secundario de sífilis, en la cual un cancro subsistía en su primitivo sitio hacia dos años, jamás habia sido tratado, y poco á poco se estendió hasta el punto de tener entonces cerca de una pulgada de diámetro. Una preparacion mercurial bien elegida y tomada interiormente curó á esta muger en poco tiempo; la curacion fué completa; el mal interno y el cancro desaparecieron simultáneamente.

insoportable prurito repartido por todo el cuerpo. A cualquier precio quiere librarse de él, y como el médico de la antigua escuela no puede procurarle una curacion radical, aquel le exige que al menos, debiéndole costar la vida, se le desembarace de la erupcion que causa tan intolerables comezones. Los medios de satisfacer su deseo no tardan en serle suministrados, ya por otros ignorantes como él, ya por los médicos ó cirujanos alópatas. Aquel trata de librarse de su plaga exterior, sin preveer los males mas graves que serán la consecuencia inevitable de la represion del síntoma cutáneo, como lo demuestran bastante las observaciones que han sido referidas antes. Haciendo desaparecer asi una erupcion psórica, se obra de un modo tan inexacto como aquel que, para salir de pronto del estado de pobreza y hacerse venturoso segun el cree, roba una enorme suma, y obtiene de este modo las prisiones y los presidios.

Quando la enfermedad psórica dura mucho tiempo, y el exantema se ha estendido, como sucede ordinariamente, sobre la mayor parte de la piel ó lo que tiene lugar en ciertos casos de inercia de este órgano, que haya permanecido limitado á un corto número de pústulas (1), en los dos casos, la represion del exantema abundante ó raro, acarrea las mas funestas consecuencias, porque determina infaliblemente la manifestacion de la psora interna, que ha tenido hasta entonces tiempo de hacer progresos considerables.

Sin embargo se debe perdonar la impericia de las personas estrañas al arte de curar, cuando metiéndose en el agua fria, revolcándose en la nieve, haciéndose aplicar ventosas, ó frotándose ya todo el cuerpo ya solo las articulaciones, con una mezcla de azufre y man-

(1) Véase mas arriba la observacion de la nota 6.

teca, hacen desaparecer la erupcion y el prurito insoportable que experimentan; porque ignoran á qué síntomas terribles de la enfermedad psórica interna abren de este modo la puerta. Pero se puede perdonar del mismo modo á los hombres cuya mision y deber son de conocer la estension de los males que resultan infaliblemente de despertar la psora interna por la supresion del exantema, y de hacer todo lo posible por prevenirlos curando de un modo radical toda la enfermedad (1)

(1) Porque aun en el alto grado de intensidad de la enfermedad psórica, el exantema y el mal interior, es decir, la psora entera, aunque mas graves que al principio, inmediatamente despues de su aparicion, son *bastante mas fáciles de curar*, por los medicamentos homeopáticos específicos, que lo es la psora interna, despues de la simple supresion de la erupcion exterior, despues que estallan sus síntomas secundarios y se desplegan bajo la forma de enfermedades crónicas. En este estado, si *ella existe aun entera*, la enfermedad psórica, bien que llegada á un grado muy alto, es aun infinitamente mas fácil de curar, con su exantema, por los remedios internos apropiados, sin concurso de ningun medio local, lo mismo que la enfermedad cancroso venérea cede frecuentemente del *modo mas cierto y mas fácil*, á una sola de las mas pequeñas dosis de la mejor preparacion mercurial, administrada á lo interior; tratamiento por medio del cual, sin que haya necesidad de recurrir á ningun tópico, el cancro se reduce rápidamente á no ser mas que una úlcera de buen caracter, y curada por sí misma en algunos dias; de manera que despues jamás se vé aparecer señal alguna de accidentes secundarios (de sífilis), porque el mal interno ha sido curado al mismo tiempo que el sintoma local. Cómo escusar á los médicos que, despues de mas de trescientos años que tratan la enfermedad venérea, tan generalmente estendida en el dia, ignoran aun hasta tal punto su naturaleza, que á la presencia de un cancro, no admiten otra parte enferma que aquella en que tiene aquel su asiento, no suponen que la sífilis está ya desarrollada en el organismo antes de su manifestacion, y no ven mas que en aquel solo el sintoma venéreo que combatir por medio de remedios puramente esternos,

cuando se los vé tratar así los sarnosos, prescribirles asimismo los medios internos y externos mas violentos, los purgantes acres, despues el emplasto de Jasser, las lociones con el acetato de plomo, el sublimado corrosivo é el sulfato de zinc, pero principalmente la pomada con la manteca y las flores de azufre, los precipitados mercuriales, y apresurarse á hacer desaparecer el exantema, asegurando que este es un mal que ocupa únicamente la piel, que debe tratarse de alejarlo, que en seguida todo ha concluido, y que el hombre permanece en salud y exento de toda incomodidad? Se los puede escusar cuando los ejemplos consignados en los escritos de los antiguos observadores concienzudos, y de otros

para volver, segun ellos, la salud al enfermo? Millares de hechos no han podido enseñarles que destruyendo así el cancro, no hacen mas que perjudicar; que no hacen mas que privar á la sífilis preexistente de su sintoma local derivativo, y obligan al mal interno á estallar bajo una forma mas temible, mas difícil de curar? Cómo escusar un error tan pernicioso y tan general? Por qué los médicos no han reflexionado jamás sobre el modo como se desarrollan las verrugas? Por qué han desconocido siempre, en este caso, el mal interno general, que es la base de las escrecencias, y no han tratado de curar radicalmente, por los medios homeopáticos, el mal preexistente, despues de la destruccion del cual las verrugas desaparecen por sí mismas, sin el concurso de ningun medio externo? Pero aun en el supuesto de que hubiese algun motivo especioso de escusar esta triste negligencia y esta ignorancia, aun cuando se digese que los médicos no han tenido mas que tres siglos y un tercio para reflexionar sobre la verdadera naturaleza de la sífilis, y que la verdad habria concluido por aparecerles despues de mas larga práctica, nada justifica la ceguedad general que, durante una série tan larga de siglos, les ha hecho desconocer la enfermedad interna preexistente á la erupcion psórica, y les ha conducido á despreciar orgullosamente todos los hechos capaces de abrirles los ojos, á fin de prolongar su error, y de dejar el mundo en la perniciosa

mil análogos que con frecuencia y aun diariamente se reproducen bajo su vista, no les aclaran, no hacen penetrar en su espíritu la convicción que destruyendo el exantema ocasionan á los sarnosos males ciertos, rápidamente mortales, ó tan durables como la vida, desenfrenando así la enfermedad psórica interna, en lugar de aniquilarla y curarla, soltando sobre sus enfermos, embaucados por la rotura de los lazos que le encadenan, el monstruo de mil cabezas que ellos debieron abatir.

Se concibe asimismo, y la esperiencia lo demuestra que cuando la erupcion psórica descuidada ha ejercido durante muchos meses sus estragos sobre la piel, y que de este modo la sarna interna ha podido libremente ad-

creencia que *las pústulas acompañadas de un insoportable prurito son una simple afeccion cutánea, cuya destruccion local libra al sugeto de toda la enfermedad.* Los médicos, aun los mas célebres, han acreditado este grave error, desde Vanhelmont hasta los corifeos mas modernos de la práctica alopática. Es verdad que aplicando los medios que he indicado antes, ellos satisfacen la mayor parte de veces su objeto, el de hacer cesar el exantema y la començon, y creen, ó por lo menos afirman, haber estinguido completamente la enfermedad misma, despidiéndose de sus enfermos asegurándolos de una curacion perfecta. Respecto á los males ocasionados por la destruccion del exantema que corresponde á la forma natural de la psora, ó ellos no quieren verlos ó los dan por enfermedades nuevas que tienen en todo otro origen. En la preocupacion de su espíritu, no atienden á los testimonios innumerables, que hablan tan alto, de antiguos observadores concienzudos, que establecen las tristes consecuencias de la destruccion local del exantema psórico, sobrevenidas frecuentemente de un modo repentino despues de su repercusion, que deberá renunciarse al ejercicio de su razon si no se quiere ver en ellas los productos inmediatos de una grande enfermedad interna, privada del síntoma local destinado por la naturaleza á tenerla en el silencio, y reducida á no poder manifestarse mas que por sus síntomas secundarios.

quirir su mas alto grado de intensidad en un periodo de tiempo regular, las consecuencias inevitables de la repercusion de un exantema antiguo, deben ser bastante mas peligrosas aun.

No es menos cierto que la supresion de una erupcion psórica que sucede á una infeccion reciente, y que se limita á un corto número de pústulas, lleva consigo menos peligro *inmediato*; la *psora* interna que se ha desarrollado en todo el organismo no ha tenido aun tiempo de llegar á un alto grado. Se debe aun confesar que esta repercusion de pústulas psóricas sobrevenida poco há, no acarrea frecuentemente ninguna consecuencia desagradable *de un modo inmediato*. Asi sucede ordinariamente, sobre todo en las personas delicadas ó de la alta clase de la sociedad, y en sus hijos, que se ignora que las pústulas poco numerosas, aparecidas solamente algunos días há, y acompañadas de vivas comezones reconocen por causa la sarna, sobre todo cuando un médico se ha apresurado á hacerlas desaparecer, desde el dia siguiente al de su aparicion, por las lociones ó las pomadas saturninas

Mas por débil que pueda ser la *psora* interna en el momento de la pronta represion de un exantema psórico que acaba de manifestarse y que no está aun compuesto mas que de un corto número de vesículas, como lo manifiesta frecuentemente la poca importancia de las incomodidades que se observan en seguida, y que el médico, por ignorancia, atribuye á otras causas ligeras, esta *psora* interna no es menos, en su esencia y en su naturaleza crónica, la misma enfermedad psórica general del organismo entero; es decir *incurable sin el concurso del arte; incapaz de ceder á los solos esfuerzos de la constitucion, aun la mas robusta, y siempre aciente hasta el término de la vida*. A la

verdad, cuando se ha tratado de despojarla tan pronto como es posible, por los medios locales, de las primeras señales de su síntoma cutáneo, suele no acrecentarse sino poco á poco, y no hacer en el organismo mas que progresos lentos, infinitamente mas lentos que cuando el exantema ha sido tolerado durante largo tiempo; en cuyo caso, como dejo ya dicho, sus progresos tienen lugar de un modo muy rápido. Mas ella no continúa menos estendiéndose sin intermision, y si las circunstancias exteriores son favorables, lo hace tan en silencio, y emplea frecuentemente tantos años, que el que no conoce los signos de su presencia en el estado latente, creará y declarará al sugeto perfectamente sano y exento de toda enfermedad interna. Se pasan frecuentemente años antes que ella dé lugar á grandes síntomas que puedan llamarse una enfermedad evidente.

Numerosas observaciones (1) me han revelado poco á poco los signos por medio de los cuales la psora que duerme en lo interior (2), y que hasta entonces ha per-

(1) Me ha sido mas fácil que á muchos otros reconocer los signos de la psora, tanto adormecida aun y latente en lo interior del cuerpo, como desplegada en enfermedades crónicas considerables. Para esto no tenia mas que comparar lo que experimentaban todos los individuos que se encontraban en este caso con lo que sentia yo mismo; porque, cosa rara, yo no he tenido sarna jamás, lo que hace que, desde mi nacimiento hasta mis ochenta años, he permanecido exento de todos los males, grandes y pequeños, de que voy á hacer la enumeracion, aunque por lo demas soy muy susceptible á las enfermedades agudas, epidémicas, y que he tenido bastantes barahundas y mi vida intelectual ha sido muy activa.

(2) La alopatia ha admitido igualmente en el hombre enfermo un estado mórbido *oculto ó latente*, á fin de motivar ó al menos de escusar, el empleo frecuentemente

manecido latente, puede ser reconocida aun en los casos en que ella no ha tomado aun el caracter de enfermedad pronunciada. Por medio de estos signos se puede estirpar el mal hasta en sus raices, y curarlo radicalmente, antes que la *psora* interna se haya declarado bajo la forma de una enfermedad crónica evidente, y que haya tomado este grado insidioso de intensidad, cuyas funestas consecuencias hacen la curacion frecuentemente diffeil y en ciertos casos imposible.

Hay bastantes signos que indican que la *psora* se estiende poco á poco en el interior, que duerme sin embargo aun, y que no ha desplegado plenamente el caracter de una enfermedad evidente, mas un mismo sugeto no los presenta todos á la vez; aquel ofrece muchos, este menos; en tal sugeto no se encuentran mas que ciertos de entre ellos en un momento dado, y los otros sobrevienen por consecuencia del tiempo, ó no se manifiestan jamás, segun la constitucion y las circunstancias en medio de las cuales vive.

Se observa, sobre todo en los niños, escrecion fre-

irreflexionado que ella hace de medios violentos, emisiones sanguineas, aplicaciones dolorosas etc. Pero estas cualidades ocultas de Fernel son puras quimeras, pues que, por confesion misma de los alópatas, no hay sintomas apreciables con los cuales se pueda reconocer. Porque lo que denota su pretendida existencia por algun signo no existe para nosotros, hombres á quien el Creador no ha permitido conocer las cosas mas que por la observacion. Este es el fantasma de una imaginacion estraviada. Lo mismo sucede con otras muchas fuerzas *adormecidas* (*latentes*) en la naturaleza; bien que ordinariamente ocultas, no se manifiestan menos en ciertas circunstancias y condiciones; como el calórico latente por el frote, la *psora* latente por los dolores reumáticos en las vainas de los músculos, cuando aquel que está afectado se espone á una corriente de aire, etc.

cuenta de vermes, comezon insoportable en el recto, causadas por los ascárides.

En bastantes casos elevacion del bajo vientre.

Ya un hambre insaciable, ya ningun apetito.

Palidez de la cara y flacidez de los músculos.

Frecuentes oftalmias.

Hinchazon de las glándulas del cuello (escrófulas).

Sudores en la cabeza, por la tarde, despues de haber dormido.

Hemorragia nasal en las niñas y los chicos, mas rara en los adultos, y frecuentemente de grande violencia.

Manos ordinariamente frias ó húmedas por el sudor en la parte interna (calor quemante en las palmas de las manos).

Pies frios y secos, ó bañados de un sudor fétido (calor quemante en la planta de los pies).

Por la causa mas leve, entorpecimiento de los brazos ó de las manos, de las piernas ó de los pies.

Calambres frecuentes en las pantorrillas (en los músculos de los brazos y de las manos).

Sobresaltos, sin dolores, de ciertas partes musculares, acá y allá en el cuerpo.

Corizas (1), ronqueras muy frecuentes ó crónicas (ó imposibilidad de contraer un reuma del cerebro, aun por efecto de las causas mas fuertes, sin embargo que, por otra parte, haya continuamente algun padecimiento de las fosas nasales).

Obstruccion habitual de una de las narices ó de las dos.

(1) No se incluyen aqui las fiebres catarrales (por ejemplo la grippe) epidémicas, que atacan casi á todos los hombres, aun á los que gozan de la mejor salud.

Ulceración de la nariz (mal á la nariz).

Sensacion penosa de resecaion en la nariz.

Anginas frecuentes; aspereza frecuente de la voz.

Pequeña tos breve, por la mañana.

Frecuentes accesos de asma.

Facilidad á enfriarse, ya el cuerpo entero, ya solamente la cabeza, el cuello, el pecho, el bajo-vientre, los pies, por ejemplo en una corriente de aire (1) (ordinariamente con tendencia de las partes á sudar); diversas incomodidades, frecuentemente continuas, que resultan de esto.

Grande tendencia á relajarse de los riñones, algunas veces solamente conduciendo ó elevando un pequeño peso, ó aun alargando, estendiendo el brazo sobre los objetos elevados (con una multitud de accidentes resultado de esta estension, frecuentemente mediana de los músculos, como dolores de cabeza, náuseas, abatimiento de las fuerzas, dolor tensivo en los músculos de la nuca y del dorso, etc.).

Frecuentes incomodidades de cabeza ó de los dientes de un solo lado, ocasionados hasta por las afecciones morales mas ligeras.

Frecuentes accesos de calor y de rubicundez pasajeras á la cara, con bastante frecuencia acompañadas de un poco de ansiedad.

Caida frecuente de los cabellos, resecaion de la cabellera, numerosas escamas en el cuero cabelludo.

Tendencia á la erisipela, ambulante.

Ausencia ó desarreglos en los menstruos, que son

(1) Aunque las corrientes de aire no sean agradables á las personas que no tienen la *psora*, no experimentan ni resfriados ni accidentes consecutivos.

escesivos ó escasos, retardados, ó vice-versa, muy prolongados, muy acuosos, con diversas incomodidades físicas.

Movimientos convulsivos en los miembros en el momento de dormirse.

Laxitud por la mañana, al despertarse; sueño no reparador.

Sudores por la mañana, en la cama.

Facilidad extrema de sudar durante el día, al menor movimiento (ó imposibilidad de romper á sudar).

Lengua blanca, ó muy pálida al menos, y mas frecuentemente aun hendida.

Acumulo de mucosidades en la garganta.

Fetidez de la boca, con frecuencia ó casi siempre, sobre todo por la mañana y durante las reglas; olor fastidioso, ó ácido, ó semejante al de una persona que tiene el estómago malo ó análogo al enmohecido, algunas veces hasta pútrido.

Sabor ácido en la boca.

Náuseas por la mañana.

Sensación de vacuidad en el estómago.

Repugnancia á los alimentos cocidos y calientes, principalmente la carne (sobre todo en los niños).

Repugnancia á la leche.

Resecacion de la boca, durante la noche ó por la mañana.

Dolores cólicos frecuentes ó diarios (sobre todo en los niños), por la mañana principalmente.

Deposiciones duras, que ordinariamente se retardan mas de un día, ásperas, con frecuencia cubiertas de mucosidades (ó deposiciones constantemente blandas, diarréicas, feculentas).

Tumores hemorroidales en el ano; flujos de sangre con las deposiciones.

Emision de moco por el ano, con, ó sin materias fecales.

Prurito en el ano.

Orina subida de color.

Venas hinchadas, dilatadas, en las piernas (varices).

Sabañones fuera del tiempo, de frio rigoroso del invierno, y aun en verano.

Dolores en los callos, sin presion exterior del calzado.

Facilidad estrema de dislocarse una ú otra articulacion.

Chasquidos en algunas ó muchas articulaciones, durante el movimiento.

Dolores tractivos, tensivos, en la nuca, el dorso, los miembros, los dientes (sobre todo durante los tiempos húmedos, borrascosos, cuando soplan los vientos del norte, despues de un enfriamiento, una torcedura de riñones, las emociones desagradables, etc.)

Acrecentamiento, durante el reposo, de los dolores y demas incomodidades, que se disipan por efecto del movimiento.

La mayor parte de los accidentes se hacen sentir por la noche, y se reproducen ó se agravan cuando el barómetro está muy bajo, durante los vientos del norte y del nordeste, en invierno y al rededor de la primavera.

Desvarios que causan agitacion, horrosos, ó al menos muy vivos.

Piel enfermiza: la mas ligera lesion degenera en úlcera, grietas de la piel de las manos y del labio inferior.

Frecuentes diviesos; frecuentes panadizos.

Piel seca de los miembros, brazos, muslos y aun de las megillas.

Chapas secas sobre varios puntos de la piel, que caen por escamas, ocasionando algunas veces un prurito voluptuoso, y despues de haberse rascado, un calor quemante.

Acá y allá algunas veces, aunque raras, una ampolla aislada, que causa un prurito voluptuoso, pero insoportable, cuyo vértice no tarda en llenarse de pus, y que despues de frotarse ocasiona un calor quemante; esta vesícula aparece en un dedo, en la muñeca, ó en otra parte.

Atacado de alguno ó algunos de estos accidentes el individuo se cree aun en buen estado, y otros participan tambien de su ilusion. No obstante esto puede él disfrutar, durante largos años, una vida muy soportable, y entregarse libremente á sus ocupaciones, mientras que es jóven ó aun en buena edad, que no experimente ningun contratiempo, que goce de las necesidades de la vida, y que no sufra ni sustos ni contrariedades, que no trabaje mas de lo que permiten sus fuerzas, sobre todo que sea de un caracter alegre, dulce, tranquilo, sufrido. Entonces la *psora*, que el inteligente descubre en algunos ó muchos de los síntomas enumerados precedentemente, puede dormir durante numerosos años en lo interior, sin desarrollar en el sugeto una enfermedad crónica continúa.

Sin embargo, aun en medio de estas circunstancias exteriores favorables, desde que el sugeto avanza en edad, basta frecuentemente una causa ligera, de un pequeño disgusto, un enfriamiento, un exceso en el régimen, etc. para producir un *acceso violento, aunque poco durable, de enfermedad*, un cólico violento, una angina, una inflamacion de pecho, una erisipela, una fiebre, ú otra afeccion cuya intensidad no está con frecuencia en relacion con la causa determinante. Esto

es lo que sucede la mayor parte de las veces en otoño y en invierno, mas se vé asimismo en primavera.

Quando el sugeto, infante ó adulto, que ofrece toda la apariencia de salud, no obstante la existencia de la psora latente en su interior, cae en medio de circunstancias contrarias á aquellas de que he hecho enumeracion; cuando por ejemplo su organismo entero llega á ser fuertemente debilitado y alterado por una epidemia reinante, por una enfermedad contagiosa, , aguda (1) (la viruela, el sarampion, la coqueluch, la fiebre escarlatina, la púrpura, etc.), por una grave lesion exterior, un golpe, una caida, una herida, una quemadura considerable, una fractura de la pierna ó del brazo, un parto laborioso, ó por la permanencia en cama que necesitan estos diversos accidentes (ordinariamente con el concurso de los tratamientos alopáticos, mal combinados y debilitantes) cuando el hábito de una vida sedentaria en un aposento húmedo y oscuro, debilita la fuerza vital, que la muerte de personas queridas pone el moral en un estado de tristeza extremo, que los sucesos diarios colman la vida de amargura,, que la desnudez, la miseria, la falta de las cosas necesarias á las primeras necesidades, abaten el ánimo y las fuerzas:

(1) No es raro, al fin de las fiebres agudas, verse como efecto, en algun modo escitada por estas fiebres, la antigua, psora existente en el cuerpo, reaparece bajo la forma de una erupcion psórica, que los médicos atribuyen á una nueva produccion de la enfermedad en un cuerpo supuesto por ellos lleno de humores viciado, porque ellos no tienen ninguna idea de la psora crónica que duerme frecuentemente en lo interior del organismo. Mas la enfermedad psórica no puede en el dia de hoy engendrarse por si misma en ningun individuo de la especie humana, lo mismo que la viruela, la vacuna, el sarampion, la enfermedad venérea cancerosa etc. no podrán estallar, en un hombre, sin infeccion prévia.

entonces la psora sale del estado de letargo en el cual ha permanecido hasta aquel momento y anuncia por la aparicion de los síntomas de que hablaré despues, que va á dar lugar á la manifestacion de accidentes graves; una ú otra de las innumerables enfermedades crónicas (1) (psóricas) estalla y se agrava de tiempo en tiempo,

(1) Se manifiestan ya la una ya la otra, segun que la constitucion primitiva, el género de vida adoptado, la disposicion del espíritu, con frecuencia formado por la educacion, la susceptibilidad ó la debilidad de tal ó tal parte del cuerpo, dirigen la enfermedad psórica, y la determinan á manifestar una ú otra de sus modificaciones. Un caracter áspero, colérico, favorece singularmente la erupcion de la psora, efecto que producen asimismo la debilitacion por los partos frecuentes, el amamantamiento muy prolongado ó las fatigas escesivas, un mal tratamiento médico, la depravacion, la intemperancia. La enfermedad psórica interna tiene de singular en su naturaleza, como ya he dicho, que en medio de circunstancias exteriores muy favorables, puede permanecer largo tiempo oculta y como subyugada, de modo que el observador superficial juzga al sugeto en buen estado durante años enteros, frecuentemente aun durante una larga série de años, hasta que las circunstancias físicas ó morales, solas ó reunidas, hacen salir el mal de su estado de reposo, y provocan el desarrollo en el germen adormecido: entonces los parientes, el médico, el enfermo mismo no pueden concebir porqué su salud ha experimentado repentinamente un ataque tan rudo. Para citar aqui algunos ejemplos que me han sido suministrados por mi propia experiencia, se vé, en igual caso, despues de una fractura simple, que ha hecho permanecer al sugeto en cama durante cinco ó seis semanas, sobrevenir estados morbosos de otra especie, cuyo origen no puede ser descubierto, estados que, aunque reducidos á un grado soportable por los tratamientos que se les oponen, no se reproducen menos al cabo de algun tiempo, aun sin ningun esceso en el régimen, y cada vez reaparecen con mas gravedad que antes, sobre todo en otoño, en invierno y en primavera, y degeneran en una afeccion crónica creciente de año en año; contra la cual se busca vanamente en los consejos del médico y en el uso de las aguas minerales los recursos du-

sin casi ninguna remision, con frecuencia hasta que ha llegado al grado mas formidable, á menos que no sobrevengan repentinamente para el enfermo nuevos trastornos exteriores favorables, que determinen la enfermedad á seguir una marcha mas lenta y mas moderada en sus progresos.

rables, cuya aplicacion no sea seguida de otro mal mas funesto aun. Estas sacudidas en la vida, estas circunstancias desfavorables que despiertan la *psora* interna adormecida hasta entonces, y probablemente desde mucho tiempo há, que determinan al gérmen á desarrollarse, son innumerables, y frecuentemente de naturaleza tal, que no hay la menor semejanza entre ellas y los grandes males que arrastran poco á poco tras sí; de suerte que, no se las puede considerar como causa suficiente de las enfermedades crónicas, con frecuencia enormes, que las suceden, viéndose forzado de atribuir á aquellas una causa mas profunda, que no hace entonces mas que ser llamada á desarrollarse, á manifestarse. Asi por ejemplo, una jóven que se creia en buen estado de salud, juzgando con arrebato acerca de las ideas ordinarias, y que habia sido atacada de la *psora* en su infancia, tuvo la desgracia, en el tercer mes de su embarazo, de sufrir un vuelco de su carriage; recibió un susto muy vivo, y una ligera herida, alumbró antes de término, y tuvo una fuerte pérdida de sangre, que la debilitó mucho. Sin embargo se reanimó en algunas semanas, y se podia creer que renaceria en ella una salud durable, cuando la nueva de una enfermedad grave de que habia sido atacada una hermana querida, alejada de ella, la constituyó de nuevo en el estado de que acababa de salir, con mas, una infinidad de accidentes nerviosos y de espasmos, que la pusieron seriamente enferma. No tardó sin embargo en consolarse á la presencia de su hermana que llegó despues de su restablecimiento. Mas la jóven enferma no permaneció menos mala, y aunque aparentó restablecerse durante ocho ó quince dias, las afecciones de que era atacada reaparecian continuamente sin causa apreciable. Cada recaída, aun la mas feliz, cada invierno rigoroso, adicionaban nuevos sufrimientos á los antiguos, ó bien aquellos parecian daban lugar á otros, pero mas graves aun, sin que se pudiera concebir cómo las

Sin embargo, aun cuando una méjoria en las circunstancias exteriores mitigue los progresos del mal irritado, ninguno de los medios de tratamiento usados hasta el dia alcanzan á restablecer de un modo verdadero y durable la salud, en los métodos alopáticos ordinarios, con los medios enérgicos é inconvenientes que ellos

fuerzas de la jóven, ayudada de todas las circunstancias exteriores favorables, no bastaban á triunfar de las consecuencias de un solo parto antes de término, y menos aun como la impresion fatal de una triste nueva no habia sido estinguida por la de la curacion de su hermana, por la visita misma de esta última.

Si la causa debe siempre ser proporcionada á sus efectos, lo que es regla general en la naturaleza, nadie concibe como aqui, despues de la cesacion de las influencias fatales sobre la salud, los males que habian sido la consecuencia podian, no solamente persistir, sino acrecentarse de año en año, á menos que ellos no dependiesen de alguna otra causa de un órden mas elevado, de suerte que el aborto y la nueva desagradable, en los cuales era imposible ver la razon suficiente de la enfermedad crónica, pues que estos trastornos habian desaparecido por sí mismos, no se presentaban mas que como una impulsión dada al desarrollo de una potencia morbífica ya existente en el organismo; mas hasta entonces constituida en un especie de sueño. De este modo un comerciante robusto, y que parecia en buen estado de salud, á escepcion solo de presentar algunos signos de *psora* interna, apreciables para un ojo ejercitado, llegó á ser atacado de incomodidades de todas clases, y concluyó por caer gravemente enfermo, cuando infinidad de contrariedades comprometieron su fortuna y le espusieron á hacer banca-rota. La muerte de un pariente rico, ó un gran premio de la loteria, restableció sus giros; volvió á ser rico, mas su enfermedad no duró menos, y aun aumentó de año en año, á pesar de todas las recetas de los médicos, de viages repetidos á las aguas minerales de mas reputacion, ó mas bien bajo la influencia misma de las aguas. Una jóven de buenas costumbres y que pasaba por de una buena salud, por no haber fijado la atencion en los signos de una *psora* interna, contrajo matrimonio, y este la llenó de tristeza; su salud desaparecia en la misma proporcion, sin ninguna señal de infeccion

emplean, tales como los baños, mercurio, ácido hidrocianico, iodo, digital, quina, privacion de los alimentos ú otros remedios preconizados por la moda del dia; no hacen mas que acelerar la muerte, el término de todos los males que los médicos no pueden curar.

Quando las circunstancias exteriores desfavorables

venérea. Ningun medicamento alopático aliviaba sus males, que de dia en dia se hacian mas graves. Despues de un año de sufrimientos, la muerte la libró de un marido detestable, y ella se persuadió que, no quedándola ya motivo alguno de afliccion iba á recobrar la salud, de cuya esperanza participaron tambien todos sus amigos. En efecto, su estado se mejoró prontamente, mas lo que no se habia previsto, no se restableció de un modo completo, á pesar de su juventud; los accidentes que experimentaba la dejaban raramente, para renovarse de tiempo en tiempo sin causa exterior, y aun iban agravándose cada año durante el rigor de la estacion. Una persona sobre la cual recaia una injusta suposicion que la implicaba en un proceso criminal, gozaba anteriormente de una salud en apariencia buena, fuera de los signos de una *psora* latente: durante los meses que duraron sus angustias morales, fué acometida de diversas afecciones morbosas. Su inocencia fué reconocida, y recobró el honor y la libertad. Se debia creer que este cambio afortunado le volveria la salud. Mas no sucedió así; su enfermedad no reaparecia menos por intervalos, renacia despues de interrupciones mas ó menos largas, y se agravaba cada año, sobre todo durante el invierno. Si el trastorno desagradable hubiera sido la causa *suficiente* de los accidentes morbosos, el efecto no hubiera debido cesar del todo despues de la cesacion de la causa? Pero los males no discontinuaban, y aun se agravaron con el tiempo, haciendo evidente que los trastornos desagradables no pudieron ser la causa suficiente de la enfermedad actualmente existente; se concibe que *aquellos no fueron mas que la ocasion del desarrollo de un mal hasta entonces latente en lo interior.*

El conocimiento de este antiguo enemigo interno, que es tan frecuente, y el arte de vencerle demuestra que, la mayor parte del tiempo, una enfermedad psórica interna es la causa de todos los males, del que las fuerzas naturales ni aun del mas vigoroso no podrian triunfar, y que no ceden mas que á la potencia del arte.

cuyo cuadro acabo de trazar sacaron la *psora* de su estado latente, el estímulo, la hizo estallar, y que el enfermo se abandonase á los consejos de los médicos alópatas ordinarios, y por mas que sobreviniesen algunos cambios en su situacion ó en sus negocios, la enfermedad de que era atacado no dejaba menos de hacer progresos continuamente, de mas en mas desagradables.

La escitacion de la *psora* interna, hasta entonces latente y en cierto modo encadenada por la fuerza de la constitucion y la influencia de las circunstancias exteriores, su manifestacion bajo la forma de enfermedades graves, se descubre por la exaltacion de los síntomas manifestando su presencia en estado latente, y por otros varios signos, que varían segun la constitucion del sujeto, su predisposicion hereditaria, los diferentes vicios que presenta en su educacion, sus hábitos, su género de vida, su régimen, sus ocupaciones, la direccion de su espíritu, su moralidad, etc.

Cuando la enfermedad psórica se desarrolla bajo la forma de enfermedades secundarias manifiestas, se notan los síntomas siguientes, cuya enumeracion tomo de los casos en los cuales he aplicado yo mismo mi método de tratamiento con suceso, y donde por confesion de los enfermos, habia habido infeccion psórica, sin ninguna mezcla, ya de sífilis, ya de sicosis. No dudo que otros podrán, por su propia esperiencia, acrecentar bastante el número.

Solamente me limito á decir que si, en el número de los síntomas referidos, se encuentra que son del todo contradictorios, se debe buscar la causa de este fenómeno en la diferencia de las constituciones en las cuales la *psora* interna estalla. Sin embargo el uno de estos síntomas se encuentra mas raramente que el otro,

sin que esto sea un obstáculo particular á la curacion.

Vértigo ; progresion vacilante.

Vértigo ; cuando el sugeto cierra los ojos, todo rueda al rededor de él , y experimenta ganas de vomitar.

Vértigo ; al volverse bruscamente, cae casi trastornado.

Vértigo ; como si recibiese una sacudida en la cabeza, lo que le priva de los sentidos durante un instante.

Vértigo ; con frecuentes erupções.

Vértigo ; mirando de alto á bajo , algunas veces aun haciéndolo sobre un solo plano , ó levantando los ojos.

Vértigo ; andando por un camino sin márgenes en los dos lados , en un plano libre.

Vértigo ; creyéndose él mismo ya muy grande, ya muy pequeño; ó bien otros objetos se ofrecen á el bajo esta apariencia.

Vértigo ; simulando el síncope.

Vértigo ; que degenera en pérdida del conocimiento.

Aturdimientos; incapacidad de pensar y de ejercitar trabajos mentales.

El sugeto no es dueño de sus pensamientos.

En ciertos momentos está de hecho abolida la facultad de pensar (el individuo permanece como sumergido en sus reflexiones).

El aire fuerte le aturde y le pone la cabeza como trastornada.

Algunas veces le sucede tener la vista como oscurecida , ó no ver del todo , cuando anda , ó se baja , ó se endereza despues de haberse bajado.

Aflujo de sangre á la cabeza (1).

(1) Durante el cual el sugeto está de mal humor, con inquietud y horror al trabajo.

Calor á la cabeza (y á la cara) (1).

Sensacion de presion fria sobre el vértice de la cabeza (2).

Dolor sordo de cabeza, por la mañana al despertarse, ó despues de medio día, ya despues de haber andado mucho tiempo, ya hablando alto.

Hemicránea, en ciertas épocas (al cabo de veinte y ocho, de catorce, ó menor número de días); mas pronunciado durante el plenilunio ó la luna nueva, ó despues de escitaciones morales, de enfriamientos, etc., presion ú otro dolor sobre el vértice ó en lo interior de la cabeza, ó bien dolor terebrante por cima de un ojo (3).

Dolor de cabeza todos los días, á ciertas horas; por ejemplo latidos en los temporales (4).

(1) Bastante frecuentemente con frio á las manos y pies.

(2) Ordinariamente con ansiedad.

(3) Al mismo tiempo, el sugeto experimenta bastante agitacion y ansiedad en lo interior, sobre todo en el bajo-ventre; hay astriccion de vientre ó deposiciones frecuentes, poco abundantes acompañadas de ansiedad; siente pesadez en los miembros, temblores en todo el cuerpo, una especie de tension en todos los nervios, con exaltacion de la irritabilidad y de la sensibilidad; el ojo no puede soportar la luz, y lagrimea, y á veces se hincha; los pies están frios; algunas veces hay ronquera, con frecuencia frio, seguido inmediatamente de calor pasagero; incomodidad continua en el corazon, constriccion de la garganta y vómitos; el enfermo permanece tendido como si estuviese atacado de estupor, ó se agita con ansiedad sobre su cama. Estos accesos duran doce, veinte y cuatro horas ó mas. Cuando han pasado, se experimenta bastante abatimiento, con tristeza ó una sensacion de tension en todo el cuerpo. Antes del acceso se sienten frecuentemente sacudidas en los miembros durante el sueño, con despertar sobresaltado: desvarios espantosos, castañeteo de dientes durante el sueño, y grande disposicion á asustarse del menor ruido.

(4) Que algunas veces se hinchan, con lágrimas de un ojo.

Accesos de cefalalgia pulsativa (por ejemplo, á la frente), con náuseas bastante fuertes para hacer caer en tierra, ó para determinar el vómito, desde la mañana hasta la tarde, cada quince días, ó á épocas ya mas próximas, ya mas lejanas.

Sensacion en la cabeza como si se abriese el cráneo.

Sensacion de tirantez en la cabeza (1).

Cefalalgia; palpitaciones en la cabeza, supuracion en los oidos (2).

Cefalalgia; latidos en la cabeza; supuracion en los oidos (3).

Ruido en la cabeza, canto, zumbido, retintin, murmullo, etc.

Cuero cabelludo lleno de escamas, con ó sin prurito.

Erupciones cutáneas á la cabeza; tiña, con costras mas ó menos espesas, y latidos dolorosos cuando un punto está proximo á humedecerse; comezon insoponible cuando ya se ha humedecido; todo el incipicio dolorosamente afectado por el contacto del aire; al mismo tiempo, hinchazones glandulares dolorosas á la nuca.

Cabellos como tostados.

Los cabellos caen frecuentemente, sobre todo los

(1) En algunos casos, un dolor tiraote, ascendiendo de la nuca al occipucio, y aun á toda la cabeza y la cara, que se pone con frecuencia hinchada; al mismo tiempo, la cabeza está dolorosa al tacto, y hay frecuentemente náuseas.

(2) Ordinariamente al andar, sobre todo cuando se anda y mueve despues de haber comido.

(3) Algunas veces la vista se cubre entonces de un velo negro.

de delante y del vértice de la cabeza; ó calvicie por chapas.

Tubérculos dolorosos en el cuero cabelludo, que aparecen y desaparecen, y forman tumores redondeados (1).

Sensacion de constriccion en la piel de la cabeza y de la cara.

Palidez de la cara durante el primer sueño, con un círculo azulado alrededor de los ojos.

Frecuentes rubicundeces y calor á la cara (2).

Color amarillento, amarillo de la cara.

Color amarillento, lívido de la cara.

Erisipela de la cara (3).

Dolor compresivo encima de los ojos, sobre todo á la caída de la tarde; el enfermo se vé obligado á apoyar sus manos sobre la parte que padece.

No puede pararse nada durante mucho tiempo, al contrario todo le parece que tiembla á su alrededor, los objetos le parece que se mueven.

Párpados como cerrados, sobre todo por la mañana hay minutos y aun horas á veces, sin poderlos abrir; están pesados, como paralizados, ó cerrados espasmódicamente.

Ojos estremadamente sensibles á la luz del dia, que les

(1) Que asimismo, en casos raros, pasan á la supuración.

(2) El sugeto se pone entonces muy débil, y como estenuado, ó agoviado de ansiedad, y lo alto del cuerpo se cubre de sudor: los ojos se enturbian y se cubren de un velo negro, el espíritu se pone triste, la cabeza parece estar muy llena con calor quemante á los temporales.

(3) En ciertos casos, con bastante fiebre, á veces con ampollas llenas de serosidad en la cara, que causan prurito, ardor, picotazos, y que se convierten en costras (erisipela pustulosa).

causa una impresion dolorosa, y les obliga á cerrarse involuntariamente (1).

Sensacion de frio en los ojos.

Angulos de los ojos llenos de moco purulento (legañas).

Bordes de los párpados cubiertos de costras secas.

Inflamacion de una (orzuelo) ó de muchas glándulas de Meibomio, en el borde de los párpados.

Oftalmias de un gran número de especies (2).

Círculo amarillo al rededor de los ojos.

Color amarillo dei blanco de los ojos (3).

Mancha turbia, opaca en la cornea (4).

Hidropesía del ojo.

Oscurecimiento del cristalino; catarata.

Estrabismo.

Presvicia. El sugeto vé de lejos, mas no distingue con perfeccion los objetos pequeños quemira de cerca.

Miopia. Distingue muy bien aun los muy pequeños objetos, cuando los tiene aproximados al ojo; mas los percibe tanto menos limpiamente quanto mas distantes están, y no los vé absolutamente á grande distancia.

Alucinaciones de la vista. Se perciben los objetos dobles ó múltiples, ó no se los vé mas que la mitad de ellos,

Circulan como moscas, motas negras, bandas oscuras ó redes delante de los ojos, sobre todo cuando se mira á grandeluz

Los objetos se ven como al través de una gasa ó una nube, la vista se enturbia en ciertos tiempos.

(1) Ordinariamente con mas ó menos inflamacion.

(2) Es probable que la fistula lagrimal no tenga jamás otro origen que una afeccion psórica.

(3) O color gris de la conjuntiva.

(4) Aun sin que haya precedido oftalmia.

Hemeralopia. Se vé bien durante el dia, mas no se distingue nada en los crepúsculos.

Nictalopia. No se vé mas que durante los crepúsculos.

Amaurosis. Turbacion permanente de la vista (1), que se agrava por último hasta el grado de ceguera completa.

Sensibilidad dolorosa de muchos puntos de la cara, de las megillas, de los huecos de estas, de la mandíbula inferior, etc., cuando se toca, cuando se habla ó cuando se masca, parece que una supuracion interior tiene lugar en estos puntos, ó que se esperiméntan latidos, ó una especie de elevacion; la tension, la tirantez, los latidos, son sobre todo tan fuertes durante la masticacion, que impiden el comer (2).

Oido escesivamente irritable y sensible; no se puede oír tocar las campanas sin estremecerse; el ruido del tambor produce convulsiones, etc., ciertos sonidos producen dolor en las orejas.

Hay latidos en las orejas (3).

Hormigueo y prurito en la oreja.

Resecacion y costras secas en las orejas sin cerumen.

Derrame por el oido de un pus ténue, ordinariamente fétido.

Pulsaciones en las orejas.

Ruido y sonidos diversos en los oidos (4).

(1) Frecuentemente sin opacidad del cristalino.

(2) Se experimenta con frecuencia asimismo, al comer, al hablar, tirantez semejantes á los lados de la cabeza, donde frecuentemente entonces sobrevienen elevaciones dolorosas. Cuando el dolor es mas insoportable aun, y acompañado de ardor quemante, se llama *tic* doloroso de la cara.

(3) Principalmente andando al aire libre.

(4) Como retintín, zumbido, chasquido, chillidos, temblor, etc.

Sordera en diferentes grados, hasta hacerse absoluta, con ó sin ruido interior; sintoma cuya intensidad varía segun el tiempo.

Hinchazon de las parótidas (1).

Epistaxis mas ó menos copiosa, mas ó menos frecuente.

Nariz como obstruida (2).

Sensacion penosa de resecaion en la nariz, aun cuando el aire pase libremente.

Pólipos de la nariz, ordinariamente con anosmia, que á veces sobresalen por la abertura posterior de las fosas nasales y descienden á la garganta.

Diminucion, pérdida del olfato.

Perversion del olfato (3).

Exaltacion escesiva del olfato, sensibilidad estrema para los olores, aun los menos pronunciados.

En lo interior de la nariz, costras, derrames de pus, ó masas endurecidas de moco (4).

Fetidez de la nariz.

Narices frecuentemente ulceradas, sembradas de pústulas y de costras.

Hinchazon y rubicundez de la nariz interiormente, ó del lóbulo de la nariz, frecuentemente ó siempre.

Debajo de la nariz, ó sobre el labio superior, costras que duran mucho tiempo, sin rubicundez pruritosa.

La parte roja de los labios está pálida.

Está seca, escamosa, costrosa, hendida, agrietada,

(1) Frecuentemente con latidos en las glándulas.

(2) Una de ellas, ó las dos á la vez, ó alternativamente la una y la otra; con frecuencia no hay mas que una sensacion de obturacion, aunque el aire pasa bien.

(3) Por ejemplo, olor de estiercol ú otro, sobre todo en la nariz.

(4) Algunas veces asimismo derrame de moco acre por la nariz.

Hinchazon de los labios, sobre todo del superior (1).
Lo interior de los labios está sembrado de pequeñas úlceras ó de vesículas (2).

Erupciones cutáneas en la barba ó en la sínfisis de la barba, con prurito.

Erupciones de varias especies en la cara (3).

Glándulas sub-maxilares hinchadas, y aun pasando algunas veces á la supuracion crónica.

Hinchazones glandulares sobre las partes laterales del cuello, hácia su parte inferior.

Encias sanguinolentas al menor contacto.

El lado interno ó esterno de las encias doloroso, como si estuviese escoriado.

Prurito corrosivo en las encias.

Encias blanquizeas, hinchadas, dolorosas al tacto.

Las encias se desgastan, dejando al descubierto los dientes de delante y sus raices.

Castañeteo de dientes durante el sueño.

Estremecimiento y alteraciones diversas de los dientes, aun sin odontalgia.

Padecimientos de los dientes de toda especie, con mas ó menos escitacion.

Los dolores de la dentadura no permiten guardar cama durante la noche.

Vesículas dolorosas y escoriacion en la lengua.

Lengua blanca, cubierta de una capa blanca, ó cargada de asperezas blancas.

Lengua pálida, de un blanco azulado.

(1) Alguna vez con dolor quemante, mordicante.

(2) Este sintoma, frecuentemente muy doloroso, aparece y desaparece.

(3) Costras de leche, pústulas, granos, barros, dartros y ulceraciones (hasta el cancer de la nariz, de los labios y la cara), con dolor quemante y lancinante.

Lengua llena de surcos profundos, diseminadas en su superficie, como si hubiese sido desgarrada por cima.

Lengua seca.

Sensacion de reseccion en la lengua, aun cuando esté húmeda.

Tartageo, tartamudeo, ó aun accesos inopinados de imposibilidad de hablar.

Vesiculas ó ulceraciones dolorosas en lo interior de las mejillas.

Sangre, frecuentemente abundante, por la boca.

Sensacion de reseccion en todo el interior de la boca, ó solamente en algunas de sus partes, ó profundamente en la garganta (1).

Fetidez del aliento.

Calor quemante en la garganta.

Flujo continuo de saliva, sobre todo al hablar, y principalmente por la mañana.

Espectoracion continua.

Acumulacion frecuente de mucosidades en el fondo de la garganta, que obliga á arrancar y escupir con frecuencia, entre el dia, y sobre todo por la mañana.

Frecuentes inflamaciones de garganta, é hinchazon de los órganos que sirven á la deglucion.

Gusto insípido y mucoso en la boca.

Gusto azucarado insoportable y casi continuo en la boca.

Gusto amargo en la boca, mas particularmente por la mañana (2).

(1) Principalmente cuando se despierta por la noche, ó por la mañana, con ó sin sed; cuando la reseccion de la garganta llega á un alto grado, hay frecuentemente dolores punzantes al tragar.

(2) Este sintoma no es raro; al contrario se le observa siempre.

Gusto ácido ó acidulo en la boca, sobre todo despues de comer, sin embargo de que sea bien percibido el gusto de los alimentos (1).

Gusto fétido y pútrido en la boca.

Mal olor de la boca, recordando á veces el enmohecido; en otros casos el de un cuerpo en putrefaccion, como el del queso añejo, el sudor fétido de los pies, ó el de la berza podrida.

Eruetos que tienen el gusto de los alimentos, dos horas despues de haber comido.

Eruetaciones ruidosas, insoportables, que duran frecuentemente horas enteras, y que tienen lugar con bastante frecuencia aun en la noche.

Eruetos incompletos, que no ocasionan mas que sacudidas espasmódicas en la faringe, sin hacer salir nada por la boca.

Eruetos ácidos, ya en ayunas ya despues de haber comido, sobre todo leche.

Eruetos que escitan el vómito.

Eruetos que tienen un gusto rancio (sobre todo despues de haber comido cosas crasas).

Eruetos de gusto pútrido ó de enmohecido, por la mañana.

Eruetos frecuentes antes de sentarse á la mesa, con una especie de bulimia.

Soda mas ó menos frecuente; se siente ardor á lo largo del pecho, sobre todo despues del desayuno ó cuando se mueve.

Afluencia á la boca de una corriente de liquido salival, ascendiendo del estómago, despues dolores como

(1) En casos raros, sabor dulce, repugnante, fuera de los momentos en que se come y bebe.

de enroscadura alrededor de este órgano, náuseas causando casi el síncope, y aflujo de saliva á la boca, aun durante la noche (1)..

Escitacion de las mas dominantes en una parte cualquiera del cuerpo, despues del uso de frutas, notablemente de las que son ácidas, y despues del de el vinagre (ensalada, etc?).

Náuseas por la mañana (2).

Náuseas que llegan á veces hasta el vómito, por mañana inmediatamente despues de haber salido de la cama, que disminuyen por el movimiento.

Náuseas siempre que se comen alimentos crasos ó de leche.

Vómito de sangre.

Hipo despues de haber comido ó bebido.

Disfagia espasmódica, llegando á veces hasta hacer perecer de hambre.

Deglucion espasmódica involuntaria.

Frecuente sensacion de vacuidad en el estómago (ó bajo-vientre), con bastante frecuencia con aflujo abundante de saliva en la boca.

Hambre devoradora (bulimia), sobre todo por la mañana el sugeto se vé obligado á comer en el acto; sin que se encuentre mal se pone débil y temblon, y si se halla libre en el campo, se vé obligado á tenderse sobre la tierra.

Bulimia con borborigmos en el vientre.

Apetito sin hambre, el enfermo tiene deseos de tra-

(1) Este sintoma degenera frecuentemente en vómito de agua, de moco ó de ácido acre, se observa sobre todo despues del uso de los farináceos, de alimentos flatulentos, de las ciruelas etc.

(2) Sobreviene frecuentemente de un modo inesperado.

gar precipitadamente todas las cosas sin experimentar la necesidad en el estómago.

Una especie de hambre; mas por poco que se coma se satisface en el acto.

Cuando el sugeto vé comer, experimenta una sensacion de plenitud en el pecho, y la garganta se llena de mucosidades.

Falta de apetito. No hay mas que una sensacion de roimiento, de torsion y de undulacion en el estómago que obliga à comer.

Repugnancia à los alimentos calientes, sobre todo à la carne; el enfermo no pide casi mas que pan y mantecca ó patatas (1).

Sed continua desde por la mañana.

La region epigástrica està como tumefacta y dolorosa al tacto.

Sensacion de frio al epigastrio.

Presion en el estómago, ó en el epigastrio, semejante à la que produciria la aplicacion de una piedra ó un calambre (2).

Latidos y pulsaciones en el estómago, aun en ayunas.

Espasmo del estómago: dolor al epigastrio, como si estuviese comprimido (3).

Dolor en el estómago (4), como si se raspára, sobre todo despues de haber tomado una bebida fria.

Dolor en el estómago, como si estuviese ulcera-

(1) Sobre todo en la infancia y juventud.

(2) En algunos casos en ayunas, y aun por la noche, en despertándose; la respiracion es asimismo penosa.

(3) Ordinariamente poco tiempo despues de haber comido.

(4) Bastante frecuentemente con vómito de moco y de agua, sin el cual la incomodidad del estómago no se calma.

do, despues del uso de los alimentos, aun los mas innocentes.

Presion en el estómago, aun en ayunas, pero mas aun despues del uso de todos los alimentos, ó de algunos de ellos, las frutas, las legumbres verdes, el pan tierno, las sustancias avinagradas, etc. (1).

Aturdimientos y vértigo mientras el sugeto come; viéndose espuesto à caer de costado.

Despues de la cena mas ligera, calor en la cama; y à la mañana siguiente, constipacion, con abatimiento estremo.

Despues de haber comido, ansiedad y sudores ocasionados por ella (2).

Sudor, inmediatamente despues de haber comido.

Vómito inmediatamente despues de haber comido.

Despues de la comida, presion y calor en el estómago ó en el epigastrio, casi como en la soda.

Despues de haber comido, ardor que asciende hasta la faringe.

Despues de haber comido, inflacion del vientre (3).

Despues de comer, bastante laxitud y somnolencia (4).

(1) Se vé asimismo sobrevenir, despues del uso de estas cosas, cólicos, dolores ó entorpecimiento en las mandíbulas, latidos en los dientes, aglomeracion de mucosidades en la garganta, etc.

(2) Con frecuencia dolores que se reproducen acá y allá, por ejemplo, latidos en los labios, cólicos y trastornos en el bajo-ventre, presion en el pecho, pesadez en el dorso y en el sacro, llevado hasta la náusea; entonces no hay mas que escitacion de vómito, que alivia. En algunos sugetos, la ansiedad aumenta despues de la comida, hasta el punto de esponer al paciente al suicidio.

(3) Algunas veces hay al mismo tiempo laxitud en los brazos y en las piernas.

(4) La somnolencia llega hasta el punto de que el enfermo se acuesta y se duerme.

Despues de comer , estado semejante al de la embriaguez.

Despues de haber comido , dolor de cabeza.

Despues de haber comido , latidos del corazon.

Alivio de muchas incomodidades , hasta las mas antiguas , por la comida.

Los gases no salen , cambian de lugar á cada instante , y ocasionan una multitud de desórdenes en lo fisico (1) y en lo moral.

Los gases inflan el vientre (2); el abdomen está como repleto , sobre todo despues de comer.

Las ventosidades parece que ascienden. Sobrevienen eruptos , despues , frecuentemente , ardor en la garganta , ó vómitos , dia y noche.

Dolores en los hipocondrios cuando se palpan , ó cuando se mueven , y aun estando en reposo.

Apretura dolorosa en el bajo-ventre inmediatamente por debajo de las costillas.

Retortijones como causados por los gases que se mudan de uno á otro lugar ; el bajo-ventre está entonces siempre como lleno , y los gases se elevan.

Retortijones casi todos los dias , principalmente en los niños , por la mañana mas frecuentemente aun que en otra época del dia , y en algunos casos , noche y dia , sin diarrea.

(1) A veces tiranteces en los miembros , principalmente en los inferiores , ó latidos en el epigastrio ó bajo-ventre.

(2) Los gases ascienden frecuentemente ; en casos mas raros , sale , sobre todo por la mañana , una enorme cantidad , que carece de olor , y cuya espulsion alivia los demas accidentes ; en otros casos el enfermo espele una gran cantidad de una fetidez estrema.

Dolores cólicos, sobre todo en un lado del vientre, ó hácia una ingle (1).

Sensacion desagradable de vacuidad en el bajo-ventre (2); en el mismo acto de levantarse el enfermo de la mesa, que le parece no haber comido.

En toda la circunferencia del bajo-ventre, empezando desde el sacro, pero sobre todo por debajo de estómago, sensacion de compresion, como por una ligadura, cuando el sugeto no ha exonerado el vientre en algunos dias.

Dolor en el hígado cuando se palpa el lado derecho del vientre.

Dolor en el hígado; sensacion de presion y tension debajo de las costillas derechas.

Bajo las falsas costillas (en los hipocondrios), tension y presion, que impide la respiracion, atormentando el espíritu del enfermo é inquietándole.

Dolor al hígado; picotazos, sobre todo cuando se baja bruscamente.

Inflamacion del hígado.

Presion en el bajo-ventre, como por una piedra (3).

Dureza del bajo-ventre.

Cólico espasmódico, calambre doloroso de los intestinos.

Durante el cólico; frio en un lado del vientre.

Zurridos sensibles al oido en el bajo-ventre (4).

(1) Los dolores descienden frecuentemente hasta el recto ó el muslo.

(2) A veces alterna con compresiones dolorosas en el bajo-ventre.

(3) Presion que asciende con frecuencia al epigastrio, donde escita el vómito.

(4) A veces solo en el lado izquierdo del vientre, elevándose en la inspiracion y descendiendo en la espiracion.

Espasmos llamados histéricos, simulando los dolores de parto ó calambres, que obligan con frecuencia á acostarse, y en bastantes casos inflamacion repentina del vientre, sin flatuosidades.

En el bajo-vientre, sensacion de alguna cosa que descansa sobre los órganos genitales (1).

Hernias inguinales, frecuentemente dolorosas cuando se habla ó se canta (2).

Hinchazones glandulares en la ingle que pasan algunas veces á la supuracion.

Constipacion: retencion de vientre, con frecuencia durante muchos dias, y en bastantes casos con frecuentes é inútiles ganas de deponer.

Deposiciones duras, como tostadas, en pequeñas bolas, con frecuencia rodeadas de mucosidades, y á veces de estrias de sangre.

Deposiciones puramente mucosas (hemorroides blancas).

Salida de vermes lumbricoides por el ano.

Espulsion de porciones de ténia.

Deposiciones en las que la primera parte es ordinariamente muy dura y difícil de espulsar, mientras que el resto es diarréico.

Materias fecales muy pálidas, blanquizcas.

(1) La presion se ejerce de alto á bajo, como si quisiese sobrevenir un prolapsus; despues que ha pasado, todos los miembros se entumescen, y la muger se vé obligada á estenderlos.

(2) Las hernias inguinales no dependen en general mas que de la *psora* interna, esceptuados los casos poco numerosos en que las partes por donde se han efectuado han sufrido una grande violencia exterior, y aquéllas en los que la hernia proviene de un esfuerzo muy considerable por elevar un fardo etc.

Materias fecales grises.

Materias fecales verdes.

Deposiciones de color de greda.

Deposiciones de color pútrido agrio.

Dolores en el recto , en el acto de deponer.

Deposiciones diarréicas durante semanas, meses, años (1).

Diarrea de muchos dias , con dolores cólicos , que se reproducen con frecuencia.

Grande decaimiento despues de haber movido el vientre , sobre todo despues de haber hecho una deposicion muy copiosa y dura (2).

Diarrea que debilita rápidamente hasta tal punto que el sugeto no puede andar solo.

Tumores hemorroidales indolentes, y dolorosos (3), en el ano , en el recto.

Hemorroides fluentes en el ano ó en el recto (4), fluyendo sobre todo en el acto de las deposiciones , quedando frecuentemente despues los tumores dolorosos durante mucho tiempo.

Mientras la sangre fluye por el ano fermentacion del líquido en todo el cuerpo y respiracion corta.

Hormigueo y prurito en el recto , con ó sin salida de ascárides.

(1) Ordinariamente precedidas de borborigmos ó de fermentacion en el bajo-vientre , sobreviniendo de preferencia por la mañana.

(2) Se observa sobre todo una sensacion de desfallecimiento en el epigastrio , ansiedad , agitacion , alguna vez fuerte frio en el bajo-vientre , en el sacro , etc.

(3) Que con bastante frecuencia exudan un líquido mucoso.

(4) Las fistulas del ano no dependen casi nunca de otra causa que de la afeccion psórica , sobre todo cuando á esta se une un régimen muy irritante , el abuso de bebidas alcohólicas , de purgantes y el de los goces del amor.

Prurito y rubicundez en el ano y periné.

Pólipos en el recto.

Durante la emision de la orina, ansiedad, malestar y algunas veces desfallecimiento.

Algunas veces hay emision muy abundante de orina, y entonces el enfermo experimenta un abatimiento súbito (1).

Retencion dolorosa de orina (en los niños y en los sugetos de edad avanzada).

Cuando el sugeto tiene frio (cuando está aterido), no puede orinar.

A veces no puede orinar, parece que está inflado.

La uretra se estrecha en muchos puntos, particularmente por la mañana (2).

Presion sobre la vejiga, como una gana de orinar, inmediatamente despues de haber bebido.

El sugeto no puede retener mucho tiempo la orina, ella sale cuando aquel anda, estornuda, tose ó rie.

Frecuentes ganas de orinar durante la noche; el enfermo se vé obligado á levantarse muchas veces para soltar el agua.

La orina se escapa involuntariamente mientras duerme el enfermo.

(1) Las diabetes, que son tan frecuentemente mortales bajo la influencia de los medios alopáticos; no reconocen sin embargo jamás otra causa que la *psora* interna.

(2) El chorro de orina es con frecuencia entonces delgado como un hilo; se parte en dos; la orina no sale mas que por sacudidas, separadas frecuentemente por largos intervalos, último fenómeno que sin embargo tiende muchas veces á un espasmo del cuello de la vejiga, proviniendo de la misma causa morbosa. Del mismo modo la cistitis por estrecheces de la uretra, y las fistulas urinarias que son la consecuencia, no tienen jamás otro origen que el psórico, aunque á veces la sicósis pueda complicarse con la *psora*.

La orina sale aun mucho tiempo gota á gota despues que el sugeto ha orinado.

Una orina blanquizca , de olor y sabor dulzacho , se derrama en cantidad enorme , con caida de fuerzas , enflaquecimiento y sed inextinguible (diabetes).

Dolores quemantes y algunas veces desgarrantes , al orinar , en la uretra y cuello de la vejiga.

Orina de olor acre y penetrante.

La orina deposita prontamente un sedimento.

La orina se pone turbia como el suero , en el momento mismo que sale.

Una arena roja (concrecion calculosa) sale de tiempo en tiempo con la orina (a).

La orina es de un color amarillo subido.

Orina oscura.

Orina negruzca.

Orina mezclada con partículas de sangre , y aun hematuria completa.

Salida del licor prostático despues que el sugeto ha orinado , pero sobre todo despues de una deposicion un poco dura (y asimismo derrame casi continuo de este humor) (1).

(a) No creemos posible haya práctico que deje de conocer , por haberlo observado infinitas veces , que cuantos sintomas del aparato génito-urinario espone Hahnemann , como espresion clara y evidente de la existencia de la *psora* en la economia , son enteramente exactos. Mas esta exactitud , esta precision y acierto con que están redactados son de una evidencia suma en lo que hace relacion á la espulsion de concreciones calculosas. Es síntoma que hemos comprobado varias veces , y el único que , mas principalmente al menos , nos ha servido de guia para juzgar del estado de lexiones orgánicas , sobre todo del corazon , en las que pocas veces falta , que hemos tenido ocasion de tratar. (*El Tr.*)

(1) Algunas veces estenuacion por consecuencia de una pérdida continua del líquido prostático.

Poluciones nocturnas muy frecuentes, una, dos, tres á la semana, y aun todas las noches (1).

Poluciones nocturnas en la muger con ensueños voluptuosos.

Poluciones nocturnas, sino frecuentes, dando lugar al menos á consecuencias desagradables (2).

El esperma se derrama casi involuntariamente durante el dia, á la menor escitacion, y aun sin rigidez del miembro.

Erecciones muy frecuentes, prolongadas, muy dolorosas, sin polucion.

Falta de eyacuacion seminal, aun en un coito muy prolongado, y á pesar del estado de ereccion del pene (3), mas se escapa en seguida en poluciones, ó con la orina.

Depósito de serosidad en la túnica vaginal de testículo (hidrocele) (a).

El miembro no entra jamás completamente en ereccion, ni aun á pesar de las titilaciones mas voluptuosas.

Convulsiones dolorosas en los músculos del pene.

(1) En los jóvenes bien constituidos y castos, no tienen lugar naturalmente mas que cada doce ó quince dias, sin inconveniente, y produciendo una sensacion de violencia, de placer.

(2) Melancolia, embotamiento del pensamiento, disminucion de la imaginacion, pérdida de la memoria, abatimiento del espíritu; la vista se debilita, así como la digestion y el apetito; las deposiciones se hacen escasas.

(3) Los testículos entonces no se elevan hácia el abdomen ni se aplican al vientre, sino que están mas ó menos péndulos.

(a) Hé aqui un padecimiento que por sí solo, salvo algun caso en que pueda tener origen en una causa mecánica cuantas veces se nos presenta en nuestra práctica, lo tenemos por suficiente para diagnosticar la existencia de un vicio psórico. (*El Tr.*)

Prurito en el escroto , que con frecuencia tambien está sembrado de pustulitas y de costras.

Hinchazon ó endurecimiento crónico de un testículo ó de los dos (sarcocele).

Disminucion , atrofia , desaparicion de un testículo ó de los dos.

Endurecimiento y tumefaccion de la próstata.

Tirantez en el testículo y el cordon espermático.

Dolores contusivos en el testículo.

Falta de deseos venéreos en los dos sexos , siempre ó en la mayor parte de los casos (1).

Lascivia desenfrenada , insaciable (2), con tinte plomizo y complexion enfermiza.

Esterilidad , impotencia , sin lesiones orgánicas primitivas de los órganos genitales (3).

Desórdenes de la menstruacion. El flujo no aparece regularmente sino pasados veintiocho dias despues de la época anterior; nunca se establece sin que la muger esperimente alguna incomodidad , y no continua sin inter-

(1) En ocasiones durante muchos años. Entonces nada puede escitar el sentimiento voluptuoso de los órganos genitales del hombre ni de la muger : el pene se halla flácido y péndulo , mas adelgazado que el glande , el cual está frio al tacto , y azulado ó blanco : en la muger los labios de la vulva se hallan flácidos y pequeños , la vagina casi insensible y ordinariamente seca , á veces caida parcial ó total de los pelos del pubis.

(2) La ninfomania tiene el mismo origen.

(3) El abuso del coito con emision muy precipitada de un semen acuoso , no elaborado ; la falta de ereccion , de eyaculacion , ó de deseos venéreos ; las reglas muy abundantes , continuas , acuosas ; y muy escasas y aun nulas ; un flujo abundante de moco por la vagina (flores blancas) , los escirros del ovario , la atrofia ó la hinchazon de las glándulas mamarias ; la insensibilidad , ó sensibilidad dolorosa de las partes genitales , no son otra cosa que anuncios ordinarios de la esterilidad en el uno y otro sexo.

rupcion por tres ó cuatro dias, dando una mediana cantidad de sangre de buen color, hasta que al fin toca insensiblemente á su término hácia el cuarto dia, sin que lo físico y lo moral se resientan de ello; su duracion no se prolonga hasta los cuarenta y ocho ó cincuenta años, época en que debe cesar poco á poco y sin incomodidades.

Las reglas tardan en aparecer despues de los quince años y aun mas; y aun manifestadas ya una ó mas veces, suelen detenerse, y estar sin presentarse de nuevo por meses y aun años (1).

La menstruacion no guarda fijeza en su presentacion; y suele adelantarse muchos dias, reapareciendo cada tres semanas y aun cada quince dias (2).

No dura mas que un solo dia, algunas horas, ó se reduce á casi nada.

Dura cinco, seis, ocho dias y aun mas; pero no se manifiesta sino cada seis, doce ó veinticuatro horas, deteniéndose medio dia ó un dia entero antes de aparecer de nuevo.

El flujo es abundante por semanas enteras, ó reaparece casi todos los dias (3).

(1) De aqui el abotagamiento, la palidez y color térreo de la cara, la hinchazon de los pies, los escalofrios, la prostracion, el asma (la clorosis) etc.

(2) Raras veces se retrasa, y entonces es muy abundante, lo cual ocasiona grande depresion y otros muchos accidentes.

(3) Consiguiente á esto hay con frecuencia abotagamiento del rostro, de las manos y de los pies, espasmos dolorosos en el pecho y en el vientre, muchos síntomas de debilidad nerviosa, de sensibilidad escesiva, tanto general como de un solo órgano etc.; y antes de la aparicion del flujo sanguíneo, ensueños que fatigan, despertando á menudo por arrebatos de sangre, latidos del corazon, agitacion etc. Si

La sangre menstrual es acuosa, ó mezclada con coágulos negruzcos.

Tiene mal olor.

Las reglas van acompañadas de incomodidades numerosas, de síncope, cefalalgias, las mas veces con punzadas en la cabeza; ó retortijones ó dolores en el sacro; la muger tiene necesidad de echarse; tiene vómitos etc.

Pólipos en la vagina.

Flujo blanco por la vagina, algunos ó muchos dias antes del flujo menstrual, las mas veces inmediatamente despues ó durante todo el tiempo comprendido entre uno y otro periodo, con disminucion del flujo sanguíneo, al cual llega á veces á reemplazar por completo; flujo semejante á la leche, al moco blanco ó amarillo, ó al agua agria y aun fétida (1).

es muy abundante el flujo ménstruo, hay dolores lancinantes en un lado del vientre y en la ingle; el dolor se estiende á veces hácia el recto y el muslo; suele suceder á veces que la enferma no puede orinar, ó que el dolor la impide sentarse; cuando ya ha pasado el dolor referido, queda el vientre en muy mal estado, pues parece que está ulcerado por dentro.

(1) Innumerables padecimientos acompañan á la leucorrea, y de los mas perniciosos; sin hablar de las incomodidades ligeras, como el prurito en la vulva y en la vagina, con escoriacion de las partes genitales externas y de las partes próximas de los muslos, sobre todo al andar. Esta afeccion en su mayor grado, determina con frecuencia accidentes histéricos de toda especie, desórden del espíritu, melancolia, enagenacion mental, epilepsia etc. A veces la leucorrea se presenta por accesos, y entonces vá ordinariamente precedida de movimientos en un lado del vientre, ó de ardor en el estómago, en el bajo vientre, en la vagina; ó de punzadas en esta parte y en el hocico de tenca, ó de un dolor comprensivo en la matriz y pesadez en la vagina como si el útero fuera á salirse; accidentes que van á veces precedidos de los mas agudos dolores en el sacro; se espelen ventosidades

Parto antes de término.

Durante los embarazos, mucho abatimiento, náuseas, vómitos frecuentes, síncope, hinchazon dolorosa de las venas (varices en los muslos, en las piernas y aun en los grandes labios), diversos accidentes histéricos etc.

Coriza al instante que se espone uno al aire; y luego romadizo ordinariamente estando en la habitacion.

Romadizo y obstruccion de la nariz con frecuencia ó casi siempre, ó bien por intervalos.

Coriza por el menor enfriamiento, y por lo tanto es mas frecuente en la estacion del frio y en el tiempo húmedo.

Coriza frecuente, ó casi siempre ó por intervalos.

Imposibilidad de contraer un coriza, á pesar de las señales precursoras muy marcadas de esta afeccion, con otros males graves dependientes de la enfermedad psórica interna.

El enfermo se acatarra por poco que hable; y tiene necesidad de toser para que su voz vuelva á ser clara.

Ronquera y afonía, que no deja hablar alto al enfermo, por el menor enfriamiento.

Ronquera y afonía continua que dura años enteros; el enfermo no puede articular en alto ninguna palabra.

Supuracion de la laringe y de la traquea (tisis laringuea, traqueal ó pulmonar) (1).

Ronquera y catarro muy á menudo; ó casi siempre; el catarro siempre afecta al pecho.

de una manera muy dolorosa etc. ¿Lo que se llama cancer uterino tiene otro origen que la *psora* interna?

(1) La traqueitis (croup) no se declara en un niño que esté libre de la *psora* latente ó que haya sido libertado de ella por un tratamiento conveniente.

Tos ; á veces irritacion y resecacion en la laringe; la tos atormenta al enfermo en términos de inundársele el rostro de sudor (y las manos).

Tos que no cesa, y llega á causar náuseas y vómitos, la cual se presenta especialmente por la mañana ó por la tarde.

Tos siempre que se estornuda.

Tos las mas veces por la tarde, despues de haberse entrado en la cama, y siempre que se está echado con la cabeza baja.

Tos despues del primer sueño, que hace despertar bien pronto al enfermo

Tos, especialmente por la noche.

Tos por la mañana, fatigosa, sobre todo en despertándose.

Tos generalmente despues de comer.

Tos inmediatamente despues de hacer una inspiracion profunda.

Tos que produce una sensacion como de escoria-cion en el pecho, y á veces punzadas en un lado del torax ó del vientre.

Tos seca.

Tos con expectoracion purulenta , amarilla, con ó sin esputos de sangre (1).

Tos con expectoracion mucosa abundante y pérdi-da de fuerzas (tisis mucosa).

Accesos de una tos espasmódica (2).

(1) Las tisis pulmonares ulcerosas rara vez tienen otra causa que esta afección aun cuando parezcan haber sido determinadas por los vapores del mercurio ó del arsénico, las menos provienen en la mayor parte de casos de inflamaciones de pecho, en las cuales se ha abusado de la sangria, las que siempre se deben considerar como desenvolviendo una psora latente.

(2) El enfermo tiene repentinamente ganas de toser pe-

Punzadas violentas, á veces insoportables, en el pecho, siempre que se hacen las inspiraciones; tos que se hace imposible por el dolor, sin fiebre inflamatoria (falsa fluxion de pecho).

Dolor en el pecho al andar como si fuera á abrirse.

Dolor compresivo en el pecho en respirando profundamente y en estornudando.

A veces un ligero dolor ansioso en el exterior del pecho, que cuando no desaparece pronto, degenera en profunda melancolia (1).

Dolor abrasador en el pecho.

Punzadas frecuentes en el pecho, con tos ó sin ella.

Dolor agudo de costado; estando el cuerpo muy caliente, imposibilidad casi completa de respirar, á causa de las punzadas en el pecho, con esputos de sangre, y dolor de cabeza; el sugeto tiene precision de tomar aliento.

Pesadilla; el sugeto se despierta por la noche por un ensueño penoso; pero no puede moverse, ni llamar para que le socorran, ni hablar; y cuando se toca se presentan dolores tan intolerables como si fuera á desgarrarse (2).

Suspension de la respiracion con punzadas en el

ro no puede verificarlo, porque le falta la respiracion hasta sofocarle con rubicundez violenta y abotagamiento del rostro. Ordinariamente, entonces se cierran tambien las fauces de modo que el sugeto ni aun puede tragar una sola gota de agua; al cabo de ocho ó diez minutos sobrevienen regurgitaciones, y los espasmos cesan.

(1) Ordinariamente por accesos que duran toda la noche, desde por la tarde hasta la mañana.

(2) Estos accesos se repiten muchas veces en una misma noche, sobre todo cuando el sugeto no ha estado al aire durante el dia.

pecho por la mas ligera marcha (1); el enfermo no puede dar un paso (angina de pecho).

Asma en los movimientos de los brazos solamente; pero no andando.

Accesos de sofocacion, sobre todo despues de media noche; el enfermo se vé obligado á estarse en su asiento, á salirse á veces de la cama, á estarse de pié, el cuerpo doblado y apoyado sobre las manos, á abrir la ventana, á salir al aire libre etc. el corazon dá fuertes latidos; en seguida sobrevienen eructos ó bostezos, y el espasmo se disipa con ó sin tos y expectoracion.

Latidos del corazon, con ansiedad, sobre todo por la noche.

Asma; respiracion ruidosa, difícil, á veces hasta sibilante.

Respiracion corta.

Asma durante los movimientos, con tos ó sin ella.

Asma, especialmente estando sentado.

Asma espasmódico, que corta la respiracion cuando sobreviene al aire libre.

Asma por accesos que dura muchas semanas.

Atrofia de las manos, ó grande engrosamiento de ellas, con depresion de los pezones.

Erisipela de uno de los pechos (sobre todo en las mugeres que están criando).

Induracion de una mama, que siempre está dura y engrosada, con punzadas en uno de los pechos (2).

Erupciones pruritosas, ó húmedas y costrosas alrededor de los pezones.

Dolores tirantes, tensivos (dislacerantes), en el sacro, el dorso, la nuca.

(1) Principalmente en trepando á algun sitio escarpado.

(2) Las diversas variedades de lo que se llama cancer de las mamas tendrán otro origen que la *psora* interna?

Rigidez dolorosa, tirante, lancinante, en la nuca, en el sacro.

Presion entre los omoplatos.

Sensacion de un peso en los hombros.

Dolores tirantes, tensivos (dislacerantes), en los miembros, ya sea en los músculos, ó en las articulaciones (reumatismo).

Dolores tirantes y compresivos en varios puntos del periostio de los huesos, especialmente de los largos (1).

Punzadas en los dedos de las manos ó de los pies (2).

Punzadas en el talon y en la planta del pié al apoyarlo en el suelo.

Ardor en la planta de los pies (3).

Dolor en las articulaciones como si se rasparan los huesos, con hinchazon roja y caliente, con esceso sensible al tacto y á la impresion del aire; irritabilidad estrema de lo moral, melancolia (gota, podraga, qui- ragra, gonagra) (4).

Hinchazon de las articulaciones de los dedos, dolor en ellas cuando se las toca y se las dobla.

Las articulaciones se ponen tumefactas, quedando duras ó hinchadas, y hay dolores cuando se doblan.

Articulaciones como rígidas, con movimientos di-

(1) En este caso las partes están doloridas al tacto, como si estuvieran quebrantadas ó escoriadas.

(2) Que en los casos graves ó inveterados se exasperan mucho.

(3) Sobre todo por la noche en la cama.

(4) Los dolores son mas vivos ó por el dia ó por la noche. Despues de cada acceso y cuando la inflamacion ha pasado, las articulaciones de la mano, de la rodilla, del pié, del dedo gordo del pié, causan dolores en andando; y son entonces asiento de un entorpecimiento insoportable, y el miembro está debilitado.

fíciles y dolorosos, los ligamentos articulares parece que se han acortado (1).

Articulaciones dolorosas durante el movimiento (2).

Crepitacion ó chasquido de las articulaciones cuando el sugeto se mueve.

Las articulaciones se dislocan muy fácilmente (3).

Disposicion á derrengarse, que cada vez aumenta mas y mas, por el menor esfuerzo muscular, y aun al ejecutar pequeños trabajos manuales, al estirarse para coger alguna cosa que está alta, al levantar objetos aunque no sean muy pesados, al volverse bruscamente etc. Esta distension, á veces poco considerable de los músculos, produce entonces en muchos casos los accidentes mas graves, como síncope, todos los grados de la afeccion histérica (4), la fiebre, esputos sanguíneos etc., al paso que una persona no atacada de la psora interna pueden levantar pesos en relacion con su energia muscular, sin experimentar el menor inconveniente (5).

(1) Por ejemplo, el tendon de Aquiles al poner el pié en el suelo; rigidez de la articulacion del pié, de la rodilla; ya pasagera (despues de haber estado, sentado, en levantándose) ya permanente (contractura).

(2) Por ejemplo la articulacion húmero cubital cuando se levanta el brazo; y la del pié cuando se anda están dolorosas como si fueran á romperse.

(3) Por ejemplo, las articulaciones del pié, de la mano, del pulgar.

(4) A veces se declara tambien inmediatamente un fuerte dolor en el vértice que suele resentirse al tacto; ó bien dolores en el sacro, en la matriz; y con bastante frecuencia punzadas en un lado del pecho, ó entre los dos hombros, lo cual hace que se corte la respiracion; ó bien hay rigidez dolorosa de la nuca ó de la espina dorsal; frecuentes eructos ruidosos etc.

(5) El hombre vulgar, sobre todo el campesino, procura entonces aliviarse por una especie de frote mesmerico, con

Desarreglo muy fácil de las articulaciones en sus movimientos cuando se hacen en falso (1).

Dolor en la articulacion del pié cuando se pone en el suelo, pareciendo que se vá á quebrar.

Reblandecimiento de los huesos, curvadura de la columna vertebral (gibosidad); curvadura de los huesos largos de los brazos ó las piernas (raquitismo).

Grande fragilidad de los huesos.

Sensibilidad dolorosa de la piel de los muslos y del periostio con solo hacer una presion moderada (2).

Dolor insoportable (3) en la piel, en los músculos ó en el periostio de una parte del cuerpo, por el menor

el que á veces obtiene resultados aunque pasajeros. O bien sucede que una comadre pasa las estremidades de sus pulgares sobre los omoplatos, dirigiéndolos hácia las axilas, ó á lo largo de la espina dorsal, ó en fin, desde el epigastrio hasta debajo de las costillas; solo que casi siempre se emplea una presion escésiva.

(1) Por ejemplo al poner en falso la articulacion del pié ó la del hombro. Aqui se debe colocar tambien la luxacion lenta y gradual de la articulacion coxofemoral, la salida de la cabeza del femur de la cavidad cotiloidea con prolongacion ó acortamiento del miembro y claudicacion.

(2) Un choque ligero contra un cuerpo extraño causa un dolor vivo y muy prolongado; están muy sensibles los puntos del cuerpo que mas se apoyan en la cama, por lo cual el sugeto dá muchas vueltas durante la noche; los músculos gluteos y el hueso isquion son el asiento de una sensacion dolorosa, y con solo un pequeño golpe dado con la mano en el muslo se produce un gran dolor. Un ligero choque contra un cuerpo duro deja manchas azuladas, equimosis.

(3) Este dolor varía de una manera increíble. Es á veces ardoroso, convulsivo, lancinante, hasta indescriptible; exalta hasta un grado insoportable la susceptibilidad moral; se le observa sobre todo en la parte superior del cuerpo, en la cara (*tic doloroso*), en la piel del cuello etc., por solo un ligero contacto, por la accion de hablar ó de masear; en el hombro por una débil presion ó el movimiento de los dedos.

movimiento de ella ó de alguna inmediata : por ejemplo, hay dolor al escribir, en la axila ó en un lado del cuello etc. ; al paso que el trabajo con la sierra ó cualquiera otro manual no produce tal dolor : semejantes dolores se notan en las partes inmediatas por la accion de hablar y por el movimiento de la boca : tambien se producen dolores en los labios y en las megillas por solo un ligero contacto.

Entorpecimiento de la piel ó de los músculos de algunas partes y de algunos miembros (1).

Parecen como muertos algunos dedos , las manos ó los pies (2).

Hormigueo y aun picor como el que sigue á los calambres, en los brazos, en las piernas y otras partes, aun en la punta de los dedos.

Agitacion con hormigueo ó rotatoria, ó interiormente prurítica, sobre todo en los miembros inferiores, por la tarde en la cama, ó por la mañana al despertar; el sugeto tiene necesidad de mudar de sitio á cada instante.

Frio doloroso en algunas partes del cuerpo.

Ardor doloroso en ciertas partes, á veces sin cambio del calor exterior ordinario del cuerpo.

Frio frecuente ó continuo de todo el cuerpo ó de un solo lado, y aun de solo una parte; frio en las manos

(1) Falta la sensacion del tacto; los músculos están como rígidos ó desordenados, ya por accesos, ya de una manera permanente.

(2) El miembro está entonces blanco, exangue, insensible y frio, á veces por horas enteras, sobre todo cuando el aire es fresco. El frote con un pedazo de zinc, descendiendo hácia las puntas de los dedos de las manos ó los pies, disipa ordinariamente este síntoma con prontitud, pero no obra sino de una manera paliativa.

y en los pies, sin que puedan de noche calentarse en la cama.

Escalofrios continuos, aun sin cambio exterior de calor de la piel.

Frecuentes llamaradas al rostro especialmente, aunque pasajeras, con ó sin rubicundez; manifestacion rápida de un vivo calor durante el reposo ó al menor movimiento, y á veces por solo hablar, con ó sin sudor.

El mas ligero calor del aire de la alcoba se hace sumamente desagradable, causa agitacion, obliga al enfermo á cambiar de posicion sin cesar; y á veces hay presion en la cabeza, encima de los ojos, lo que suele aliviarse con una hemorragia por la nariz.

Arrebato de sangre, y aun sensacion de las pulsaciones en todo los vasos, durante lo cual el enfermo está á veces pálido, y especialmente una especie de flogedad en todo el cuerpo.

Aflujo de sangre á la cabeza.

Aflujo de sangre al pecho.

Varices en los miembros inferiores, en las partes genitales, á veces tambien en los brazos y aun en los hombros; con dolores dislacerantes en ocasiones, sobre todo en tiempos de borrasca, ó prurito en sus tumores (1).

Erisipela, ya sea en la cara (con fiebre), ya en los miembros, en los pechos de las mugeres que crían, y sobre todo en un punto anteriormente herido; con puntadas como por alfileres, y ardor abrasador.

Panadizos, males accidentales.

Sabañones, aunque no sea en invierno, en los

(1) Los aneurismas parecen no tener otro origen que la psora.

dedos de manos y pies , produciendo prurito , ardor y punzadas.

Callos que determinan un dolor ardoroso y lancinante , aun cuando nada los comprima.

Forúnculos que aparecen de cuando en cuando, sobre todo en las nalgas , en los muslos , en los brazos y en el tronco ; produciéndose con el tacto pequeñas punzadas,

Ulceras en las piernas , sobre todo por encima de los tobillos , y en la parte inferior de las pantorrillas, con cosquilleo y sensacion de corrosion en los bordes, y mordicacion como causada por la presencia de una sal en su fondo; las inmediaciones están morenas ó azuladas, sembradas de varices, que en tiempo de borrasca y de lluvia causan dolores dislacerantes , sobre todo por la noche : á veces hay al mismo tiempo erisipela; despues de un pesar ó del miedo ; á veces tambien calambres de las pantorrillas.

Hinchazon y supuracion de los huesos largos de los brazos , del muslo , de la pierna , y de las falanges de los dedos de las manos y los pies (espina ventosa).

Tumefaccion y rigidez de las articulaciones.

Erupciones cutáneas que consisten ó en vesículas purulentas aisladas , acompañadas de un prurito voluptuoso, que aparecen y desaparecen de cuando en cuando , sobre todo en los dedos y en otras partes , produciendo calor abrasador asi que se escorian , y que tienen la mayor analogía con el exantema psórico primitivo; ó bien en un *exantema urticario* que tiene la apariencia de pápulas blancas y de vesículas llenas de agua , las mas veces con dolor abrasador ; ó ya en *botones* , sin dolor , en la cara , en el pecho , en el dorso , en los brazos y en los muslos ; ya en *herpes* en forma de pequeños granos , de manchas redondas y apretadas, mas

ó menos anchas, las mas veces rogizas, secas ó húmedas, con un prurito semejante al que produce la erupcion *psórica*, y un calor abrasador despues de haberse rascado (1); ya en *costras* levantadas por encima de la piel, de forma redonda, de un rojo intenso en las inmediaciones, pero sin dolor en ellas, con frecuentes y agudas punzadas en las porciones de la piel que todavia están libres de la erupcion; ó bien consiste en *escamas* secas, surfuráceas, que cubren pequeñas chapas redondeadas de los tegumentos, desprendiéndose y reproduciéndose á veces, sin ir acompañadas de niaguna sensacion particular; ya en fin en *rubicundeces* secas al tacto, acompañadas de un dolor ardoroso, que suelen salir un poco sobre el nivel de la piel.

Manchas rosáceas, pequeñas y redondas; manchas morenas ó morenuzcas en la cara, en las manos y en el pecho; pero sin dolor.

Manchas hepáticas; grandes manchas morenuzcas, que á veces cubren los miembros en su totalidad, los brazos, el cuello, el pecho etc.; pero que no causan dolor ni prurito.

Tinte amarillo de la piel, manchas amarillas de la misma naturaleza alrededor de los ojos, de la boca, en el cuello etc. sin dolores (2).

Verrugas en la cara, en los antebrazos, en las manos etc. (3).

(1) Estas manchas rodeadas de una aureola roja, se estienden cada vez mas y mas, de modo que á lo mejor parece desbarbararse del exantema, quedando la piel lisa y lustrosa.

(2) Despues de un ejercicio en carruage, se manifiesta el color amarillo de la piel, sobre todo cuando el carruage está á punto de detenerse pero sin haberse aun parado.

(3) Sobre todo en la juventud. Muchas de estas verru-

Tumores enquistados, en la piel, en el tegido celular subcutáneo, ó en las aponeurosis de los tendones (*gangliones*), de diversa forma y grosor, frios, y sin dolores (1).

Hinchazones glandulares en el cuello, en la ingle, en el pliegue de las articulaciones, en la del brazo, en la de la corva, en la axila (2) y tambien en los pechos.

Aridez del epidermis, ya por todo el cuerpo, con imposibilidad de sudar ó traspasar sensiblemente por el ejercicio y el calor, ya solo en algunas partes (3).

Sensacion insólita de sequedad por todo el cuerpo, aun en la cara, en la boca, en la garganta ó en la nariz, aunque el aire inspirado pase con libertad.

Grande propension á sudar por el menor movimiento, hasta por accesos estando sentado, ó solo de algunas partes del cuerpo; por ejemplo, sudor continuo de las manos y de los pies (4); sudor abundante en las axilas (5) y alrededor de las partes genitales.

Todos los dias por la mañana el sudor corre con

gas duran poco, y desaparecen para dejar su puesto á otros síntomas de la *psora*.

(1) El fungus hematodes, tan terrible en estos últimos tiempos, no tiene otro origen que la *psora* segun debo deducirlo de algunos hechos.

(2) A veces despues de los dolores lancinantes, degeneran en una especie de ulceracion crónica, que en lugar de pus, solo segrega un moco incoloro.

(3) Principalmente en las manos, en la parte esterna de los brazos y las piernas, y aun en la cara; la piel está seca, áspera, rasposa, y hasta cubierta de escamas furfuráceas.

(4) De un olor ordinariamente muy fétido, y algunas veces tan abundante que inunda y escoria las plantas de los pies, los talones y los dedos, por el menor ejercicio.

(5) Con frecuencia color rojo, de olor á hircina ó á ajos.

estrema abundancia, por espacio de años, y ordinariamente con olor ácido ó mordicante (1).

Sudor en un solo lado del cuerpo, ó bien en su mitad superior, ó en las estremidades inferiores.

Propension á resfriarse cada vez mayor, ya todo el cuerpo (á veces en mojándose las manos con agua caliente ó fria, como cuando se lava ropa), ya solo en alguna parte, en la cabeza, el cuello, el pecho, el bajo vientre, los pies etc. en una corriente de aire mediana ó débil, ó despues de haberse mojado ligeramente esta parte (2); basta para esto que la habitacion esté fresca, el aire húmedo y el barómetro bajo.

El sugeto parece un *almanaque vivo*, es decir que á la aproximacion de un cambio notable de tiempo, de un frio grande, de un huracan, de una tempestad, siente dolores vivos en partes curadas y cicatrizadas, que antiguamente hubieran estado lisiadas, heridas ó fracturadas.

Tumefaccion serosa de los pies solamente ó de un solo pié, ó bien de las manos, de la cara, del vientre, ó del escroto etc. á veces edema general (hydropesias).

Accesos de pesadez repentina en los brazos ó en las piernas.

(1) - Aquí se colocan los sudores que experimentan los niños psóricos en la cabeza, por la tarde despues de haberse dormido.

(2) Los accidentes que sobrevienen inmediatamente despues son graves y variados; dolores en los miembros, cefalalgia, coriza, dolor de garganta y angina, catarro, hinchazon de las glándulas del cuello, ronquera, tos, dificultad de respirar, picotazos en el pecho, fiebre, alteraciones de la digestion, cólicos, vómitos, diarrea, dolor de estómago, á veces hasta convulsiones en la cara y en otras partes, color icterico de la piel etc. Ningun individuo no psórico experimenta la menor incomodidad bajo la influencia de causas semejantes.

Accesos de debilidad como parálitica de un brazo, de una mano, de una pierna, sin dolores; sobreviniendo á veces de una manera repentina y pasando con rapidez, y otras empezando poco á poco y yendo siempre en aumento.

Chasquidos en las rodillas.

Propension de los niños á caer sin causa visible. Tambien se observan en los adultos accesos de debilidad en las piernas, de modo que al andar, se desliza un pié por aquí y otro por allá.

Accesos repentinos de debilidad, sobre todo en las piernas en andando al aire libre (1).

Insoportable debilidad en sentándose, haciéndose mayor al andar.

En dando un paso en falso se aumenta la propension de las articulaciones á luxarse, llegando hasta producir su luxacion completa, por ejemplo del pié, del hombro etc.

Vá en aumento el chasquido de las articulaciones, con una sensacion desagradable.

El entorpecimiento de los miembros aumenta y reaparece por el menor motivo, como al apoyar la cabeza sobre el brazo, en cruzando las piernas estando sentado etc.

Aumentan y se reproducen sin causa apreciable los calambres dolorosos en muchos músculos.

Retraccion lenta, espasmódica de los músculos flexores de los miembros.

(1) A veces parece subir la debilidad hasta el epigastrio, ó degenera en una bulimia, que repentinamente produce un quebrantamiento de fuerzas; sobreviniendo temblor, y viéndose el enfermo obligado á echarse al instante por algun tiempo.

Convulsiones rápidas de ciertos músculos, y de algunos miembros, aun en el estado de vigilia por ejemplo en la lengua, en los labios, en los músculos de la cara, de la faringe, del ojo de las mandíbulas, de las manos y los pies.

Acortamiento tónico de los músculos flexores.

Torsion involuntaria de la cabeza ó de los miembros, con pleno conocimiento (baile de san Vito).

Accesos repentinos de desfallecimiento y postracion de fuerzas, con pérdida del conocimiento.

Accesos de temblor de los músculos, sin ansiedad. Temblor continuo; latidos en las manos, en los brazos y piernas.

Accesos de pérdida del conocimiento durante un instante ó un minuto, con la cabeza inclinada sobre un hombro, con convulsiones ó sin ellas en tal ó cual parte del cuerpo. Epilepsia de diversas especies.

Bostezos y pandiculaciones casi continuos.

Soñolencia por el dia, á veces inmediatamente despues de estar sentado, sobre todo á consecuencia de la comida.

Dificultad de dormirse por la tarde, en la cama, á veces durante muchas horas.

El enfermo no hace mas que soñar por la noche.

Insomnio todas las noches, á causa de un calor que aplana, y que produce una ansiedad, la cual obliga á menudo á dejar la cama y á pasearse en la habitacion.

Sueño mas ó menos profundo tres horas despues de amanecer.

Aparicion de imágenes fantásticas por solo bajar los párpados.

Ideas jocosas, inquietas, que asaltan la imaginacion en el momento de dormirse, y obligan á levantarse, y á pasearse largo rato.

Ensueños muy vivos, simulando el estado de vigilia, ó pensamientos tristes, horribles, deprimentes lascivos.

Costumbre de hablar alto y de gritar estando durmiendo.

Sonambulismo. El enfermo se levanta por la noche, con los ojos cerrados, y ejecuta bien todas las cosas, aun las de mayor esposicion, sin conservar de ello el menor recuerdo despues de despertar.

Accesos de sofocacion durante el sueño (pesadillas).

Dolores diversos é insoportables por la noche, ó sed nocturna, sequedad en la garganta, en la boca, ó frecuentes ganas de orinar por la noche.

Por la mañana al despertar, el enfermo está triste, entorpecido, posirado, y mas fatigado que cuando se acostó, necesita horas enteras para recobrar sus fuerzas y la fatiga no desaparece sino despues de estar levantado.

Despues de una noche muy agitada, hay á veces mas fuerza por la mañana, que despues de un sueño profundo y tranquilo.

Fiebre intermitente muy variada en cuanto al tipo, á la duracion á la forma, cotidiana, terciana, cuartana, quintana, septana etc. cuando no reina ninguna de ellas ni esporádica ni epidémica (1), ni endémicamente en la comarca.

Todas las tardes un acceso de frio febril, con color azulado de las uñas.

Todas las tardes algunos escalofrios.

(1) Las fiebres intermitentes epidémicas jamás atacan á los que están libres de la psora, de suerte que la tendencia á contraerlas debe considerarse como un sintoma de esta afeccion.

Calor todas las tardes, con aflujo de sangre á la cabeza y rubicundez de las megillas; este calor vá á veces mezclado de frio.

Fiebre intermitente de algunas semanas de duracion, á la cual sucede por otras semanas una erupcion pruritosa húmeda, que cura cuando aparecen nuevos accesos de fiebre típica; y asi sucesivamente, siempre con esta alternativa por espacio de años.

Toda suerte de desarreglo del caracter y del espíritu (1).

Melancolia, sola ó alternado con demencia, con furor; y con momentos lucidos.

Ansiedad por la mañana al despertar.

Ansiedad por la tarde despues de haberse echado (1).

Ansiedad muchas veces durante el dia (con ó sin dolores), ó á ciertas horas del dia y de la noche: ordinariamente entonces las personas no gustan del reposo y se vé obligada á correr aquí y allá, y á veces tambien sobreviene sudor.

Melancolia, latidos del corazon y ansiedad que quitan el sueño por la noche (las mas veces inmediatamente antes de la aparicion de las reglas).

(1) Nunca he visto ni en mi práctica, ni en ninguna casa de enagenados, un melancólico, un demente, ó un loco furioso, cuya enfermedad no tuviera por causa la psora sin embargo de alguna que otra vez se haya visto complicada con la sífilis.

(2) Que causa sudores abundantes en algunas personas. Otras no experimentan otra cosa que arrebatos de sangre y pulsaciones en todos los vasos; en algunas la ansiedad llega hasta oprimir la laringe, hasta el punto de sofocarse; en otras parece que la sangre se detiene en todos los vasos, y que esto es la causa de la ansiedad que se experimenta. Esta vá á veces acompañada de pensamientos desagradables, los cuales parecen causarla; pero esto no sucede siempre.

Monomanía suicida (1) (del bazo?).

Caracter lloron. A veces llora el enfermo horas enteras sin saber por qué (2).

Accesos de terror. El enfermo teme por ejemplo al fuego; no quiere estar solo, y tiene miedo de ser atacado de apoplejia, de delirio etc.

Accesos de propension á encolerizarse, faltando poco para la enagenacion mental.

Terror, á veces por el menor motivo; los enfermos están en este caso sudando y temblando.

Las personas en otras ocasiones muy activas, tienen

(1) Parece no haberse atendido á esta especie de enagenacion mental que es tambien puramente psórica. Sin experimentar ansiedad, sin tener ideas que atormenten, y gozando al parecer de la mas cabal razon, las personas atacadas de ella se ven arrastradas por un sentimiento de necesidad á darse la muerte. No se curan sino procurando que desaparezca la *psora* cuando se reconocen á tiempo los sintomas para los cuales se manifiesta en ellas. Digo á tiempo, porque cuando la enagenacion ha llegado á su último grado, tiene por caracter particular, que el enfermo no comuniqué á nadie su invencible resolucion. Sobreviene por accesos de media hora, ó de algunas horas, todos los dias hácia su fin, y á veces en épocas fijas del dia. Sin embargo, ademas de los accesos de monomanía suicida, los enfermos tienen comunmente ansiedad, independiente de aquellos accesos, y manifestándose á otras horas, acompañados las mas veces de pulsaciones en el epigastrio, y mientras cuya duracion no asalta el deseo de la muerte. Estos accesos de ansiedad, que parecen ser mas físicos que morales, y que no van unidos á pensamientos desagradables, pueden no existir; mientras que los deseos de suicidarse dominan en el mas alto grado, sobreviniendo á veces muy frecuentemente, despues de curados aquellos en parte por los remedios antipsóricos; de suerte que parecen independientes unos de otros, aunque su origen sea el mismo mal fundamental.

(2) Sintoma que parece producirse sin embargo por la naturaleza enferma, para acallar muchas afecciones nerviosas de las mas graves, sobre todo en las mugeres.

horror al trabajo, no hay gusto para ningun asunto; al contrario, se repugna toda ocupacion (1).

Sensibilidad excesiva.

Irritabilidad sostenida por la debilidad (2).

El humor cambia con frecuencia. El sugeto está en ocasiones muy alegre, y hasta de una manera immoderada; á veces tambien se abate repentinamente por la idea de su enfermedad, ó por otros objetos sin importancia. Pasa repentinamente de la alegría á la tristeza, ó se aflige sin que haya causa para ello.

(1) En uno de estos casos, una muger era atacada de ansiedad, siempre que queria entregarse á sus ocupaciones domésticas; le temblaban los miembros, y se veia tan posturada, que tenia necesidad de echarse.

(2) Todas las impresiones, tanto físicas como morales, aun las mas débiles, determinan una irritacion patológica, llevada á veces hasta el mas alto grado. Los acontecimientos, no solo los tristes, sino aun los mas placenteros, causan las mas veces males y padecimientos extraordinarios; la relacion de ellos, ó solo la reproduccion de algunas ideas que á los mismos se refieran, ó su simple recuerdo, es bastante para agitar los nervios, trastornar la cabeza etc. Basta leer por algun tiempo cosas aunque sean indiferentes, mirar un objeto con atencion, como coser, escuchar atentamente cosas aunque no tengan ningun atractivo, como una luz muy viva, una conversacion en alta voz entre muchas personas, y aun los sonidos aislados de un instrumento músico, el ruido de una campanilla etc. para producir impresiones molestas, temblor, abatimiento, dolores de cabeza, frio etc. Tambien se exaltan muy á menudo el gusto y el olfato. En muchos casos, hasta es perjudicial entregarse á un ejercicio moderado, hablar, esponerse al calor ó al frio aunque sean moderados, estar al aire libre, mojarse la piel con agua etc. Muchas personas sienten los cambios repentinos del tiempo, aun estando en su alcoba, donde los mas se quejan cuando el tiempo es borrascoso y húmedo; algunos padecen cuando el tiempo es seco, y el cielo está sereno. En unos la luna llena, y en otros la luna nueva, ejerce tambien una influencia desfavorable y perjudicial.

Tales son algunos de los principales síntomas observados por mí, los cuales cuando se repiten á menudo, ó se hacen continuos, anuncian que la *psora* interna sale de su estado latente. Estos son al mismo tiempo los elementos de que se compone el miasma psórico, desarrollado por circunstancias exteriores desfavorables, cuando se espesa por una multitud innumerable de enfermedades crónicas, las cuales reciben tantas modificaciones por la constitucion individual, los hábitos, el género de vida, las influencias exteriores y las impresiones físicas ó morales, que están muy lejos de ser agotadas por la larga serie de especies nominales que la patología ordinaria dá falsamente por tantas enfermedades particulares y distintas (1).

(1) Bajo los nombres de escrófulas, raquitismo, espina ventosa, atrofia, marasmo, tisis, pulmonia, asma, tisis mucosa, tisis laringea, catarro crónico, coriza habitual, dentición difícil, enfermedades verminosas, dispepsia, espasmos del bajo vientre, hipocondria, histerismo, edemacia, ascitis, hidropesia de los ovarios, hidrómetra, hidrocéfalo, hidrócele, amenorréa, dismenorréa, metrorragia, hematemesis, hemotipsis y otras hemorragias, flores blancas, disuria, iscuria, flujo involuntario de orina, diabetes, catarro de la vejiga, hemorroides vesicales, nefralgia, mal de piedra, estrecheces de la uretra, estrecheces de los intestinos, hemorroides circunscritos y fluentes, fistula del ano, estreñimiento, diarrea crónica, induración del hígado, ictericia, cianosis, enfermedades del corazón, palpitaciones de esta viscera, espasmos del pecho, hidrotorax, aborto, esterilidad, ninfomania, impotencia, induración ó atrofia del testículo, descenso de la matriz, histerismo, hernias inguinales, crurales y umbilicales, luxaciones espontáneas, desviaciones de la columna vertebral, oftalmias crónicas, fistula lagrimal, miopia y presbiopia, nictalopia y hemeralopia, oscurecimiento de la cornea, catarata, glaucoma, amaurosis, sordera, falta de gusto y de olfato, jaqueca, tic doloroso de la cara, tiña, costra lactea, herpes, urticaria, tumores enquistados, paperas, varicelas, aneurismas, erisipela, úlceras;

Estos son los síntomas secundarios característicos del mal miasmático primitivo patentizado al exterior, de este monstruo de mil cabezas, por tanto tiempo desconocido (1).

caries, escirros, cancer en los labios, y en los carrillos, cancer de las mamas, de la matriz, fungus hematodes, reumatismo, neuralgia femoropoplitéa, gota ruidosa, podagra, apoplegia, síncope, vértigos, parálisis, contracturas, tétanos, convulsiones, epilepsia, corea, melancolía, manía, demencia, debilidad nerviosa etc.

(1) Convengo en que una doctrina que atribuye un origen psórico á todas las enfermedades crónicas no venéreas, que no son susceptibles de curarse por la sola fuerza vital, ni con un género de vida arreglado, ni otras favorables circunstancias, progresando continuamente de año en año; no puede menos de sorprender á los espíritus limitados, y á aquellos que no han pesado maduramente mis motivos; mas no por esto deja de ser una verdad. No deberá considerarse una de estas enfermedades como psórica, únicamente porque al remontarse á su origen, no recuerde el enfermo haber tenido comezon, pústulas en la piel, ó porque le sarna se tenga como una enfermedad vergonzosa? Como las enfermedades crónicas que se desarrollan á consecuencia de una sarna declarada (y que no se ha curado), resisten al poder de fuerza vital, siguen la misma marcha que las afecciones psóricas, y con ellas van siempre agravándose; mientras que los adversarios de la doctrina de la *psora* no podrán señalar otro origen al menos tan verosímil, á una enfermedad no venérea que domina sin cesar, á pesar de la reunion de las circunstancias mas favorables bajo el punto de vista de las condiciones exteriores, del régimen, de la moral, y del vigor del cuerpo, sin que se pueda llegar á la reminiscencia de una infeccion psórica anterior, tendrá para mí los mismos cambios de probabilidad, y apostaré ciento contra uno á que esta enfermedad depende de la *psora* aunque el enfermo no pueda ó no quiera recordar lo pasado. Es fácil dudar de cosas que no pueden ponerse á la vista de una manera material, pero esto no prueba nada; porque *negantis est probare*, segun un antiguo axioma de derecho. Nosotros no tenemos necesidad de invocar la eficacia de los remedios antipsóricos para de-

Del tratamiento de las enfermedades crónicas.

Pasemos al tratamiento homeopático de las enfermedades crónicas, en número incalculable, cuya curación se hace, se ha dicho previamente sobre la naturaleza de su triple origen, sino fácil, al menos posible, lo que había sido imposible, antes del descubrimiento de su esencia. Esta noción permite en efecto curarlas, desde que han ido descubriendo los remedios homeopáticos específicos contra los tres miasmas diferentes de que proceden.

Los dos primeros de que dependen el menor número de las afecciones crónicas, á saber, la *sífilis*, ó la enfermedad venérea chanerosa, y la *sicósis*, ó la enfermedad verrugosa, con sus consecuencias, serán de quien nos ocupemos en primer lugar, para abrir-

mostrar la naturaleza psórica de estas enfermedades crónicas en las cuales la infección anterior no se quiera confesar; ella no nos sirve aquí mas que como la prueba de una operación de aritmética bien hecha. Además, no conviniendo aquí ningún remedio homeopático tanto como los antipsóricos, porque estos son los mas apropiados al número de síntomas de la grande enfermedad de la *psora*, no veo un motivo porque poder reusarles el nombre de antipsóricos. No hay fundamento para hacerme un cargo por lo que digo de la animación de la *psora* latente (*Organon del arte de curar* § 78); que las enfermedades agudas, por ejemplo, las inflamaciones de la garganta, del pecho etc. que de cuando en cuando se presentan bajo las apariencias del estado inflamatorio, debe combatirse las mas veces por medicamentos antiflogísticos no antipsóricos (acónito, belladona, mercurio).

Ellas no tienen menos su origen en la *psora* latente, puesto que no pueden prevenirse sus recidivas sino por un tratamiento consecutivo cuya base son los antipsóricos.

nos un campo libre en la terapéutica del número infinitamente mas considerable de las enfermedades crónicas, variadas hasta lo sumo, y cuyo origen está en la *psora*.

DE LA SICÓISIS.

Nos ocuparemos en primer lugar de la *sicósis*, por ser el miasma que engendra el menor número de enfermedades crónicas, y el que ofrece consecuencias desgraciadas muy de tarde en tarde. Esta enfermedad verrugosa se ha esparcido durante las últimas guerras, desde 1809 hasta 1814; pero desde esta última época se ha hecho cada vez mas rara. Como se la creia de la misma naturaleza que la enfermedad venérea chancrosa, casi siempre se la ha tratado sin éxito, y por un medio solo capaz de perjudicar al enfermo por las preparaciones mercuriales que se le daban al interior. Las escrescencias de las partes genitales, que es donde la enfermedad acostumbra manifestarse primero, se presentan acompañadas muchas veces de una gonorrea (1) uretral muchos dias y aun muchas semanas despues de la infeccion del coito; y son rara vez secas y en forma de verruga, siendo lo mas comun encontrarlas blandas, esponjosas, empapadas de un líquido fétido, sangran por el menor motivo, son semejantes á las crestas de pollo ó á las coliflores, y crecen, en el hombre en el glande, y tambien en la superficie y debajo del

(1) Ordinariamente en esta especie de gonorrea, el flujo se parece en un principio al pus espeso, la emision de la orina causa pocos dolores; pero el pene está hinchado y duro; hay nudosidades glandulares en el dorso de este órgano, y está muy doloroso al tacto.

prepucio; y en la muger, en las inmediaciones de la vulva, en la misma vulva que se pone tumefacta, desarrollándose á veces en número considerable. Los alópatas no las han combatido nunca sino por el tratamiento esterno mas violento, por la cauterizacion, la escision ó la ligadura. El resultado inmediato y natural de este método era ordinariamente el que reaparecieran despues de algun tiempo, sometiéndolas entonces inútilmente á un nuevo tratamiento no menos cruel y doloroso, y si se conseguia destruirlas, la sicosis, privada de un síntoma local que estaba ligado con la afeccion interna, se manifestaba de otra manera mas fatal, por padecimientos secundarios; y entonces, ni los medios esteriore de destruccion empleados contra las escrescencias, ni el mercurio usado interiormente contra una enfermedad para la cual no es apropiado, no eran capaces de disminuir nada el miasma sicósico de que todo el organismo se hallaba como impregnado. No solo se deterioraba la salud general por el mercurio, siempre perjudicial en estos casos, y que se daba á dosis altas y bajo la forma de las mas enérgicas preparaciones, sino que ademas se veian aparecer á veces escrescencias análogas en otros puntos del cuerpo, á veces elevaciones esponjosas, blanquecinas, sensibles y aplanadas, en la boca, en la lengua, en el paladar, en los labios; otras veces gruesos tubérculos, prominentes y morenos en las axilas, en el cuello, en el cuero cabelludo etc.; ó bien se manifestaban otras afecciones, de las que no citaré mas que el acortamiento de los tendones de los músculos flexores, especialmente de los de los dedos.

Pero la gonorrea dependiente del miasma sicósico (1) y las escrescencias que tienen en él su origen, es

(1) El miasma de las otras gonorreas ordinarias parece

decir, la sicósis toda, se cura de la manera mas cierta y mas radical por el uso interior del jugo de thuya, homeopáticamente administrado (1). Basta dar algunos glóbulos de azucar, como granos de adormidera de gruesos, empapados en una disolucion del jugo, de la decillonésima (2); con la cual, al cabo de quince, veinte, treinta ó cuarenta dias, se hacia alternar una dosis muy débil de ácido nítrico, diluido á la billonésima, dejándole obrar por algun tiempo, para obtener la curacion perfecta del flujo y de las escrecencias, es decir, de la sicósis entera, sin necesidad de aplicar nada al exterior, á no ser en los casos *muy inveterados y mas graves*, en que convenga tocar una vez al dia las escrecencias mas gruesas con el jugo de las hojas frescas de thuya, diluido en una cantidad igual de alcohol.

Sin embargo, si el enfermo es atacado simultáneamente de otras afecciones crónicas, como sucede á ve-

no penetrar el organismo entero, y no hace mas que irritar localmente los órganos urinarios. Estas gonorreas ceden, ya á una dosis de una gota del jugo fresco de peregil, cuando lo indiquen las ganas frecuentes de orinar, ya á una pequeña dosis del jugo de *cannabis*, de las cantáridas, del bálsamo de copaiba, segun las circunstancias y la naturaleza de los otros accidentes, pero siempre de muy altas diluciones, cuando un tratamiento alopático violento, escitante ó debilitante, no ha despertado la *psora* latente; porque entonces, como se vé con frecuencia, queda una gonorrea consecutiva, á veces muy rebelde, que no puede curarse sino por un tratamiento antipsórico.

(1) Véase mi *tratado de materia médica pura*, traducido del alemán por A. J. L. Jourdan, París, 1834, tom. 3, p. 734.

(2) Si hay necesidad de recurrir á otras dosis de *thuya* se las elegirá con preferencia de las diluciones VIII, VI, IV, II; pues alternando así las modificaciones del medicamento, se facilita y aumenta el poder que tiene de afectar la fuerza vital.

ces despues de los métodos tan violentos á que los alópatas han recurrido contra las escrecencias, puede suceder, y esto se vé con frecuencia, que la sicósis se halle complicada con una *psora* desenvuelta (1), cuando esta existia y antes en estado latente; ó con una sífilis, cuando el enfermo ha sido tratado mal de una afeccion venérea chancrosa. En semejantes casos, es necesario atacar primero la enfermedad mas temible, es decir, la *psora*, por los medicamentos antipsóricos específicos, que enumeraremos luego; usando despues los medios indicados contra la sicósis, antes de administrar la dosis conveniente de la preparacion mercurial que, como se verá bien pronto, convenga mejor contra la sífilis. Despues de haber obrado asi, se vuelve á empezar el tratamiento, si es necesario, haciendo alternar los tres métodos hasta la completa curacion. Solo es necesario dejar á cada uno de los tres medicamentos el tiempo necesario para agotar su accion.

Recurriendo á este método cierto contra la sicósis, no hay necesidad de aplicar ningun tópico á las escrecencias, á no ser el jugo de thuya en los casos inveterados y graves; limitándose á cubrirlas con hilas secas cuando de ellas fluye algun humor.

(1) Casi nunca se la encuentra desarrollada, es decir, susceptible de complicarse con otros miasmas, en los jóvenes que acaban de ser infectados de la sicósis, sin haber sufrido antes, de parte de los alópatas, un tratamiento mercurial ordinario, que siempre afecta gravemente la constitucion, y cuya influencia perniciosa sobre toda la economia hace salir la *psora* de un sueño profundo, lo cual sucede á menudo, cuando ya existia en el interior del cuerpo.

DE LA SÍFILIS.

El segundo miasma crónico, mucho mas esparcido que la sicósis, y que desde hace tres siglos y medio sostiene otras muchas enfermedades crónicas, es *el mal venéreo propiamente dicho, ó la enfermedad chancrosa (sífilis)*. La curacion de esta afeccion no ofrece sin embargo dificultad, á no ser en el caso en que está complicado con una *psora* muy desarrollada. Rara vez se la halla asociada á la sicósis, y cuando esto sucede, ordinariamente tambien vá unida á la *psora*.

En el tratamiento de la enfermedad venérea, es necesario distinguir tres estados: 1.º cuando la enfermedad no existe aun mas que con su síntoma local propio, el *chancre*, ó despues de su supresion, con el otro síntoma local, que está ligado á la afeccion interna, á saber el *bubon* (1). 2.º cuando está sola, sin complicacion con ninguno de los otros miasmas, y ademas privada de su síntoma local, el *chancre* ó el *bubon*: 3.º cuando está complicada con una *psora* desenvuelta, ya sea que exista aun el síntoma local, ó bien que esté ya destruido.

El *chancre* aparece ordinariamente del dia 7 al 14, despues de un coito impuro; y rara vez antes ó despues de esta época. Las mas veces se presenta en el miembro infectado del miasma. Primero se manifiesta bajo la forma de una pequeña vesícula; esta degenera en una

(1) Es muy raro que el coito impuro vaya seguido inmediatamente de un *bubon*, sin que hayan precedido los *chancros*: casi nunca sobreviene el *bubon* sino despues de la destruccion exterior del *chancre*, al cual reemplaza de una manera muy desagradable.

úlceras sólidas de bordes elevados, produciendo punzadas; y que cuando no se cura, queda fija para toda la vida en el sitio donde nació, criando de año en año, sin que puedan estallar los síntomas secundarios de la enfermedad venérea, de la sífilis.

Para oponerse á la enfermedad, el médico alópata destruye el chancro por aplicaciones corrosivas, cauterizaciones, desecaciones etc., porque no vé mas que una úlcera puramente local, producida por la infeccion tambien local; en fin, no hay para él mas que un simple síntoma local, creyendo que en la época de su aparición nada autoriza tampoco para admitir la existencia de una enfermedad venérea interior. De estas premisas falsas concluye, que destruyendo localmente el chancro, se separa del enfermo todo el mal venéreo, y se corta por la raíz; puesto que no se deja existir la úlcera por mucho tiempo, y los vasos absorbentes no han tenido el suficiente para trasportar el veneno al interior del organismo, y producir así una infeccion venérea general. Ignora que la infeccion venérea de todo el cuerpo ha empezado desde el primer momento del coito impuro, y que se ha verificado antes de la aparición del chancro. En su ceguedad procura destruir el síntoma exterior que la naturaleza destinaba para acallar la grande enfermedad venérea interior. Así obliga al organismo á reemplazar este síntoma por otro mucho mas doloroso, por un bubón, que marcha rápidamente hácia la supuración; y empleando entonces tambien su arte pernicioso, para que desaparezca este nuevo accidente, la naturaleza no tiene ya otro recurso que desplegar la enfermedad interior bajo la forma de afecciones secundarias bien fatales, estallando toda la sífilis crónica; lo cual sucede con lentitud, y á veces en el espacio de muchos meses, pero de una manera *cierta*

é infalible. Asi es que el médico alópata, lejos de ser útil al enfermo, le es perjudicial.

Juan Hunter (1) dice que no hay un enfermo de cada quince que se libre de la sífilis, cuando el chancero se ha destruido solamente de una manera local, y en otro lugar de su obra asegura, que la aparicion de la sífilis es el resultado constante de la destruccion local del chancero, aun cuando esta se haya procurado *tan pronto como se haya podido*, y aun en el mismo dia de la aparicion de la úlcera.

Fabre asegura, no menos positivamente, que la sífilis sucede *constantemente* á la destruccion local del chancero.

Petit escindió en una muger una pequeña porcion del grande labio, en que hacia dos dias que habian aparecido los chancros venéreos: la herida curó, pero se declaró la sífilis.

¿Cómo, despues de todos estos hechos, despues de todos estos testimonios, pueden todavia los alópatas reusar el ver y entender la verdad? Cómo han podido desconocer que toda enfermedad venérea, la sífilis, está ya completamente desarrollada en el interior del cuerpo, antes de que el chancero pueda aparecer; y que es una falta imperdonable esponerse á favorecer la manifestacion de la sífilis ya existente, destruyendo el chancero por los medios esternos, y dejar escapar la ocasion de curar con facilidad y seguridad, mientras aun exista la úlcera, por el uso interior de el específico? La enfermedad no está curada mientras no se cura el chancero por la accion del remedio interior, siéndolo desde que el remedio solo, sin auxilio de ningun tópico, ha hecho

(1) *Tratado de la sífilis*, con adiciones, por Ricord. París, 1845.

desaparecer el chancro, y destruido hasta los mas ligeros vértigos de su presencia.

En mi larga práctica, nunca he visto desenvolverse la sífilis, ni aun cuando quedara el chancro por muchos años, que nunca desaparece espontáneamente, sin que á él se tocara; el cual como se concibe fácilmente, hace progresos considerables; á consecuencia del aumento de la enfermedad venérea interna, como sucede á todo miasma crónico abandonado á sí mismo.

Pero en cualquiera época en que uno sea avisado para destruir el sintoma local que está ligado con la enfermedad interna, el organismo está dispuesto á desenvolver esta última bajo la forma de sífilis, porque la enfermedad venérea general existe ya en lo interior del cuerpo desde el momento mismo de la infeccion.

En efecto, desde que á consecuencia de un coito impuro, el miasma sífilítico se halla impregnado en la parte que se frotó, desde este momento ya no hay nada local, y el sistema nervioso entero, y todo el cuerpo vivo se ha apercebido de su presencia; el miasma es ya propiedad del organismo. Se tiene cuidado de lavarse bien, con cualquiera licor, y hasta se escinde la parte; pero ya es tarde, todo es inútil. Es verdad que entonces no se nota durante los primeros dias ningun cambio morboso en la parte que ha sido infectada. Pero desde el momento de la infeccion, se verifica el cambio venéreo específico sin interrupcion en el interior del cuerpo, hasta que la sífilis se desarrolla completamente en to lo el organismo. Solo entoaes, y nunca antes de esta época, la naturaleza cargada del mal interno provoca el sintoma local propio de esta enfermedad, el chancro; y desarrolla ordinariamente en el punto que se infectó primero, la úlcera que está destinada á acallar la afeccion interior.

Véase porqué la curacion de la enfermedad venérea no es nunca tan fácil y pronta, como cuando el chancro ó el bubon no se han suprimido localmente, y existen todavia sin cambio, como síntoma ligado con la sífilis interior: porque en este estado de cosas, y sobre todo cuando no hay complicacion con la *psora*, se puede decir con razon, y apoyado en una larga esperiencia, *que ningun miasma crónico, y que ningun mal crónico procedente de un miasma, se curan mejor y mas fácilmente que el de que nos ocupamos.*

Cuando el chancro ó el bubon existen aun y como sucede ordinariamente en los jóvenes y personas de un caracter franco, no hay ninguna complicacion con la *psora* desarrollada, ninguna afeccion crónica pronunciada de origen psórico, porque la sífilis no se complica menos que la sicosis con la *psora* latente; en este caso, digo, basta una pequeña dosis de la mejor preparacion mercurial para curar radicalmente y para siempre, en el espacio de quince dias, la sífilis entera con su síntoma local: entonces, así que pasan algunos dias de la toma de dicha dosis, el chancro se convierte espontáneamente, y sin auxilio de ningun tópico, en una úlcera de buen caracter, que suministra una pequeña cantidad de pus loable, y por último se cura. Esto prueba indudablemente que el mal venéreo estaba en el interior del cuerpo. La curacion del chancro se ha verificado sin que quede la menor cicatriz, y sin que el punto donde estuvo haya perdido el color natural que tenia. Pero el chancro, al cual no se oponen medios exteriores, no cura nunca si la sífilis interna no ha sido combatida por la dosis de mercurio, porque anuncia de una manera natural é infalible el menor resto de sífilis existente aun.

En 1822 describí la preparacion (1) de un óxídulo de mercurio puro, que todavia considero como uno de los mejores remedios antisifilíticos, pero que es difícil obtenerlo bueno. Para conseguirlo de una manera sencilla, sin tener que dudar, ni esponerme á esperar mas tiempo del necesario (porque debería ser muy simplificada la preparacion de los medicamentos), lo mejor es proceder como sigue: se toma un grano de mercurio puro, se tritura por tres horas con trescientos granos de azucar de leche; despues se disuelve un grano del polvo, y se eleva el licor á la potencia X, haciéndole pasar sucesivamente por 27 frascos de dilucion, segun el método que daré á conocer mas adelante para desarrollar la virtud de las otras sustancias medicinales secas.

Otras veces me servia de la dilucion á la billonésima (II) de la cual empapaba 1, 2 ó 3 glóbulos para una dosis aunque las diluciones superiores (IV, VI, VIII, y aun X), tuviesen algunas ventajas por su accion mas rápida, mas penetrante y mas suave; pero cuando era necesario administrar una segunda ó tercera (lo cual es raro), se puede dar una dilucion menos elevada.

Como la presencia del chancro ó del bubon durante el tratamiento anuncia que subsiste la sífilis todavia en el interior, del mismo modo cuando este chancro ó bubon desaparece bajo la influencia de solo el medicamento mercurial dado al interior, sin que se haya recurrido á ningun medio contra el mismo síntoma local, y no queda de él el menor vestigio, es del todo cierto que toda la sífilis interior ha desaparecido desde el momento en que se ha completado la curacion del chancro ó ha desaparecido el bubon.

(1) Véase mi *tratado de materia médica*, Paris, 1834, tomo 3.º pág. 22 y siguientes.

De aqui se deduce con no menos evidencia que cuando desaparece el chancro ó el bubon por el uso de los medios puramente esternos, y no se destruye la enfermedad venérea interna por el uso interior del remedio mercurial apropiado, se debe estar seguro de que la sífilis existe todavia en el cuerpo, y de que todos los que crean en la curacion perfecta despues de haberse sometido á semejante tratamiento local, no están menos penetrados de la enfermedad venérea que lo estaban antes de la destruccion del chancro.

El segundo estado en que al tratar la sífilis se la puede encontrar, es aquel en que en un sugeto, robusto, sin ninguna enfermedad crónica, y por consiguiente libre del desarrollo de la psora, se ha suprimido el chancro intempestivamente y de una manera rápida á favor de medios puramente locales, sin emplear ningun remedio interno ó esterno capaz de commover fuertemente el organismo. Como en este caso ordinariamente no hay aun complicacion con la psora, la aparicion de los síntomas venéreos secundarios, ó de la sífilis, se halla igualmente prevenida, y el sugeto se vé desembarazado de toda señal del miasma venéreo por el tratamiento interno muy simple, que se acaba de indicar, es decir por la misma dosis de mercurio de la billonésima. Sin embargo la certeza de la curacion es menos patente que cuando aun existe el chancro, cuya cicatrizacion se determina por solo el medicamento interno, despues de haberle comunicado las condiciones de una úlcera de buen caracter.

Sin embargo, aun en este caso hay una señal que anuncia, que la enfermedad interna todavia no desenvuelta bajo la forma de sífilis, está ó no curada; pero se necesita mucha atencion para apercibirse de este signo. En efecto, cuando no se ha hecho mas que

cambiar de sitio al chancro por los medios locales desprovisto de acritud, se descubre siempre en el sitio que ocupaba, un indicio seguro de la no estension de la sífilis interna, á saber, una cicatriz lívida, rojiza, roja ó azulada, mientras que cuando la curacion de toda la enfermedad se ha verificado ya por solo el remedio interno, desapareciendo el chancro sin la cooperacion de ningun medio exterior, sin que ya sea necesario acallar la enfermedad venérea interna, puesto que no existe, el tegumento ofrece la misma organizacion y color que en los otros puntos que no se habian alterado.

Si el homeópata advierte, despues de una pronta estincion puramente local del síntoma venéreo exterior que existe una cicatriz lívida, anunciando que no ha desaparecido la sífilis interna, y si el sugeto que se trata de curar radicalmente goza de buena salud, y su afeccion venérea no está por consiguiente complicada aun con la psora, una sola dosis de la mejor preparacion mercurial, administrada como se ha dicho, le libra con la misma facilidad de todo resto del miasma venéreo. Es prueba de que se ha completado la curacion, cuando durante la accion del específico, la cicatriz recobra el color de los tegumentos sanos, y desaparece todo tinte lívido.

Con el mismo tratamiento se procura tambien la curacion completa, y de lo cual se convence uno por el mismo caracter, aun en el caso en que, despues de la cicatrizacion del chancro, se ha manifestado un bubon; pero el sugeto no tiene ninguna enfermedad crónica, y por consiguiente la sífilis interna no está aun complicada con la psora manifiesta, lo cual rara vez sucede.

Si en uno y otro caso se procede de una manera conveniente, la curacion se hace radical, y no se debe temer que se desenvuelva ya la sífilis.

El tercer caso que nos queda que examinar, es el mas difícil de todos. En este estado, unas veces el sujeto se halla ya atacado de enfermedades crónicas en el momento en que contrajo la infeccion sífilítica, y por consiguiente la sífilis se halla complicada con la psora aun mientras la existencia del chancro: otras, si no habia enfermedad crónica aun, al tiempo de la aparicion del chancro, y no se manifestaban mas que los signos de una psora adormecida en el interior, y un médico alópata no solo ha destruido el síntoma local por el largo uso de los medios externos muy dolorosos, sino que ademas ha sometido al enfermo á un tratamiento interno muy debilitante, ó ha dado violentas sacudidas á la constitucion. De aquí resulta que la salud general ha sido alterada, que la psora, hasta entonces latente, sale de su sueño, y que ella ha provocado la manifestacion de afecciones crónicas, que se asocian á la sífilis interna cuyo síntoma exterior se ha tratado de una manera tan poco racional. Porque solo la psora desenvuelta y manifestada bajo la forma de afecciones crónicas evidentes, es la que puede complicarse con el mal venéreo, pero no la psora latente y todavía adormecida. Esta última no se opone á la curacion de la sífilis; pero *cuando la afeccion venérea se halla complicada con la psora desenvuelta, ya es imposible curarla sola.*

Nada es mas comun, despues de la destruccion del chancro, que encontrar la sífilis no curada, complicada con la psora desenvuelta, no porque siempre se hallára en estado de desarrollo antes de la infeccion venérea, pues esto es raro en los jóvenes, sino porque los tratamientos ordinarios del mal venéreo, la sacan violentamente de su sueño, y la obligan á desplegarse en afecciones crónicas. Las fricciones mercuriales, las altas dosis de calomelanos, de sublimado corrosivo, y de otros

mercuriales acres análogos, que ocasionan fiebres, diarreas disintéricas, una grande salivacion que agota las fuerzas, dolores en los miembros, insomnio etc. sin poseer bastante virtud antisifilitica, se emplean á veces por meses enteros, alternando con una porcion de baños calientes y purgantes debilitantes; de suerte que la *psora* interna latente, cuyo caracter es estallar siempre que la salud general recibe un fuerte ataque, se despierta mucho antes que la sífilis ceda á un tratamiento tan mal concebido, se asocia á esta última, con la cual luego se complica.

De esta manera, y por efecto de semejante asociacion, nace lo que se llama *sifilis larvada*, y por los ingleses *pseudosifilis*, mónstruo producido por la reunion de dos enfermedades (1), que ningun médico ha podido hasta ahora combatir, porque no han conocido la *psora* en toda su estension y naturaleza, ya en el estado latente; ya en el desarrollo, y ninguno ha sospechado, y ha estado bien lejos de observar esta complicacion terrible con la sífilis. No hallaron ningun medio con que poder curar la *psora* desenvuelta, la sola causa de esta sífilis bastarda, y que por consiguiente fuese capaz de desembarazar la sífilis de esta cruel complicacion, á fin de hacerla curable, lo que no sucede sin esto, y mucho menos cuando la *psora* no se destruye al mismo tiempo que la sífilis.

(1) Con semejantes tratamientos hay mas de dos enfermedades; porque los mercuriales acres á dosis elevadas y repetidas, añaden tambien su enfermedad medicamentosa, lo que unido á la debilitacion causada por tales métodos curativos, pone al enfermo en una posicion muy peligrosa. En este caso el higado de azufre calcáreo es preferible como antipsórico al azufre puro.

La regla general para atacar con éxito esta sífilis larvada, es que despues de separar todo lo que pueda ejercer una influencia nociva sobre el enfermo, prescribiendo un régimen ligero y nutritivo, y regularizando el género de vida, el médico homeópata empiece por emplear contra la *psora* el remedio antipsórico mas homeopático al estado morboso presente, conformándose con los preceptos que se indicarán mas adelante; que cuando este remedio haya agotado su accion, oponga á los síntomas todavia dominantes de la *psora* un segundo tan apropiado como sea posible; que dé á este el tiempo suficiente para obrar y mejorar el estado del enfermo; que en seguida administre la dosis anteriormente dicha del mejor medicamento mercurial, y que la deje obrar por tres, cinco ó siete semanas, es decir, hasta que se hayan mejorado los síntomas sifilíticos.

Esto no se consigue al instante y por el primer tratamiento en los casos antiguos y difíciles. Es lo ordinario que en estos, queden males é incomodidades que no se pueden llamar realmente psóricos, y otros que tampoco pueden referirse de una manera exacta á la sífilis, y que reclaman auxilios de otro género. En semejantes casos es necesario volver á empezar el tratamiento como en la vez primera, eligiendo de entre los medicamentos antipsóricos, todavia no empleados, uno ó muchos de los mas homeopáticos, y darlos al enfermo, hasta que parezca no haber nada de sifilítico, es decir, hasta que desaparezca lo que la sífilis encubria; despues de lo cual se administra de nuevo la dosis indicada del medicamento mercurial, pero de otro grado de dinamizacion, y se la deja obrar, no solo hasta que hayan desaparecido los síntomas evidentemente sifilíticos (como las úlceras dolorosas y pungitivas de las amígdalas, las manchas

redondas y cobrizas de la piel, del cuero cabelludo, del miembro etc.; las úlceras pálidas, cubiertas solo por moco, indolentes y casi al nivel de la piel, los botones no pruritosos, sobre un fondo violacéo, principalmente en la cara; los dolores terebrantes nocturnos de los huesos, los exostoses etc.); sino hasta que se vean aparecer las señales ciertas de la desaparicion completa del miasma sífilítico, como la vuelta del color natural, la falta completa de la lividez que ofrecen las cicatrices producidas por la destruccion del chancro á favor de los catetéricos exteriores, porque siendo poco fijos los síntomas secundarios de la sífilis, su desaparicion no es una prueba de su estincion total.

Solo tengo en mi práctica dos casos (1) en los cuales hubo complicacion de los tres miasmas crónicos de la sicósis con la sífilis y la psora desenvuelta. La triple afeccion se trató segun los mismos principios, dirigiendo primero los remedios contra la psora, y luego contra los otros miasmas crónicos, cuyos síntomas se hicieron en seguida predominantes. Fué necesario combatir de

(1) Un hombre cuya muger habia sido infectada de la sífilis en las partes genitales, sin que se pudiera averiguar por su relacion, si hubo chancros ó escrescencias, fué tratado tan mal por los mercuriales mas violentos, que perdió la úvula, hubo perforacion del paladar, erosion de casi todas las partes blandas de la nariz, tumefacion y flogosis de las demas, y parecia horadada como un panal de abejas, con dolores y punza las insoportables en las estremidades. Este hombre tenia ademas una úlcera psórica en la pierna. Los remedios antipsóricos curaron la úlcera de la pierna, mejoraron algo las demas, quitaron los dolores con escozor, hicieron desaparecer en gran parte la fetidez de la nariz; los medios contra la sicósis procuraron tambien algun alivio; pero no se obtuvieron efectos tan notables como cuando se dió una pequeña dosis de oxidulo de mercurio, con la que curó el enfermo prontamente, volviendo á su salud despues de haber perdido casi toda la nariz.

nuevo el resto de los síntomas psóricos todavía existentes, y oponerles los remedios apropiados; despues de lo cual los medicamentos de que he hablado antes, hicieron desaparecer lo que aun quedaba de la sicósis y de la sífilis. Aprovecho esta ocasion para hacer notar que la curacion perfecta de la sicósis, que tambien se apodera de todo el organismo antes de la aparicion de su síntoma local, se conoce como la del miasma chancroso, por la desaparicion absoluta del color lívido que queda despues de la simple destruccion local de las escrecencias cuyo color es prueba de que la sicósis interna no está destruida del todo.

DE LA PSORA.

Antes de entrar en lo que concierne al tercer miasma crónico, el mas importante de todos, cual es la *psora*, creo necesario hacer la siguiente advertencia general.

Basta un solo instante para que se verifique el contagio en las tres únicas enfermedades contagiosas que se conocen: pero es necesario un tiempo mas largo para que el principio contagioso recibido se desarrolle en una enfermedad general del organismo entero. Solo cuando han pasado muchos dias, es cuando la enfermedad miasmática ha adquirido su desarrollo interno completo en todo el hombre, y cuando del fondo de la afeccion interior sale el síntoma local destinado por la naturaleza á espesar el mal interno en cierto sentido, á paliarle, á servirle de derivativo, á reducirle al silencio; de suerte que no puede haber gran perjuicio para la economía ni se compromete la vida mientras persista este síntoma en una parte del cuerpo cuyas lesiones son menos de temer, como la piel, y en aquel

punto de esta membrana donde el miasma estuvo en contacto con los nervios en el momento de la infeccion.

Era de creer que esta marcha constante y siempre de la misma naturaleza en los miasmas crónicos y aun en los miasmas agudos fijos, no pasaria desapercibida á los médicos, al menos en la enfermedad venérea, que hace mas de trescientos años que están tratando; y que de lo que sucediera en esta afeccion, sacarian consecuencias aplicables á lo que pasa en los otros dos miasmas crónicos; pero el mismo vértigo, la misma irreflexion imperdonable que les hace sostener, que en todo individuo atacado del mal venéreo, que el chancre producido, al cabo de algunos dias y aun de un grande espacio de tiempo, por la afeccion completamente desarrollada en lo interior, no era otra cosa que un accidente venido de fuera, una cosa fijada solamente en la piel; de modo que bastaba cauterizar la escoriacion para impedir que el virus fuera llevado por los absorbentes á infectar la economía entera; la misma irreflexion que le ha hecho admitir esta falsa teoría sobre el origen del chancre venéreo, y les ha sugerido tan funesto método de tratamiento, cuyo inevitable resultado es provocar la manifestacion de la sífilis hasta entonces confinada en el fondo del organismo el cual queda para siempre enfermo; esta misma falta de reflexion, repito, les ha conducido hasta ahora, á considerar la sarna como *una simple afeccion de la piel*, y en la que no tomaba parte lo interior del cuerpo, no viendo nada mejor que su destruccion exterior; siendo asi que el solo medio de curarla conforme á la naturaleza era combatiendo la enfermedad psórica interna, foco de la erupcion cutánea.

La enfermedad entera es mas fácil de curar y cede con mas prontitud á los remedios, cuando se halla

en su estado completo, y existe aunque de mucho tiempo el exantema primitivo destinado á acallar la afeccion interna.

Pero desde que se la despoja de esta erupcion cutánea primitiva que reemplazaba al mal interno, la afeccion psórica se halla en un estado contrario á la naturaleza; y se vé obligada á dirigirse á las partes exteriores del cuerpo, y á desplegar sus síntomas secundarios.

Para apreciar lo esencial que es la erupcion cutánea á la *psora* incipiente, y lo necesario que es evitar que desaparezca cuando se la quiere atacar interiormente, que es el único modo de curacion radical, basta advertir, que las enfermedades crónicas mas graves, que despues de la destruccion del exantema incipiente se han manifestado como otros tantos síntomas de la *psora* interna, han desaparecido á veces con tanta rapidez por las revoluciones considerables del organismo á favor de las cuales reaparecia la erupcion de la piel, que se veian cesar como por milagro, al menos por algun tiempo, males en ocasiones graves y que databan de muchos años. Acerca de esto pueden consultarse las observaciones referidas por los médicos antiguos, en los números 1, 3, 5, 6, 8, (9), 16, (17), (21), 23, 33, 35, 39, 41, 54, 58, 60, 72, 81, 87, 89, 94.

Mas no se concluya de aquí que despues de haberse desenvuelto bajo la forma de enfermedades crónicas secundarias, cuando su erupcion cutánea se ha destruido exteriormente, se volverá á conducir la *psora* interna al estado natural en que estaba antes con solo favorecer la reaparicion del exantema, y que sea tan fácil de curar como antes de la supresion de la erupcion primitiva.

No sucede así; porque como el exantema que sigue primitivamente á la infeccion no se fija tanto á la piel

como los chaneros y las escrescencias à las partes en que primero se manifiestan (1), sino que al contrario, abandona la piel por otras causas diferentes de la aplicacion calculada de los medios capaces de hacerlo desaparecer (2), y aun por circunstancias desconocidas (3); resulta, que el médico no debe perder tiempo para recurrir à los remedios antipsóricos internos, mientras la afeccion psórica se halle aun completa. Menos dilacion debe haber cuando se quieren tratar las erupciones secundarias, que desaparecen por la causa mas ligera, porque suelen estar menos fijas; de lo cual se deduce que les falta una gran parte de lo que caracteriza el exantema primitivo, y el médico no debe contar con ellas para el tratamiento radical de la *psora*.

Esta facilidad de desaparecer la erupcion psórica, vuelta por segunda vez à la piel, parece depender evidentemente de que despues de la destruccion local del exantema primitivo, la *psora* interna no tiene ya el poder de comunicar al nuevo que provoca, las propiedades completas del que se manifestó la vez primera à consecuencia de la infeccion, y de que está mucho mas dispuesta à desplegarse bajo la forma de otras enfermedades crónicas diversas, circunstancia que multiplica singularmente las dificultades de una curacion radical,

(1) Los chaneros y las escrescencias jamás desaparecen por sí solos, cuando no se destruyen por medios externos, ó cuando no se cura la enfermedad por medios interiores.

(2) Por ejemplo, bajo la influencia de un baño frio (Vé. mas arriba núm. 67), de la sífilis (núm. 39), de los baños calientes (núm. 35).

(3) Véanse los números 9, 18, 26, 36, 50, 58, 61, 64, 65, donde se manifiesta que despues de estas desapariciones espontáneas de la erupcion psórica primitiva, no sobrevienen de ordinario meaos accidentes que despues de su destruccion por los medios locales.

y no permite efectuarla, sino limitándose á atacar la *psora* interna.

Ninguna ventaja es para el tratamiento que el exantema vuelva á la piel á favor de los remedios internos, como sucede algunas veces (Véase los núms. 3, 9, 59, (89), ó que otras causas desconocidas (Vé. núms. 4, 5, 6, 8, 16, 23, 28, 29, 33, 35, 39, 41, 54, 58, 60, 72, 80, 81, 87, 89, 94), principalmente una fiebre (Véase números 64 y tambien 55, 56, 74), le hagan reaparecer. Esta erupcion secundaria es siempre muy pasajera; en general, su manifestacion es un fenómeno tan poco cierto y tan raro, que no puede servir para basar el tratamiento, ni se puede contar con ella para hacer la curacion radical mas fácil.

Aun cuando poseyéramos los medios de provocar con seguridad el exantema y estuviera en nuestro poder sostenerle por mucho tiempo en la piel, no se disminuirían por eso las dificultades del tratamiento de la enfermedad psórica entera (1).

(1) Hubo un tiempo en que no estando convencido de esta verdad, creia facilitar la curacion de la *psora* entera, procurando la aparicion de la erupcion cutánea, es decir, determinando una especie de suspension de la facultad transpiratoria de la piel, á fin de dirigir homeopáticamente su actividad hácia el punto del exantema. Para esto hallaba conveniente casi siempre, la aplicacion de un emplasto preparado con seis onzas de pez de Borgoña, que derretia para mezclarla bien con una onza de trementina de Venecia. Este emplasto se ponía en un pedazo de gamuza, y se aplicaba caliente en el dorso, ó si el caso lo exigia en otras partes del cuerpo. Puede servir tambien una mezcla de cera amarilla y de trementina comun como emplean los jardineros, ó un tafetan con una capa de goma elástica; lo cual prueba que la provocacion del exantema pruritoso no se debia á la facultad irritante de la masa, porque el mismo emplasto no desenvolvía ni erupcion ni prurito, aplicado á un sugeto no atacado de la enfermedad psórica. Tal

Es pues una verdad confirmada que la época en que se cura *mas fácilmente la psora* entera, es aquella en que aun existe la erupcion psórica primitiva. Síguese tambien de aquí, que los médicos alópatas obran sin conciencia cuando destruyen el exantema por los medios locales, en vez de recurrir al tratamiento interno, fácil entonces aun, que ataca esta terrible enfermedad en todo el organismo, y sofoca el gérmen de los

era el método mas eficaz para escitar esta especie de actividad de la piel. Sin embargo, por mucha paciencia que tuviesen los enfermos y por atacados que estuvieran de la psora interior, nunca sobrevenia una erupcion psórica completa, ni durable por mucho tiempo. Se limitaba á algunos botones pruritosos, que no tardaban en desaparecer cuando el emplasto se quitaba de la piel. Las mas veces se manifestaba una denudacion de la piel con trasudacion, y en casos mas favorables un prurito mas ó menos violento, cuyos ataques sentia el enfermo por la tarde, sin estenderse á otras partes diferentes de aquellas sobre las que estuvo el emplasto, y que aliviaba por algun tiempo las enfermedades crónicas, aun las mas graves, que tenian su origen en la *psora*, como por ejemplo, la supuracion de los pulmones. Pero no siempre sucedia esto, y á veces solo habia un prurito moderado ó poco sensible; otras, aunque hubiera escozor, era tan insoportable que el enfermo no podia tolerarlo durante todo el tiempo necesario para el tratamiento interno: si entonces se quitaba el emplasto para procurarle algun alivio, el prurito desaparecia en muy poco tiempo con el exantema que hubiera, y no se obtenia ninguna ventaja para el tratamiento. Esto confirma lo que anteriormente he dicho, á saber, que el exantema que reaparece en la piel, y lo mismo el simple prurito, no poseen ni con mucho las propiedades de la erupcion primitiva que ha desaparecido; y que por consiguiente no es un recurso eficaz para la curacion radical de la *psora* por los medicamentos interiores. Ademas, el poco bien que procura pierde todo su valor por el tormento á veces insoportable que causan la erupcion y el escozor escitados por el arte, y la debilitacion general que es consecuencia inevitable del dolor ocasionado por el prurito.

consiguientes padecimientos funestos que no dejarán de aparecer en su día, es decir toda la série de afecciones crónicas secundarias.

En vano el médico que se entrega á la práctica civil (porque el que ejerce en los hospitales no tiene la menor excusa) esclamará que se ignora, y que casi nunca se puede saber de una manera positiva, cómo, cuando, en qué ocasion y por qué relaciones con una persona sarnosa, se ha verificado el contagio; no pudiendo reconocer si el exantema actual, á veces poco considerable, está realmente ligado con la sarna; que por lo tanto no se le debe hacer responsable de las funestas consecuencias que sucedan, cuando él ha tenido por otra á la afeccion, y procura, cediendo á las súplicas de los parientes, hacer que desaparezca pronto de la piel, ya por lociones saturninas, ya por fricciones con pomadas en las que entra el albayalde, la calamina ó el precipitado blanco.

Repito que esta excusa no es admisible, porque en primer lugar, cuando el médico quiere obrar con conciencia y de una manera racional, *no debe emplear medios externos para combatir una erupcion cutánea de cualquiera especie que sea* (1). La piel no produce nunca exantemas por sí sola, sin el concurso del resto del organismo, sin que á ello contribuya el estado morboso de todo el cuerpo. Una erupcion cutánea, cualquiera que ella sea, se refiere constantemente á un estado anormal de la economía viva, el cual debe tomarse en consideracion antes de todo para atacarlo con los medios capaces de modificar, de mejorar y de cu-

(1) Véase la esposicion de la doctrina médica homeopática, u Organon del arte de curar. París, 1845, párrafo 196-228.

rar el organismo entero; método por el cual el exantema dependiente de la enfermedad interna se cura y desaparece, sin necesidad de recurrir á ningun medio esterno, y á veces con mas rapidez que cuando se le oponen tópicos.

En segundo lugar porque aun cuando el médico no haya podido ver el exantema en su estado primero, antes de que se haya destruido, esto es, bajo la forma de botones transparentes primero, que no tardan en llenarse de pus, con una pequeña aureola roja, y fuese al presentarse á su vista poco considerable, como pápulas miliares, aisladas, y aun con aspecto de botones escoriados ó de pequeñas costras; sin embargo, le es imposible dudar un solo instante que se trata de una erupcion sarnosa cuando el niño se frota y rasca sin cesar la parte donde reside, ó cuando el adulto se queja de un cosquilleo pruritoso insoportable, especialmente por la tarde y por la noche, obligándole á rascarse, y siguiendo luego un ardor abrasador. En semejantes casos no se puede dudar de la infeccion psórica, aun cuando en las personas ricas y de las clases elevadas de la sociedad no se llegue á saber casi nunca, cuando, donde, y porqué se ha producido esta infeccion; porque, como ya he dicho, hay una multitud de circunstancias incomprendibles que puedan dar lugar á ella.

Quando el médico observa á tiempo estos síntomas, basta evitar toda aplicacion exterior, y administrar uno ó dos glóbulos de azucar empapados en alcool azufrado dinamizado, de que hablaré mas adelante, para curar un niño de enfermedad psórica entera, es decir, de la erupcion y de la *psora* interna; este remedio es mas que suficiente.

Es raro que en la práctica civil el homeópata tenga ocasion de ver y tratar una erupcion psórica recien pro-

ducida por la infeccion producida en la piel. El prurito insoportable que ocasiona obliga á los enfermos á reclamar con prontitud los consejos de alguna buena muger, ó de un boticario, que les prescribe repercusivos de una eficacia casi instantánea, como la manteca fresca de puerco con las flores de azufre. Solo en los cuarteles, en las prisiones, los hospitales, las casas de detencion, y los asilos de los orjelinos, es donde los afectados tienen que dirigirse al médico.

Desde los tiempos mas antiguos en que la sarna se ofrecia á la observacion, porque no en todas partes degeneraba hasta el punto de producir la lepra, se concedia al azufre una virtud específica contra esta afeccion; pero no se sabe, por la mayor parte de los médicos modernos, mucho mas que entonces, pues como estos, solo le empleaban al exterior para hacer desaparecer el exantema. Muchos unguentos y pomadas, que consistian las mas en azufre y brea, conteniendo algunas cobre, y otras sustancias, están indicadas por Celso para destruir la erupcion cutánea, que miraba como una curacion. Los médicos antiguos usaban como los modernos los baños de aguas sulfurosas minerales y calientes para el tratamiento de los sarnosos. Los sujetos atacados de la sarna se libertaban ordinariamente del exantema por estas preparaciones sulfurosas exteriores; mas no por eso quedaban realmente curados, como lo prueban las graves enfermedades que se desarrollaban como consecuencia de este tratamiento; tales como la hidropesía general de que murió aquel ateniense á quien se le quitó la sarna con los baños sulfurosos calientes en la isla de Mélos, como se vé en el autor del libro quinto de las epidemias, que vivió tres siglos antes de Celso, y cuya obra se coloca entre las que se atribuyen á Hipócrates.

Los antiguos médicos no daban el azufre al interior contra la sarna porque no habian advertido como los modernos que esta enfermedad miasmática es simultánea y principalmente interior.

Los modernos nunca han dado el azufre solo al interior para la curacion de la sarna, porque tampoco han reconocido en esta afeccion una enfermedad interna y esterna á la vez, y mas que todo interior. No le han usado sino de concierto con el repercusivo exterior del exantema, y á dosis que determinaban un efecto purgante, dando diez, veinte y aun treinta granos por toma, repitiéndola muchas veces; de modo que jamás podian apereibir hasta qué punto era útil ó perjudicial el azufre al interior, usado á la vez con medios tópicos. Cuando menos era imposible curar asi radicalmente la enfermedad psórica entera. Como cualquier otro purgante, no hacia mas que determinar la desaparicion del exantema, con consecuencias tan funestas como si el azufre no se hubiera dado al interior. Porque el azufre aun dado solo al interior, pero á dosis tan grandes, no procura nunca la curacion de una *psora*, ya porque para obrar como remedio antipsórico y homeopático necesita que se haga tomar en dosis muy pequeñas, en razon á que en proporciones mas considerables y á menudo repetidas (1), agrava la enfermedad en ciertos

(1) Creo deber colocar aqui las reflexiones de un hombre que ha juzgado la homeopatia imparcialmente y con conocimiento de causa. Despues de admitir que un remedio, que en el estado normal produzca los síntomas α , β , γ ... análogos á otros fenómenos fisiológicos, obra en el estado anormal, en términos de convertir los síntomas morbosos α , β , γ ... en síntomas α , β , γ , que tienen por caracter ser pasajeros. Bucquoy añade: «Pero este grupo α , β , γ , de síntomas medicamentosos, que sustituye al grupo α ,

casos, ó al menos añade una nueva á la que ya existía, porque la acción violenta que ejerce, hace que la naturaleza le espulse por diarrea ó por vómito, sin aprovechar su virtud curativa.

Sin embargo, si como lo demuestra la esperiencia, la sarna, aun la mas fácil de curar, es decir la afección psórica interna reciente y acompañada de su exantema primitivo, no puede nunca curarse por el uso de los reperecivos exteriores combinados con la administración de enormes dosis y á menudo repetidas de azufre en polvo, se concibe fácilmente que la psora, despojada de su erupción cutánea, reducida á la condición de enfermedad solamente interna inveterada y desplegada poco á poco en síntomas secundarios bajo la forma de afecciones crónicas de toda especie, no se podrá curar ni por enormes cantidades del azufre en polvo, ni por la multitud de baños de aguas sulfurosas minerales, ni por el uso simultáneo de la bebida de estas aguas y otras semejantes, en una palabra por la administración inconsiderada y frecuentemente repetida de este medio, y á pesar de todo esto es el azufre el remedio antipsórico (1). Es cierto que un gran número de personas ataca-

« α , γ , de síntomas morbosos, no adquiere el carácter de una corta duración sino porque se ha empleado el medicamento indicado á una dosis muy débil. Si el médico homeópata dá una dosis fuerte del remedio homeopático, la enfermedad α , β , γ , se puede convertir muy bien en la δ , b , g ; pero esta nueva enfermedad tiene tanto cuerpo como la antigua, y el organismo no puede desembarazarse de ella, como tampoco puede hacerlo de la otra. Si se administra una dosis muy fuerte del remedio, se produce una enfermedad nueva, á veces muy peligrosa, ó bien el organismo hace todo lo que puede para desembarazarse de ella como de un veneno, por medio de la diarrea, del vómito etc.»

(1) Empleado el azufre en débil dosis, en calidad de

das de enfermedades crónicas parecen quedar libres por algun tiempo de sus síntomas primitivos, á la primera vez que usan estos baños; lo cual explica el por qué los enfermos acuden en tanto número á Tœplitz, Bade, Aix-la-Chapelle, Neundorf, Waronbrunn, etc.; mas no por esto recobran su salud, pues en lugar de la afeccion psórica que les alligia antes, se establece una enfermedad sulfurosa, de otra naturaleza y quizá mas soportable, la cual se hace dominante por algun tiempo.

Esta enfermedad se estingue poco á poco, y entonces la psora reaparece de nuevo, ó con los mismos síntomas que la anterior, ó con otros diferentes; pero cada vez mas graves, y afectando partes mas esenciales á la vida. En este último caso se regocija de que al menos ha desaparecido la antigua enfermedad, es decir la serie de síntomas primitivos psóricos, y espera que la nueva enfermedad cederá completamente con una nueva expedicion á los baños minerales. Pero [no sabe que el cambio sobrevenido en su enfermedad, no es otra cosa que el resultado de una modificacion de la misma afeccion psórica; la esperiencia le enseña que una segunda estacion en los baños procura menos alivio que la primera, y que cuando el sugeto ha tomado ya muchos baños sulfurosos, su salud se deteriora como no lo ha estado nunca.

remedio anti-psórico, no deja de procurar algun ligero cambio de curacion en las enfermedades crónicas no venéreas. Yo conocia un médico que se adquirió una gran reputacion solo porque obraba asi, aunque sin saber por qué, añadiendo azufre á todas sus recetas, en la mayor parte de las enfermedades crónicas, lo que al principio de semejantes tratamientos produce efectos saludables bien manifiestos; pero este resultado favorable no se obtiene mas que al principio; dejando bien pronto de observarse.

Así, por una parte la administración á altas dosis del azufre bajo todas las formas, por otra la repeticion demasiado frecuente de su empleo tanto interior como exterior. le han quitado hasta el presente toda su importancia, toda la utilidad en el tratamiento de la multitud de enfermedades crónicas ó de las afecciones psóricas secundarias; y se puede asegurar que hasta ahora los alópatas casi no han hecho otra cosa que perjudicar á los enfermos con su administracion.

Pero aun suponiendo que se quiera, segun los preceptos que se establezcan, no hacer mas que el uso conveniente del azufre en estas especies de enfermedades, no se conseguirá á pesar de esto sino muy rara vez el resultado que se apetece, á no ser que el médico homeópata tenga que tratar una enfermedad psórica poco há manifiesta y provista ya de un exantema. Porque si en virtud de la propiedad antipsórica que por sí mismo tiene le es posible procurar su principio de curacion, ya en la *psora* todavía oculta, ó en la ya mas ó menos pronunciada bajo la forma de diversas afecciones crónicas, rara vez se le puede emplear en todos estos estados, porque de ordinario está ya aniquilada su eficacia á fuerza de prescribirlo los médicos alópatas con tal ó cual propósito, los cuales suelen acudir á él repetidas veces, siendo así que este medicamento, á semejanza de la mayor parte de los antipsóricos, apenas se debe administrar dos ó tres veces consecutivamente, aunque en los intervalos se administren otros medios, sino queremos esponernos á ver retroceder en vez de avanzar la curacion.

*Nunca se puede completar con el azufre exclusivamente la curacion de una psora antigua privada de su exantema, aunque todavía sea reciente, ó se haya des-
envuelto ya bajo la forma de enfermedades crónicas.*

Por lo tanto no debemos prometernos nada de los baños sulfurosos, naturales ó artificiales.

Haré notar aquí una circunstancia importante; á saber, que á escepcion del *psora* todavía acompañada de su exantema primordial, cuando es aun bastante fácil curarla por el tratamiento interior, como ya se ha dicho (1), cualquiera otra constitucion psórica, ya exista latente en el organismo, ya se manifieste bajo la forma de alguna de entre las numerosas enfermedades crónicas de quien es origen, nunca se curará por un solo remedio antipsórico, pues exige que se pongan en ejecucion contra ella otros muchos medios, y hasta en los casos mas funestos hay necesidad de administrarlos todos, uno despues de otro, si se quiere obtener una curacion completa.

Esto no nos sorprenderá si reflexionamos que la *psora* es un miasma crónico de un caracter enteramente particular, que despues de haber atravesado en la série de tantos siglos millones de organismos humanos, ha de haber adquirido una inmensa reunion de síntomas, elementos de las innumerables enfermedades crónicas no venéreas bajo cuyo peso gime sin cesar la humanidad; siendo ademas cuando aparece, susceptible de revertirse de formas tan diversas en los diferentes individuos

(1) La enfermedad psórica recientemente contraida y todavía provista de su exantema, cede las mas veces sin ningun remedio esterno á favor de solo una pequeña dosis de una preparacion de azufre convenientemente dinamizada; con lo cual se consigue su curacion en el espacio de dos á cuatro semanas. Una vez bastó medio grano de carbon vegetal elevado á la millonésima de su potencia para toda una familia de siete individuos; y otras tres se manifestó tan eficaz la misma dosis de sepia, llevada á igual grado de dinamizacion.

por razon de su educacion, hábitos, ocupaciones (1), género de vida, régimen, y de otras influencias físicas y morales, que no es de estrañar por esto el que no basta nunca un solo medicamento para curar la *psora* entera y bajo todas formas; y que haya necesidad de muchos remedios para poder obrar de una manera homeopática y por lo tanto curativa, con auxilio de los efectos morbosos que cada uno de ellos tiene el poder de producir en los sugetos sanos, sobre la multitud de síntomas psóricos, es decir sobre todas las enfermedades crónicas no venéreas (2).

Asi que, segun acabo de decirlo, la *psora* no se cura con el azufre solo, sino mientras dura la erupcion psórica, ó cuando ha trascurrido poco tiempo despues de la infeccion; bastando ordinariamente en estos casos una sola dosis de dicho medicamento. No entraré en la cuestion de si se obtiene ó no este resultado con toda seguridad en todos los casos de exantema todavia existente en la piel, puesto que la antigüedad de esta erupcion varía hasta lo infinito; porque si hace ya algun tiempo que invadió la piel, y aunque no se la ataque con repercusivos, empieza á abandonar esta membrana, y es claro que se vá haciendo ya dominante la *psora* interna, cuando el exantema no ha podido desenvolverse de una manera completa, y cuando aparecen ya males

(1) Ocupaciones que influyen mas sobre un órgano que otro, ó tal ó cual facultad del espíritu ó del cuerpo.

(2) Me abstengo aqui de decir cuantas observaciones, cuanta reflexion, cuantas investigaciones y experimentos variados me han sido necesarios, para llegar por fin al cabo de once años á llenar este vacio inmenso de la medicina homeopática, á completar el tratamiento de las enfermedades crónicas, y hacer este arte tan provechoso para la humanidad paciente cuanto ha sido posible.

de otra especie, que son signos de la *psora* latente, ó afecciones crónicas desarrolladas por la *psora* interna. En estos casos ni el azufre ni ningun otro remedio antipsórico bastan generalmente si se les emplea solos, para conseguir la completa curacion; siendo necesario recurrir á otros medicamentos antipsóricos de entre los cuales se elige el que esté mas indicado por el estado de los síntomas y siguiendo las reglas de la homeopatía.

El tratamiento homeopático de las innumerables enfermedades crónicas no venéreas se parece en los puntos esenciales al de las enfermedades en general, tal como queda consignado en mi *Organon del arte de curar*. Aquí solo quiero señalar las precauciones especiales que es necesario observar en las afecciones crónicas.

Nada tengo que decir en general mas que de aquello que hace relacion al género de vida y régimen del enfermo. Acerca de esto, pertenece al médico homeopata prescribir la marcha que haya de seguirse en cada caso particular. Me contentaré con observar que generalmente hablando hay que separar todo aquello que puede ser obstáculo á la curacion. Sin embargo, como se trata de enfermedades á veces muy antiguas, que no pueden curarse de una manera rápida, y que con frecuencia están en personas de avanzada edad y colocadas en condiciones sociales muy diversas que rara vez es posible modificar, ya tratándose de ricos, ya de personas poco acomodadas, ó bien de menesterosos, se vé uno obligado á introducir restricciones y modificaciones en el severo régimen que se hallára preceptuado por la homeopatía; porque sin ellas no se llegarán á curar afecciones tan inveteradas en individuos que tanto difieren los unos de los otros.

Se engañan los adversarios de la homeopatía cuando para rebajar el mérito de esta doctrina dicen que

solo cura las enfermedades crónicas á favor del régimen y del género de la vida que ella impone: no; porque su principal eficacia descansa en el tratamiento médico á que las somete. Cualquiera se convence de esta verdad al observar multitud de enfermos, que tambien creen en esas ilusiones, sometidos por muchos años al régimen homeopático mas riguroso, sin que la afeccion crónica que los atormentaba haya podido disminuir, antes al contrario esta afeccion crece poco á poco como lo hacen, consecuentes con su naturaleza, todas las enfermedades que deben su origen á un miasma crónico.

Por estos motivos, y para hacer mas posible y practicable la curacion, el médico homeópata debe acomodar el régimen y el género de vida á las diversas circunstancias. Obrando así, será mas seguro el tratamiento, y mas completa la curacion, que obstinándose en seguir con todo rigor preceptos que son inaplicables en una multitud de casos.

Hay necesidad de que el jornalero continúe en su trabajo, el artista en sus ocupaciones; el labrador en el cultivo del campo, la muger en los arreglos domésticos; prohibiendo solo aquello que comprometa la salud de una persona aunque no se eche de ver, y sobre lo cual debe vigilar el médico.

Aquellos sugetos que no se entregan á trabajos corporales de fuerza, sino á ocupaciones que les obliga á estar mucho tiempo en su casa y sentados, deben, mientras dure el tratamiento, tomar aire de cuando en cuando, sin que por esto se les prohíba entregarse á las ocupaciones que reclame el género de industria á que estén dedicados.

Debe mandarse á los ricos igualmente que vayan á pié con mas frecuencia de lo que acostumbran; per-

mitiéndoles las distracciones del baile, usado con moderación, los placeres del campo que no se opongan al régimen, las reuniones cuyo principal objeto sea la conversacion familiar, no prohibiendo tampoco la música que no les puede ser nociva, ni la lectura que no fatigue el espíritu. Pero debe proscríbiseles el teatro y los juegos de naipes; exígriles que vayan menos á caballo ó en carruage; sustrayéndolos de toda sociedad que pueda tener una influencia nociva sobre su moral, porque la parte física no podría menos de resentirse tambien. Las libertades sin un objeto formal entre los dos sexos, la lectura de romances licenciosos, de poesias eróticas, lo mismo que los libros de supersticion, deben quedar prohibidos (1).

Al hombre de bufete debe aconsejarsele que haga ejercicio al aire libre, y cuando el tiempo no se lo permita, puede ocuparse en su casa en pequeños trabajos mecánicos. Pero mientras dura el tratamiento no se le permitirá entregarse á trabajos mentales, porque nunca

(1) Hay médicos que dándose un aire de importancia intentan el que cesen del todo en los actos matrimoniales aquellas personas que están atacadas de enfermedades crónicas; lo cual es por lo menos un precepto ridiculo, porque ni es observable ni observado cuando hay aptitud ó inclinacion en ambas partes. Un legislador no debe ordenar nunca cosas que no puedan cumplirse ni averiguarse si se han observado; y mucho menos aquellas de cuyo cumplimiento pueden seguirse graves inconvenientes. Cuando uno de los consortes es inepto para el coito, la union sexual se interdice por sí misma; pero hallándose uno y otro en disposicion de entregarse á tales actos, son entonces estos los que menos pueden proscribirse. En estos casos la homeopatía se limita al uso de los medicamentos para dar aptitud á una de las dos partes por los antipsóricos ó antisifilíticos, ó para desarrollar los deseos con la vivacidad que deben tener.

debe consentirse la lectura cuando se trata de curar una grave enfermedad crónica, ó al menos deberá imponérsele con restricciones, atendiendo á la naturaleza de los libros que quieran leerse al tiempo que deba durar esta ocupacion, prohibiéndose de un modo absoluto á las personas cuyo espíritu padece. Sea cual fuere el enfermo, no se permitirá á ninguno usar remedios domésticos, ni tomar ningun medicamento en los intervalos que les mandemos dejar entre los remedios homeopáticos administrados. Se proibirán tambien á las clases elevadas los perfumes, los cosméticos y los polvos dentífricos. Cuando el sugeto esté acostumbrado á llevar sobre la piel ropa de franela, no se hará que repentinamente deje de usarla; pero á proporcion que la enfermedad se mejore, y que vaya avanzando el calor de la estacion, se procurará que empiece por llevar vestidos de algodón para que concluya por acostumbrarse á los de hilo. No se deben suprimir los cauterios en enfermedades crónicas graves, á no ser que con el tratamiento interno haya progresado notablemente la curacion; precepto que se observará con mas rigor cuando se trate de personas de edad avanzada.

El médico no debe acceder á las súplicas del enfermo para que le permita continuar usando los baños domésticos á que se habia acostumbrado; y solo se consentirán lociones cortas las cuales son necesarias de cuando en cuando para conservar la limpieza. No se tolerará tampoco el uso de la sangria, aunque el enfermo asegure que está acostumbrado á frecuentes evacuaciones de sangre.

Relativamente al régimen hay que advertir que todas las personas, de cualquiera condicion que sean, tienen necesidad de subordinarse á algunas privaciones si quieren verse libres de la enfermedad crónica que les

aqueja. Cuando esta no consiste en afecciones del bajo-ventre, no se hace necesario imponer restricciones muy severas á los sugetos de las ínfimas clases, mayormente si pueden continuar en sus trabajos y ocupaciones que hacen estar al cuerpo en movimiento. El pobre puede curar tambien por los medicamentos, alimentándose con solo pan y sal, el uso moderado de las patatas, los potages, las verduras frescas, no son tampoco obstáculos á la curacion, siempre que no se realce el gusto de los alimentos por la cebolla y la pimienta.

Quien desee recobrar la salud puede hallar hasta en la mesa, los principales alimentos que correspondan á todas las exigencias de un régimen que esté conforme con las leyes de la naturaleza.

Lo que hay mas difícil para un médico homeópata es arreglar el uso de las bebidas. El café ejerce sobre la salud del cuerpo y del alma la mayor parte de los perniciosos efectos que he manifestado en mi folleto sobre el uso de este licor. Pero está tan en moda y ha llegado á hacerse una necesidad tan imperiosa en la mayor parte de las naciones que se dicen civilizadas, que es tan imposible destruirla como estirpar de raiz las creencias supersticiosas. No debe pues el médico homeópata intentar proscribirle de una manera general y absoluta en el tratamiento de las enfermedades crónicas, á no ser que se trate de jóvenes hasta los veinte años y aun hasta los treinta, en los cuales puede suprimirse su uso bruscamente sin notables inconvenientes; pero si han pasado ya de los treinta ó de los cuarenta años no pueden separarse de esta costumbre sino de una manera lenta; por lo cual se les aconsejará que cada día vayan tomando un poco menos, hasta llegar á abolir su uso completamente. Hay sin embargo muchos hombres que le dejan impunemente de una manera repen-

tina, y cuando mas solo sufren algo en los primeros dias. No hace todavia seis años que yo creia se debia tolerar su uso aunque con moderacion á aquellas personas que mas se resisten á renunciar á él, pero me he convencido despues que la antigüedad de la costumbre no le quita nada á sus efectos perjudiciales; y como el médico no debe permitir sino lo que es favorable á su enfermo, debe proscribir de un modo absoluto en aquellos sugetos atacados de enfermedades crónicas una necesidad que no puede menos de serle funesta. Convenciendo á los enfermos cuanto interesa esto á su salud, si tienen confianza en él, todos seguirán tan saludable consejo.

Otro tanto se puede decir del thé, que sosegando en apariencia al sistema nervioso, obra sorda y profundamente debilitando. Aun la mas ligera infusion de thé tomada en corta cantidad y una sola vez al dia, no deja de perjudicar, en el tratamiento de las enfermedades crónicas, á las personas jóvenes ó ancianas que han contraido el hábito de usarle, y deben cambiarlo por alguna otra necesidad inocente. La experiencia nos ha enseñado que, acerca de esto, escuchan y siguen los consejos del hombre que ha sabido ganarse su confianza.

Tratándose del vino, el médico pudiera ser mas condescendiente, porque no siempre es necesario prohibirlo del todo á las personas atacadas de enfermedades crónicas. Los pacientes que desde su juventud han bebido vino puro (1) en abundancia, pueden renunciar

(1) Suele ser hasta perjudicial, aun para el hombre que goza de buena salud hacer del vino puro su bebida ordinaria. La moral reclama que se use con moderacion y solo los dias de fiesta. El jóven no puede calmar el fuego de sus

repentinamente tanto menos á esta costumbre, cuanto mas avanzada sea su edad. La prohibicion absoluta de esta bebida tendria en ellos el efecto de deprimir rápidamente sus fuerzas, impedir la curacion, y aun poner su vida en peligro. En las primeras semanas se hará que lo usen mezclado con agua á partes iguales; añadiendo luego poco á poco dos, tres, cuatro, ó cinco partes de agua con un poco de azucar, cuya última mezcla es la que se puede únicamente permitir como bebida ordinaria á todas las personas atacadas de enfermedades crónicas.

Es mucho mas necesario aun renunciar al hábito del aguardiente. Pero el médico necesita para conseguirlo armarse de mucha circunspeccion y perseverancia. Si la prohibicion absoluta del aguardiente tuviera una nociva influencia en las fuerzas del sugeto, se le reemplazará por algun tiempo con una pequeña cantidad de buen vino puro, el cual se mezcla despues con una cantidad de agua mayor ó menor segun las circunstancias.

Como es una ley inmutable de la naturaleza que nuestra fuerza vital produzca constantemente lo contrario de la accion ejercida por las potencias físicas y medicamentosas, siempre que haya posibilidad de que se desenvuelvan esos efectos inversos, se concibe bien, y asi lo acredita la observacion, que las bebidas espirituosas despues de haber aumentado la fuerza y el calor deben producir inmediatamente un efecto contrario por la reaccion vital que se verifica; por eso sigue siempre á su uso una disminucion del vigor y del calor vital, estado del cual el verdadero médico se apresurará á sacar á

deseos y someterse á los deberes del matrimonio sino cuida de no abusar de esta bebida; abuso que ademas sostiene la gonorrea y los chancros.

los afectados de enfermedades crónicas. Solo el alópata que no pone el cuidado de observar, de reflexionar y de apreciar las consecuencias funestas de estos paliativos, es el que puede dar á sus enfermos el consejo fatal de beber diariamente vino puro y generoso para fortificarse. El verdadero homeópata jamás obrará de esta manera.

Se debe reflexionar mucho acerca del uso de la cerveza. Los refinamientos que los cerveceros han introducido en su arte en estos últimos tiempos, añadiendo diversas sustancias vegetales á la decoccion de la cebada preparada, tienen por objeto, no preservar la cerveza de la acidificacion, sino principalmente hacerla mas agradable al paladar y mas embriagadora, sin atender á la influencia fatal que sobre la salud ejercen esas funestas mezclas cuyas señales busca en vano la policia. El médico concienzudo no puede permitir á su enfermo beber todo lo que lleva el nombre de cerveza, tanto mas cuanto que á aquellas privadas del amargor y que parecen menos sospechas, se les añade con mucha frecuencia sustancias narcóticas para darles la propiedad embriagadora que muchos buscan en ellas.

Entre las sustancias que son nocivas á las personas atacadas de enfermedades crónicas deben contarse aquellas que llevan vinagre ó limon, porque causan incomodidades á aquellos cuyo sistema nervioso y órganos abdominales se hallan afectados, y porque obran sobre los medicamentos destruyendo los efectos de los unos, y exasperando los de otros. No se deben pues permitir las frutas ácidas á los enfermos sino en muy pequeña cantidad; se les recomendará usar con moderacion aquellas que son dulces; y no se aconsejarán las ciruelas pasas como paliativos á los que están habitualmente estreñidos. La ternera no conviene tampoco á estos su-

getos, como tampoco á los de débil digestion, Los que tienen debilitadas las facultades sexuales se limitarán á la gallina y los huevos, evitando la vainilla, las criadillas de tierra, y los huevos de pescado, que obrando como paliativos no hacen mas que oponerse á la curacion. Las mugeres de menstruacion escasa no deben acudir al azafran ni á la canela. El clavo, la pimienta, el gengibre y los amargos perjudican tambien, en el curso de un tratamiento homeopático á las personas de estómago débil. Se deben prohibir igualmente las legumbres flatulentas en las afecciones del bajo-vientre, y siempre que haya una propension al estreñimiento. La carne de vaca mantenida con trigo ó cebada, la leche y una pequeña cantidad de manteca fresca, tal parece ser la alimentacion mas natural y menos perjudicial al hombre, y por lo tanto á los sugetos atacados de enfermedades crónicas, puesto que solo hay que añadir una pequeña cantidad de sal. Despues de la carne de vaca vienen la de carnero, la caza, los pollos y los pichones. La carne y la grasa de los patos y los gansos convienen mucho menos que las de puerco. Rara vez y siempre en muy pequeña cantidad se usarán las carnes saladas y ahumadas.

Es necesario evitar tambien las yerbas crudas picadas en la sopa, los aromáticos que se añaden á las legumbres, y el queso añejo.

La mejor preparacion que se puede dar al pescado de buena calidad es cocerlo en agua comiéndolo en pequeña cantidad. El pescado seco y ahumado debe prohibirse; y el salado se consentirá muy rara vez.

La moderacion en todo, aun en el uso de las cosas mas inocentes, es un deber capital para las personas atacadas de enfermedades crónicas.

Tambien hay que atender de una manera especial

al uso del tabaco. En muchos casos de enfermedades crónicas se puede permitir fumar á los que hace mucho tiempo que han contraído este hábito, pero que no escupen, dando sin embargo algunos consejos de restriccion, sobre todo cuando ocasiona su uso algun padecimiento en las facultades intelectuales, en el sueño, la digestion, ó la defecacion. En este caso aunque el sugeto no puede mover el vientre sino despues de fumar, como este efecto es puramente paliativo, es necesario suprimirle, con objeto de regularizar las funciones de una manera durable para la aplicacion homeopática de los antipsóricos bien elegidos. Pero todavia es mas perjudicial la costumbre de tomarlo como paliativo en los resfriados y en las oftalmias habituales; lo cual sirve de grande obstáculo al tratamiento de las enfermedades crónicas, en términos que lejos de tolerar este uso, es necesario primero disminuirle, para despues suprimirle lo mas pronto posible; mayormente porque en los resfriados, las sustancias estimulantes, que se han formado con elementos medicamentosos, para mezclarlas con casi todos los tabacos, entran en contacto inmediato con los nervios del interior de la nariz, y perjudican como pudieran hacerlo los medicamentos estraños administrados al interior.

Voy á pasar ya á otras indicaciones acerca de varios obstáculos que se deben vencer para la curacion de las enfermedades crónicas.

Todos los acontecimientos de la vida que son capaces de determinar la *psora* aun latente, sospechada solo por algunas incomodidades de las indicadas mas arriba, y con tendencia siempre á manifestarse bajo la forma de enfermedades crónicas, tienen la energia suficiente, cuando obran sobre personas atacadas de semejante afeccion, no solo de exacerbarla y de

hacer su curacion difícil, sino que hasta llegan á influir de modo que sea imposible de todo punto la curacion, cuando es muy grande su actividad sobre el organismo, á no ser que la crítica posicion del enfermo cambie repentinamente de un modo favorable.

Mas siendo estos acontecimientos de muy diversa naturaleza, tambien la mala influencia que puedan ejercer ha de presentar formas diferentes.

Las fatigas excesivas, los trabajos ejercidos en lugares pantanosos, las lesiones mecánicas, las heridas considerables, el frio ó el calor excesivos, la falta de alimentos para saciar el hambre, ó la mala calidad de aquellos etc., no son ni con mucho tan poderosos como algunos meses de un casamiento á disgusto, ó los remordimientos de la conciencia, aun en medio de la vida regalona, para despertar enérgicamente la *psora* del sueño profundo en que yacia, logrando asi que aparezca bajo la forma de enfermedades crónicas, ó que se agraven las que ya existian. La influencia de estas circunstancias puede compararse á la alteracion que introduciria en la salud de un inocente la permanencia de diez años en un calabozo y la permanencia por igual tiempo en un baño. La *psora* latente hasta entonces en el organismo, y á favor de cuyo letargo parece ostentarse la salud mas floreciente se desavuelven con rapidez afecciones crónicas que invaden la economía, ó trastornan sus facultades intelectuales hasta conducirle á la locura, cuando la suerte caprichosa le derribe del brillante rango que ocupaba, sumergiéndole en la desgracia y la indigencia. La muerte inesperada de un hijo único provoca en una madre delicada y atacada ya de la *psora*, ó una supuracion incurable de los pulmones, ó un cáncer de la mama. Un amor contrariado vuelve profundamente

melancólica á la sensible doncella atormentada ya por accesos de un histerismo *psórico*.

¡Cuan difícil y cuan raro es que el tratamiento homeopático por bien dirigido que sea, mejore la situación de estos desgraciados! Y sin embargo esas agitaciones del espíritu son las que con mas frecuencia contribuyen á que aparezca la *psora* latente bajo la forma de enfermedades crónicas, y á que adquieran mas gravedad la; ya existentes.

Una tristeza continua no tarda en exacerbar las mas ligeras señales de una *psora* todavía latente, haciendo que se apodere del organismo y aparezca con los síntomas mas graves, y que se desarrollen inesperadamente las enfermedades crónicas mas terribles. De todas las perniciosas influencias que obran sobre el organismo, ninguna produce este resultado de una manera tan cierta y tan frecuentemente como aquello hace; ni ninguna tampoco agrava tanto los males ya existentes.

Asi como un buen médico cuando no empieza un tratamiento bajo los mas favorables auspicios, procura alegrar el espíritu del enfermo cuanto le es posible y alejar de él el tedio que le domine, asi tambien es en este caso un deber mayor para él desplegar todo su poder é influencia sobre el paciente y los que le rodean para alejar los objetos de aflicción y de contrariedad. Aquí está, aquí debe estar el asunto principal de sus cuidados y de su filantropía.

Pero si es irremediable la situación del enfermo bajo este punto de vista; si no hay bastante filosofía, bastante religion y dominio sobre sí mismo para sufrir con paciencia y resignación los males y las desgracias que sobrevengan, y se deja arrastrar de la tristeza y del pesar, sin que el médico consiga separarle de una manera durable de esta causa destructora de la vida, la

mas enérgica de todas , debe entonces abstenerse con mucha prudencia de tratar la enfermedad crónica (1), dejando al paciente abandonado á su suerte , porque el tratamiento mejor dirigido, con los remedios mas apropiados á los padecimientos físicos, no puede nada absolutamente en un hombre dominado por los continuos pesares , y en el cual los resortes de la vida se destruyen á cada instante por los ataques profundos que su moral recibe. Es un absurdo continuar construyendo el mas bello edificio , cuando los cimientos se están minando cada dia , aunque poco á poco , pero siempre de un modo progresivo , por el choque de las olas.

Son las enfermedades crónicas casi incurables en las personas elevadas y ricas , que sin contar con las aguas minerales de que hacen uso con mucha frecuencia (2), se han hallado durante algunos años entre las manos de médicos alópatas, que han ensayado en ellos todos los remedios preconizados por la moda en Inglaterra , en Francia y en Italia , saturándolos de una multitud de drogas y de mezclas cuya accion es muy enérgica. Tantos medicamentos perjudiciales, y nocivos por el solo hecho de su energía y de la frecuente repeticion de sus enormes dosis , hacen cada vez mas difícil de curar la

(1) Entonces convendria que fuesen ligeras las causas de tedio y de tristeza que rodearan al enfermo , porque en este caso el médico pudiera limitarse á tratar la afeccion moral por los antipsóricos apropiados al resto de su enfermedad crónica ; circunstancia que hace la curacion no solo posible , sino á veces fácil de conseguir.

(2) Los tratamientos de aguas minerales aun cuando no sean contrarios al mal , deben considerarse como grandes y repetidas dosis de un mismo medicamento violento, cuya accion perturbadora lejos de procurar la curacion , contribuye mas bien á agravar el estado del enfermo , y aun llega á atacar las fuentes de la vida.

psora de que siempre depende la enfermedad, aun cuando lo esté combinada con la sífilis; y terminan por lograr que se halle dicho virus fuera de los recursos del arte, despues de haber estado el organismo por un gran número de años espuesto á tales ataques de la antigua medicina, tan contrarios al objeto que se proponia. Ora sea que estos poderes heróicos no homeopáticos hayan añadido nuevos males á la enfermedad primitiva como es de presumir, fijándose y haciéndose crónicos por la enorme y frecuente repeticion de las dosis; ora sea que un tratamiento tan mal conducido no haga otra cosa que atacar las diversas facultades de la vida orgánica, la irritabilidad, la sensibilidad, la nutricion; ó ya, y esto es lo probable, por la reunion de una y otra causa haya habido una fusion de males tan diversos, produciéndose así una monstruosidad en la que ninguna persona sensata puede ya ver el mal natural y simple; el médico homeópata, al encontrarse en este caos que ha resultado de la degeneracion de las partes y de las fuerzas mas indispensables á la vida, debe dudar mucho acerca de la curacion.

Estos tratamientos incapaces de curar el mal primitivo, y propios únicamente para debilitar y arruinar el organismo, no solo aceleran la exacerbacion de la *psora* en sus manifestaciones exteriores, sino que ademas engendran nuevas enfermedades artificiales, en términos que la fuerza vital no sabe á veces como ponerse en guardia contra este doble ataque que le amenaza.

Si las malas consecuencias de los ataques indirectos que el antiguo método de tratamiento ha dirigido á la vida, no han sido mas que modificaciones dinámicas, llegarán á desaparecer con solo abandonar el método, ó al menos se podrán combatir eficazmente por los agentes homeopáticos; pero si esas mo-

dificaciones no están en este caso, se resisten por mucho tiempo ó se hacen incurables. Es muy probable que estos ataques indirectos, continuos y repetidos que la alopatía dirige sobre la fibra sensible ó irritable con sus altas dosis de sus medicamentos enérgicos y mal elegidos, obliguen á la fuerza vital á hacer los mas grandes esfuerzos para evitar su destruccion, procurando modificar dinámica ó materialmente los órganos internos combatidos con tan poca prudencia, á fin de ponerlos al abrigo de la tempestad. A la manera como el instinto guia sus esfuerzos conservadores á cubrir de callosidades la piel delicada de la mano cuando esta se ocupa en trabajos groseros, manejando cuerpos duros ó acres; asi tambien en los tratamientos alopáticos prolongados, que no tienen el verdadero poder de curar el mal crónico y sin atender á los caracteres propios de esta afeccion, atacan indistintamente todos los órganos internos, la fuerza vital para preservarlos á estos y á la economía entera de una destruccion inevitable, cambia su testura y sus propiedades, esto es; disminuye por un lado su accion ó los paraliza, embota y aun estingue su sensibilidad, y por otro engruesa y endurece las mas delicadas fibras, atrofia ó aniquila los mas enérgicos, y en una palabra desenvuelve degeneraciones de las mas grandes, que constituyen estados mucho menos susceptibles de curacion que el mal primitivo; del cual se toman como consecuencia á la abertura de los cadáveres. Solo cuando hay todavia bastante fuerza en un cuerpo no gastado por la edad, es cuando la homeopatía llegará á ausiliar á la fuerza vital, la que quedando libre se reanima poco á poco y se encamina á volver á sus condiciones normales todas estas producciones heterogéneas que la necesidad le obligó á engendrar; y desenvuelve un poder creador que sin

embargo no puede completar sino en tanto que son favorables las circunstancias exteriores, exigiendo de ordinario mucho tiempo para este objeto saludable, que suele no poder realizar por completo. La experiencia diaria demuestra que cuanto mas cuidado, paciencia y perseverancia observa el médico alópata en la aplicación de sus falsos y funestos métodos en las enfermedades crónicas, tanto mas compromete la organizacion material y la vida de los enfermos.

¿Cómo la mejor de todas las medicinas, la única verdadera, que nunca ha pretendido obrar inmediatamente sobre las lesiones orgánicas, podrá en poco tiempo volver á la salud sugetos que han estado sometidos á veces por muchos años á tales causas de alteracion?

El médico no encuentra una enfermedad *psórica* natural y simple; y aun cuando las fuerzas no parezcan demasiado agotadas, lo cual suele suceder porque á primera vista no parece que se deba renunciar al tratamiento, sin embargo solo despues de mucho tiempo es cuando podrá lisongearse de haber producido algun alivio, pero nunca se prometerá una curacion perfecta. Es necesario que un género de vida mejor, y la regularizacion del régimen consigan ante todo, que en cierto modo desaparezcan por sí mismos los numerosos males crónicos producidos por los medicamentos, y que esta curacion preliminar, objeto de muchos meses se obtenga casi sin remedios en el campo, antes de que aparezca una afeccion pura semejante á la enfermedad primitiva, capaz ya de ser combatida (1).

(1) Lo contrario sucede con las enfermedades crónicas mas temibles, pero que no han sido desnaturalizadas por la imprudencia de los médicos, las cuales curan ordinariamente como por encanto en muy poco tiempo y de una manera durable bajo la influencia de los antipsóricos, como se obser-

¡Desgraciado el joven homeópata que quiera fundar su reputacion en la curacion de semejantes enfermedades, degeneradas en verdaderos m^onstruos por la influencia de una multitud de nocivos procederes alopat^oicos! Por mas que se afane, no lo conseguirá.

Hay otro grande obstáculo para la curacion de las largas enfermedades crónicas, el cual depende de la constitucion débil y enervada de los jóvenes malamente educados por padres ricos, y cuyos males se forman en medio de las superfluidades y desórdenes de una mala sociedad, por la influencia de las pasiones destructoras, de los escesos de toda especie, del abuso de la Venus, de los juegos de suerte etc. Se ven seres dotados en un principio de una constitucion robusta, y cuyos vicios, minando lo mismo su fisico que su moral, los han reducido á sombras de hombres, y que por los tratamientos mal dirigidos de sus enfermedades venéreas han agotado de tal modo las fuentes de la vida en su misma esencia, que la *psora*, con tanta frecuencia unida á su organismo, se despliega en forma de afecciones crónicas de las mas deplorables, las cuales apenas permiten la aplicacion de algunos remedios antipsóricos, aunque los enfermos se separen de sus extravíos, porque á ellos se oponen cuando menos los remordimientos y la poca energia de las fuerzas vitales que restan todavía. El médico homeópata debe acometer el tratamiento de semejantes enfermedades siempre con la duda, y guardar mucha reserva en sus promesas de curacion.

Pero aun cuando no existan estos obstáculos, que con frecuencia son casi invencibles, en el tratamiento

va en los pobres artesanos, á cuyas humildes habitaciones se concibe que no acudirá ese tropel de prácticos.

de las innumerables enfermedades crónicas (1), se encuentra á veces con una dificultad, sobre todo en las clases bajas, dependiente del origen mismo de la afeccion. Sucede esto cuando á consecuencia de *muchas infecciones sucesivas*, seguidas todas de la supresion del exantema, la psora se ha desarrollado poco á poco en el interior bajo la forma de una ó muchas enfermedades crónicas y graves. En semejante circunstancia es verdad que se obtiene la curacion por el uso bien dirigido de los remedios homeopáticos; pero es necesario mucho tiempo y una gran paciencia, y de parte del enfermo una exactitud escrupulosa en seguir las prescripciones, advirtiendole que esto sucederá si el sugeto no es de edad muy avanzada y sus fuerzas no están agotadas.

Sin embargo aun en estos casos difíciles hay disposiciones sábias de la naturaleza que nos favorecen si sabemos elegir el momento oportuno. En efecto, la experiencia prueba que en una sarna recién adquirida por contagio, aun cuando despues de muchas infecciones y repercusiones sucesivas la enfermedad psórica interna haya hecho progresos considerables relativamente á la produccion de especies diversas de afecciones crónicas,

(1) En el tratamiento homeopático de las enfermedades crónicas se tropieza á menudo con otro obstáculo casi siempre descuidado, cual es la no satisfaccion del apetito venéreo en los adultos de ambos sexos, ya sea que no se haya podido verificar el matrimonio por causas que están fuera de la esfera de la medicina, ya sea porque un medico poco inteligente haya prohibido absolutamente los placeres sexuales á una muger débil unida á un hombre robusto ó vice-versa. En estos casos hay que atender á las circunstancias y á las inclinaciones innatas para levantar esa prohibicion, con lo cual ya se harán curables una multitud de síntomas histéricos é hipochondriacos, y aun hasta la melancolia y enagenacion mental.

la sarna que últimamente ha aparecido, si todavía no se la ha privado de su exantema primitivo, es casi tan fácil de curar como si fuera la primera y única; así es que ordinariamente cede á una sola dosis de las preparaciones sulfurosas indicadas mas arriba, y de este modo la psora debida á todas las infecciones precedentes se halla tambien curada como las enfermedades crónicas cuya manifestacion habia provocado (1).

No es sin embargo siempre posible recurrir para la curacion de antiguos *psoras* reproducidos muchas veces, á medios artificiales para que nazcan circunstancias favorables, y los cuales consisten en inocular la enfermedad, aun suponiendo que esto no inspire repugnancia al sugeto como con frecuencia sucede. En efecto, cuando la constitucion se halla invadida de graves enfermedades crónicas de origen no venéreo y por consiguiente psórico, como una supuracion ya muy avanzada de los pulmones, una parálisis completa de una ó muchas partes del cuerpo etc. el miasma de la sarna se desenvuelve al parecer con mucha menos frecuencia despues de la inoculacion que cuando la infeccion es debida á la casualidad.

Poco me queda ya que decir al versado en la me-

(1) En este caso se encuentra tambien la sífilis cuando despues de la destruccion local de un chancro ó de un bubon, seguidos de la manifestacion de una sífilis constitucional, sobreviene una nueva infeccion. Mientras persisten el nuevo chancro la enfermedad producida por la nueva infeccion y la antigua ceden ordinariamente á una sola dosis de la mejor preparacion mercurial; y son tan fáciles de curar de esta manera como si se tratára del primer chancro, suponiendo que no haya complicacion con algun otro miasma crónico, especialmente con el psórico, porque en este caso habria que empezar por destruir este último como ya lo he dicho anteriormente.

dicina homeopática, para darle á conocer la manera como debe conducirse para tratar las enfermedades crónicas; y no tengo mas que remitirle á los medicamentos antipsóricos al fin de esta obra puesto que debe saber servirse de ellos para llenar el objeto que se propone. Me limitaré á indicarle algunas precauciones que deberá observar.

Queda ya bien establecido que todas las afecciones crónicas, aun las mas graves, á escepcion del pequeño número de las venéreas, proceden únicamente de la *psora*, y no pueden desaparecer sino por la curacion de esta última; de suerte que se deben tratar esclusivamente por medio de los antipsóricos, es decir, por medio de aquellos medicamentos cuyos efectos puros sobre el hombre sano desenvuelven la mayor parte de los síntomas que con mas frecuencia se observan en los sujetos atacados de la *psora* latente ó manifiesta.

De aqui se sigue que cuando el médico homeópata tenga que tratar, ya sea una enfermedad crónica no venérea, ya sea uno de los síntomas ó accidentes de esta afeccion, sea cual fuere su nombre vulgar ó patológico debe atenerse á los medicamentos antipsóricos elegidos exactamente; porque este es el único medio de llegar con seguridad á su objeto.

Si durante la accion de un remedio antipsórico, se presenta una cefalalgia moderada por ejemplo, ó algun otro accidente ligero, no hay por esto que alucinarse y dar otro medicamento sea ó no antipsórico, pero no se procederá asi cuando sobreviene un dolor de garganta y despues se declara diarrea, ó dolores en tal ó cual parte del cuerpo, etc.

Despues de haber elegido el medicamento antipsórico tan bien como haya sido posible, en el grado conveniente de dinamizacion, y de haberle dado á la

dosis necesaria, es preciso dejar que agote su acción sin hacer tomar ningun otro remedio que sea capaz de turbarla.

En efecto, si los accidentes que se declaran mientras está obrando el medicamento han existido ya del mismo modo en el enfermo, sino en estos días, al menos muchas semanas ó aun meses antes, puede no verse en ellos otra cosa que el resultado de la simple escitación homeopática, producida por el remedio de un síntoma que no está de ordinario en la enfermedad, ó que en otra ocasion se manifestó con mas frecuencia. Entonces tenemos una señal cierta de que el medicamento ha penetrado profundamente en la esencia de esta enfermedad, por lo cual será mucho mas eficaz contra ella. Es necesario, pues, dejar á este remedio todo el tiempo necesario para consumir su acción, sin administrar hasta entonces ningun otro al enfermo.

Si se trata de síntomas que no han existido nunca, al menos bajo la forma que en la actualidad aparecen, y por consiguiente no pertenecen sino al remedio, no debiendo atenderse á ellos en el curso de la enfermedad, no es esto todavia un motivo suficiente para interrumpir al instante la acción del medicamento. Estos síntomas se disipan á veces sin ocasionar ningun perjuicio á la virtud curativa del remedio bien elegido.

Pero cuando tienen una intensidad de consideración, es necesario evitarlos, porque anuncian que el medicamento antipsórico ha sido mal elegido; y no era exactamente homeopático. Entonces es necesario destruir la acción de este remedio por un antidoto, ó si este no se conociera, se administraría otro remedio antipsórico mas en armonia con el estado del enfermo. Obrando asi, aun cuando los falsos síntomas persistan ó renazcan aun por algunos días, se llegará por fin á

conseguir que desaparezcan de una manera durable, y que sean reemplazados por un estado mas bonancible.

Causa inquietud el que se exasperen los síntomas ordinarios bajo la acción de los remedios antipsóricos, reapareciendo sobre todo durante los primeros dias, y manifestándose todavía en algunos de los sucesivos; pero acaban luego por hacerse mas y mas raros cada vez. Esta agravacion que se puede llamar homeopática es una prueba de que la curacion empieza; y anuncian que, al menos en el momento actual, se puede contar de seguro para conseguirlo con estos síntomas llevados á tal grado de exaltacion.

Pero si al cabo de algunos dias la exacerbacion de los síntomas primitivos es tanto ó mas considerable que en los primeros momentos, es una prueba de que el remedio antipsórico, aunque perfectamente homeopático, se ha dado en demasiada dosis. Entonces es de temer que la curacion no se efectúe porque administrado en una dosis grande, determina síntomas semejantes á los de la enfermedad; pero en razon de la violencia con que obra, provoca la aparicion de otros destructores de esta semejanza, sustituyendo á la enfermedad crónica natural otra análoga mas considerable y mas grave todavía, sin que la afeccion antigua y primitiva quede destruida por este motivo.

Este efecto tiene lugar en los diez y seis, diez y ocho, ó veinte primeros dias de la acción del remedio dado en alta dosis, y cuya impresion sobre la economía debe destruirse, ya sea administrando su antídoto, ó cuando este no se conoce, dando en *muy pequeñas dosis* otro medicamento antipsórico lo mejor apropiado que sea posible al estado de los síntomas actuales; y si no basta para destruir la enfermedad medicinal intercurrente, se acudirá á otro segundo remedio tan ho-

meopático como sea posible contra el resto de los accidentes (1).

Cuando á favor del antidoto, ó del uso consecutivo de algunos otros antipsóricos, se llega á paralizar la agresion perturbadora que habia ejercido en la economía un remedio perfectamente homeopático, pero dado á alta dosis, puede este mismo remedio, que solo perjudicó por el exceso de su energia, volverse á emplear tan luego como se encuentre otra vez homeopático, pudiendo esperar de él buenos resultados, pero cuidando que la *dosis sea menos fuerte* y mucho mas diluida, es decir que su acciou sea mas suave.

Generalmente hablando, el médico puede cometer tres faltas graves: 1.^a creer demasiado débiles las dosis á que la esperiencia deducida de numerosos ensayos me ha obligado á recurrir en cada medicamento antipsórico: 2.^a elegir un medicamento que no conviene: 3.^a no dejar á las dosis tiempo necesario para obrar.

Acabamos de hablar de la *primera* de estas faltas; y solo añadiré que no se perderia nada con prescribir dosis todavia mas débiles, si posible fuera, que las que yo indico. Estas dosis casi nunca pueden tenerse por demasiado débiles, porque con el régimen y conducta del enfermo se evita cuanto seria capaz de impedir ó destruir su accion. Ellas producen cuanto se puede esperar, si el medicamento está bien elegido, es decir,

(1) He observado en mi práctica estos accidentes, que tanto perjudican á la curacion, y que deben evitarse con mucho cuidado, cuando daba á alta dosis la *sepia* cuya energia me era aun desconocida. Y de una manera mas sensible lo he experimentado aun, haciendo tomar la billonésima disolucion del *licopodio* y la *silice*, á la dosis de cuatro ó seis glóbulos tan gruesos como semillas de adormideras.

puesto en armonia perfecta con los síntomas bien observados de la enfermedad, y el paciente no hace nada que pueda alterar sus efectos; y si el remedio no hubiera sido bien elegido, queda al menos todavia la ventaja de que no habrá grandes dificultades para hacer que cese su accion, lo que permitirá recurrir sin dilacion á un antipsórico mejor apropiado.

Respecto á la *segunda* falta, la de no elegir homeopáticamente el medicamento, la puede cometer un principiante (y desgraciadamente muchos continuan asi toda su vida) por ligereza ó insuficiencia.

Para llenar dignamente su mision, el homeópata debe convencerse de que nada hay que reclame mas conciencia que el tratamiento de la vida de un hombre comprometida por una enfermedad. Su primer cuidado será pues estudiar todo el estado del enfermo, investigar las circunstancias conmemorativas, descubrir las causas que sostienen el mal, escudriñar su género de vida, estudiar su caracter, su espíritu, su constitucion, segun los preceptos trazados en el *Organon*; despues de lo cual buscará, en el *tratado de las enfermedades crónicas*, lo mismo que en la *materia médica pura* y en cualquiera otra parte, el medicamento cuyos propios efectos tengan mas semejanza, sino con todas las particularidades del caso presente, al menos con las mas notables. Para esto no debe contentarse con acudir á los repertorios (1) que solo sirven para poner en camino de tal ó cual sustancia que pueda ser elegida; pues esto no evita tener que recurrir á las fuentes mismas de la medicacion. Cuando no se tiene la paciencia y la precaucion de seguir esta marcha en los casos mas críticos y

(1) Véase Jahr, *Nuevo manual de medicina homeopática*.

complicados, cuando en ellos se reduce uno á las vagas indicaciones de los repertorios, y cuando se administran á los enfermos con precipitacion los unos tras los otros, no se merece el honroso nombre de homeópata, pues no es en este caso otra cosa que un embrollon que cambia á cada instante de remedio, hasta que perdiendo la paciencia el enfermo abandona al indigno autor del acrecentamiento de sus males, y sobre cuya cabeza deberá caer una responsabilidad que sin embargo se imputa á la misma ciencia.

Esta indolencia en las acciones del hombre que mas conciencia exigen, hasta llega á conducir á pretendidos homeópatas á elegir los medicamentos *ab usu in morbis*, proceder absolutamente falso y entra en los extravíos de la alopatía, porque las indicaciones *ab usu in morbis* casi nunca señalan otra cosa que síntomas aislados; no debiendo servir sino para confirmar la eleccion ya hecha del medicamento segun sus efectos puros, y no pudiendo tomarse por guia de la eleccion, puesto que las mas de las veces no son sino problemáticos. Y sin embargo hay escritores que aconsejan esta marcha empírica!

La tercera falta grande, para librarse de la cual necesita el médico homeópata mucho cuidado y perseverancia, consiste en que despues de haber administrado un remedio antipsórico bien elegido en las dosis convenientes, y que se ha manifestado útil por algunos dias, se administra otro en seguida, creyendo que una dosis tan pequeña no puede obrar mas de ocho ó diez dias; error que se procura confirmar por el hecho de que cuando se deja al primer remedio ejercer con libertad su accion por completo, los síntomas morbosos que debe destruir reaparecen un dia ú otro y de cuando en cuando.

Pero elegido bien un medicamento homeopático,

obra de una manera eficaz y ventajosa, de lo cual se puede estar convencido al octavo ó al décimo dia, aunque haya un momento, un intervalo en que los síntomas se agraven homeopáticamente, no se destruyen por eso los resultados favorables; y en las enfermedades muy crónicas solo al cabo de veinticuatro ó treinta dias es cuando aparecen con toda su evidencia. En casos semejantes la dosis no ha completado su accion saludable sino á los cuarenta ó cincuenta dias, antes de cuyo tiempo seria absurdo y contrario á los intereses del enfermo administrar un nuevo medicamento. Que no se crea que no hay necesidad de esperar á que trascurra precisamente ese tiempo, fijado aproximativamente para la duracion de accion de un remedio antipsórico, para recurrir á otro, y que debe *emprenderse la eleccion de uno nuevo para hacer la curacion mas rápida*. La experiencia habla muy alta contra esta opinion; y demuestra que muy al contrario no hay método mejor para aligerar la curacion que dejar agotar todo su poder al medicamento antipsórico bien elegido, permaneciendo como pasivo espectador *de la mejoría que se vá produciendo continuamente*, debida á haber dejado pasar mas tiempo del señalado por congetura para su eficacia (1), y en no prescribir otro sino tan tarde como sea posible. Quien en estos casos pueda moderar su impa-

(1) En un caso en que *sepia* era perfectamente homeopática para una cefalalgia que se presentaba por accesos, disminuyó la fuerza y la duracion del mal haciendo mas largos los intervalos de entre los accesos. Prescribí una segunda dosis que los suprimió por cien dias, y por consiguiente todo este tiempo estuvo obrando: cuando empezaron á aparecer un poco administré una tercera dosis despues de la cual no se han presentado mas, habiendo pasado ya siete años sin novedad alguna.

ciencia llegará á su objeto con prontitud y seguridad. Solo cuando los antiguos síntomas, ya destruidos ó muy disminuidos por el último remedio, empiecen despues de algunos dias á reaparecer de nuevo ó á exasperarse de una manera algo notable, es cuando ha llegado el momento favorable de recurrir á un medicamento mas homeopático al conjunto de los accidentes actuales. Solamente la esperiencia es capaz de decidir aqui, y su respuesta ha sido ya tan clara en mis numerosas observaciones que no permite abrigar la menor duda.

Cuando se reflexiona sobre los grandes cambios que el medicamento está obligado á producir en las partes numerosas y diversamente organizadas del cuerpo, antes de destruir el miasma psórico que tan arraigado está y constituido hasta cierto punto parásito en la economía, antes de poder restablecer la salud, se concibe sin dificultad cuan natural es que durante tanto tiempo la accion de un remedio antipsórico acometa en tal alto grado mas de una vez al organismo en una enfermedad crónica, y que despues de algunos dias de una mejoría bien marcada, sobrevengan intérvales mas ó menos largos, en que el tratamiento parezca retroceder. Sin embargo, cuando los accidentes primitivos no se renuevan, ni se desarrollan nuevos síntomas graves, en la exasperacion momentánea no se debe ver otra cosa que un efecto homeopático favorable á la curacion, en vez de un obstáculo á ella; esto es una simple renovacion de los ataques que el remedio dirige contra el mal mismo (1), aunque

(1) Cuando el remedio se ha elegido perfectamente homeopático, y la dosis ha sido bastante débil, estos ataques van siendo cada dia mas raros y menos enérgicos, por los progresos de su accion, al paso que si la dosis fué muy fuerte, van siempre aumentando en frecuencia i é intensidad con gran perjuicio para el enfermo.

antes de la aparicion de aquella hayan pasado diez y seis, veinte ó veinticuatro dias desde la toma del medicamento antipsórico.

Así, pues, la accion de los medicamentos antipsóricos en las enfermedades crónicas, se prolonga tanto mas cuanto mas decidido es el caracter de cronicidad de estas. Ademas, los remedios cuya accion dura mucho tiempo en los sugetos sanos, como la belladona, el azufre, el arsénico etc. obran poco tiempo en las enfermedades agudas y de corta duracion, agotando tanto mas rápidamente su poder cuanto mas agudas son estas. El médico debe pues dejar obrar á cada remedio antipsórico treinta, cuarenta y aun cincuenta dias; esto es, tanto tiempo como la enfermedad continúe mejorándose aunque sea de una manera lenta; porque mientras que esta mejoría progresa su accion saludable se está ejerciendo todavía, y conviene no turbarla ni suspenderla por la administracion de otro medicamento cualquiera (1).

(1) Dificilmente se admitirá entre los médicos la necesidad de evitar estas dos grandes faltas. Por muchos años se ha dudado de estas verdades aun por la mayor parte de los homeópatas que no se han conformado rigurosamente con la práctica, porque á consecuencia de sus opiniones puramente teóricas, han hallado muy violento el creer que una dosis tan débil del remedio sea capaz de producir el menor efecto en el organismo, especialmente contra las enfermedades crónicas á veces tan enormes; y han pensado que sería exigir al médico que renunciara al uso de su razon, si se quisiera que él admitiese que estas dosis tan infinitamente pequeñas ejercen su accion no solo por dos ó tres dias solamente, sino por veinte, treinta, cuarenta y aun mas, y que hasta el último momento determina efectos importantes, y resultados indudablemente saludables. Sin embargo este principio no es de los que se deben concebir, ni de aquellos para los que yo reclamo una fé cie-

Por cuidado que se haya tenido en la eleccion de los medicamentos antipsóricos, si no se les deja el tiempo necesario para agotar su accion, para nada sirve todo el tratamiento. El nuevo antipsórico á que se habrá recurrido antes del tiempo oportuno por excelente que sea, no puede nunca reparar el daño que ha ocasionado la interrupcion de la accion saludable que ejercia el remedio administrado antes de él. Yo al menos no conozco ningun método capaz de contener los inconvenientes inseparables á esta errónea conducta.

La *regla fundamental* en el tratamiento de las enfermedades crónicas es pues, que *cuando se ha elegido un medicamento cuyos sintomas propios estén de acuer-*

ga : yo mismo no lo concibo , pero me basta que el hecho suceda y que no exista de otra manera. La esperiencia es quien lo proclama , y yo creo mas en sus decisiones que en las concepciones de mi inteligencia. Quién pretenderá abrogarse el derecho de medir las fuerzas invisibles, ocultas en el seno de la naturaleza, ó de ponerlas en duda, cuando ellas se hacen ostensibles en una sustancia que se consideraba inerte , por medio de un proceder nuevo no desconocido hasta hoy , como el frote prolongado y las sacudidas cuya eficacia demuestra la homeopatia para elevar la energía de los medicamentos? Pero qué ha de resultar al que no quiera hacer lo que yo enseño conforme á una larga práctica y á multiplicados experimentos? Sucederá que el mas grande problema del arte quedará para él sin solventar , es decir que *no puede curar las enfermedades crónicas* cuyo tratamiento exacto y riguroso ha sido desconocido hasta que yo he proclamado mi doctrina. Nada mas tengo que decir sobre este asunto. Me ha parecido que mi deber era dar á conocer una gran verdad , sin tener para ello en cuenta que pudiera haber quien no se conformase con ella. Si no se sigue exactamente la marcha trazada por mi , que no se diga que se me ha imitado , ni tampoco se esperen buenos resultados. O no se querrá imitar una práctica sino cuando las fuerzas admirables de la naturaleza sobre las cuales se funda , se hayan presentado á nuestros ojos con toda claridad y fáciles de comprender

do con los del caso bien estudiado, se le deje obrar mientras que favorezca visiblemente la curacion, y el mal se mejore de manera evidente ; por lo tanto no se interrumpirá su accion por la de otros medicamentos, evitando con no menos cuidado la repeticion inmediata del mismo. El médico no debe desear mas que la enfermedad marche á la curacion sin que nada se oponga á ello. En la práctica de la homeopatia no son raros los casos en que con una sola dosis de un medicamento bien elegido, continúa por muchas semanas y aun meses, disminuyendo poco á poco una enfermedad crónica muy grave que llega hasta su curacion; lo cual no hubiera sucedido si se hubiesen repetido las dosis, ó mudado de medicamento. Este fenómeno se concibe hasta cierto punto, admitiendo la hipótesis bastante probable

hasta por la inteligencia de un niño? No seria un absurdo querer combatir el eslabon , porque no se pudiera concebir como hay tanto calórico latente en el acero y en la piedra del fusil , ó como el frote brusco de estos dos cuerpos el uno contra el otro puede producir bastante calor para fundir las particulas que el choque desprende del metal , y precipitarlas en glóbulos rojos sobre el arma para hacer salir el tiro? Sin embargo , nosotros nos servimos del eslabon sin comprender esta maravilla de un fuego inagotable oculto en el acero frio , sin concebir la posibilidad de que este fuego se ponga en evidencia por efecto del choque y del frote. No seria igualmente un absurdo el no querer enseñar á escribir porque no se concibiera como un hombre puede comunicar sus pensamientos á otro valiéndose de la pluma , de la tinta y del papel? Sin embargo , nosotros hacemos participar á un amigo de nuestras ideas , sin poder ni aun procurar comprender este milagro fisico-psicológico. Habremos pues de vacilar en emplear contra los mas crueles enemigos de nuestros hermanos , contra las enfermedades crónicas , un método que seguido puntualmente las destruye de la manera mas cierta ; y esto únicamente porque no comprendamos la manera como se verifican estas curaciones?

de que un antipsórico perfectamente en armonia con los síntomas morbosos, y administrado á la dosis mas débil y de su mas elevada dinamizacion, no despliega su accion curativa, ni completa la curacion, sino cuando ha determinado una especie de infeccion, inoculando una enfermedad medicamentosa crónica muy análoga á la enfermedad primitiva, conforme á la ley de la naturaleza (*Organon* § 115), que quiere que cuando dos enfermedades que difieren la una de la otra, pero que se parecen bajo el punto de vista de sus síntomas, se llegan á encontrar en el organismo; la mas fuerte, que es siempre la producida por el medicamento (*Organon* § 23), destruya á la mas débil que es la enfermedad natural. En casos semejantes toda nueva dosis del remedio, todo nuevo medicamento, interrumpiria la obra de la mejoría, y provocaria nuevos males, cuya alteracion no podrá á veces desaparecer sino despues de mucho tiempo.

○ Pero cuando la dosis única del medicamento suscita algunos efectos escétricos, es decir, síntomas extraños á la enfermedad, y la moral del enfermo se afecta mas y mas, aunque esto no sea muy graduado, seria tambien nociva una segunda dosis de la misma sustancia, administrada inmediatamente despues de la primera. Porque aun cuando esta haya determinado una mejoría repentina, evidente, considerable, no hay menos fundamento para sospechar que el medicamento ha obrado de una manera puramente paliativa; de suerte que debe volver á reunir á él, aunque se hayan dado despues otros.

Hay sin embargo casos que se esceptuan de esta regla, y los principiantes en la práctica no deben lisonjearse de descubrirlos todos (1).

(1) En estos últimos tiempos se ha abusado mucho de

Esta escepcion única á la regla que prohíbe la repeticion inmediata del mismo medicamento se verifica cuando la dosis del que convenia bajo todos conceptos, y que se ha manifestado saludable en el obrar, ocasiona un principio de mejoría, pero agotando muy pronto su accion sin hacer progresar la curacion, caso bastante raro en las enfermedades crónicas, pero muy frecuente en las agudas, y en las crónicas que toman un caracter de agudeza.

Cuando ejercitado reconoce que los sintomas propios de la enfermedad crónica que está tratando dejan de disminuir á los 4, á los 10, á los 7, ó aun menos dias, deteniéndose por consiguiente la mejoría pero sin que la moral se afecte ni sobrevengan nuevos sintomas; deduce que el remedio empleado es todavia perfectamente homeopático, y que él solo es el que conviene; haciéndose necesario administrar una segunda dosis tan pequeña como la primera; pero seria conveniente que fuera de otro grado de dinamizacion (1): bajo

la repeticion inmediata de las dosis de un mismo medicamento, porque los jóvenes homeópatas encontraban mas cómodo repetir, aunque fuera muchas veces, el remedio que en un principio se manifestó apropiado y por consiguiente saludable; pues era, segun ellos, el medio de llegar mas pronto á la curacion. Asi que, el uso adoptado por tantos homeópatas modernos y hasta recomendado por la prensa, de entregar á los enfermos muchas dosis del medicamento para que las tome con ciertos intervalos, sin cuidarse de los efectos que le pudieran producir, demuestra un empirismo muy superficial, que es indigno del verdadero homeópata, el cual no debe dar ó dejar tomar una nueva dosis de un medicamento, sin haberse convencido previamente de que en efecto se halla indicada.

(1) Si por ejemplo, se dió primero de la 30^a dinamizacion, se elige para la segunda de la 18^a; si hay necesidad de repetir se acude á la 24^a; luego á la 12^a ó la 6^a etc. suponiendo que la enfermedad crónica haya tomado un

la influencia de esta modificacion la fuerza vital se presta mucho mejor á la accion del medicamento, y le deja obrar con toda la fuerza de que es capaz en el caso dado (1).

En efecto, el exantema psórico reciente por ejemplo, es una de las enfermedades que mejor toleran la repeticion de las dosis de azufre, tanto mas cuanto menos tiempo ha trascurrido desde el momento de la infeccion, en razon á que la sarna se aproxima entonces mucho á la naturaleza de las enfermedades agudas, y por lo tanto exige la administracion reiterada del remedio con intervalos mas cortos que una erupcion psórica cuya existencia en la piel data ya de mucho tiempo. Sin embargo aun entonces es necesario, como ya he dicho, que la repeticion no se verifique sino cuando la primera dosis haya casi terminado su accion (al cabo de 6, 8, 10 dias), y que sea de un grado menor de dinamizacion la segunda dosis. Pudiera suceder que en virtud de alguna modificacion sobrevenida en los síntomas, se hiciera necesario administrar de cuando en cuando, entre las tomas de azufre puro una

caracter agudo. La dosis de un medicamento puede tambien ser destruida por una falta de conducta del enfermo, en cuyo caso quizá convenga repetirla.

(1) Cuando el médico se ha cerciorado ya del específico homeopático que debe usar, puede disolver la primera dosis en cuatro onzas de agua, y dividir el liquido en tres porciones, de las que hace tomar inmediatamente la segunda al dia siguiente, y la tercera dos dias despues, cuidando de agitar cada vez el liquido para aumentar un poco la dinamizacion de las dos últimas porciones, y modificar por consiguiente el medicamento. Administrado así, el remedio parece afectar mas profundamente el organismo, y apresurar la curacion en los sujetos todavia robustos y que no son muy irritables.

pequeña dosis de hígado de azufre calcáreo cuya dinamización conviene variar también cuando se deba repetir: no es raro tener que emplear como medio [intercurrente la nuez vómica (\bar{x}), y aun el mercurio (\bar{x})] según las circunstancias (1).

Si se exceptua el azufre, el hígado de azufre calcáreo, y en ciertos casos la *sepia*, es raro tener que repetir inmediatamente las dosis de otros medicamentos homeopáticos; lo cual por otra parte casi no es necesario en el tratamiento de las enfermedades crónicas, porque tenemos á nuestra disposición un gran número de medicamentos antipsóricos, y cuando el primero ha agotado su acción ó una modificación de los síntomas anuncia un cambio en la enfermedad, es mejor elegir de entre ellos uno que esté en armonía con el nuevo estado de cosas, que repetir el primero, el cual ha dejado ya de convenir perfectamente. A pesar de lo dicho, en las enfermedades muy crónicas complicadas, y en las más de las desnaturalizadas por la alopatía, es casi siempre necesario mientras dura el tratamiento administrar de cuando en cuando una dosis de azufre, ó de hígado de azufre calcáreo según las circunstancias, aun cuando los enfermos hayan sido tratados anteriormente por dosis alopáticas de azufre y baños sulfurosos; pero en estos conviene que anteceda una dosis de mercurio (\bar{x}).

Cuando, como ordinariamente sucede, las enfermedades crónicas reclaman el empleo de medicamentos antipsóricos diversos, una mutación frecuente anuncia

(1) No hay necesidad de advertir que en semejante tratamiento, se deben evitar los remedios esternos por inocentes que parezcan, como las lociones por ejemplo de jahn negro.

que la eleccion no se ha hecho bien, ni arreglada al cuadro de síntomas existentes. Esta es una falta que el homeópata comete á veces por precipitacion, en las enfermedades crónicas graves, y mas aun en las enfermedades agudas, sobre todo cuando trata á una persona que le es querida. No podré aconsejar bastante cuando necesario es no caer en este error.

El enfermo adquiere entonces tal grado de escitacion que ningun medicamento produce en él buenos efectos (1), y la menor dosis bastaria para ocasionar pronto la muerte. Nada se puede esperar de las sustancias medicinales; pero se puede recurrir á las maniobras calmantes del mesmerismo, repetidas cuanto sea necesario, pasando lentamente las manos desde el vértice de la cabeza, donde se tienen puestas de plano por algunos minutos, corriéndolas luego por el cuello, los hombros, los brazos, las manos, las rodillaá, las piernas, los pies y sus dedos.

El mejor medio para calmar y disminuir los efectos de una dosis de medicamento homeopático en un sujeto muy irritable, consiste en colocar en la nariz del enfermo, para que haga una sola pequeña inspiracion, un frasco que contenga un glóbulo empapado en la sustancia conveniente y elevada á un alto grado de dinamizacion (2). A favor de este proceder se puede comu-

(1) Considero como imposible que en un tratamiento convenientemente dirigido quede sin ninguna accion un medicamento dinamizado y bien elegido; yo al menos no lo he visto nunca.

(2) Las personas privadas de olfato ó que le han perdido por efecto de la enfermedad, experimentan por este medio el mismo resultado, que aquellas que le tienen en su mayor perfeccion; de donde se deduce que solo los

nicar al enfermo la virtud de todos los medicamentos dinamizados, en todas las dosis que se juzguen convenientes, multiplicando los glóbulos y haciendo que las inspiraciones sean mas enérgicas y prolongadas. La duracion de accion de la sustancia que de este modo obra sobre la estensa superficie de la nariz y de los pulmones no es menor que cuando se hace tragar una pequeña dosis en masa.

Los glóbulos contenidos en frascos bien tapados conservan su virtud medicinal sin alterarse por un gran número de años, aun cuando alguna vez se destapan para olerlos, siempre que se guarden de la accion del calor y de los rayos solares. Esta manera de hacer obrar á los medicamentos dinamizados sobre los enfermos, presenta grandes ventajas en las circunstancias imprevistas que á veces suelen impedir ó interrumpir el tratamiento de las enfermedades agudas; el antídoto ejerce asi mas prontamente su influencia sobre los nervios, y produce con mas rapidez los efectos saludables que de su parte se esperan. Hay mas, combatido el accidente, continúa algunas veces obrando aun por algun tiempo el medicamento antipsórico que se habia administrado antes. Mas para esto es necesario que la dosis del que se haga respirar sea precisamente la suficiente para producir el efecto deseado, sin que pueda estender su accion mas allá, ni prolongarla mas del tiempo que se quiera.

Cuando un médico homeópata, escrupuloso en momentos en que no debia serlo, me pregunta lo que deberá hacer en todo el tiempo que trascurre desde la administración de una dosis de medicamento hasta que

nervios táctiles son los que reciben la impresion curativa, y la trasmiten á todo el sistema nervioso.

haya agotado su accion sin que nada la altere, y cómo debe conducirse á fin de que sin perjudicar al enfermo pueda satisfacer á las preguntas que se le harán (1) sin cesar sobre el medicamento, diré que puede darle diariamente unos tres granos de azucar de leche (2).

Aprovecho la ocasion para decir que bajo este punto de vista la azucar de leche es un don inapreciable de la Providencia (3).

(1) No hay preocupacion popular que por perniciosa que sea se pueda estirpar de una vez. El médico homeópata no debe pues titubear cuando trata un nuevo enfermo atacado de afeccion crónica, en hacerle tomar al menos un pequeño polvo de azucar de leche todos los dias; pues de esto al abuso que muchos alópatas hacen de sus drogas hay una enorme distancia. Es una felicidad para el pobre enfermo á quien á veces ofuscan los calumniadores de la mejor de las medicinas, observar la precaucion de que ellos ignoren en cual de los polvos existe dosis de medicamento, y cuales no. Si estuviera advertido de ello, sabria que los polvos de tal dia contenia el medicamento de quien espera el resultado tan favorable, y su imaginacion gozaria á veces con perjuicio, creyendo que esperimen-
ta sensaciones, cambios quiméricos; atenderia á estos síntomas imaginarios y estaria continuamente en agitacion su espiritu. Al contrario sucederá, si toma todos los dias alguna cosa que no conoce; pues no sintiendo nada desfavorable á su salud, estará mas tranquilo, no se afligirá esperando, observará con mas sangre fria los cambios reales que sobrevengan en él, y solo referirá al médico la verdad. Por esta razon es muy conveniente darle un polvo cada dia sin decirle cuando tiene el medicamento ó si no hay mas que en uno solo; porque de este modo, al tomar el de hoy no esperan un efecto mas pronunciado que con el de la víspera ó antevispera.

(2) Los enfermos atacados de enfermedades crónicas que creen en la probidad y saber de su médico, se persuaden fácilmente para tomar una dosis de azucar de leche por dos, cuatro, siete ó mas dias, sin perder por esto la confianza que en él habian puesto.

(3) Algunos puristas han temido que el azucar de leche sola tuviera por si misma efectos medicinales, ó que se los

No hay que lisongearse de que esté bien hecha la eleccion del remedio antipsórico ó de que puede contribuir á la curacion de la enfermedad crónica, porque desde los primeros dias desaparecan como por encanto bajo su influencia los síntomas mas graves, como los dolores antiguos, violentos y continuos, los espasmos tónicos ó clónicos etc.; en términos que muy pronto despues de haberle tomado el enfermo se cree curado ya y libre de todos sus males. Esta ilusion del enfermo anuncia que el medicamento obra entonces solamente de una manera enantiopática, como contrario y paliativo, y que se debe esperar en los dias siguientes ver aumentar mucho á la enfermedad primitiva.

Tan luego como la falsa mejoría empiece á ser reemplazada por una exasperacion sensible de los acciden-

podiera comunicar un frote prolongado. Este temor carece de fundamento; yo me he convencido de ello por experimentos directos. Se puede uno alimentar con azucar de leche y tomarla en grandes cantidades sin que la salud se altere lo mas mínimo aunque se haya triturado mucho. Mas para destruir el temor manifestado por algunos hipocondriacos, acerca de que durante la dinamizacion de los medicamentos pueda desprenderse un poco de mortero (silice) y dinamizarse por el frote, elevándose á la potencia de la *silicea I*, cuya accion es tan violenta; yo tengo una cápsula de porcelana enteramente nueva bruñida en su fondo, con un pilon de la misma materia y nuevo tambien, con cuyo aparato se han triturado á mi vista diez y ocho veces por seis minutos cada una cien granos de azucar de leche pura en porciones de á 33 granos, removiéndolas otras tantas veces por espacio de cuatro minutos con una espátula de porcelana, á fin de obtener por el frote continuado por tres horas, una virtud medicinal ya del azucar, ya de las porciones desprendidas del mortero, ó de uno y otro á la vez. Pero mi preparacion no ha adquirido ninguna virtud medicinal, permaneciendo la azucar grosera, de lo que me convencido por experimentos hechos en personas muy sensibles.

tes, es necesario apresurarse á recurrir al antidoto del medicamento; ó si no se conoce, sustituir esta sustancia con otro remedio homeopático que sea mas apropiado al caso presente; porque es sumamente raro que continúe obrando de una manera favorable. Sin embargo, suele suceder que el medicamento que desde un principio ejerció una accion enantiopática, es decir que pareció procurar un alivio manifiesto, haya determinado efectos alternantes, y que la primera dosis agrave el estado del enfermo, y la segunda dé un resultado inverso, es decir que produzca una mejoría sostenida. Al menos esto es lo que yo he observado en la ignatia.

En semejantes casos es muy bueno combatir los accidentes que suceden á la administracion de un remedio que obra de una manera antipática, oponiéndoles por algunos días uno de los otros medicamentos indicados en la *materia médica pura*, ó en los *archivos* y *los anales de la medicina homeopática*, hasta que la enfermedad psórica entre en la via ordinaria, en cuyo caso se continúa ya el tratamiento, recurriendo á un nuevo medio elegido homeopáticamente.

Entre los accidentes que no alteran el tratamiento sino de una manera transitoria, coloco los siguientes: el cargar demasiado el estómago, lo cual se puede remediar por la abstinencia, no comiendo mas que unas sopas claras y tomando un poco de café; y cuando la irritacion de esta viscera depende de los alimentos grasos y especialmente del tocino, se combatirá con la dieta y la *pulsatila*: una lesion del estómago que se anuncia por eructos despues de comer, y especialmente por náuseas y ganas de vomitar, para la que se usará el *antimonio* crudo de altas dinamizaciones: un enfriamiento de esta viscera por frutas, contra lo que se emplea el *arsénico* en olfacion; si es un padecimiento del mismo

órgano por bebidas espirituosas, la *nuez vómica*: y si á sus padecimientos acompaña fiebre gástrica, escalofríos y frío, *bryonia* si es un susto usaremos el *opio* si se nos llama al instante; y el *acónito* cuando ha pasado ya algun tiempo, ó cuando el terror vá acompañado de enfado; y si vá seguido de tristeza cede al *haba de san Ignacio*: la tristeza que resulta de cuidados interiores, del despecho concentrado, ó de un profundo secreto, se trata con el *haba de san Ignacio*; si depende de la cólera, de un caracter violento, iracundo y sombrío, reclama la *manzanilla*; y si al mismo tiempo hay frío por todo el cuerpo, *bryonia*; si vá acompañada de indignacion *staphysagria*: la indignacion concentrada, necesita *colonquintida*: el amor desgraciado con despecho reprimido, el *haba de san Ignacio*; el amor desgraciado con celos, el *beleño*: un resfriado considerable, que obliga á estarse en la habitacion ó en la cama, se combate con la *nuez vómica*; con el *café crudo* si ha causado dolores; la *dulcamara* si ha producido diarrea; y el *acónito* si ha desenvuelto fiebre y calor: un resfriado seguido de accesos de sofocacion, reclama el uso de la *ipecacuana*; si vá acompañado de dolores y ganas de llorar, *café crudo*, si de coriza con pérdida del olfato y del gusto, *pulsatila*: si de una dislocacion ó una luxacion, se empleará á veces el *arnica*, y con mas seguridad el *zumaque venenoso*: en las contusiones y lesiones por cuerpos obtusos, se empleará el *arnica*: las quemaduras, se tratarán con fomentaciones de agua que contenga *arsénico* muy dinamizados, ó con la aplicacion prolongada y sostenida por algunas horas de alcohol calentado por la inmersion del frasco que le contenga en agua hirviendo: la debilidad á consecuencia de pérdida de humores ó de sangre, para lo cual se empleará la *quina*;

y la melancolía, con rubicundez de las mejillas, que se combate con *capsicum*.

Sin embargo, no es raro en el tratamiento de las enfermedades crónicas por remedios antipsóricos que tengamos necesidad tambien de otros medicamentos que no pertenecen á esta clase. Esto sucede cuando enfermedades intercurrentes, epidémicas y aun esporádicas, provocadas por causas meteóricas ó telúricas, obran sobre la afección crónica, y no solo alteran el tratamiento antipsórico, sino que hasta *le interrumpen* á veces por mucho tiempo. En estos casos hay que recurrir á las prácticas de la homeopatía que ya se conocen y que por lo tanto no reproduzco aqui; añadiendo solo que se debe suspender el tratamiento antipsórico hasta que se haya curado la enfermedad intercurrente para lo cual hay que esperar algunas semanas en los casos mas perniciosos. Si la nueva enfermedad no es demasiado grave, basta dar á oler un glóbulo empapado en el medicamento que reclama, con lo cual se abrevia estraordinariamente el tratamiento.

El médico homeópata dotado de inteligencia sabrá reconocer al instante la época en que los medios que le empleado completarán la curacion de la enfermedad intercurrente (1), y en la que la afección crónica toma la marcha que le es propia.

(1) Las enfermedades intercurrentes aparecen de ordinario bajo la forma de una fiebre, que cuando no depende de miasmas fijos, como la viruela, el sarampion, la disenteria, la coqueluche etc. presenta un caracter de aguda y continua, ó lenta y remitente, ó intermitente. Las fiebres intermitentes aparecen casi todos los años un poco modificadas. Desde que he comprendido el modo de curar las enfermedades crónicas destruyéndolas homeopáticamente en su origen

Sin embargo, despues de la curacion de semejante enfermedad intercurrente, sucederá que la afeccion crónica primitiva ofrezca algunas modificaciones; y que por ejemplo, ataque mas bien que á otras, aquellas partes del cuerpo donde se fijó la intercurrente. El médico homeópata debe entonces arreglar exactamente la eleccion de un remedio antipsórico al estado de los síntomas que existen, y no limitarse á prescribir el que tu-

crónico, he hallado que las fiebres intermitentes epidémicas difieren casi todos los años en su caracter y en sus síntomas, en términos que ceden un año en pocos dias á otros específicos diferentes de aquellos á que cedieron en años anteriores; así que en unos aprovecha el arsénico, en otros la belladona el antimonio crudo, la espigelia, el acónito, la nuez, vómica alternando con la ipecacuanha, la sal amoníaco, la sal comun, el opio, cina sola ó alternándola con capsicum ó capsicum solo, el trebol de agua, la cal, la pulsatilla, uno de los carbonos, el arnica sola ó alternando con la ipecacuanha. Sin embargo, no pretendo escluir ninguno de los otros medicamentos no antipsóricos siempre que sean homéopáticos en todo semejantes á los síntomas de la fiebre reinante, tanto en los accesos como en la apirexia. Solo exceptuaré casi siempre la quina, porque en dosis elevadas, y repetidas aun bajo la forma concentrada ó de quinina, no hace mas que suprimir el tipo, y convertirlas en una caquexia quinica, difícil de curar. No conviene este medicamento mas que en las fiebres intermitentes endémicas de los sitios pantanosos, pero aun en estos casos para que cure bien, debe asociarse á los remedios antipsóricos. Lo mas seguro para el homeópata al principio de una fiebre intermitente epidémica, es empezar siempre por una pequeña dosis de azufre, ó de una de hígado de azufre calcáreo, segun la necesidad, y esperar algunos dias hasta que la mejoría deje de progresar, administrando entonces el medicamento antipsórico que mas en relacion esté con los síntomas de la epidemia presente, porque la psora desempeña un papel muy capital en todas las epidemias de fiebres intermitentes, y por lo tanto hay que obrar como queda dicho, con cuyo proceder se curan mas cierta y fácilmente.

viera intencion de administrar antes de la invasion de la enfermedad intercurrente.

Si es llamado, para tratar una de estas enfermedades intercurrentes en un sugeto atacado de una afeccion crónica de la que no ha sido tratado antes, le sucederá con frecuencia, sobre todo si la fiebre era grave, advertir que despues de haber triunfado por los medicamentos reconocidos específicos de enfermedades de la misma naturaleza, no obtiene sin embargo la curacion perfecta, á pesar de toda la regularidad imaginable en el régimen y en el género de vida; y que accidentes de otra naturaleza, llamados ordinariamente enfermedades consecutivas, se desarrollan, se agravan poco á poco, y amenazan volverse crónicas. En semejante estado de cosas, tenemos casi siempre á la vista una *psora* que está á punto de desenvolverse bajo la forma de una enfermedad crónica; y por lo tanto se la debe saber curar antipsóricamente, segun los preceptos consignados en esta obra,

Es el momento oportuno de llamar la atencion sobre un fenómeno notable, á saber, que las grandes enfermedades epidémicas, la viruela, el sarampion, la púrpura, la fiebre escarlatina, la coqueluche, la disenteria, y algunas especies de tifus, cuando tocan á su término, especialmente cuando no se han sometido á un tratamiento homeopático conveniente, dejan al organismo en tal estado de escitacion, que en muchos de los que se ven libres de ellas, la *psora* que antes estaba latente, se pone al instante en movimiento y se desarrolla bajo la forma de exantemas análogos á la erupcion *psórica* (1).

(1) Cuando estos exantemas son un poco abundantes, los autores les dan el nombre de sarnas espontáneas. Verdadero ente de razon, porque con la historia en la mano

ó de otras afecciones crónicas que cuando no se las somete á un tratamiento antipsórico racional, no tardan en adquirir un alto grado de intensidad, sobre todo estando debilitado el organismo. En casos semejantes, si el enfermo sucumbe, que es lo que suele suceder, el médico alópata ordinariamente dice que ha muerto á consecuencia de la coqueluche, del sarampion etc. Pero esta consecuencia no es otra cosa que la *psora* desarrollada bajo la forma de innumerables enfermedades crónicas, cuya causa fundamental se ha desconocido hasta ahora y por consiguiente han permanecido incurables.

Las fiebres epidémicas y esporádicas exigen pues las mas veces, como las enfermedades miasmáticas agudas, aun cuando se haya hallado y empleado convenientemente un específico homeopático contra ellas, que se recurra al instante al tratamiento antipsórico, y para cuyo objeto he encontrado muchas veces muy útil al azufre, siempre que el enfermo no haya sido poco antes tratado con medicamentos, en cuya composicion entrara esta sustancia; porque en este caso será necesario buscar otro antipsórico.

La tenacidad tan manifiesta de las enfermedades endémicas, se debe casi esclusivamente á la *psora* modificada por las circunstancias de localidad y por el género de vida de los habitantes; de suerte que las fie-

se comprueba que jamás hubo una sarna producida de otro modo que por infeccion, y esta enfermedad no puede desarrollarse sino por el concurso del miasma psórico. En cuanto al fenómeno de que habla el testo, no es otra cosa que el exantema secundario de que he hecho mencion tantas veces, cuyo origen lo debe á la *psora* latente en lo interior del cuerpo despues de la supresion ó desaparicion espontánea de su erupcion. Este exantema abandona tambien con gran rapidez la piel por si mismo, y nada prueba el que la sarna sea capaz de comunicarse á otras personas.

bres intermitentes, por ejemplo, de los sitios pantanosos, no ceden generalmente, á pesar del uso de la quina y aun cuando los enfermos hayan sido trasladados á lugares secos, á no ser que se ponga en ejecucion el tratamiento antipsórico, insistiendo de una manera especial en este método. Las emanaciones pantanosas parecen ser una de las causas físicas que ejercen la mas poderosa influencia, sobre todo en los países cálidos, en el desarrollo de la psora latente en tan gran número de individuos (1). Si en estos casos no se recurre al tratamiento antipsórico, tan sábiamente dirigido como ser pueda, no se llegará nunca á combatir la accion nociva de los climas húmedos, y á convertirlos en regiones donde poder gozar de salud en cuanto sea posible. El hombre se acostumbra á los extremos de calor y frio, y puede vivir bien en lo uno y en lo otro, ¿por qué no ha de poder tambien acostumbrarse á los lugares pantanosos como á los mas secos, sino llevara con tanta frecuencia en sí mismo un enemigo temible de su salud, la *psora*, á quien por poco que permanezca en el estado latente, las aguas estancadas, y las emanaciones que se desprenden de un suelo húmedo, sobre todo cuando la temperatura es habitualmente elevada, le comunican con mas seguridad que cualquiera otra influencia física perniciosa, la propension á desplegarse bajo la forma de afecciones crónicas de toda especie, y con particularidad de las en que el hígado se afecta con particularidad?

Los últimos síntomas que han aparecido en una en-

(1) Probablemente porque estos effluvia tienen la propiedad de paralizar en cierto modo la fuerza vital del organismo, que en el estado ordinario es capaz de retener la *psora* interna, la cual tiende sin cesar á desarrollarse.

fermedad crónica abandonada á sí misma, son los primeros que ceden en el tratamiento antipsórico; los mas antiguos que son tambien los mas constantes, son los menos espuestos á cambiar de forma ó aspecto, los que comprenden las afecciones locales fijas, que no se borran sino hácia el fin, despues de la desaparicion de los otros accidentes, cuando la salud está ya casi enteramente restablecida bajo todos conceptos. Un antipsórico bien elegido puede á veces detener de una manera rápida los accesos de una enfermedad periódica, como el histerismo, la epilepsia etc.; mas para que esta supresion sea durable, y se pueda contar con ella, es necesario un tratamiento completo de la *psora* que está oculta en el cuerpo.

Los enfermos manifiestan á veces el deseo de que se haga desaparecer antes que todos aquel síntoma que mas les molesta; y no hay medio de satisfacerles en este punto; pero hay que disimular esta peticion en razon de su ignorancia.

Suponiendo que un enfermo que está distante de su médico escribe diariamente lo que experimenta, mientras usa los medicamentos antipsóricos, debe tener cuidado de *subrayar* en su diario aquellos síntomas que reaparezcan despues de haber estado mucho tiempo sin manifestarse; marcando con dos rayas los que observe por primera vez. Los primeros anuncian que el antipsórico ha ataeado el mal en su raiz, y por consiguiente que avanzará mucho la curacion radical; los otros indican cuando se presenten con frecuencia y cada vez mas y mas pronunciados, que el remedio no se ha elegido perfectamente homeopático, y que es necesario suspenderle por algun tiempo, y reemplazarle por otro que mas en armonia esté con el conjunto de síntomas.

Hacia la mitad de la época del tratamiento, la enfermedad ya disminuida empieza á volver al estado de *psora* latente; se hacen los síntomas cada vez menos notables, y el médico atento acaba por no fijarse mas que en las ligeras señales que aun queden, y que debe perseguir hasta su desaparicion completa, porque el menor vestigio pudiera ser un germen que en su día desarrollára la antigua enfermedad. Se engañaría mucho quien en semejante estado viera el término de la curacion, como han acostumbrado hacerlo todas las personas estrañas al arte de curar. Con el tiempo, y sobre todo bajo la influencia de los acontecimientos graves y desagradables, el débil residuo de una *psora* solo reducida á menores proporciones, daría origen á una nueva enfermedad crónica, que poco á poco se agravaría sin cesar, conforme lo hacen las afecciones sostenidas por un miasma crónico que no se ha estinguido del todo.

El enfermo exige con fundamento el *cito tuto et jucunde* de Celso; y con razon debe esperarlo del homeópata en las enfermedades agudas que provienen de causas accidentales, asi como en las enfermedades intercurrentes.

Por lo que hace al *cito*, es decir á la aceleracion de la curacion, la naturaleza misma de las cosas se suele oponer á ello, al menos en las enfermedades crónicas antiguas (1).

(1) Solo un medicastro puede prometer con ligereza curar una grave enfermedad crónica en un mes ó en seis semanas. Qué le importa aventurar esa palabra? Perderá el honor, si, como es de esperar, el paciente sale mas enfermo de entre sus manos? no, porque sus compañeros no lo hubieran hecho mejor que él. Mas, padecerá su conciencia?; convendría preguntar antes si bajo este concepto tiene algo que perder.

Se puede decir que la curacion de grandes enfermedades crónicas que datan de diez, veinte, treinta años y mas, es *rápida* cuando se la obtiene en el espacio de uno ó dos años. Si para completarla basta la mitad de este tiempo en sugetos jóvenes y robustos, es necesario conceder un plazo mas largo cuando se trata de personas de edad avanzada, aun suponiendo que no haya ninguna falta ni de parte del médico, ni del enfermo, ni de los asistentes. Se concibe fácilmente que una afeccion crónica tan antigua, cuyo miasma primitivo ha tenido todo el tiempo necesario para introducir sus raíces parásitas hasta en las partes mas recónditas del organismo, acaba por identificarse de tal manera con la constitucion, que no basta un tratamiento médico racional, un buen arreglo de vida, y una sumision grande del enfermo, sino que hay además necesidad de mucho tiempo y paciencia para estirpar todas las partes de este inmenso pólipo dinámico, sin comprometer el organismo y sus facultades.

Es necesario que en un tratamiento antipsórico, aunque largo y prolongado, las fuerzas del enfermo vayan siempre en aumento desde el principio hasta la curacion y el restablecimiento del estado normal; para lo cual no hay necesidad de los medios llamados fortificantes, pues crecen y progresan á medida que la economia se vá encontrando libre del enemigo que la destruia (1).

(1) No se comprende como los médicos alópatas hayan podido concebir la idea curar las enfermedades crónicas por tratamientos siempre violentos y debilitantes, sin que los resultados constantemente fatales de este método los haya nunca retraido de volver á acudir á él de nuevo. Los

El momento mas favorable para tomar una dosis de medicamento antipsórico parece ser por la mañana en ayunas. Cuando no se quiere de él sino la acción mas débil que pueda ejercer, se toma el polvo, el cual se aplica á la lengua, ya seco ya humedecido con dos ó tres gotas de agua (1). En uno y otro caso se deja pasar media ó una hora sin comer ni beber nada.

Después de tomar el medicamento, el enfermo debe permanecer por lo menos una buena hora tranquilo, pero sin dormir, porque el sueño retrasa el momento de empezar el efecto del remedio. Durante una hora, lo mismo que durante todo el tratamiento, debe evitar toda emoción moral desagradable, y todo lo que pueda causar una atención sostenida del espíritu, como la lectura, el cálculo, la escritura, y los pasatiempos que necesitan reflexion.

La dosis del medicamento no la deben tomar las mugeres, ni durante el periodo menstrual, ni en los momentos que le preceden; pero si de ello hubiese necesidad, se la puede hacer tomar al cuarto dia de haber aparecido las reglas, es decir después de 96 horas. Cuando es habitual que las reglas se anticipen ó sean abundantes en exceso, se debe hacer inspirar al cuarto dia una pequeña dosis de nuez vómica, es decir un glóbulo empapado en una alta dinamizacion, y esperar al-

amargos y la quina que daban en los intervalos no hacian mas que acrecentar el conjunto de los males ya existentes, sin poder reparar las agotadas fuerzas.

(1) El cuidado de señalar con números los polvos, tiene la ventaja de que el enfermo, sobre todo si está distante, teniendo cuidado de indicar la dosis y el número de polvo que ha tomado por la mañana, se puede conocer el dia en que tomó la dosis del medicamento, y calcular la marcha de su acción segun el número de dias que hayan pasado.

gunos dias antes de administrar el antipsórico. Pero si la muger es muy sensible y nerviosa, se tendrá cuidado en cada época menstrual, setenta y dos horas despues de la aparicion de las reglas, de hacerle oler un glóbulo empapado en la disolucion precedente; lo que no impide continuar el tratamiento antipsórico (1).

El embarazo en todos sus periodos opone tan poco obstáculo á los tratamientos antipsóricos, que lejos de esto, parece que en esa época particular son mas necesarios y mas eficaces (2). Mas necesarios porque las enfermedades crónicas se desarrollan

(1) Con semejante desarreglo de la menstruacion, es inutil todo tratamiento de las enfermedades crónicas, sino se tiene cuidado de administrar, como queda dicho, la nuez vomíca que posee la virtud especifica de remediar esta falta de armonía que los desórdenes menstruales ocasionan en las funciones nerviosas, y de calmar el exceso de sensibilidad y de irritabilidad que es un obstáculo insoportable á la accion saludable de los remedios antipsóricos.

(2) Qué medio mas seguro para prevenir las recidivas del aborto cuyo origen está casi esclusivamente en la *psora*, y de prevenirlos de una manera durable, que el someter á la muger á un tratamiento antipsórico bien dirigido, antes ó durante su embarazo? Qué medio mas eficaz, que semejante tratamiento para combatir esos estados de la madre que aun en los casos en que el niño se presenta bien, y en que el parto haya sido natural, ponen tan á menudo su vida en peligro, y hasta ocasionan la muerte? Hasta las posiciones viciosas del feto con frecuencia, por no decir siempre, no tienen otra causa que la afeccion psórica de que la madre se halla atacada, y es tambien la causa del hidrocefalo y de otros vicios de conformacion del feto. Solo el tratamiento antipsórico, sino antes, al menos durante su embarazo, es quien puede hacer que desaparezcan á tiempo la inaptitud de la madre para criar á su hijo, prevenir las afecciones tan comunes de los pechos, la escoriacion á que están espuestos los pezones, la disposicion á las flegmasias erisipelatosas de las mamas, los absesos de estas partes, y el flujo de sangre por la matriz mientras la lactancia.

con mas frecuencia en este estado. En efecto, durante este periodo de la vida de las mugeres; los síntomas de la *psora* interna se hacen mas pronunciados á consecuencia de la escitacion que experimenta su físico y su moral (1). Asi es que los medicamentos antipsóricos no obran nunca de una manera mas sensible y mas pronunciada que entonces, lo cual indica al médico la necesidad no solo de prescribirlos á dosis tan pequeñas y tan diluidas como sea posible, sino tambien la de elegirlos perfectamente homeopáticos.

Nunca se dá medicamento directamente á los niños que están mamando; y la madre ó la nodriza es quien los toma por ellos, pues por medio de su leche obran sobre el niño de una manera pronta, segura y eficaz.

La naturaleza sin inteligencia abandonada á sí misma, no puede hacer nada mejor en las enfermedades crónicas, y en las afecciones agudas, que recurrir de cuando en cuando á procederes paliativos para salvar temporariamente al sugeto del inminente peligro que está amenazando sus dias. De aquí las frecuentes evacuaciones que sobrevienen espontáneamente en estas afecciones, las diarreas, los vómitos, los sudores, las úlceras, las hemorragias etc., acontecimientos del mal primitivo, que á consecuencia de las pérdidas de fuerzas y de humores que ocasionan, no hacen en el fondo otra cosa que agravarlo mas y mas.

La alopatía no ha podido hasta ahora hacer mas pa-

(1) No es raro que suceda precisamente lo contrario, y que una muger siempre valetudinaria, y en ocasiones constantemente enferma cuando no está en cinta, se halle muy bien en todos sus embarazos, y solamente entonces. En este caso se debe aprovechar el tiempo de la gestacion para emprender el tratamiento antipsórico, que se dirige contra los síntomas que se manifestaban antes de esta época.

ra la verdadera curacion de las enfermedades crónicas. Solo procede imitando á la ciega naturaleza en sus esfuerzos paliativos, y aun sin producir este débil resultado; mas no por eso deja de ir destruyendo las fuerzas del enfermo.

Nunca ha hecho otra cosa, lo mismo que la naturaleza, que apresurar la ruina general sin poder contribuir en nada á combatir el mal en su fundamento. Aqui se colocan los innumerables medios decorados con los títulos de disolventes, purgantes, las sangrias, las ventosas, sanguijuelas, que están hoy en moda hasta el delirio; los sudoríficos, los exutorios, cauterios, sedales, veigatorios etc.

El médico homeópata que sabe curar radicalmente la enfermedad crónica por la aplicacion del método antipsórico, tiene tan poca necesidad de todos estos medios, propios solo para asegurar la pérdida de los enfermos, que debe muy al contranio evitar con gran cuidado que estos los empleen clandestinamente mientras él los esté tratando. Aunque el enfermo le asegure que tiene la costumbre de sangrarse ó purgarse en tal ó cual época, y que por consiguiente necesita una sangria ó una purga, no cederá nunca ni permitirá cosa semejante.

El médico homeópata perfectamente versado en su arte, y gracias á Dios no ha faltado á ello hasta ahora, no saca nunca una sola gota de sangre á sus enfermos. Jamás tiene necesidad de recurrir á este medio debilitante ni á ningún otro que se le parezca; quede esto para los semi-homeópatas (1).

(1) Se puede perdonar este error á los principiantes; pero cuando publican en los periódicos y en sus obras que la sangria y las sanguijuelas son casi indispensables, se po-

Solo en un caso se debe acudir á un medio alopático; á saber cuando haga muchos dias que el enfermo no ha movido el vientre, como con frecuencia sucede en muchas enfermedades crónicas; y esto le produzca mucha incomodidad; entonces puede mandarse una lavativa pero simplemente de agua tibia; y esto ha de ser al principio del tratamiento antes de que el remedio antipsórico haya tenido tiempo de empezar la mejoría bajo este punto de vista; pudiendo mandar una segunda cuando pasado un cuarto de hora no haya producido efecto la primera. Este medio es casi incapaz de perjudicar, y no obra sino de una manera mecánica, distendiendo los intestinos; por lo tanto puede recurrirse á él y aun repetirse al cabo de tres ó cuatro dias, porque los medicamentos antipsóricos, especialmente el licopodio mas todavía que el azufre, tienen la propiedad de determinar ordinariamente el estreñimiento poco tiempo despues de haberlos administrado.

Los exutorios no sirven para nada y no hacen mas que agotar las fuerzas; sin embargo cuando haga mucho tiempo que el enfermo los lleve, y sobre todo si hace años que los usa, el médico homeópata no puede suprimirlos hasta tanto que el tratamiento antipsórico haya progresado notablemente. Pero si no se puede hacer que desaparezcan repentinamente, al menos si es posible disminuirlos, no se olvidará tomar esta precaucion desde el principio del tratamiento.

Respecto á los vestidos de franela, que á falta de medios mas eficaces, los médicos ordinarios prescriben

nen en ridículo; y uno deplora su ceguera asi como la suerte de los enfermos que caen entre sus manos. Es la pereza, la predileccion de la antigua rutina alopática, ó la falta de filantropia, lo que les impide comprender el verdadero sentido de la homeopatia?

como capaces de prevenir los resfriados, y de que tanto han abusado con grande incomodidad de los enfermos; el homeópata para suprimirlos se vé precisado á esperar que los antipsóricos empiecen á mejorar la enfermedad, á disminuir la impresionabilidad por el frio, y á que la estacion le permita hacerlo sin inconveniente. Aunque trate sugetos muy delicados debe hacerles llevar por lo menos unos quinze dias camisas de algodón, que calientan menos y no son tan ásperas como las de lana, antes de disponer que las usen de hilo fino.

Por una multitud de motivos que es fácil comprender, y entre otros para que no haya obstáculos á la accion de las dosis débiles á que prescribe sus medicamentos el homeópata debe prohibir, mientras dura el tratamiento, el uso de los perfumes, cosméticos, infusiones aromáticas, las pastillas de menta, el anís en confite, las tabletas pectorales, los licores, el chocolate aromatizado, el liquen de Islanda, los electuarios, los polvos y tinturas dentífricas, y en fin todos los artículos análogos de lujo.

Los baños llamados de limpieza, que á veces desean con ansia los enfermos á quienes se les ha prohibido, no se deben consentir, porque siempre producen alteracion y desórdenes en la economia. Nunca son necesarios, y las lociones ligeras, parciales ó generales, con agua de jabon, llenan el mismo objeto y sin ningun inconveniente.

En la edicion anterior, aconsejé al fin de esta instruccion general sobre el modo de tratar las enfermedades crónicas, recurrir á débiles conmociones eléctricas como medio de reanimar las partes que estaban de mucho tiempo paralizadas ó casi insensibles. Me arrepiento de este proceder, porque la esperiencia me ha enseñado que siempre que se obra asi y se emplean fuer-

tes sacudidas es con gran perjuicio de los enfermos. Recomendando, pues, abstenerse de un método de que se puede abusar tan fácilmente, tanto mas cuanto que la aplicacion local del agua á una temperatura de 10 grados de Rr. (1) le reemplaza muy bien. Se puede recurrir, ya á las afusiones por dos ó tres minutos, ya á los baños generales de irrigaciones de agua de uno á cinco minutos poco mas ó menos, y una ó muchas veces al dia, unidos á un tratamiento antipsórico apropiado, un ejercicio suficiente al aire libre, y un régimen conveniente.

Los medicamentos que la esperiencia ha demostrado hasta ahora como mas apropiados para combatir las enfermedades crónicas, se espondrán en el resto de la obra, donde trataré de los que convienen contra los males de origen psórico, como sifilítico y sicósico.

No tenemos necesidad ni con mucho de tantos medicamentos contra la *psora*. Nadie que se tome la pena de reflexionar sacará de aqui un argumento contra la naturaleza miasmática crónica de esta última afeccion ni menos concluirá que tienen un origen comun todas las otras enfermedades crónicas.

La *psora*, esta enfermedad miasmática tan antigua, despues de haber atravesado por tantos millones de organismos, de los cuales cada uno tenia su constitucion propia, y vivia en un círculo de condiciones particulares, no podia menos de modificarse hasta el punto de ser capaz de engendrar la increíble multitud de males que observamos en los sujetos atacados de afecciones

(1) A esta temperatura, y mas fria, el agua tiene por primer efecto disminuir momentáneamente la sensibilidad y movilidad de las partes, y por consiguiente obra como un medio homeopático local.

crónicas, cuyo síntoma exterior ligado al mal interno, es decir la erupcion sarnosa considerable ó no, se habrá quitado de la piel por un arte erróneo, ó habrá desaparecido el mismo por alguna otra causa violenta.

Tal parece ser la causa que ha permitido al miasma psórico desarrollarse bajo formas tan diversas y numerosas, que sin diferir en su origen, se diferencian notablemente los unos de los otros, sea por la influencia del clima (1), sea dependiente del género de vida, como sucede con el raquitismo, la desviacion de los huesos, la tiña, las escrófulas. Se concibe segun esto, que se necesita mas de un medicamento para combatir todas estas modificaciones de la psora.

Se me ha preguntado algunas veces si habria medio de conocer previamente una sustancia antipsórica: creo que no hay en ellos ninguna señal apreciable á la vista; y solo cuando yo estudiaba los efectos puros de ciertas sustancias enérgicas sobre el hombre sano, hallaba que los síntomas tenian una analogia marcada con los de las enfermedades psóricas. Sin embargo, hubo algunos indicios que me pusieron en camino; por ejemplo, la utilidad que los polacos atribuyen al licopodio contra la plica; el hecho observado de la suspension de ciertas hemorragias por la sal marina; las ventajas del guaya-co, de la zarzaparrilla y del mezereo demostrada desde los tiempos mas antiguos cuando no se podian curar las enfermedades venéreas con el mercurio, siendo necesario combatir antes la complicacion psórica con una ó otra de estas plantas.

(1) Por ejemplo, el *sibbens* de Escocia, la *radesyge* de Noruega, la *pelagra* de Lombardia, la *plica* de Polonia y Carintia, la *framposia* llamada *yaws* en Guinea y *pian* en las Antillas, el *tsæmæc* de Ungría, el *cretinismo* de las gargantas de los Alpes, la *asthenia* de Virginia, el *bocio* etc.

En general he reconocido , segun sus síntomas puros , que la parte de las tierras , de los álcalis , y de los ácidos, las sales neutras á que dan origen, y muchos metales , eran casi indispensables para la curacion de los innumerables síntomas de la psora. La analogía de naturaleza entre el antipsórico principal , el azufre, y el fósforo , ú otras sustancias combustibles del reino vegetal ó mineral , me ha conducido al uso de estos últimos, y por la misma analogía he acudido tambien á algunas sustancias animales.

Sin embargo, no se pueden calificar de antipsóricas, mas que aquellas sustancias cuyos efectos puros sobre el hombre sano, anuncian la posibilidad de obrar homeopáticamente contra las enfermedades psóricas en las que está patentizado el contagio. Su número podrá aumentar con el tiempo. Por lo demas, estoy convencido que con los que poseemos se pueden curar todas ó casi todas las enfermedades crónicas no venéreas, cuando los sujetos no han sido abrumados por la alopatia con graves enfermedades producidas por sus medicinas, cuando su fuerza vital no ha decaido mucho, y cuando en fin, no haya circunstancias exteriores que hagan la curacion impracticable. No creo tener que advertir, que los otros remedios homeopáticos, y hasta el mercurio mismo, son á veces necesarios en las enfermedades psóricas.

Sometiendo las sustancias medicinales brutas á manipulaciones que eran completamente desconocidas antes del descubrimiento de la homeopatia, desarrollan poco á poco las virtudes que les son inherentes; en términos de poder aplicarlas tan perfectamente como es posible á la curacion de las enfermedades. Ciertas sustancias, como la sal marina y el lycopodio, parecen no tener en el estado grosero, sino propiedades medicina-

les muy incompletas é insignificantes, otras, como el oro, el cuarzo, la alumina, están enteramente desprovistas de ellas. Pero la homeopatía sabe procurárselas muy enérgicas por un modo particular de preparacion. Otras por el contrario tienen efectos tan violentos, aun en dosis mínimas, que cuando se ponen en contacto con la fibra animal la queman y destruyen, como el arsénico el sublimado corrosivo; pero el homeópata no solo hace suave la accion de ellas, sino que hasta desenvuelve en las mismas; virtudes medicinales que antes no tenían.

El cambio que una trituracion prolongada con un polvo no medicamentoso, ó una agitacion larga con un líquido que tampoco lo es, produce en los cuerpos naturales, especialmente en las sustancias medicinales, es tan considerable, que parece cosa milagrosa y de cuyo descubrimiento se puede vanagloriar la homeopatía.

Este tratamiento no solo desarrolla las virtudes de las sustancias medicamentosas hasta un grado incalculable, sino que además cambia en tales términos su manera de comportarse químicamente, que si en su estado ordinario ó grosero, no hemos visto nunca que el agua ó el alcohol las disuelva, se hacen enteramente solubles en uno ú otro líquido, despues de haber sufrido esta trasformacion particular, descubrimiento inapreciable para la medicina.

La sepia que sirve para pintar, cuando se halla en estado de crudeza, es soluble en el agua, pero no en el alcohol, al paso que con el frote adquiere la propiedad de disolverse en este último menstruo.

El petróleo amarillo no se disuelve nada en el alcohol, sino cuando ha sido falsificado con un aceite esencial vegetal, pues en estado de pureza es del todo inso-

luble en este reactivo y lo mismo en el eter con los cuales se mezcla en masa. Al contrario, despues de haber sufrido la trituracion, se vuelve completamente soluble en el uno y en el otro.

El licopodio sobrenada en el alcool y en el agua, sin que ninguno de estos líquidos obre sobre él, es insípido, y no ejerce ninguna accion cuando se introduce en el estómago, pero despues de haber sido modificado por la trituracion, ademas de volverse completamente soluble en los dos líquidos, adquiere una virtud medicinal tan enérgica, que no se le debe emplear como medicamento sino con una gran circunspeccion.

Quién ha visto jamás disolverse en agua ó en alcool el mármol y las conchas de ostra? Pues este carbonato calcáreo, y el carbonato de barita y la magnesia que no son menos, se vuelven completamente solubles en el uno y en el otro, despues de haber sufrido este modo de preparacion, y desplagan entonces una enérgica virtud medicinal, que causa admiracion.

El cuarzo, cuyos cristales encierran algunas veces por millares de años algunas gotas de agua, no han sufrido con ella ninguna modificacion; y la arena blanca de rio es tambien la sustancia á quien menos se concederá la solubilidad en el agua y en el alcool, ni tampoco propiedades medicinales. Sin embargo por su manera propia de desarrollar las virtudes de los cuerpos naturales á favor del frote (1), el homeópata hace á la silice no solo soluble en agua y en alcool, sino que la

(1) La silice parece que no desenvuelve sus virtudes medicinales por medio de frote sino despues de haber sufrido cierta preparacion que indicaré. Tambien se pueden triturar los medicamentos con azucar de leche en una cápsula de porcelana, sin temor de que se mezcle con ellos ninguna partícula de silice diramizada.

vuelve susceptible de desplegar un poder medicinal inmenso.

Qué diré de los metales nativos y de los sulfuros metálicos? Todos sin escepcion se vuelven solubles en el agua y el alcohol, despues que han sido tratados asi; y cada uno de ellos manifiesta entonces en un grado increíble, y de la manera mas pura y mas simple, la virtud medicinal de que está dotado.

Pero hay otros puntos de vista bajo los que las sustancias medicinales asi preparadas se sustraen á las leyes de la química.

Una dosis de fósforo dinamizado por este medio, se puede conservar por un año en un armario, y tan solo envuelto en un papel, sin que al cabo de este tiempo haya adquirido propiedades de ácido fosfórico; pues sigue gozando de las que corresponden al ácido puro y no cambiado de forma.

No hay tampoco neutralizaciones en este estado de exaltacion. en esta especie de trasfiguracion de las sustancias. Cuando se administra una dosis de sosa, de amoniaco, de barita, de cal ó de magnesia, elaboradas de este modo, sus efectos medicinales ya no se destruyen, se modifican ni neutralizan por una gota de vinagre tragada en seguida, como sucederia con estas mismas sustancias, si se introdugeran en el estómago en el estado grosero.

El ácido nítrico elevado al grado de dinamizacion que la homeopatía reclama, y dado á la dosis conveniente, no experimenta modificacion alguna en su manera especial de obrar, aun cuando se administre despues de él un poco de cal ó de sosa cruda; y por consiguiente no se pueden neutralizar sus efectos.

Vamos á indicar como se practica este modo de preparacion, ya de algunas de las sustancias de que se ha

tratado en mi *materia médica pura* (1), ya alguno de los medicamentos antipsóricos siguientes (2): la silice, el carbonato de barita, el carbonato de cal, el carbonato de sosa, la sal amoniaco, el carbonato de magnesia, el carbon vegetal y el animal, el grafites, el azufre, el antimonio crudo, el antimonio metálico, el oro, el platino, el hierro, el zinc, el cobre, la plata, el estaño.

Los metales sólidos y todavía no reducidos á hojas se trituran en agua ó alcohol como el hierro. Se toma un grano de los que son sólidos, incluso el mercurio, ó una gota de los líquidos; y se pone esta pequeña cantidad en cerca de un tercio de cien granos de azúcar de le-

(1) Las sustancias vegetales que solo puede uno obtenerlas secas, como la quina y la ipecacuaha etc., se preparan por la trituracion, elevándolas hasta la millonésima de su poder; y no son menos susceptibles de disolverse completamente en agua ó en alcohol que cualquiera otra sustancia; y bajo esta forma conservan mejor sus propiedades que las tinturas alcohólicas, las cuales están espuestas á alterarse. Si se trata de plantas que tienen poco jugo, como el laurel cerezo, la thuya, la corteza de laureola; se toma cerca de grano y medio y se tritura por tres veces, cada una con cien granos de azúcar de leche; y desde este momento se vuelven solubles en el agua y en el alcohol. De los jugos de las plantas se toma una gota que se trata de la misma manera. Un grano del polvo de la millonésima se disuelve en seguida con una mezcla de partes iguales de agua y de alcohol, haciendo pasar sucesivamente una gota de esta mezcla por veintisiete frascos, dando en cada uno dos sacudidas al líquido que contiene, en términos de procurarse todos los grados de dinamizacion que se deseen. Me parece que los jugos vegetales desarrollan mejor su accion cuando se empieza por tritararlos que cuando se mezclan con alcohol acuoso, y procediendo con treinta frascos sucesivos.

(2) El mismo fósforo, que tan fácilmente se altera con el aire, es susceptible de adquirir este grado de atenuacion, y de disolverse entonces en los dos líquidos; con lo cual puede ya servir á la homeopatía. Sin embargo, se necesitan para esto algunas precauciones de que hablaré mas adelante.

che pulverizada, en una cápsula de porcelana no barnizada, y cuyo fondo se habia pulido frotándolo con arena mojada: se mezcla el medicamento y el azucar de leche y se remueve por un instante con una espátula de porcelana, triturando luego la mezcla con una poca fuerza por espacio de seis minutos, se despega entonces, y por espacio de cuatro minutos la masa del fondo de la cápsula y del pilon de porcelana que tambien debe estar pulido y no barnizado, con objeto de hacerla mas homogénea.(1); despues se la tritura de nuevo por seis minutos con la misma fuerza. Se destinan otros cuatro minutos á reunir el polvo en un montón, al cual se añade el segundo tercio del azucar de leche; se mezcla y remueve un instante con la espátula, y se tritura con igual fuerza por seis minutos. Vuélvese á reunir en monton por otros cuatro minutos, y á triturar de nuevo con fuerza por espacio de otros seis minutos. Se vuelve á rae por otros cuatro minutos, se añade el último tercio de azucar de leche, que se mezcla y remueve con la espátula; se tritura el todo con fuerza por espacio de seis minutos; se rae por cuatro; y se termina con otra trituracion de seis minutos. El polvo se desprende bien de la cápsula y del pilon, y se pone en un frasco tapado, que lleva el nombre de la sustancia, con

(1) Despues que se ha terminado la trituracion de cada sustancia medicinal, la cual dura tres horas se lavan muchas veces con agua hirviendo la cápsula, el pilon y la espátula, enjugándolos y secándolos muy bien. Esta precaucion es indispensable para que no pueda sospecharse que queda la menor partícula del medicamento, que pueda mezclarse con otro que tenga que pulverizarse despues, y alterarle de este modo. Para mas tranquilizar á los muy escrupulosos, se hacen pasar por el fuego los tres instrumentos hasta enrojecerlos.

el signo $\frac{1}{100}$, el cual indica que la sustancia en él contenida se halla al centésimo grado de dinamización (1).

Para elevar entonces la sustancia al $\frac{1}{10000}$ de potencia se toma un grano del polvo $\frac{1}{100}$ preparado como queda dicho, se le añade un tercio de cien granos de azúcar de leche fresca y pulverizada, se remueve bien en la cápsula con la espátula, obrando de tal manera, que despues de haber triturado cada tercio con fuerza durante seis minutos, se inviertan en seguida cuatro cada vez en raer los polvos adheridos. Terminada la operacion, el polvo se guarda en un frasco que se tapa

(1) La sola preparacion del fósforo es la que ofrece algunas modificaciones, por lo que hace al primer polvo, cuya atenuacion se eleva al centésimo grado. Se ponen los cien granos de azúcar de leche de una vez en la cápsula con cerca de quince gotas de agua; se hace una papilla espesa á favor del pilon humedecido; y despues de haber reducido un grano de fósforo á pequeñas fracciones, á doce poco mas ó menos, se amasa con esta pasta, teniendo cuidado de machacarla mas bien que de tritararla, y echando en la cápsula las porciones de masa que á veces quedan adheridas al pilon. De esta manera, los pequeños trozos de fósforo se reducen en la pasta densa del azúcar de leche á un polvo tan fino que es invisible, y cuya formacion se verifica en el espacio de los dos primeros intervalos de seis minutos, sin que se produzca la mas ligera inflamacion. Durante los seis minutos siguientes, en lugar de machacar, se puede triturar para que la masa se aproxime ya á la forma pulverulenta. Hacia el fin no se tritura ya sino con una fuerza moderada; y cada seis minutos, y durante dos se rae la espátula y el pilon, lo cual es muy fácil porque el polvo ya no se pega. Despues de haber triturado asi por seis veces seguidas, el polvo apenas brilla en la oscuridad, y tiene muy poco olor. Se le encierra en un pequeño frasco bien tapado que se marca con el signo $\frac{1}{100}$. Las otros dos atenuaciones $\frac{1}{10000}$ y $\frac{1}{1}$ se preparan como las de las otras sustancias medicinales secas.

y se rotula, señalándolo con el signo $\overline{10000}$, que indica hallarse á la diezmilésima de potencia (1).

Del mismo modo se procede para elevar este segundo polvo á $\overline{1}$, es decir á la millonésima de atenuacion.

A fin de que haya uniformidad en la preparacion de los remedios homeopáticos, y especialmente de los remedios antipsóricos, al menos bajo la forma de polvo, aconsejo lo que yo acostumbro á hacer, á saber; que no se eleve ninguna sustancia mas allá del millonésimo grado de atenuacion, de la cual se puede uno servir para preparar las disoluciones y diluciones necesarias de ellas.

La trituracion debe hacerse con bastante fuerza, cuidando sin embargo de que no sea tal, que el polvo del azucar de leche no pueda desprenderse del fondo de la cápsula y removerse en cuatro minutos.

Para obtener sin embargo una *disolucion* (2) con

(1) Asi es que toda atenuacion, tanto la que esté á la $\overline{100}$, como la que se halle á la $\overline{1}$, ó á la $\overline{10000}$, se prepara por medio de una trituracion repetida seis veces, cada una de seis minutos de duracion, y seguida cada una de ellas de una raedura de cuatro minutos; de suerte que se emplea en toda la operacion una hora.

(2) En un principio yo daba una pequeña porcion de grano del polvo elevado á la $\overline{10000}$ ó á la $\overline{1}$ por la trituracion. Pero como una pequeña porcion de un grano es una cantidad indeterminada, y el homeópata debe evitar cuanto pueda todo lo que lleve el caracter de vaguedad y de falta de precision, fué para mí de mucha importancia poder llegar á fluidificar los polvos, á fin de prescribir en cada dosis un número determinado de glóbulos de azucar empapados del medicamento. Estas disoluciones sirven para preparar líquidos en los cuales el medicamento se halla elevado á otros grados superiores de dinamizacion.

este polvo elevado á la millonésima potencia, y reducirle al estado líquido, que permite desarrollar aun mas su virtud medicinal, basta practicar una operacion que era desconocida en química; esta nueva ley es, que todas las sustancias medicamentosas cuyo polvo ha sido asi atenuado hasta el millonésimo grado, se disuelven en agua y en el alcohol.

La primera disolucion no puede hacerse con alcohol puro, porque el azucar de leche no se disuelve en este menstruo. Por lo tanto se prepara con una mezcla de partes iguales de agua y de alcohol.

Se toma un grano de polvo elevado al millonésimo grado de atenuacion, y sobre él se echan primero cincuenta gotas de agua destilada, que la disuelve fácilmente, haciendo girar muchas veces el frasco sobre su eje; despues se añaden cincuenta gotas de alcohol (1); se tapa el frasco con esta mezcla, que no debe llenar mas que las dos terceras partes de su capacidad, y se le imprimen dos fuertes sacudidas. Hecho esto, y á continuacion del nombre de la sustancia, se inscribe el signo $\frac{1}{1001}$ (2). Una gota de este liquido se une á noventa y nueve ó ciento de alcohol puro; se tapa el frasco, se le dan dos sacudidas, y se señala $\frac{1}{10001}$. Se pone una gota de este otro liquido con noventa y nueve ó ciento de alcohol puro, en un tercer frasco, que se tapa bien; se le dan dos sacudidas, y se marca en seguida $\frac{1}{11}$. Asi se continuan otras diluciones consecutivas,

(1) Hay que facilitarse pequeños frascos á propósito para contener cincuenta gotas de agua ó de alcohol, para no tener que ocuparse en contarlas, lo que tiene mas inconveniente para el agua, porque esta no cae en gotas perfectas del orificio de los frascos esmerilados.

(2) Tambien es bueno anotar en el rótulo que se le han dado dos sacudidas al liquido, y añadir la fecha.

sacudiendo siempre el frasco por dos veces (1), hasta la $\frac{1}{10000}$, $\frac{1}{100000}$, $\frac{1}{1000000}$, $\frac{1}{10000000}$ y aun mas. Sin embargo, para uniformidad y simplicidad de la práctica, no se sirve uno mas que de frascos marcados con números enteros $\frac{1}{2}$, $\frac{1}{3}$, $\frac{1}{4}$, $\frac{1}{5}$ (2) etc. los frascos intermedios se guardan en cajas rotuladas donde permanecen al abrigo de la luz.

Como la sacudida no debe darse sino con un mediano esfuerzo del brazo, es lo mejor elegir para esto aquellos frascos de una capacidad tal que cien gotas llenen sus dos tercios.

Los frascos que ya hayan contenido un medicamento no deben nunca servir para contener otro, aunque se tenga mucho cuidado en lavarlos; lo mejor es tomar otro nuevo.

(1) Una larga esperiencia y multiplicadas observaciones sobre los enfermos, hace muchos años que me han obligado á preferir dar solo dos sacudidas á los líquidos medicamentosos, en vez de las diez que les daba antes; pues me he convencido que este último proceder eleva la fuerza del remedio mucho mas allá del grado de dilucion á que se llevaba; siendo asi que el objeto de las sacudidas no es exaltarlo mas que hasta el grado necesario para el fin conducente de la dilucion, que es volverla mas penetrante y suavizarla un poco. Y dos sacudidas aumentan tanto como diez la energia medicamentosa, sin llevarla á un grado excesivo.

(2) En lugar de fracciones $\frac{1}{100,000}$ ($\frac{1}{I}$), $\frac{1}{10000,000,000,000}$ ($\frac{1}{II}$), se limita uno á espesar el grado de dinamizacion por los esponentes: asi se dice 100^3 por $\frac{1}{I}$, 100^6 por $\frac{1}{II}$, 100^9 por $\frac{1}{III}$, 100^{10} por $\frac{1}{100, III}$, 100^{20} por $\frac{1}{10000, IX}$, 100^{30} en lugar de $\frac{1}{X}$ ó decillon, de suerte que los esponentes solos espesan el grado de dinamizacion, la 3ª, la 6ª, la 9ª, la 10ª, la 20ª, la 30ª, etc.

Los glóbulos de azucar que se humedecen con el líquido medicamentoso deben tener un volúmen igual, como una semilla de adormideras poco mas ó menos, tanto para que la dosis se pueda dar al grado conveniente de exigüidad, como para que el homeópata pueda proceder en este punto con la misma uniformidad que en la preparacion de los remedios, y pueda comparar con toda seguridad lo que él hace con lo que ejecutan los otros médicos de su escuela (1).

La mejor manera de empapar los glóbulos es humedecerlos en masa; se toma por ejemplo una dracma, y se pone en una pequeña tacita de porcelana, ó en otra vasija mas profunda que ancha, y que tenga la forma de un dedal grande; despues se echan sobre los glóbulos muchas gotas del líquido medicamentoso alcoólico del cual es mejor poner algunas gotas de mas que de menos: el líquido penetra bien pronto la masa, y al cabo de un minuto todos los glóbulos se han empapado. Entonces se vuelve la vasija, y se echa su contenido en una hoja de papel josef doblado, con objeto de quitar la humedad escedente; se estienden los glóbulos y se los deja secar; despues de lo cual se introducen en un frasco rotulado que se tapa bien.

Todos los glóbulos penetrados del líquido alcoólico parecen sin brillo despues de la desecacion, mientras que los que no se han mojado quedan blancos y brillantes.

Para administrarlos, se ponen uno ó dos en un pelito que contenga dos ó tres granos de azucar de leche en polvo, pasando luego una espátula ó la uña del pul-

(1) Véase la obra del doctor Jahr; *Nueva farmacopea y posologia homeopática*, Paris 1841.

gar sobre el papel para fracturar el glóbulo. Entonces puede disolverse el todo fácilmente en agua.

Siempre que digo glóbulos, entiendo aquellos que tienen el volúmen de granos de adormidera, y de los cuales se necesitan cerca de doscientos para formar el peso de un grano.

Habiendo tenido ocasion, despues de la impresion de lo que precede, de hacer algunas observaciones sobre la manera mejor de administrar las dosis homeopáticas, voy á decir lo que he hallado acerca de este punto.

Poner en seco sobre la lengua un glóbulo impregnado de la mas alta dinamizacion de un medicamento, ó hacer oler un frasco en cuyo fondo haya un glóbulo igual, es administrar la dosis mas pequeña y mas débil, aquella cuya accion dura menos tiempo. Y sin embargo hay personas atacadas de enfermedades agudas ligeras, que son escitables en términos que esta dosis basta para curarlas, cuando la sustancia homeopática se ha elegido perfectamente. Se vé pues que la infinita diversidad que reina entre los enfermos con respecto á su escitabilidad, á su edad, á su desarrollo físico y moral, á su fuerza vital, y sobre todo por la naturaleza del mal (natural y simple pero reciente, ó natural y simple pero antiguo, ó complicado por la accion de muchos miasmas; ó en fin, lo cual es mas comun y mas grave, alterado por un tratamiento medicinal mal calculado), son todas circunstancias que deben introducir grandes diferencias en la manera de tratarlos, y en el arreglo de las dosis que se les administre.

Solo me ocuparé aquí del último punto que queda indicado. Me ha enseñado la esperiencia, que en las enfermedades de alguna importancia (sin esceptuar las mas agudas, pero con mas razon las crónicas), es lo

mejor prescribir los glóbulos disueltos , y hacer tomar la disolucion en dosis fraccionadas , disolviendo por ejemplo los glóbulos en 7 hasta 20 cucharadas de agua y administrando cada seis , cuatro ó dos horas , y aun cada hora ó cada media hora si fuera necesario una cucharada , ó una parte de cucharada de este líquido. Esto se entiende que ha de ser en las enfermedades agudas ; porque en la mayor parte de las crónicas me ha parecido ser mejor dar una cucharada de la disolucion todos los dias , ó solo un dia sí y otro no.

Pero como el agua destilada empieza á alterarse al cabo de algunos dias, lo cual destruye la dosis débil del medicamento que contiene, es necesario añadirle un poco alcohol, y si esto no fuera posible se pone en ella un pedacito de carbon.

Antes de pasar adelante, advertiré que nuestro principio vital no soporta la repeticion inmediata de las mismas dosis. De aqui resulta que en parte se destruyen los buenos efectos de la dosis anterior, ó que sobrevienen nuevos síntomas , que no pertenecen á la enfermedad, sino al medicamento que se opone á la curacion, de suerte que aun con un medicamento perfectamente elegido no se llega al objeto, ó se hace de una manera incompleta.

Pero si cuando se trata de repetir un mismo medicamento, lo cual se hace indispensable en una enfermedad crónica, se elige cada vez de diferente grado de dinamizacion, la fuerza vital permite que se le repita aunque sea con frecuencia y á cortos intervalos, con gran ventaja para el enfermo. Para obtener este ligero cambio se imprimen cinco ó seis sacudidas al frasco que contiene la disolucion.

Es tambien ventajoso emplear la disolucion en fricciones al esterior, pero en una parte del cuerpo libre

de todo síntoma morboso. Este es un medio de acrecentar la eficacia de los medicamentos homeopáticos en las enfermedades crónicas, y de obtener una curacion mucho mas pronta que limitándose al uso interior.

En la esposicion que voy hacer de los remedios antipsóricos no he admitido ninguno de aquellos á los cuales se les dá el nombre de *ipsopáticos*. Hasta seria necesario que los efectos puros de los medicamentos, y del mismo miasma psórico dinamizado (*psorina*), fueran muy bien conocidos para poderlos emplear homeopáticamente, y con toda seguridad. Digo *homeopáticamente* porque uno no quedaria con las condiciones del mismo, aun cuando se administrase la psorina dinamizada al mismo enfermo de quien procedia. Efectivamente, en la suposicion de que fuese útil, no pudiera serlo sino en el estado de dinamizacion, puesto que el miasma psórico grosero que el enfermo encierra en su economía, está sin accion sobre él como *idem*, es decir siendo idéntico á si mismo. Pero el proceder de la dinamizacion le hace cubrir modificaciones, de la misma manera que al oro dinamizado no le deja en oro bruto que no produce ningun efecto en el cuerpo humano, llegando á ser ya otra cosa mas y mas modificada y cambiada en cada grado de dinamizacion.

Modificada por la dinamizacion la *psorina* no es ya un *idem*, sino solo un *simillimum*, con relacion á la materia psórica bruta y primordial; mas para el que quiera reflexionar no hay intermedio entre *idem* y *simillimum*, ó en otros términos no puede haber mas que el simillimum entre el *idem* y el *simile*. *Iscpático* é *igual* son malas espresionns que para tener un sentido preciso no pueden significar mas que *simillimum*, puesto que ellas no son un *idem*.

ADVERTENCIA.



Despues de tirada la presente obra en los términos que habiamos anunciado, hemos creido conveniente enriquecerla con un apéndice en que publicaremos los Sintomas característicos que Hahnemann asigna en muchos de los medicamentos antipsóricos, como mas patonognómicos para la acertada eleccion y uso en las enfermedades crónicas.

Esta importante y utilísima adición saldrá lo mas pronto posible, y en la Gaceta homeopática se anunciará préviamente el precio y puntos donde ha de tomarse.

ADVERTENCIA

Este medicamento es un producto de la industria farmacéutica de la casa de su señoría, y se vende en todas las farmacias de España y de los países extranjeros. Se recomienda para el tratamiento de las enfermedades de la piel, especialmente de las que se caracterizan por la presencia de lesiones crónicas y recurrentes. El uso de este medicamento debe ser supervisado por un médico especialista en dermatología. No se recomienda su uso en niños y embarazadas. Se debe evitar la exposición directa a la luz solar durante el tratamiento. En caso de presentar cualquier efecto adverso, se debe interrumpir el uso inmediatamente y acudir al médico. Este medicamento no debe utilizarse como sustituto de una dieta equilibrada y hábitos de vida saludables. Se recomienda la aplicación tópica de la preparación en las zonas afectadas, evitando el contacto con las mucosas. El tratamiento debe ser continuado hasta la desaparición completa de las lesiones. Se debe evitar el uso de otros medicamentos que puedan interferir con la acción de este medicamento. Se recomienda la consulta con el médico tratante para la duración y dosis adecuada. Este medicamento es un producto de la casa de su señoría y se vende en todas las farmacias de España y de los países extranjeros. Se recomienda para el tratamiento de las enfermedades de la piel, especialmente de las que se caracterizan por la presencia de lesiones crónicas y recurrentes. El uso de este medicamento debe ser supervisado por un médico especialista en dermatología. No se recomienda su uso en niños y embarazadas. Se debe evitar la exposición directa a la luz solar durante el tratamiento. En caso de presentar cualquier efecto adverso, se debe interrumpir el uso inmediatamente y acudir al médico. Este medicamento no debe utilizarse como sustituto de una dieta equilibrada y hábitos de vida saludables. Se recomienda la aplicación tópica de la preparación en las zonas afectadas, evitando el contacto con las mucosas. El tratamiento debe ser continuado hasta la desaparición completa de las lesiones. Se debe evitar el uso de otros medicamentos que puedan interferir con la acción de este medicamento. Se recomienda la consulta con el médico tratante para la duración y dosis adecuada.

TABLA

DE LAS

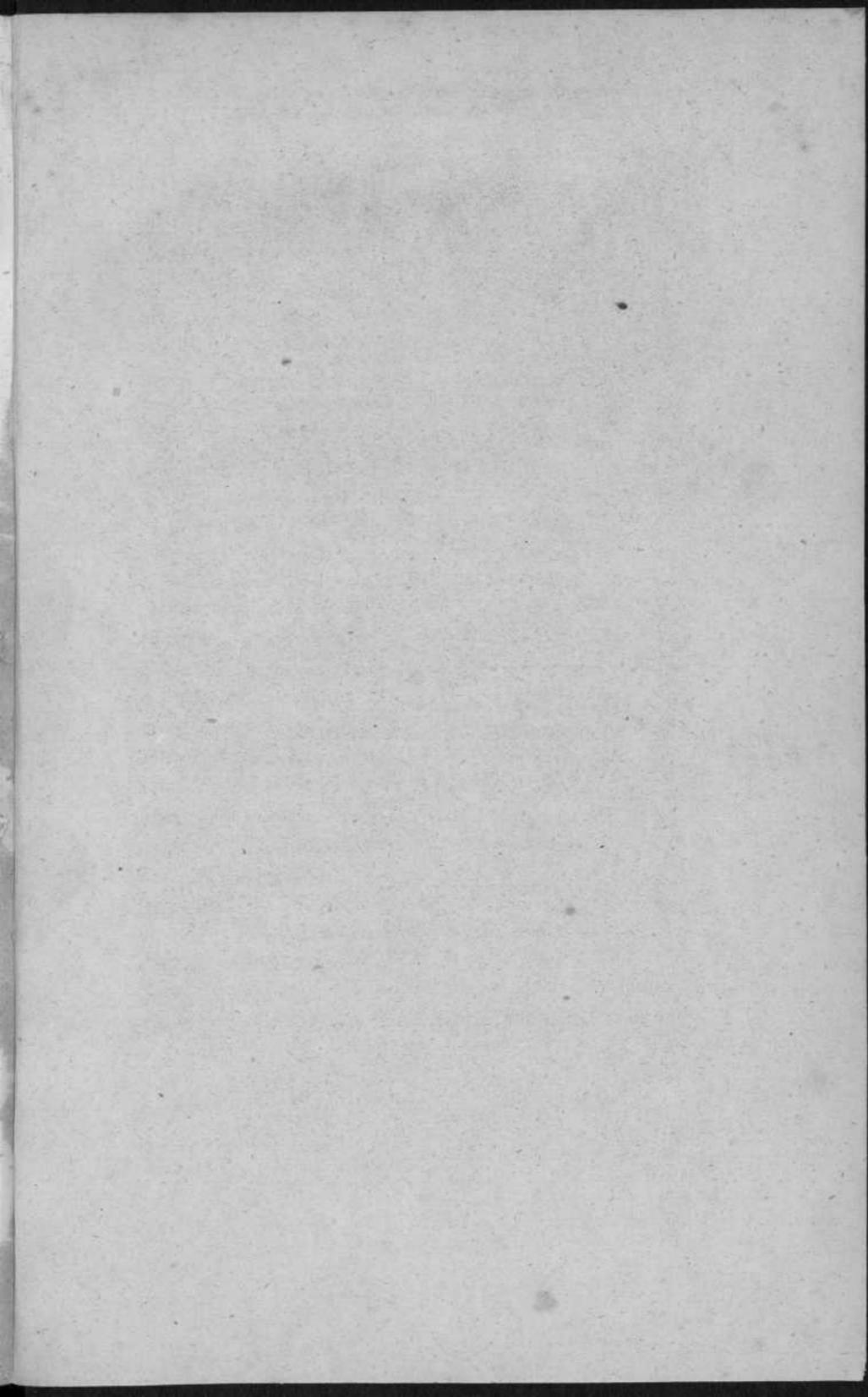
MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.

	PÁGS.
<i>Advertencia del editor francés.</i>	V
<i>Prefacio del autor de la segunda edicion.</i> . . .	VII
<i>Prólogo del traductor español.</i>	XV
<i>Naturaleza de las enfermedades crónicas.</i> . .	4
<i>Signos por los cuales se reconoce la PSORA.</i> . .	92
<i>Tratamiento de las enfermedades crónicas.</i> . .	137
<i>De la sicósis.</i>	138
<i>De la sífilis.</i>	142
<i>De la psora.</i>	154
<i>Reglas que deben seguirse en este tratamiento.</i>	188
<i>Reflexiones generales sobre los antipsóricos.</i>	214
<i>Modo de prepararles.</i>	225



LÍNEA DE ERRATAS.

Pág.	Lin.	Dice.	Léase.
xxiii	28	naciones	naciones?
21	25	setenta	Setenta
23			El Tr. , nota
27	8	nucho	mucho
28	4	despejar	despojar
31	1 y 2	manifestado	manifestando , nota
id.	id.	intento	instinto , nota
39	10	caida	recaida , nota 3
46	9	día	días , nota 2
50	1	la	le , nota 3
60	7	tomó	toma
74	3	cuando	es cuando
75	20	ó lo	ó , lo
80	9	cento	exento , nota 1
id.	id.	reaparece	reaparecer , id.
id.	6	viciado	viciados , id.
101	1	diseminadas	diseminados
121	17	pueden	puede
id.	1	cubilat	cubital , nota
122	2	falto	falso
129	18	eic	, etc.
132	11	alternado	alternada
id.	12	lucidos	lúcidos
id.	4	de alguna	de que alguna , nota 1
133		para	por , nota 1
id.		en ella	aquella , nota 1
143	3	criando	acrecentándose
152	12	e	el
162	8	los orjelinos	horfandad
180	9	la	las
id.	17	aquello hace	aquella lo hace
199	29	debe	no debe volverse á repetir



THE THEATRE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50

205

2

ESTANTE 9.º

Tabla 8.^a

N.º *28*



16.



HAIN
ENFER
CRONIC

753